PROCOPIO DE CESAREA

HISTORIA DE LAS GUERRAS

LIBROS V-VI
GUERRA GÓTICA

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JOSÉ ANTONIO FLORES RUBIO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 355



Asesor para la sección griega: Carlos García Gual.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por Patricia Varona Codeso.

López de Hoyos 141, Madrid, 2006
www.editorialgredos.com

Depósito Legal: M.590-2007

ISBN: 978-84-249-2276-4. Obra Completa.
ISBN: 978-84-249-2862-9. Tomo III.

Impreso en España. Printed in Spain
Impreso en Top Printer Plus, S.L.

INTRODUCCIÓN

I. LA GUERRA GÓTICA

1. *La segunda parte de la* Historia de las guerras *de Procopio de Cesarea. Los contenidos y su tratamiento.*

La segunda tétrada de libros que componen la magna obra de Procopio de Cesarea *Historia de las guerras*, se centra en la presencia de los ostrogodos en Italia y la reconquista de este importantísimo territorio por parte del Imperio de Oriente con Justiniano y Belisario a la cabeza, una campaña militar que se prolongó durante un período de dieciocho años exactamente. Sin embargo, Procopio parte justamente del momento y circunstancia que, en líneas generales, marca el final del Imperio Romano de Occidente, esto es, la usurpación de poder llevada a cabo por el caudillo hérulo Odoacro en el 476 d. C., quien mediante el asesinato de Orestes, el padre del último emperador romano occidental, Rómulo Augústulo, accede al trono imperial[1]. El conjunto de esta parte de la obra se enmarca a su vez en un contexto histórico más general que no es otro que la creciente presencia y pu-

[1] Cf. V 1, 2-6.

janza de los diferentes pueblos germánicos a ambos lados del Imperio, pero, particularmente, en la zona occidental: pueblos como los propios ostrogodos —siempre llamados *godos* en la obra—, los visigodos, los francos, los longobardos, los hérulos, van apareciendo cada vez más en particular en la zona occidental, que de hecho es conquistada de forma clara e incontestable. Curiosamente —y también en esto Procopio lleva razón— va a ser precisamente uno de los monarcas bizantinos, Zenón, el que con su interesada actuación, provoque, *de facto*, la conquista del Imperio occidental por parte del rey ostrogodo Teodorico el Grande, al que literalmente aconseja lanzarse en armas contra Odoacro[2], que resulta vencido y muerto en el año 493. Comienza, por tanto, en ese año el dominio de Italia por parte de los ostrogodos, un período que con diferentes alternancias en el poder, se extiende hasta el año 553.

El reinado de Teodorico (493-526 d. C.) dejará importantes huellas en Italia. Se convirtió en dueño y señor de Retia, Nórica, Panonia, Dalmacia e Italia y, con respecto a esta última, lo que hizo fue situar a su pueblo al norte del río Po y convertir Rávena en la brillante capital de un estado que buscaba ser un verdadero heredero del Imperio Romano de Occidente, pues Teodorico era un auténtico admirador de la civilización romana. Los ostrogodos van a recibir una tercera parte de las tierras de Italia y se harán cargo de la guardia y custodia militar del territorio, en tanto que la economía y la administración de carácter civil continuarán en manos de los romanos. El entendimiento entre los dos bandos comenzará a complicarse debido a las diferencias religiosas: los ostrogodos, aunque cristianos, seguían la herejía de Arrio o arrianismo, mientras que los romanos eran cristianos ortodoxos. Otra cuestión fundamental es que, por una parte, Teodorico

[2] Cf. V 1, 10-11.

impide la fusión entre ostrogodos y romanos mediante la prohibición de enlaces matrimoniales entre ellos, pero, por otra, a fin de conformar y dirigir la constitución de un sistema de alianzas entre los pueblos germánicos para hacer frente al Imperio Bizantino, llevará a cabo una bien estudiada política de matrimonios casando a miembros de su propia dinastía con líderes de pueblos germánicos como los visigodos o turingios[3]. Tras la muerte de Teodorico, en cuyo reinado se alcanzó en Italia un nivel cultural ciertamente alto, con la construcción de numerosos monumentos relevantes, asume la regencia su hija Amalasunta, un personaje interesante y tratado con cierto detalle por Procopio; Amalasunta adopta una política probizantina que le granjea la enemistad de los nobles godos e incluso la muerte, pues fue encarcelada y mandada asesinar por su primo Teodato[4], al que ella misma había elevado al trono. Este episodio es sencillamente fundamental, pues Procopio considera —y así fue de hecho— que servirá de excusa perfecta a Justiniano para entrar ya en guerra, pues éste, acto seguido, enviará a su general Belisario contra Italia[5]. Recordemos en este punto que el plan general del emperador Justiniano no era otro que reconquistar el Imperio Romano de Occidente: a este respecto su primer objetivo fue África, donde también había encontrado un pretexto para la intervención militar ya que el rey Gelimer tenía como prisionero a su antecesor Ilderico, antiguo aliado del Imperio. Justiniano había exigido a Gelimer la entrega de Ilderico y como única respuesta obtuvo la ejecución de este último. Para todas estas empresas Justiniano contó con un excepcional general y hombre de confianza que no es otro que Belisario: el gran

[3] Cf. V 12, 21-22.

[4] Cf, V 4, 13-15 y 27, sobre todo.

[5] Cf. V 5, 1-2.

protagonista e hilo conductor de todo el relato prácticamente de la segunda tétrada de libros, aunque no sabemos si a pesar de Procopio, pues al leer la obra nos apercibimos fácilmente de que, a lo largo de la narración de los hechos, los elogios hacia las actuaciones y el carácter del general son prácticamente inexistentes o cuando menos mínimos[6] y casi tópicos. Una vez firmada la «paz eterna» con el rey persa Cosroes I[7], Justiniano quiso aprovechar la infinita capacidad militar de Belisario en campañas ambiciosas y nada más ambicioso, como hemos dicho, que recuperar el Imperio Romano occidental. A este respecto, la primera actuación de Belisario es apoderarse de la totalidad de Sicilia, para la que logra contar con el apoyo popular, de idéntica forma a como le había ocurrido en África. Simultáneamente otro general de Justiniano, Mundo, logra hacerse con la importante ciudad dálmata de Salones, también en poder de los ostrogodos[8].

Estalla, por tanto, la guerra en el 535 d. C. y Belisario, después de pasar a la Italia peninsular y avanzar hasta Nápoles sin encontrar apenas resistencia, pone sitio a la ciudad[9], asedio que no se prolonga demasiado y gracias al cual termina apoderándose de ella. Mientras tanto, el rey Teodato, en cuyo carácter pusilánime y cobarde insiste nuestro autor, se ve obligado a huir a Rávena, donde muere por instigación de Vitigis[10], antiguo ministro de Amalasunta, que pasa a convertirse en el nuevo monarca ostrogodo (536-540 d. C.). Vitigis, como el mismo Procopio indica, no era de sangre

[6] Así, por ejemplo, en V 14, 16, dice Procopio que los romanos alabaron la «previsión» *(prónoian)* del general en unas mejoras realizadas en el parapeto de las murallas de la ciudad.

[7] En el año 532 d. C.

[8] Cf. V 5, 11.

[9] Cf. V 8, 43 ss.

[10] Cf. V 11, 6-9.

real, razón por la cual intenta legitimar su posición casándose con la nieta de Teodorico, Matasunta[11].

También los conflictos de poder en el seno de la Iglesia se reflejan en la obra, aunque muy por encima, pues al morir el papa (sumo pontífice, como se dice siempre en la obra) Juan II fue sucedido por Agapito I que, tras ser amenazado por Teodato, hubo de escapar a Bizancio. En el 536 muere Agapito I y la emperatriz Teodora propone a Vigilio, seguidor del monofisismo como ella misma, si bien en Roma el clero ya se había anticipado a elegir a Silverio, que contaba con el apoyo de Teodato. Vitigis, que, como vamos a comentar a continuación, reunió un inmenso ejército en Rávena, no logra impedir que finalmente Belisario se haga con la ciudad de Roma, momento en el que se produce un conflicto entre los dos papas, Silverio y Vigilio, ya que el primero defendía el catolicismo y el segundo la tendencia monofisita. Teodora trató de que Silverio desautorizara el concilio de Calcedonia y, ante su negativa, logró que fuera desterrado y poco tiempo después murió[12]; Vigilio es por fin reconocido como Papa y Vitigis pone sitio a Roma.

Así pues, dentro este contexto histórico general que sirve como continuo telón de fondo a la guerra y que no es otro que la creciente pujanza y presencia de los pueblos germánicos en el Imperio Romano occidental, y, concretamente, en el escenario de la campaña bélica llevada a cabo por los romano-bizantinos contra los ostrogodos en Italia, el núcleo central de la narración incluida en los libros V-VI es el asedio de Roma, y en ello se va a extender nuestro autor prolijamente desde el capítulo 14 del libro V hasta el capítulo 7 del VI donde se cuenta la firma del armisticio entre los dos bandos. En el capítulo 9 los godos llevarán a cabo una nueva tentati-

[11] Cf. V 11, 27.

[12] Silverio sólo fue Papa entre los años 536-537 d. C.

va sobre la urbe y en el siguiente sufren un terrible desastre al levantar por fin el asedio sobre la ciudad.

Una cuestión importante, pero sobre la cual apenas se extiende Procopio, es la razón por la cual el emperador Justiniano no le envió a su general en jefe los refuerzos necesarios para acabar con el prolongado asedio al que Vitigis había sometido a Roma. Hay quienes opinan que esto se debía al recelo que sentía Justiniano ante un general excesivamente triunfador y, consecuentemente, con una posible tendencia a envanecerse, si bien lo más probable es que lo que Justiniano pretendiera fuese seguir adelante con su habitual estrategia de ir consiguiendo logros con pocos medios y tratando siempre de evitar, en la medida de lo posible, los enfrentamientos bélicos directos y de grandes proporciones. En cualquier caso, es evidente que se detecta un cierto disgusto y extrañeza en las filas romano-bizantinas —sentimientos personalizados en Belisario— ante la actitud del emperador. Es entonces cuando Justiniano envía a Italia a Narsés, un eunuco que ejercía el importante cargo de administrador o intendente del tesoro imperial[13] y que se había ganado la confianza del emperador durante la famosa insurrección de Nika, después de la cual se había convertido en uno de los hombres más influyentes de Bizancio. Una vez que Narsés llegue a Italia, se va a generar una fuerte rivalidad entre Belisario y él, pues este último, alentado también por su cohorte de acólitos, va a mostrar una actitud rebelde hacia el general, desobedeciendo incluso órdenes concretas suyas[14]. Estas disensiones obligan a intervenir a Justiniano, que ratifica a Belisario como general en jefe para toda la guerra y

[13] Cf. VI 13, 16.

[14] Llegando, por ejemplo, a abandonar el asedio de la ciudad de Urbino con parte del ejército, a pesar de que Belisario le había insistido en que permaneciera en su puesto (cf. VI 19, 8-9).

manda regresar a Narsés a Bizancio. Asimismo Narsés estaba unido por fuertes lazos de amistad con Juan, otro jefe que se muestra rebelde a Belisario[15]. Poco antes, este Juan había devastado, por orden de Belisario, la región de Picenos y ocupado la importante ciudad de Arímino (Rímini). Como vemos, la guerra se dirige ahora a la mitad norte de Italia, donde los godos ponen sitio a la mencionada ciudad de Arímino. Asimismo intervienen los francos con su rey Teodiberto a la cabeza y los godos bloquean también la ciudad de Mediolano (Milán), que termina siendo destruida hasta sus cimientos[16]; Belisario, a su vez, pone sitio a la ciudad de Áuximo. Aprovechando la complicada situación en la que ambos bandos están envueltos en esos momentos, con tantos frentes abiertos, los francos emprenden una expedición militar contra Italia que, tras el envío de una carta por parte de Belisario al rey franco Teodiberto, termina con el regreso de los germanos a la Galia, después de haber mostrado una conducta traicionera y abusiva contra los que se suponía que eran sus aliados, los godos[17]. Termina el libro VI con las capitulaciones de Fisula (Fiésole) y de Áuximo. Procopio insiste mucho en esta parte en la actitud indolente que muestra Vitigis con respecto a los godos que defendían esta última ciudad, pues a las continuas llamadas de auxilio llevadas a cabo por ellos ante el rey, éste siempre respondía con medias palabras[18]. Y llegamos al punto culminante de la acción a finales del libro VI, donde los godos, viéndose perdidos, ofre-

---

[15] En el capítulo 11, donde nos cuenta Procopio que Juan se niega a cumplir las órdenes de Belisario y, por tanto, a abandonar la ciudad de Arímino para acompañar al resto del ejército (cf. VI 11, 22).

[16] Cf. VI 21, 39.

[17] Cf. VI 25, 9 donde Procopio refiere las atrocidades cometidas por los francos en Ticino.

[18] En VI 24, 1-16 y 26, 2 y 5-15. Vitigis responde siempre dándoles «vanas esperanzas», como dice Procopio.

cen a Belisario usurpar el poder[19] y convertirse en el nuevo monarca de Occidente. Pero el general, no obstante, mostrando una lealtad sin límites al emperador Justiniano, se niega; deja entender a los godos que estaba de acuerdo en ello[20], estrategia que le sirve para entrar en Rávena y capturar a Vitigis. Ya en el capítulo final de este libro, Procopio indica que el emperador Justiniano, viéndose apremiado por la guerra contra los persas que de nuevo se le venía encima —recordemos que Vitigis previamente había sido convencido por sus consejeros para que animara al rey persa Cosroes a que aprovechase para romper la «paz eterna» con los bizantinos[21]— manda llamar a Belisario a Bizancio —muy significativamente, por cierto— con lo que el libro VI termina con el ofrecimiento a Urayas, el sobrino de Vitigis, del trono ostrogodo, aun cuando era él en verdad el que *de facto* estaba ejerciendo el poder, como Procopio nos dice. Pero Urayas lo rechaza y propone a su vez a Ildibado, sobrino de Teudis, parentesco que, según él, garantizaba además la alianza de los visigodos[22]. Una vez asumido el poder, Ildibado vuelve a ofrecérselo a Belisario que, pleno de lealtad y de sentido común, lo rechaza abiertamente[23]. Parece ser que cuando Narsés volvió a Bizancio en el 540 ofreció al emperador una versión de los hechos que no tenía visos de ser cierta, en la que Vitigis ofrecía su rendición no al emperador Justiniano, sino a Belisario. Esta sería la razón por la cual el monarca envió a sus propios embajadores ante el todavía soberano ostrogodo sin contar con Belisario[24].

---

[19] La tiranía. Al respecto de los términos *tyrannís* y *týrannos*, cf. nota 153 del libro V.

[20] Cf. VI 29 18-20.

[21] Cf. VI 22, 13 ss.

[22] Cf. VI 30 4 ss.

[23] Cf. VI 30, 25, 26, 28.

[24] Cf. VI 29 1 ss. Dos senadores, Dómnico y Maximino son los embajadores enviados desde Bizancio por el emperador.

En dicha negociación les ofreció a los ostrogodos quedarse con el norte de Italia —los territorios que quedan al norte del río Po—, en tanto que los romano-bizantinos ocuparían y administrarían el sur del país —del río Po en concreto—, pero Belisario, mostrando su orgullo de general triunfante, se negó a ratificar con su firma el acuerdo, aun cuando el rey ostrogodo daba su consentimiento, y es que, como Procopio nos dice, no quería desaprovechar la ocasión de entrar triunfante en Bizancio por segunda vez llevando como prisionero de guerra al líder del bando enemigo[25], con todo lo que de protagonismo y gloria personal significaba, lo cual en la pluma de nuestro autor no sabemos si constituye un elogio al general o, más bien, todo lo contrario. Lo cierto es que, como ha quedado dicho, Belisario estrechó el asedio sobre Rávena y los ostrogodos se vieron obligados a rendirse. Asimismo, parece que Justiniano le concedió a Vitigis el título de patricio y le otorgó unas tierras en Asia Menor.

Tras el fugaz paso por el trono ostrogodo de Erarico[26], Totilas se convierte en el nuevo soberano y aprovechará la ausencia de Italia de Belisario, que había sido llamado por Justiniano para ponerse de nuevo al frente del ejército en la campaña contra los persas, para reconstruir el reino ostrogodo de Italia. Así, partiendo de Verona, reconquistará la totalidad del país con la sola excepción de Rávena. Nuevas tensiones de Belisario con el emperador parece que entorpecieron la dirección de la campaña militar contra los persas y en el año 543 d. C. se le ordena regresar a Bizancio. Mientras tanto, Totilas acumula éxitos en Italia, llegando incluso a conquistar las dos ciudades principales de la región de Campania, Cumas y Nápoles, antes de dar inicio al asedio de Roma en el año 544, situación que obliga a Justiniano a enviar a su general de nuevo a Italia.

---

[25] *Ibid.*: en el parágrafo 4 en concreto.

[26] Cf. VII 2, 1 ss.

En el 546 se produce un segundo asedio de Roma por parte de Totilas, que esta vez tiene éxito, debido, entre otras cosas, a que Belisario no disponía tampoco entonces de un ejército poderoso para defender la ciudad. Los ostrogodos echan abajo las murallas de la ciudad y destruyen también los acueductos para evitar que la ciudad dispusiera de agua corriente. La malaria hace estragos en Roma. Al año siguiente, sin embargo, Belisario reconquista la ciudad[27]. A continuación Procopio narra la muerte del rey Totilas en combate contra Narsés en Taginas (Tadinum; hoy Gualdo Tadino)[28], un monarca que, entre otras medidas destacables, había suprimido la servidumbre de la gleba en Italia y que en el año 550 había extendido sus conquistas hasta el sur de Italia peninsular —Apulia, Calabria, Lucania y Brucios— y dominado también Sicilia, Córcega y Cerdeña. Su sucesor y último rey ostrogodo en Italia va a ser Teyas, que morirá de forma heroica unos meses después de su ascensión al trono en el monte Lactario, en las cercanías de Nápoles[29]. Los godos que quedan siguen luchando hasta que terminan rindiéndose, pero con la condición de poder conservar sus pertenencias y vivir como un pueblo independiente. Narsés, que es quien dirige la campaña por el bando romano-bizantino en ausencia de Belisario, les concede esta petición por consejo de Juan y Vitaliano y, de esta forma, un millar de godos bajo el mando de Indulfo y otros comandantes se retiran a Ticino (Pavía) y

[27] Totilas ya avanza por primera vez contra Roma en VII 9, momentos en los que Belisario es enviado de nuevo a Italia por Justiniano; el rey ostrogodo prepara el asedio de Roma en VII 13; en VII 18, Belisario decide marchar por mar a la ciudad y en el capítulo 20 Procopio cuenta el saqueo de Roma por parte de Vitigis; en el 22 Totilas derriba gran parte de las murallas romanas, si bien el 24 Procopio refiere las labores de reconstrucción de las fortificaciones romanas por parte de Belisario, que, al mismo tiempo resiste los asaltos del ejército de Totilas.

[28] Cf. VIII 32, 24-28.

[29] Cf. VIII 35, 20-29.

a los territorios situados al norte del río Po[30]. Así termina el decimoctavo año de la guerra (553 d. C.) y, con él, la guerra gótica y la obra de Procopio.

Tras apoderarse de la totalidad de la península italiana, los romano-bizantinos establecen una nueva división administrativa con sede en Rávena y se impone la legislación contemplada en el *Corpus Iuris Civilis* de Justiniano; se restaura, asimismo, el latifundismo y, en consecuencia, la servidumbre de la gleba. El emperador había hecho regresar a Bizancio al papa Vigilio, donde había conseguido ver de él el *Iudicatum* o condena del cisma de los Tres Capítulos, que, más tarde, sin embargo, sería revocado[31]. Años después, durante el reinado del soberano longobardo Alboino, se producirá la invasión lombarda de la península italiana que provocará la división del territorio en diferentes reinos, ducados, condados, etc., lo que marca un extenso período comprendido entre los años 568-774.

---

[30] Cf. VIII 35, 33-38.

[31] Básicamente, el problema consistió en que Justiniano había llevado a cabo un nuevo acercamiento a los partidarios del monofisismo al condenar la obra de tres obispos a los que los monofisitas acusaban de nestorianos. Estos tres obispos eran Teodoro de Mopsuesto, Ibis de Edesa y Teodoreto de Ciro. La decisión del emperador fue bien acogida en Oriente, fundamentalmente monofisita, pero en Bizancio y en la zona occidental suscitó una agria controversia que ha venido en llamarse «Asunto de los Tres Capítulos». Lo que sucedía era que Teodoreto de Ciro había brillado en el Concilio de Calcedonia, donde se había condenado la postura monofisita, por lo que se entendía que al poner en entredicho su obra, se estaban asimismo cuestionando las resoluciones del concilio. El emperador logró que el Patriarca de Constantinopla ratificara la prohibición y, acto seguido, llamó al papa Vigilio, que, tras muy serias vacilaciones, terminó ratificando la condena de los obispos en el 548 d. C. Más tarde, sin embargo, el papa fue excomulgado, por lo cual se retractó de su decisión. Toda esta polémica sólo se detuvo durante un tiempo, a consecuencia del fallecimiento de la emperatriz Teodora el 28 de junio del 548 d. C. Como podemos fácilmente inferir por ésta explicación, resulta evidente que la Iglesia estaba inmersa entonces en continuas disensiones que no eran ajenas a los asuntos del poder terrenal.

2. *Unas breves consideraciones sobre cuestiones técnicas y formales de interés en la segunda tétrada de las «Guerras».*

En esta segunda parte de la obra, notablemente más extensa, de Procopio, lo que primero quisiéramos destacar es la coincidencia con el número total de libros de la obra histórica de su modelo fundamental: Tucídides. En ambos casos son ocho los libros en que se divide cada una de las dos obras. Cabe preguntarse si se trata sólo de una coincidencia, o también de una deliberada imitación de Tucídides. De estas dos opciones, nos inclinamos, sin ninguna duda, por la primera. Veamos: el gran historiador ateniense se ocupó en su obra de un acontecimiento relativamente largo e imprescindible para entender la historia de Grecia en su conjunto —la guerra del Peloponeso—, localizado, por lo demás, en una única zona del mundo; Procopio, por el contrario, tuvo que narrar varias guerras, una de las cuales, precisamente la guerra gótica, se prolongó durante dieciocho años, con innumerables implicaciones entre sí y con intervención de multitud de pueblos y naciones. Además, nuestro autor se vio obligado permanentemente —de ahí la presencia continua de los incisos o digresiones— a tener que encuadrar multitud de hechos, en algunos casos simultáneos, en un contexto histórico tan abigarrado como decisivo para la formación de varias de las más importantes naciones europeas modernas. En conclusión, las obras de Tucídides y Procopio difieren mucho tanto en objetivos, como en contenido, como en tratamiento de los mismos. Por otro lado, Procopio, en la primera parte del libro VIII —después de explicar el plan que ha seguido en los libros anteriores—, se ve obligado a referirse con bastante amplitud y detalle al desarrollo de la campaña militar contra los persas, que por aquel entonces se había reanudado[32]. De hecho, y quizá esto

[32] De hecho, aunque con digresiones intercaladas, hasta el capítulo 17 inclusive.

sea lo más revelador, este último libro constituye, en el conjunto de la obra, una especie de suplemento a la misma, que se estructura, como sabemos, en tres partes: guerra persa (libros I-II), guerra vándala (III-IV) y guerra gótica (propiamente V-VII). A este respecto, recordemos que los libros I-VII fueron escritos entre el año 545 y el 551, en tanto que el VIII no lo fue hasta el 554[33]. Y con relación a esto, nada mejor que recordar la información que el propio autor nos aporta, pues literalmente nos dice que los libros I-VII ya habían sido publicados en todo el ámbito del Imperio Romano:

Todo lo que hasta aquí he referido, lo he puesto por escrito, en la medida en que me ha resultado posible, separando los contenidos de mis libros y adecuándolos a los lugares en los que vinieron a suceder las acciones de guerra. Y dichos libros ya han aparecido publicados en todas partes del imperio romano. Pero a partir de ahora

[33] Cf. notas 1-3 del libro VIII. Con relación a esto, quisiéramos dejar constancia de una interesante información que nos proporciona Francisco A. García Romero sobre una muy antigua edición de la obra procopiana: la del Beatus Rhenanus de 1531, donde, curiosamente, sólo aparecen los libros I-VII de las Guerras traducidos al latín: «Procopii Caesariensis *De rebus Gothorum, Persarum ac Vandalorum libri 7*, una cum aliis mediorum temporum historicis, quorum catalogum sequens indicabit pagina. His omnibus accessit rerum copiosissimus index. Basileae : ex officina Ioannis Heruagii, mense Septembri 1531 (A cura di Beathus Rhenanus contiene anche opere di: Agathias Scholasticus, Leonardo Bruni, Jordanes, Konrad Peutinger, Sidonius Apollinaris. - Trad. di Cristoforo Persona e Raffaele da Volterra. In fine: Procopii Caesariensis liber de aedificiis Iustiniani Augusti». Como podemos observar, por lo tanto, en esta antiquísima edición, sólo aparecen los siete primeros libros. Esta edición, incluso, nos ha hecho dudar de si era en realidad la *editio princeps* de las *Guerras* en detrimento de la de Hoeschelius (de 1607), pero resulta claro que no lo es, pues sólo se recogen la traducciones latinas de C. Persona (1506) de la guerra gótica y la de Volaterranus de la persa y la vándala y no el texto griego.

la organización de las materias ya no la haré de dicha manera. Y es que, como mis escritos han salido a la luz en su totalidad, no tenía ya forma de ir añadiéndoles adecuadamente los sucesos posteriores, sino que los acontecimientos de cada una de estas campañas, incluida también la guerra contra el pueblo medo (ahora que ya he publicado las anteriores partes), los pondré por escrito todos juntos en este libro, de modo que aquí el relato histórico necesariamente se organiza sin unidad temática.

Procopio, *Guerras* VIII 1, 1-2
(trad. de F. A. García Romero)

Uno de los aspectos que, en nuestra modesta opinión, resulta más interesantes en la *Guerra Gótica* es la caracterización de personajes: por ejemplo, las de Teodato o Amalasunta en el libro V, o la del personaje que ha representado el papel más destacado en la obra, Belisario, si bien parece que éste no va a poder gozar de la atención total de nuestro autor hasta la última parte de la obra, en concreto a comienzos del libro VII[34], en donde traza una semblanza de su, por otra parte, admirado general. Quizás la importancia y prota-

[34] Cf. VII 1, 6-16, sobre todo, donde nuestro autor describe sus cualidades como persona y como militar. Pensamos que Procopio lo aborda quizás obligado por el propio desarrollo de la narración al llegar ésta a un momento culminante como es el regreso del general a Bizancio con Vitigis, segundo rey que consigue llevar a la capital del Imperio como prisionero de guerra, y también llevado posiblemente por las convenciones literarias del género historiográfico, donde la inclusión del retrato de carácter elogioso parece de todo punto procedente. De todas formas, para una información detallada sobre la figura de Belisario y su relación con Procopio con unas interesantísimas consideraciones sobre la admiración inicial que nuestro autor profesa por el general y que, por determinadas razones y circunstancias, se va a ir trocando en puro desengaño, remitimos encarecidamente a la Introducción de Signes Codoñer a su traducción de la *Historia Secreta* en esta misma colección (B. C. G. núm. 279).

gonismo del personaje, así como sus diferentes líneas de conducta en contraste con las de todos y cada uno de los líderes godos e incluso, a veces, en contraposición a las de sus propios subordinados —recuérdense sus disensiones con Constantino, Juan y Narsés, especialmente[35]— han ido dejando ya suficientemente trazada la imagen exterior e interior del famoso general, al que, sin duda, Procopio admiraba profundamente. A este respecto no olvidemos tampoco la inestimable ayuda que nos proporciona esa técnica tan recurrente en Procopio, lo mismo que en Tucídides, del uso de los discursos como testimonio de la ideología, reflexiones y sentimientos de los personajes y que sirven, en multitud de ocasiones, de caracterización más perfecta y completa de estos que una mera y fría descripción de rasgos físicos, ambientes o costumbres. De esta forma, el autor ya no tiene que detenerse a describir al militar o al soberano ni comentar su línea de actuación ni elaborar elogios —algo que, por cierto, en contadísimas ocasiones hace Procopio con respecto a Belisario, con la única excepción ya comentada del libro VII— ni tampoco críticas.

Asimismo, en la técnica narrativa de Procopio, más cercana quizá a Heródoto, es constante a lo largo del relato la presencia de lo puramente anecdótico y de los episodios secundarios a la narración principal; y es indudable lo sustanciosas que resultan estas breves y pintorescas historietas —algunas con interpretación o significado premonitorio[36]— en la lectura de un texto tan extenso, donde los áridos conte-

[35] Recordemos que en el caso de Constantino, la disputa con el general (VI 8, 1 ss.) termina con la muerte del primero, al no querer dar su brazo a torcer, hecho que no deja de aprovechar Procopio para afearle al general su comportamiento.

[36] Por ejemplo, el combate entre los niños de V 20, 1-4, que sirve de premonición de cuál iba a ser el resultado del enfrentamiento entre Belisario, al frente de los romano-bizantinos, y Vitigis, de los godos.

nidos bélicos son los que predominan; una técnica que acerca muy mucho la obra procopiana a la literatura de pleno derecho.

De forma similar, pero con la doble función adicional de añadir información y aportar la contextualización de los hechos, la presencia de los *excursus* de carácter geográfico, histórico y etnográfico alcanza un considerable relieve en la narración de Procopio, pues, como dato significativo, en la *Guerra Gótica* podemos observar que tanto en el libro V como en el VI nos encontramos hacia la mitad de los mismos —casualidad o no, no lo sabemos—, sendas digresiones geográfico-etnográficas bastante extensas por lo demás. El *excursus* del libro V, enmarcado en el capítulo 12, se centra en la génesis y presencia territorial de los francos, pueblo germánico cuya intervención se va a convertir en fundamental en el desarrollo ulterior de los hechos. Por su parte, el del libro VI, tiene a otro pueblo germánico, los hérulos, como protagonista; se toma como «pretexto» el hecho de que, al final del capítulo 13, dentro de las fuerzas militares romanas hubiera un contingente de dos mil hérulos. Dicha digresión va a ocupar la totalidad de los capítulos 14 y 15 y, además, una sublevación —mejor diríamos un desacuerdo o discrepancia— de una facción de ellos con el emperador Justiniano dará lugar a una nueva digresión secundaria: la descripción de la isla de Tule. En el conjunto de este *excursus*, Procopio nos remonta hasta los orígenes de este pueblo aliado de los romano-bizantinos, pasando, como decimos, por el traslado a la norteña y lejanísima isla de Tule de una parte de ellos, para concluir retomando el hilo de la narración en el lugar de donde había partido para introducir ese inciso: la sublevación de los hérulos, en una especie de construcción en anillo.

Como ya hemos comentado, al más puro estilo de Tucídides, la presencia de las cartas y discursos, bien extensos o bien contrapuestos, incluso en algún caso en forma de

diálogo, con una agilidad digna del teatro[37], resultan fundamentales en la técnica narrativa de nuestro autor, pues aportan abundante información sobre los personajes y las motivaciones supuestas o reales de sus actos. Desde el punto de vista formal, el estilo de los discursos y las cartas se vuelve mucho más sinuoso y enrevesado en la construcción de los períodos, que, por otra parte, también se tornan extensos; y todo ello, por supuesto, en justa concordancia con el hilo o encadenamiento de ideas, argumentos y razonamientos expresados.

Pues bien, con todos estos ingredientes, Procopio, que al final de cada libro deja bien claro su nombre de autor, como sello personal[38], construye una narración historiográfica que, siguiendo la más pura tradición griega, pretende ceñirse a la más exacta rigurosidad histórica, y, gracias a procedimientos formales y técnicos, consigue, sin ningun género de dudas, interesar al lector de cualquier época, incluida, por supuesto, la actual. Y como nuestro autor continuamente se pregunta, no sabemos si, en primer lugar, su presencia al lado de Belisario en todas sus campañas militares y, en segundo, su pluma y su capacidad para plasmar por escrito esos hechos destacados, fueron dirigidas por el azar, el destino o un poder superior que pudiéramos llamar claramente Dios, —ese eterno dilema o duda que, de modo tan continuado, inquieta a Procopio con respecto a los acontecimientos históricos—, pero el resultado ahí queda para el disfrute y aprovechamiento de generaciones de lectores.

---

[37] Nos referimos al que se produce entre Belisario y los embajadores de los godos, en concreto desde VI 6, 27 hasta el final del capítulo (párr. 36), que da incluso problemas de divergencias entre los diferentes códices y ediciones, pues las intervenciones se introducen sólo con los nombres de los interlocutores, lo cual debió ya de extrañar a los propios copistas.

[38] O *sphragís*, como ya hicieron, entre otros, sus predecesores Heródoto y Tucídides (en el caso de estos, sólo al comienzo de la obra).

3. *Resumen de contenidos*

Libro V

1. Zenón, emperador de Bizancio; Odoacro reina en Occidente. Teodorico elimina a Odoacro. Reinado de éste en Italia y su muerte.
2. Regencia de Amalasunta. Críticas de los godos.
3. Orígen de Teodato. Temores de Amalasunta. Negociaciones sobre la entrega de Italia a Justiniano. Disensiones sobre Lilibeo.
4. Muerto Atalarico, Amalasunta ofrece el trono a Teodato. Es encarcelada por el nuevo rey. Justiniano declara la guerra.
5. Comienza la guerra: Mundo toma Salones, Belisario se apodera de Sicilia.
6. Acuerdo de Pedro, embajador de Justiniano, con Teodato. Cartas entre ambos monarcas.
7. Teodato recibe mal a los embajadores del emperador; Constanciano recupera Dalmacia. Fin del primer año de la guerra.
8. Belisario pone sitio a Neápolis. Discrepancias entre los neapolitas sobre la entrega de la ciudad.
9. Teodato conoce el resultado futuro de la guerra por un prodigio. Intentos de Belisario sobre Neápolis; propuesta de rendición a los neapolitas.
10. Preparativos y toma de la ciudad; muerte de Pastor y Asclepiódoto.
11. Vitigis, rey de los godos; muerte de Teodato. Vitigis marcha a Rávena y se casa con Matasunta.
12. Digresión sobre ciertas partes del mundo, los francos, los visigodos; Teodorico y su política de matrimonios. Teudis detenta la tiranía en Hispania.
13. Los francos vencen a turingios y burguciones. Amalarico se casa con la hermana del rey de los francos; muere en combate. Alianza de Vitigis con los francos.
14. Belisario se dirige a Roma; salen de ella los godos. El general se prepara para el asedio.
15. Belisario recupera parte de Samnio. Digresión sobre Benevento y otros temas relacionados con esta ciudad.

16. Besas y Constantino recuperan ciudades de Toscana. Vitigis se dirige a Roma. Los godos sitian Salones.
17. Belisario manda llamar a Roma a Besas y Constantino. Vitigis se acerca a Roma. Belisario ordena construir un puente.
18. Doble victoria de los romanos. El caso de Visando. Belisario distribuye a sus jefes en las puertas de la ciudad. Vitigis llama a la rebelión a los romanos.
19. Los godos montan siete campamentos; cortan acueductos. Belisario hace funcionar los molinos.
20. Presagio de victoria para los romanos. Vitigis envía embajadores a Belisario. Discursos de ambos.
21. Vitigis se prepara para el asalto. Descripción de las máquinas de guerra.
22. Belisario se burla de las máquinas enemigas. Ataque a la tumba de Adriano.
23. Intentos infructuosos de los godos. Matanza de godos junto a Vivero y la puerta Salaria.
24. Carta de Belisario a Justiniano. La lenta destrucción de un retrato de Teodorico, mal presagio para los godos. Oráculo de la Sibila.
25. Belisario retira a Campania a la población de Roma no combatiente; manda a Silverio a Grecia y nombra a Vigilio sumo pontífice. Intento de abrir el templo de Jano.
26. Vitigis mata a los rehenes. Ocupa Porto. Dificultades de Belisario para recibir los suministros de Ostia.
27. Belisario recibe tropas, vence a los godos en tres ocasiones. Momento decisivo.
28. Discurso de Belisario a los romanos ante su exigencia de una batalla definitiva. Alinea al ejército para una batalla entre las caballerías. Propuesta de Principio.
29. Arenga de Vitigis a los godos. Los romanos toman ventaja, pero sufren una gran derrota.

Libro VI

1. Hazañas de Besas y Constantino. Ingenioso acuerdo entre un godo y un romano para salir de un apuro. Temeridad de Corsamantis.
2. Escolta a Eutalio, que trae la paga de los soldados. Victoria de los romanos en la puerta Pinciana, derrota en el Campo de Nerón. La cura de Arces. Fin del segundo año de la guerra.
3. Una epidemia y hambruna atacan a la población de Roma. Un cruce de acueductos sirve de campamento a los godos. Los romanos, desesperados, piden una batalla final; se niega Belisario.
4. Belisario envía a Procopio a Neápolis. Guarniciones en Tíbur, Albano y templo de san Pablo. Una epidemia diezma a los godos. Antonina y Procopio preparan la flota. Descripción del Vesubio.
5. Nuevas tropas llegan de Bizancio. Estratagema de Belisario; acción de Aquilino. Herida de Trajano.
6. Se concluye un armisticio entre los godos y Belisario.
7. Se llevan víveres a Roma remontando el río. Se firma la tregua. Los godos abandonan varias ciudades del Lacio, los romanos las ocupan. Burla de Belisario ante las amenazas de los godos; envía tropas a Picenos. Promete una guarnición para Mediolano.
8. Acto de rebeldía de Constantino, que acaba con su muerte.
9. Intento fallido de los godos sobre Roma por un acueducto; nuevas intentonas infructuosas. Castigo de Belisario a un traidor.
10. Juan asola Picenos y ocupa Arímino. Trata con Matasunta. Desastre de los godos al levantar el asedio de Roma.
11. Vitigis pone guarniciones en varias localidades. Los romanos toman Petra Pertusa. Juan se opone a las órdenes de Belisario.
12. Los godos sitian Arímino. La guarnición mandada por Belisario a Mediolano llega a Genua y lucha en Ticino, donde muere Fidelio, prefecto del pretorio. Teodiberto envía tropas auxiliares a los godos, que asedian Mediolano. Fin del tercer año de la guerra.
13. Belisario toma Túdera y Clusio. Desastre romano. Llega a Italia Narsés.
14. *Excursus* sobre los hérulos: lugares de residencia, costumbres, su rey Rodulfo en guerra contra los longobardos, se retiran al

país de los gépidas, en tiempos de Justiniano se convierten al cristianismo, matan a su propio rey.

15. Sigue el *excursus*: parte de los hérulos marchan a Tule: situación de la isla, duración de los días y las noches, costumbres y creencias de sus habitantes. Los demás hérulos se traen a un rey de Tule y se sublevan contra Justiniano.
16. Belisario y Narsés unen fuerzas. Narsés convence a los demás jefes de que hay que ayudar a Arímino. Carta de Juan a Belisario. Parte el ejército.
17. Los godos levantan el asedio de Arímino al saber que llega Belisario.
18. Ildiger toma el campamento godo. Discursos enfrentados de Belisario y Narsés. Justiniano confirma a Belisario como general en jefe.
19. Belisario sitia Urbino. Narsés deja el asedio. Rendición de la ciudad. Intento fallido de Juan sobre Cesena. Recupera Forocornelio y toda Emilia.
20. Aplazado el asedio de Áuximo. Belisario sitia Urbivento. Descripción de la terrible hambruna.
21. Martino y Uliaris de camino a Mediolano, se detienen junto al río Po. Discurso de Pablo apremiándolos. Discurso inútil de Mundilas para que sus soldados no se rindiesen. Destrucción total de Mediolano.
22. Dolor de Belisario. Narsés se marcha de Italia por orden de Justiniano. Pacto de los hérulos con los godos. Vitigis fracasa en su intento de aliarse con los longobardos; anima a Cosroes a violar la «paz eterna». El emperador trata sobre la paz con los godos. Fin del cuarto año de la guerra.
23. Sitio de Fisula. Juan toma Dortón. Belisario asedia Áuximo. Consejo de Procopio a Belisario.
24. Los godos de Áuximo piden ayuda a Vitigis, que les da largas. Bloqueo de Fisula por Cipriano y Justino. Urayas vuelve de Ticino; no se atreve a atacar a los romanos.
25. Expedición de los francos contra Italia. Cruzan el Po. Dejan vacíos los campamentos godos y romanos. Mueren muchos de disentería. Carta de Belisario a Teodiberto. Regresan a Galia.
26. Un romano entrega una carta de los godos de Áuximo a Vitigis

y después lleva su respuesta. El traidor es descubierto por un godo apresado por un esclaveno.
27. Combate junto a la fuente de Áuximo. Capitulación de ésta y de Fisula.
28. Belisario deja a Rávena sin suministros. Embajadas ante Vitigis de los francos y de Belisario. Capitulación de los godos de los Alpes Cotios.
29. Justiniano envía emisarios ante Vitigis sobre la paz. Belisario no ratifica los acuerdos. Entra en Rávena y captura a Vitigis fingiendo estar de acuerdo con la propuesta de los godos de ser el nuevo emperador de Occidente. Toma Tarvesio y otras ciudades.
30. Belisario es llamado a Bizancio. Urayas rehúsa el trono de los godos y aconseja que sea rey Ildibado. Éste, tras aceptar, ofrece el poder a Belisario que, leal al emperador, lo rechaza de nuevo. Fin del quinto año de la guerra.

4. *Códices, ediciones y traducciones*

Códices[40]

Los principales manuscritos que incluyen la *Guerra gótica* son los siguientes:

— Siglo XIV:

A = *Ambros.* (*A* 182 sup.).

K = *Vatic. gr.* 1690.

L = *Medic.-Laurent.* LXIX 8 (=*cod. Laurentianus* 69. 8).

V = *Vatic. gr.* 152.

[40] Para una más completa información sobre otros manuscritos menores, ediciones y versiones cf. ed. Haury-Wirth, págs. XL ss.; Rubin, *RE* 23-1 (1957), coll. 273 ss. y la introducción de la *Guerra persa*, B. C. G. 280, págs. 19 ss.

—Siglo XV:
l = *Medic.-Laurent.* 9, 32.
e = *Paris.* 1699.
f = *Vatic. gr.* 1301.
Siglo XVI:
c = *Ambros.* 52-55 sup.
r = *Vatic.-Reg. gr.* 84.
n = *Monac.* 87[41].
d = *Monac.* 513[42].
k = *Basileensis graec.* D IV 6.
γ = *Matritensis regius* 38[43].
δ = = *Escurialensis* YI 13[44]
—Siglo XVII:
o = *Paris.* 1701[45].

Ediciones

1607 D. HOESCHELIUS, *Bella*, Augsburgo (*ed. princeps*).
1662 CL. MALTRETUS, *Procopii Opera Omnia*, vol. I, París (*Corpus Byzantinae Historiae*; con traducción latina). Reimpresión en Venecia: 1729.
1833 G. DINDORF, *Procopii Opera Omnia*, vol. II, Bonn (*Corpus Scriptorum Historiae Byzantinae*).

---

41 Este códice sigue en el *stemma codicum* la línea ***L - γ - n - d***.

42 Este otro códice contiene, entre otras diversas obras, los ocho libros de las *Guerras*.

43 En la introducción de Haury no se especifica a qué siglo pertenece; de todas formas, parece ser del XVI; lo que sí se indica es que contiene la *Historia de las Guerras Góticas* dividida en cuatro partes, que parece derivar del códice *L* y que quizás sea el padre de los códices *n* y *k*.

44 Este códice sólo contiene *de bellis quintum et sextum librum, fol 24-112; «quintus liber in fine mutilus est.* (...)» (*id*, pág. LII).

45 Es éste un códice, como vemos, del s. XVII, que contiene los libros V-VIII de la obra y que sigue la línea ***K – V- f – b2 – e1 - a, o*** del *stemma codicum*.

1895-98 D. COMPARETTI, *La guerra gotica di Procopio di Cesarea,* 3 vols., Roma (*Fonti per la storia d'Italia, Scrittori, secolo VI*, 23-25; con traducción italiana)[46].

1905 J. HAURY, *Procopii Caesariensis Opera Omnia*, vol. II, Leipzig (*Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana*). Reimpresión: 1936. *Editio stereotypa* aumentada y corregida por G. Wirth: 1963 (cit. «ed. Haury-Wirth»).

1914-16 H. B. DEWING, *Procopius*, vols. III-V, Londres-Cambridge (Mass.) (The Loeb Classical Library), que sigue la ed. de Haury. Reimpresiones manejadas: vol. III, 1968; vol. IV, 1962; vol. V, 1962 (con traducción inglesa; cit. «ed. Dewing»).

1963 HAURY-WIRTH, cf. arriba, año 1905.

1966 O. VEH, *Prokop: Gotenkriege (Prokop: Werke,* 5 vols., 1961 ss.), Múnich. Reimpresión: 1978 (con traducción alemana).

1977 M. CRAVERI, *Procopio de Cesarea. Le guerre Persiana, Vandalica, Gotica,* Turín (con trad. italiana).

Traducciones

Aparte de las ediciones bilingües citadas arriba, existen las siguientes versiones totales o parciales de la obra (por orden cronológico en cada apartado):

Alemán

D. COSTE, *Gothenkrieg*, Leipzig (*Die Geschichtschreiber der deutschen Vorzeit 7*), Lepzig, 1885, 1922².

K. DIETERICH, *Byzantinische Quellen zur Länder und Völkerkunde,* I-II, Leipzig, 1912.

---

[46] Esta traducción es la que se utiliza en *Procopio. Pagine scelte,* a cura di B. Lavagnini (Collana di Studi Greci 17), Nápoles, 1948. Fue también editada «a cura di E. Bartolini» en Milán (Garzanti, s. a.) y reeditada en el año 2005.

A. KELLER (ed.), *Der Untergang der Ostgoten. Ausgewählte Abschnitte aus Prokops Gotenkrieg* (*Voigtländers Quellenbücher 63*), Leipzig, *ca.* 1920.

C. REICH, *Goten und Vandalen im Kampfe gegen die Römer*, Bamberg, 1933.

— *Prokop von Caesarea. Der Gotenkrieg* (*Kriegsgeschichtl. Bücherei* 35-36), Berlín, 1938.

A. HEINE - A. SCHAEFER, *Der Vandalenkrieg. Der Gotenkrieg*, Essen, 1985.

Español

J. VALERO GARRIDO, *Poema e Historia de Belisario*, Barcelona, 1983. Se traducen los siguientes pasajes (con el texto griego reproducido de la ed. de Teubner en páginas enfrentadas): *Guerra gótica* II (= *Historia de las guerras* VI) 8, 1-18 (págs. 212-217); III (= *Historia de las guerras* VII) 1, 1-22 (págs. 218-223).

J. VARA DONADO, *Procopio de Cesarea. Historia de las guerras*, Madrid (en prensa).

Francés

G. PARADIN, libros V-VIII, Lyon, 1578.

M. FUMÉE, Sieur de Genillé, libros I-VIII (y *Sobre los edificios)*, París, 1587.

Inglés

H. HOLCROFT, libros I-VIII, Londres, 1653.

A. CAMERON, *Procopius. History of the Wars, Secret History, and Buildings*, Nueva York, 1967.

Italiano[47]

B. EGIO, *De la longa et aspra guerra dei Gothi* (libros V-VIII), Venecia, 1544 (libros I-IV, 1547).

ROSSI-COMPAGNONI, *Collana degli antichi scrittori greci volgarizzati*, Milán, 1828-30.

G. ROSSI, *Istoria delle guerre gottiche*, Milán, 1838.

---

[47] El cod. *Ambrosianus* A 272 (siglo XV) contiene una traducción de los libros V-VIII realizada por Nicolo di Lonigo.

F. M. PONTANI, *Procopio di Cesarea. La guerra gotica,* Roma, 1974.

- *Procopio di Cesarea. La guerra gotica,* La Spezia, 1981.

U. ALBINI - E. V. MALTESE (eds.), *Bisanzio nella sua letteratura,* Milán, 2004 (1984; los pasajes de Procopio los traduce Anna Pontani).

Latín

L. BRUNI, *De bello Italico adversus Gothos,* Fuligno, 1470, 1507, 1534 (la traducción data de 1441).

CHR. PERSONA, libros V-VIII, Roma, 1506 (traducidos entre los años 1481-83).

H. GROTIUS, *Historia Gothorum* (con la *Guerra vándala),* Amsterdam, 1655.

Ruso

S. P. KONDRAT'EV, *Prokopij iz Kesarii. Vojna s gotami,* Moscú (Akademija nauk, Institut istorii), 1950.

Léxico

B. COULIE - B. KINDT - CETEDOC, *Thesaurus Procopii Caesariensis: De bellis, Historia arcana, De aedificiis*, Turnhout, 2000[48].

Nuestra versión

Seguimos la ed. de Haury-Wirth (1963), aunque también hemos manejado y, a veces, tenido en cuenta la de Dewing, como aclaramos en las notas correspondientes. Hemos intentado que nuestra traducción se atenga al texto griego con la mayor fidelidad posible[49].

[48] Reseña de V. SOMERS, en *Byzantion* 71-1 (2001), 560-562.

[49] No hemos podido consultar la versión del profesor Vara Donado, todavía en prensa.

BIBLIOGRAFÍA

Los títulos aquí incluidos complementan las bibliografías de los volúmenes 279, 280 y 282 de la B. C. G. (Procopio de Cesarea, *Historia secreta, Historia de las guerras I-II* [*Guerra persa*] e *Historia de las guerras III-IV* [*Guerra vándala*] respectivamente).

M. ACOSTA ESTEBAN, «Los historiadores clasicistas de Justiniano», en J. González (ed.), *El Mundo Mediterráneo (siglos III-VII). Actas del III Congreso Andaluz de Estudios Clásicos,* Madrid, 1999, págs. 255-263.

C. AZZARA, *L'Italia dei barbari,* Bolonia, Il mulino, 2002.

P. ARIES, G. DUBY (dir.), *Historia de la vida privada* (Tomo 1: *Del Imperio Romano al año mil*); E. PATLAGEAN (autora parte referida a Bizancio), Grupo Santillana Editores, 2001.

G. PH. BAKER, *Justinian: the last Roman emperor,* Nueva York, 2002.

V. BIERBRAUER, *Die ostgotischen Grab- und Schatzfunde in Italien,* Spoleto, Centro italiano di studi sull'alto Medioevo, 1975.

O. BINST (ed.), P. L. GATIER y otros, *Oriente Próximo,* Konemann Verlagsgesellschaft, 2000.

K. DARK (ed.), *Secular buildings and the archaeology of everyday life in the Byzantine empire,* Oxford, 2004.

J. A. S. EVANS, *The Emperor Justinian and the Byzantine Empire,* Greenwood Guides to Historic Events of the Ancient World, Westport-Conn., 2005.

H. GEISS, *Geld- und naturalwirtschaftliche Erscheinungsformen im staatlichen Aufbau Italiens während der Gotenzeit,* Stuttgart, 1931.

L. GINETTI, *L'Italia Gotica in Procopio di Cesarea,* Siena, 1904.

A. HEINE - A. SCHAEFER, *Der Vandalenkrieg. Der Gotenkrieg,* Essen, 1985.

M. KAZANSKI, *Les Goths : Ier-VIIe siècles ap. J.-C.*, París, Éditions Errance, 1991.

ST. KRAUTSCHICK, *Cassiodor und die Politik seiner Zeit,* Bonn: Habelt, 1983.

R. KRIEGER, *Untersuchungen und Hypothesen zur Ansiedlung der Westgoten, Burgunder und Ostgoten,* Berna-New York, 1992.

B. LAVAGNINI, *Belisario in Italia. Premessa a una lettura del* De bello Gothico, Palermo, 1966. *Breve historia de Bizancio*, Madrid, Ed. Cátedra (Historia, Serie Mayor), 2000.

R.-J. LILIE, *Byzanz - Das zweite Rom,* Berlín, 2003.

R. LOVERANCE, *Bizancio*, Akal, 2000.

O. MAZAL, *Justinian I. und seine Zeit: Geschichte und Kultur des byzantinischen Reiches im 6. Jahrhundert*, Colonia, Böhlau, 2001.

M. MEIER, *Das andere Zeitalter Justinians*, Gótinga, 2003.

—*Justinian. Herrschaft, Reich und Religion*, Múnich, 2004.

W. MENGHIN, *Gotische und langobardische Funde aus Italien im Germanischen Nationalmuseum Nürnberg* (mit einem Beitrag von Ernst Foltz), Nuremberg, Das Nationalmuseum, 1983.

J. J. NORWICH, *Byzanz. Der Aufstieg des Oströmischen Reiches,* Düsseldorf-Viena, 1993.

—*Breve historia de Bizancio*, Madrid, Cátedra (Historia, Serie Mayor), 2000.

P. DE PALOL - G. RIPOLL, *Los godos en el occidente europeo: ostrogodos y visigodos en los siglos V-VIII,* Madrid, 1988.

—*Die Goten. Geschichte und Kunst in Westeuropa,* Augsburgo, 1999.

E. PATLAGEAN (y otros autores), *Historia de Bizancio* Madrid, Crítica, 2001.

W. M. PIERCE, *History of the Goths and the Alans*, A Germania Orientalica ed., Washington, D.C., 1995.

S. PULIATTI, Andrea Sanguinetti (ed.), *Legislazione, cultura giuridica, prassi dell'impero d'Oriente in età giustinianea tra passato e futuro* (atti del Convegno, Modena, 21-22 maggio 1998), Milán, 2000.

G. RAVEGNANI, *I bizantini e la guerra: l'età di Giustiniano*, Roma, 2004.

B. RUBIN, *Prokopios von Kaisareia*, Stuttgart, 1954 = «Prokopios von Kaisareia, Mitarbeiter Belisars und Historiker», *RE* 23-1(1957), cols. 273-599.

W. H. RUSSELL, *Belisarius and Narses / Procopius*; prepared for the Seminar in Philosophy of War at the United States Naval Academy, Special U. S. Naval Academy ed., Annapolis, Academic Fellowship, 1964.

P. SCARDIGLI, *Lingua e storia dei Goti*, [Florencia] Sansoni, 1964.

G. TATE, *Justinien: l'épopée de l'Empire d'Orient, 527-565*, París, 2004.

W. TREADGOLD, *Breve historia de Bizancio*, Paidós, 2001.

R. VON ULF ERIK HAGBERG, *Studia Gotica. Die eisenzeitlichen Verbindungen zwischen Schweden und Südosteuropa. Vorträge beim Gotensymposion im Statens historiska museum, Stockholm 1970*, Estocolmo, Almqvist & Wiksell, 1972.

A. VARGAS VALENCIA, *Las instituciones de Justiniano en Nueva España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

H. WOLFRAM, *Geschichte der Goten: von d. Anfängen bis zur Mitte d. 6. Jh.: Entwurfe. histor. Ethnographie*, Múnich, 1979[1].

—*Gotische Studien: Volk und Herrschaft im frühen Mittelalter*, Múnich, 2005.

[1] Existe una traducción inglesa de esta obra: *History of the Goths* / Herwig Wolfram ; translated by Thomas J. Dunlap. New and completely rev. from the 2nd German ed. Berkeley: University of California Press, 1988.

LIBRO V

(GUERRA GÓTICA I)

SINOPSIS*

1. Zenón es el emperador en Bizancio, Rómulo Augústulo reina en la parte occidental. Tras el asesinato del padre de este último, pasa a reinar en Occidente Odoacro. Teodorico, rey de los godos, se traslada a Italia por instigación de Zenón. Teodorico pone sitio a Rávena, cuya situación geográfica se describe. Quita de su camino a Odoacro, con el cual había llegado a un acuerdo. Tras haberse apoderado de Italia, ejerce el mando sobre sus súbditos meritoriamente. A él le pareció ver en una bandeja la cabeza de Símaco, al que había dado muerte injustamente junto a Boecio, y murió aterrorizado y lamentándose.— 2. El sucesor de Teodorico, Atalarico, siendo un niño es confiado a unos preceptores por su madre Amalasunta, una mujer de extraordinario mérito, para que lo inicien en las letras. Los godos, que aborrecían la formación cultural, critican a la reina. Ella muestra constancia y discreción a la hora de sofocar la conspiración.— 3. Origen de Teodato, sus costumbres, sus planes. Se envían embajadores desde Bizancio a presencia del sumo pontífice de los romanos. Reflexión de Procopio sobre religión. Al caer enfermo Atalarico, temiendo Amalasunta por lo que le pudiera suceder a ella a manos de los godos, trata en secreto con Alejandro sobre la entrega de Italia a Justiniano, en

* El resumen de los contenidos correspondientes a los libros V y VI ha sido extraído de la edición de *Maltretus* —tal como aparece, a su vez, en la de Haury—, con ligeras modificaciones.

tanto que, públicamente, por cartas, Justiniano con Amalasunta y Amalasunta con Justiniano discuten sobre Lilibeo. Los embajadores regresan a Bizancio. El emperador envía a Italia a Pedro.— 4. Amalasunta reprime la codicia de Teodato. Una vez muerto Atalarico, pone todo su empeño en ganarse el favor de éste, y lo invita a acceder al trono real. El rey se muestra desagradecido y la envía a la cárcel. Pedro, el embajador de Justiniano, tras el asesinato de Amalasunta declara la guerra al rey.— 5. Justiniano emprende la guerra contra los godos. Envía a Mundo a Dalmacia y a Belisario a Sicilia al mando de una flota. Se dirige por carta a los jefes de los francos. Mundo conquista Salones. Belisario, tras apoderarse de la totalidad de Sicilia, cierra su consulado con espléndida generosidad.— 6. Teodato llega a un acuerdo con Pedro, el embajador de Justiniano. El abatimiento de aquél, expresado a través de una sustanciosa conversación. Correspondencia entre Teodato y Justiniano.— 7. Se cree que la Sibila había predicho la muerte de Mundo y de su hijo. Teodato falta a la palabra dada y recibe mal a los embajadores del emperador. Conversación sobre los derechos y deberes de las personas que forman una embajada. Carta de Justiniano a los notables de los godos. Constanciano, enviado por él a Dalmacia con un ejército, la recupera. Termina el primer año de la guerra gótica.— 8. Tras entrar en Italia, Belisario toma bajo su protección a Ebrimo, el yerno de Teodato. Pone sitio a Neápolis. Responde a Estéfano, ciudadano neapolita, que le desaconseja llevar a cabo esta empresa. Pastor y Asclepiódoto, por medio de un discurso, desbaratan el proyecto que se ha formado de entregar la ciudad.— 9. Teodato, el rey de los godos, se entera a través de un prodigio de cuál va a ser el resultado de la guerra. Tentativas sin resultado por parte de Belisario contra los neapolitas. Belisario, una vez conocida y fortificada en secreto la vía por la cual podía ser capturada la ciudad, invita a los neapolitas a la capitulación evocando las calamidades propias de las tomas de ciudades.— 10. Belisario hace sus preparativos para penetrar al asalto en la ciudad de Neápolis: finalmente introduce a los suyos a través de un acueducto. Ante el desastre que se produce en la toma de la ciudad, Belisario llama a la clemencia a su ejército. Muerte repentina de Pastor.

Reproches mutuos entre Estéfano y Asclepiódoto. El pueblo desmiembra el cuerpo de Asclepiódoto.— 11. Vitigis es elegido rey de los godos y éste elimina a Teodato. Discurso de Vitigis dirigido a los godos sobre una prudente dilación de la guerra y los preparativos de la misma. Tras dejar una guarnición de vigilancia en Roma, se marcha a Rávena. Se casa con Matasunta, la hija de Amalasunta.— 12. Descripción de algunas partes del mundo. Antiguos lugares de residencia de los francos. El imperio de los visigodos. Los arbóricos y los francos se unen en una sola nación. Los visigodos se hacen con la totalidad de la Galia. Teodorico da en matrimonio a su hija a Alarico el Joven, rey de los visigodos, y a la hija de su hermana a Hermenefrido, rey de los turingios. Los francos firman un tratado con Teodorico, rey de Italia; vencen a los burguciones; matan a Alarico, rey de los visigodos. Ponen sitio a la ciudad de Carcasiana sin éxito. Hazañas militares de Teodorico en la Galia. Teudis implanta la tiranía.— 13. Los francos vencen por completo a los turingios y a los burguciones. Amalarico toma por esposa a la hermana del rey de los francos; llega a un acuerdo con Atalarico; los francos le quitan la vida en combate. Acuerdos de Teodato establecidos con los francos. Vitigis pronuncia un discurso ante los suyos sobre el cumplimiento de los pactos. Concluye una alianza con los reyes de los francos.— 14. Belisario, tras dejar guarniciones de vigilancia en Neápolis y Cumas, se dirige a Roma. Los romanos se rinden ante él. Descripción de la Vía Apia. Los godos salen de Roma. Entra en ella Belisario, y prepara todo lo necesario para soportar el asedio.— 15. Belisario recupera una parte de Samnio. Razón por la cual a Benevento se la llamaba en tiempos antiguos Malevento. Su fundador, Diomedes, dejó allí depositados los asombrosos colmillos del jabalí de Calidón. Allí mismo le entregó a Eneas el Paladio de Troya, cuya estatua es descrita, así como también el golfo Jónico, la Magna Grecia y otras partes de Italia.— 16. Belisario envía tropas a Toscana. Besas recupera la ciudad de Narnia; Constantino, Espoleto y Perusia. Victoria de éste. Vitigis, tras enviar un ejército a Dalmacia, se dirige apresuradamente a Roma. Los godos ponen sitio a Salones.— 17. Belisario hace venir de Toscana a Roma a Constantino y a Besas. Situación geográfica de Narnia. Vitigis

se acerca a Roma. Belisario construye un puente. Huida de los centinelas que guardaban el puente.— 18. En el curso de una encarnizada batalla, Belisario, a lomos del caballo Balas, combate valerosamente y con éxito. Los godos fugitivos ponen en fuga a su vez a los romanos. Se reanuda el combate. Los romanos se retiran junto a las murallas; por segunda vez derrota a los godos. El caso asombroso del godo Visando. Belisario distribuye en las puertas de las murallas a los comandantes. Vitigis anima a los ciudadanos romanos a la rebelión.— 19. Los godos montan siete campamentos; cortan los acueductos de la ciudad; destruyen los molinos puestos en movimiento por Belisario. Éste los restaura.— 20. Belisario ve un presagio de su victoria en un juego de niños. Los ciudadanos romanos soportan el asedio con impaciencia. Vitigis envía embajadores ante Belisario. Discursos de unos a otros.— 21. Vitigis se prepara con vistas a lanzar el ataque. Descripción de las máquinas de guerra: los arietes, las catapultas, los onagros y los lobos.— 22. Belisario se burla de las máquinas en cuanto los enemigos las hacen avanzar. Admirable destreza de aquél al disparar las flechas. Vitigis se dirige de la puerta Salaria a la Prenestina. La tumba de Adriano, atacada enérgicamente, es defendida con más energía aún.— 23. Tentativas inútiles de los godos. Una parte de las murallas de Roma se encuentra bajo la protección del apóstol Pedro. El asombroso disparo de una máquina de guerra. Descomunal matanza de godos junto a Vivero y la puerta Salaria.— 24. Carta de Belisario al emperador Justiniano. Ominosa caída de las partes de un retrato de Teodorico, el rey de los godos. Oráculo de la Sibila.— 25. Belisario relega a Campania a una muchedumbre de personas que no servían para la guerra; a Silverio, el sumo sacerdote de la ciudad, lo envía a Grecia; a Vigilio lo eleva al cargo de sumo pontífice y le proporciona una escolta de guardias. Algunos hombres tratan de abrir las puertas del templo de Jano.— 26. Vitigis da muerte a los senadores que tenía como rehenes. Ocupa Porto. Belisario recibe con dificultad los aprovisionamientos procedentes de la ciudad de Ostia.— 27. Belisario recibe tropas; hostiga a los enemigos con diferentes combates y los vence en tres ocasiones. Vitigis intenta en vano imitarlo. Momento decisivo para las tropas de los godos y de los roma-

nos.— 28. Discurso de Belisario a los romanos, que exigen entrar en batalla. Pone en orden de combate al mismo ejército para una batalla entre las caballerías. Inducido por un discurso de Principio, admite a los soldados de infantería en la tropa formada en orden de batalla.— 29. Vitigis, por medio de una arenga, exhorta a los godos a entrar en combate. Al comienzo, los romanos resultan vencedores, pero, en lo sucesivo, sufren una derrota aplastante.

Fue esta la forma en que se desarrollaron para los roma- 1
nos los acontecimientos en Libia[1]. Ahora voy a narrar la Guerra Gótica y comenzaré por contar todo lo que vino a sucederles a los godos y a los italianos antes de dicha guerra.

Durante el reinado de Zenón[2] en Bizancio, el que gober- 2
naba en la parte occidental del Imperio era Augusto, al cual los romanos solían también llamar con el diminutivo Augús-

[1] Recordemos que con este nombre Procopio se refiere a África, en concreto al norte del continente, desde el océano Atlántico hasta el valle del Nilo, como hace a lo largo de toda la obra y, en particular, en los libros dedicados a la Guerra Vándala (III y IV).

[2] Zenón fue emperador de Oriente desde el 474 hasta el 491 d. C. Era de origen isáurico; recordemos que a finales del siglo v se produjo una fuerte presión sobre el Imperio bizantino por parte de poderosos contingentes isáuricos provenientes de Asia Menor; pues bien, uno de sus jefes, un personaje llamado Tarasicodissa, habría de convertirse con el tiempo en un hombre clave en la corte de Bizancio, tras adoptar el nombre de Zenón. A la muerte del emperador León I y de su propio hijo, el pequeño León II, Zenón llegó al trono imperial a través de su matrimonio con Ariadna, una de las hijas de León. De este reinado conviene destacar la política religiosa al promulgar (posiblemente en el año 482) el «Henótico», edicto de unión por el que se pretendía acabar con el monofisismo tolerando sus creencias. Este edicto se promulgó gracias al patriarca Acacio y sería derogado por Justino I, poniendo de manifiesto la escasa vigencia de que disfrutó. Uno de los hechos más a tener en cuenta en los años finales del siglo V fue la fallida campaña contra los vándalos. Le sucedió en el trono de Oriente Anastasio. Para más información sobre este emperador, véase nota 128 a nuestra traducción del libro III de la obra (B. C. G. 282).

tulo[3], dado que se vio obligado a asumir el poder cuando todavía era un muchachillo[4], si bien su padre Orestes[5], varón de grandísima discreción, lo administró en su lugar como re-
3 gente. Se daba la circunstancia de que un poco antes los romanos habían inducido a los esciros, alanos y otros pueblos godos a formar una alianza militar con ellos; y desde entonces hubieron ellos de sufrir a manos de Alarico y Atila todos los acontecimientos que fueron narrados en los libros ante-
4 riores[6]. Y en la misma proporción en que la presencia bárbara se hizo poderosa entre ellos, así también comenzó a declinar el prestigio de los soldados romanos y, bajo el hermoso nombre de alianza militar, fueron tiranizados y oprimidos por los extranjeros, hasta el punto de que los obligaron de modo implacable a tomar muchas medidas contra su voluntad y, fi-

---

[3] Para el emperador Rómulo Augústulo, véase nota 133 al libro III de la obra.

[4] Concretamente, el día 31 de julio de 475 d. C.

[5] Secretario de Atila y, como señala Procopio en el texto, regente de Italia. Como muy bien indica el profesor G. Fernández en su artículo «La agonía del Imperio Romano de Occidente» (*Gerión* 23 (2005) 325-328), «la ausencia de Italia de Julio Nepote hace que Orestes se considere el verdadero amo de la Península y dé un golpe de estado en su contra aprovechando la imposibilidad de reaccionar de la corte constantinopolitana por la usurpación de Basilisco. En conformidad con la práctica política del siglo v Orestes se declara patricio y crea un emperador a su antojo. Establece la novedad de que ese augusto sea su propio hijo, un niño de diez años llamado Rómulo en honor a su abuelo materno, (...). Su nombramiento constituye una tentativa de Orestes por construir una nueva dinastía con su familia. Él no puede imperar a causa de su origen panónico. Ese impedimento no afecta a su vástago ya que el niño Rómulo pertenece a la mejor aristocracia de Rávena con abolengo romano».

[6] En concreto en el libro tercero, exactamente en III 7 ss., para todas las acciones llevadas a cabo por Alarico y sus consecuencias posteriores, y III 4, 29 ss., donde Procopio hace referencia al saqueo de Europa entera perpetrado por Atila, incluyendo el asedio y captura de la importante ciudad de Aquilea.

nalmente, los conminaron a repartir con ellos todos los territorios de Italia. Así, en efecto, ordenaron a Orestes que les 5
entregara la tercera parte de esos territorios y, al no estar él en absoluto de acuerdo con esto, lo mataron de inmediato[7].

Había entre los romanos un hombre llamado Odoacro[8], 6
uno de los guardias de corps[9] del emperador, que por aquel entonces se unió a ellos para llevar a cabo sus órdenes bajo la condición de que lo establecieran en el trono. Una vez que 7
recibió el poder[10], ya no causó ningún otro daño al emperador, sino que le permitió pasar el resto de su vida como un

---

[7] Exactamente, el 28 de julio del año 476 d. C.

[8] Continúa explicando el profesor G. FERNÁNDEZ (*ibid.*): «Como culmen de su vida pública, Orestes abandona la jefatura del ejército y se la confía al esciro Odoacro. El padre de Odoacro había sido un viejo conocido de Orestes en la corte de Atila. Su nombre era Edeco. Entre los hunos desempeñaba Edeco un importante cargo militar (JUAN DE ANTIOQUÍA, frag. 209 y PRISCO, *Excerpta de legationibus* 5). (...) Su hijo Odoacro entra al servicio del ejército del Imperio Romano de Occidente en 470 (PROCOPIO DE CESAREA, *Guerra Gótica* V 1). Este personaje acepta el plan de Orestes pero en contrapartida exige un tercio de la península Italiana (PRISCO, *loc. cit.*). La negativa del patricio provoca el inicio de una guerra entre Odoacro y Orestes. El segundo articula su resistencia en torno a las ciudades fortificadas de Pavía y Rávena que defienden él mismo y su hermano Pablo. Orestes adopta aquella táctica teniendo en mientes el habitual desconocimiento bárbaro de la poliorcética. De nada le sirve. Odoacro lleva zapadores entre sus hombres quienes conquistan Pavía y Rávena en el breve plazo de dos semanas (finales de agosto y comienzos de septiembre de 476). Orestes y Pablo fallecen en la contienda».

[9] Preferimos aquí mantener todavía la traducción del término *doryphórous* por «guardias de corps», para recordar que se trata de una especie de «guardaespaldas» del emperador. De todas formas, este término junto con *hypaspistaí*, ambos de muy frecuente aparición en el texto procopiano, serán traducidos respectivamente por «lanceros» y «escuderos» a lo largo de los libros V y VI. Para una explicación más detallada sobre estos dos términos de la lengua militar, cf. VII 1, 18 y, en especial, la nota 15.

[10] El 23 de julio de 476 d.C.

8 ciudadano particular[11]. Tras entregar la tercera parte de los territorios a los bárbaros, con lo que afianzó su amistad con ellos, ejerció el poder supremo durante diez años[12].

9 Fue en torno a esta época cuando los godos, que estaban viviendo en Tracia con el permiso del emperador, se levantaron en armas contra los romanos bajo el liderazgo de Teodorico[13], varón de clase patricia que había sido cónsul en Bizan-

---

[11] Para el profesor G. Fernández (*ibid.*, pág. 328), Odoacro no quiso eliminar al emperador Rómulo por una triple motivación: no considerarlo peligro en absoluto, su propio deseo de congraciarse con la aristocracia italiana y «el anhelo de mostrar un aspecto misericordioso en la Península y Constantinopla que recordase la *clementia Caesaris*. Se limita a conceder a Rómulo y sus parientes una renta de 6000 piezas de oro y a otorgar al emperador depuesto un extenso latifundio en Campania, entre Nápoles y Puzzuoli, conocido por *Castellum Luculi* en memoria de su primer propietario. Al tiempo el esciro envía las insignias imperiales a Constantinopla aceptando la reunificación del Imperio en el nuevo augusto oriental Zenón (Malco, *Exc. Leg.* 3)». Como sigue apuntando el profesor Fernández, de Rómulo sólo se sabe que se casó con una dama noble napolitana llamada Bárbara, que los nuevos esposos dedicaron parte de su inmenso latifundio a erigir un monasterio que albergaría la tumba de san Severino de Nórico, cuyas reliquias habían llegado a su poder gracias a su amistad con el papa Gelasio y que, finalmente, si seguimos a Casiodoro, Rómulo Augústulo, último emperador de Occidente, debió de morir en la década 520-530 d. C.

[12] Odoacro se alió con los visigodos establecidos en la Galia, iniciando un gobierno independiente *(tyrannís)* largo y pacífico sobre Italia. Sin embargo, desde el año 487 Zenón optó por romper con él y envió para derrocarle a otros pueblos germánicos: primero los rujos o rugios —a los cuales venció— y luego los ostrogodos; estos últimos, con su rey Teodorico a la cabeza, lo derrotaron y encerraron en Rávena en el 489, hasta que Odoacro terminó por rendirse a él en el 493, por lo que Teodorico se adueñó de Italia tras dar muerte al usurpador ese mismo año. Por tanto, el gobierno de Odoacro duró exactamente diecisiete años (476-493 d. C.).

[13] Para una información detallada sobre la biografía de Flavio Teodorico el Grande, véase nota 159 a nuestra traducción del libro III de las *Guerras*. Asimismo recomendamos consultar nuestra nota 128 (al libro III también) para recordar las circunstancias personales y las motivaciones que impulsaron al emperador Zenón a aconsejar a Teodorico que intentara hacerse con el Imperio de Occidente, como seguidamente nos va a referir Procopio.

cio. Pero el emperador Zenón, que sabía cómo sacar provecho 10
de cualquier circunstancia en que estuviera envuelto, aconse-
jó a Teodorico que se dirigiera a Italia, que le declarara la gue-
rra a Odoacro y ganara para sí mismo y para los godos el
Imperio de Occidente. Pues era mejor para él —decía—, es- 11
pecialmente después de haber alcanzado la dignidad senato-
rial, echar por la fuerza al usurpador y gobernar sobre la tota-
lidad de romanos e italianos que lanzarse a un riesgo tan
grande luchando abiertamente contra el emperador.

Entonces Teodorico, encantado con la sugerencia, llegó has- 12
ta Italia. Le seguía el ejército de los godos, que habían subido a
los carros a las mujeres, los niños y cuantos enseres eran capaces
de llevar. Una vez que llegaron cerca del golfo Jónico[14], no en- 13
contraron la manera de cruzarlo, ya que ellos mismos no dispo-
nían de naves. Por tanto realizaron el recorrido completo alrede-
dor del golfo a través del territorio de los taulantios[15] y de los
demás pueblos de la región. Aquí las fuerzas de Odoacro se en- 14
contraron con ellos, pero, tras ser derrotados por éstos en nume-
rosas batallas, se encerraron con su líder en Rávena y en las pla-
zas fuertes más sólidas que encontraron. Los godos pusieron sitio 15
a las demás plazas y las tomaron todas entonces, cada una según
convenía, pero no fueron capaces de capturar ni por rendición ni
a la fuerza la fortaleza de Césena[16], que está a una distancia de
trescientos estadios de Rávena, ni la propia Rávena, donde pre-

[14] Recordemos una vez más que el llamado por Procopio a lo largo de toda la obra golfo Jónico se corresponde con el mar Adriático.

[15] Para la localización exacta del territorio habitado en la antigüedad por este pueblo de origen ilirio, véase nota 36 al libro III. Recordemos asimismo que Vitrubio nos indica que las tierras de los taulantios se encontraban sujetas a Pirro, el rey del Epiro y, sobre todo, que el nombre de este pueblo siempre estuvo unido hasta la Edad Media a la región que rodea a la ciudad albanesa de Durrës.

[16] La ciudad actualmente del mismo nombre. Recordemos que, para Procopio, el valor aproximado del estadio es de 180 m., lo cual significaría que

16 cisamente estaba a la sazón Odoacro[17]. Pues esta ciudad de Rávena[18] está situada en una planicie llana en el extremo del golfo Jónico, y le faltan sólo dos estadios para estar en el mar. Es evi-
17 dente que no es de fácil acceso ni para los barcos ni para un ejército de tierra, ya que los barcos no pueden de ninguna manera llegar a la costa por allí, porque el propio mar lo impide con los escollos que se forman a lo largo de no menos de treinta estadios. En consecuencia, aun cuando la playa parece cercana a la vista de los marineros, la realidad es que queda muy lejos, debido a la
18 extensión de agua con escollos. Y para un ejército de tierra el acceso es imposible, pues el río Po, también llamado Erídano[19], pa-

la distancia entre Césena y Rávena es de 54 km. Césena está situada en la actual provincia de Forli, a orillas del río Savio y a muy poca distancia del mar Adriático. En la antigüedad pertenecía a la Galia Cispadana, al sur de la región en concreto, al noroeste de Ariminum y bien comunicada por la vía Emilia.

[17] Cf. Nota 12.

[18] La ciudad de Rávena, en efecto, como nos va a explicar detalladamente Procopio, se encuentra en una llanura del antiguo delta del río Po, cerca de la confluencia de los ríos llamados en la actualidad Montone y Ronco, y a poca distancia del mar Adriático (el golfo Jónico de Procopio) con el que se halla en comunicación a través del canal Corsini. Desde la antigüedad es la ciudad más importante de la provincia Emilia. Ya durante el mandato de Augusto fue una importante base naval y fue Honorio el que la eligió en 402 d. C. sede de los emperadores de Occidente. Como ya hemos comentado, Odoacro se instaló en ella pero tras un largo asedio cayó en manos de Teodorico, que la convirtió en capital. Tras ser tomada de nuevo por Belisario (cf. VI 29, 30 ss.), se convertiría en sede de la prefectura italiana y, después de la invasión lombarda de 568 d. C., en capital del exarcado de Rávena. Entre sus numerosos monumentos destacan el mausoleo de Gala Placidia, emperatriz romana, mandado construir por ella misma hacia mediados del s. v, y la iglesia de san Vital (532-547), consagrada en el año 547 por el arzobispo san Maximiano, en cuyo interior se conservan numerosos e importantes mosaicos, entre los que figura el denominado *Justiniano emperador con Maximiano.*

[19] Erídano, siguiendo a P. Grimal, es el nombre de un río mítico, hijo de Océano y Tetis. Las tradiciones varían en lo referente a su localización, pero se le considera generalmente un río de Occidente. Figura en la leyenda de Heracles, si bien es destacable su presencia en el viaje de los Argonautas, dado que, por sus aguas, la nave Argo llegó hasta el país de los

sa por allí desde las fronteras celtas[20], y otros ríos navegables
con algunos estanques circundan por todas partes la ciudad y
hacen que esté totalmente rodeada de agua. En ese lugar su- 19
cede un espectáculo maravilloso todos los días: por la maña-
na temprano el mar forma una especie de río y recorre hasta
el interior de la tierra la distancia de un día para un viajero ex-
pedito y se hace navegable ya en medio de la tierra firme; des-
pués, a la caída de la tarde, se retira de nuevo deshaciendo el
estuario y lleva la corriente de vuelta hacia sí mismo[21]. Así 20
pues, todos cuantos tienen que transportar provisiones al inte-
rior de la ciudad o llevárselas fuera, ya sea con fines comer-
ciales o por cualquier otra causa, depositan sus cargamentos
en los barcos y los arrastran abajo hasta el lugar donde suele
formarse el brazo de mar y allí aguardan el flujo de agua.
Cuando llega, los barcos se van elevando poco a poco sobre 21
la tierra firme hasta que flotan y entonces los marineros de a
bordo se ponen manos a la obra y comienzan a navegar por
mar. Este fenómeno no sólo se produce allí; también sucede 22
de manera regular a lo largo de toda esa costa hasta la ciudad

celtas y el mar Adriático. Cuando la geografía se fue precisando, GRIMAL nos dice que unas veces se identificó con el Ródano y otras, como aquí, con el Po.

[20] Escogemos aquí, siguiendo a DEWING, la lectura *horíōn* en lugar de *oréōn* («montes, montañas»), si bien en VIII 5, 30, DEWING prefiere la segunda lectura al referirse al nacimiento del río Istro (equivaliendo, por tanto, a los Alpes). Recordemos asimismo que la Galia Céltica era una de las cuatro partes en las que se dividía la Galia Transalpina, y que estaba comprendida entre los ríos Sena y Marne, los Vosgos, el Rin, la cordillera de los Alpes, el río Ródano, las Cevenas, el Garona y, finalmente, el océano Atlántico. Augusto la redujo a la condición de provincia especial con la denominación de *Lionesa*, haciendo abstracción del territorio comprendido entre el Garona y el Loira, que fue incorporado a Aquitania.

[21] Como bien indica DEWING en nota *ad loc.*, Procopio quiere decir que por la mañana se forma un estuario, una especie de brazo de mar *(pórthmōs)*, debido a la subida de la marea, en tanto que por la tarde, al bajar aquélla, este terreno bajo se vacía de agua nuevamente.

23 de Aquilea[22]. Ahora bien, este espectáculo no se produce de la misma forma en todas las ocasiones, sino que, cuando la luz de la luna brilla débilmente, el agua del mar no entra con la misma energía, sino que es desde el cuarto creciente hasta el menguante cuando el flujo de agua tiende de forma natural a ser más fuerte[23]. Sea, pues, suficiente lo explicado respecto a este asunto.

24 Sin embargo, tres años después de que los godos y Teodorico comenzaran el sitio de Rávena[24], los godos estaban ya cansados del asedio y los partidarios de Odoacro, presionados por la escasez de provisiones, llegaron a un acuerdo entre sí gracias a la mediación del sacerdote de Rávena por el que Teodorico y Odoacro residirían en Rávena en términos de to-
25 tal igualdad de condiciones. Y, efectivamente, durante un tiempo ambos cumplieron lo acordado, pero, posteriormente, Teodorico cogió prisionero a Odoacro, según dicen, por medio de una conspiración contra él, y después de invitarlo a una fiesta con traicioneras intenciones, le dio muerte[25]. De este modo se ganó el favor de todos los bárbaros enemigos que tuvieron la suerte de sobrevivir, y él mismo se aseguró el mando

---

[22] Aquilea o Aquileya, la ciudad italiana perteneciente a la región de Venecia, en la llanura del Po, también a orillas del mar Adriático, colonia latina fundada en el año 181 a. C. y que fue un importante centro comercial, del que partió la ruta del comercio mediterráneo hacia el Danubio. En el Bajo Imperio fue residencia imperial. Fue destruida por Atila en el año 452 y sus habitantes se refugiaron en las islas de la futura Venecia (cf. *Procopio, Bell.* III 4, 30 ss., y notas 94 y 98 a nuestra traducción). [23] Es bien conocida la estrecha relación de las mareas con las fases lunares. Literalmente: «Desde el primer cuarto o media luna *(dichótomon)* hasta el segundo».

[24] Año 493 d. C. Véase nota 12.

[25] En este mismo año (493) Odoacro se mostró de acuerdo en admitir a los ostrogodos en Rávena bajo la condición de que Teodorico y él gobernaran Italia de forma conjunta, como Procopio nos indica, tratado que fue incluso confirmado por medio de juramentos; sin embargo, a los pocos días, el 5 de marzo de ese mismo año, en el curso de un banquete, parece ser que Odoacro fue asesinado a puñaladas o bien a manos del propio Teodorico o por obra de otra persona que obedecía las órdenes de éste.

sobre los godos y los italianos. Aunque no reclamó el derecho 26
a asumir ni la indumentaria ni el título de emperador de los romanos, sin embargo se le siguió llamando «*rex*»[26] hasta el fin de sus días, y es que así acostumbran los bárbaros a llamar a sus líderes. No obstante, en el gobierno de sus súbditos propios se invistió de todas cuantas atribuciones corresponden propiamente a un emperador de nacimiento. Así, fue extraordinaria- 27
mente cuidadoso en la administración de la justicia y guardó firmemente las leyes; además, vigiló cuidadosamente el territorio y lo mantuvo a salvo de los vecinos bárbaros y siempre actuó de la manera más discreta y valiente posible. Personalmente apenas si cometió un solo acto de injusticia contra 28
sus súbditos, ni tampoco permitió que ninguna otra persona emprendiera una acción de este tipo, con la única excepción, claro está, de los godos, que se repartieron entre ellos las tierras que Odoacro había concedido precisamente a sus propios partidarios. Aun cuando Teodorico era de nombre un usurpa- 29
dor, de hecho fue un verdadero emperador, en absoluto inferior a ninguno de los que han sido bien valorados en este cargo desde el principio. Además, el afecto hacia él tanto entre los godos como entre los italianos llegó a un punto culminante, aunque esto es contrario al modo de ser típico de los hombres, pues siendo siempre diferentes en todos los estados las prefe- 30
rencias humanas, sucede que quien está en el poder satisface por el momento sólo a las personas a quienes agradan los actos que lleva a cabo, pero disgusta, por el contrario, a aquellos

[26] El título de *rex* indica generalmente entre los bárbaros que se trata de un caudillo o líder que mantiene una posición inferior, claramente subordinada a la del *basileús* o *imperator*, es decir, al emperador. Así, por ejemplo, podemos comprobarlo en VI 14, 38, donde Procopio nos cuenta cómo los hérulos dan muerte a un tal Oco, su *rex*, sin alegar otra razón que el deseo que sentían en esos momentos de no tener que obedecer más las órdenes de ningún soberano: en definitiva, querían encontrarse *abasíleutoi*, como literalmente nos dice nuestro autor.

de cuya manera de pensar se aparta completamente.
31 Teodorico, sin embargo, murió tras haber reinado durante treinta y siete años y no sólo fue temible para todos sus enemigos, sino que también dejó entre sus súbditos un fuerte sentimiento de desamparo ante su pérdida[27]. Su muerte sucedió de este modo.

32 Símaco y su yerno Boecio[28] eran varones de noble y ran-

[27] Retrato laudatorio de Teodorico, que entronca claramente con la tradición de la mayor parte de los historiadores griegos y romanos. De todas formas, no le falta razón a Procopio en la mayoría de sus afirmaciones. Teodorico se mostró siempre como un gobernante prudente y logró, entre otras cosas, la reconciliación de las iglesias romana y griega; asimismo, fue siempre un admirador de la civilización romana que acantonó a su pueblo al norte del río Po e hizo de Rávena la brillante capital de un estado que pretendió ser el heredero del Imperio de Occidente, tratando de dominar los reinos bárbaros occidentales, en primer lugar, a través de una hábil política matrimonial y, más tarde, por medio de campañas militares, con las que logró arrebatar a los francos la Provenza (508-509) y el sector situado entre el Davance y el Drôme a los borgoñones o burguciones (523). Durante su reinado, Teodorico siempre tuvo como objetivo constituir y acaudillar un sistema de alianzas de los pueblos germánicos para luchar contra Bizancio y lo llevó a cabo mediante enlaces matrimoniales interdinásticos; sin embargo, el reino franco se opuso a sus proyectos con el apoyo de los bizantinos, que veían con malos ojos su creciente poderío y expansionismo.

[28] Boecio y su suegro Símaco pagaron con su vida, como seguidamente nos contará Procopio, la oposición del senado a la política del rey Teodorico. Anicio Manlio Torcuato Severino Boecio, nacido en Roma en torno al 475 d.C., es el famoso filósofo, estadista y poeta, autor de la obra *De consolatione philosophiae*, que debió de ser compuesta durante el período en que fue encarcelado por el rey, un texto escrito en prosa y verso que quedó inconcluso. En el año 510 obtuvo la dignidad consular y a él debieron los romanos que se apaciguara en cierta medida la opresión de los invasores. Defendió a Albino, acusado de estar en connivencia con el emperador de Oriente, probable razón por la que terminó perdiendo la confianza del rey, que ordenaría su encarcelamiento al considerarlo un traidor. El *De consolatione philosophiae* fue un libro que alcanzó una gran celebridad durante la Edad Media, en el cual trata del ser y la naturaleza de Dios, del origen del universo y del libre albedrío, mostrando una clara influencia tanto de Séneca como de Proclo. Fue considerado un santo mártir al haber sido condenado a muerte por el arriano Teodorico y su memoria fue venerada desde el s. VII en adelante.

cio abolengo y tanto el uno como el otro habían sido miembros destacados del Senado romano[29] y cónsules. Sin embar- 33
go, ambos se dedicaron a la filosofía, se preocuparon por el cumplimiento de la justicia en mayor medida que nadie y aliviaron la falta de recursos de muchos ciudadanos y extranjeros con grandes sumas de dinero, por lo que su fama creció hasta el punto de provocar la envidia entre los hombres más abominables. Fueron tales personas precisamente quienes los 34
difamaron y Teodorico, dando crédito a tales calumnias, mandó ejecutar a los dos hombres acusándolos de conspiración e hizo que sus propiedades fueran confiscadas y pasaran al tesoro público. Unos días después, sin embargo, mientras 35
se encontraba cenando, sus sirvientes le presentaron la cabeza de un pez de gran tamaño, pero a Teodorico le pareció que era la cabeza de Símaco, al que acababan de degollar. En 36
efecto, con los dientes clavados en el labio inferior y los ojos dirigidos hacia él con una mirada espantosa y propia de un loco, presentaba muy claramente la apariencia de una persona amenazándole. Quedó tan impresionado por lo extraordi- 37
nario del prodigio y con tal temblor que se retiró corriendo a sus aposentos y, tras ordenar que le colocaran encima varios cobertores, se quedó inmóvil[30]. Posteriormente, sin embargo, 38

[29] Estamos con DEWING (nota *ad loc.*) en que este *próto boulês* parece una clara reminiscencia de la figura del *princeps senatus* de la Roma republicana, el primero de los senadores inscritos en el *Album* o lista establecida por los censores y que votaba en primer lugar después de los magistrados.

[30] Típico episodio de carácter «prodigioso» muy del gusto de nuestro autor, que nuevamente entronca con la tradición historiográfica griega y que cumple, evidentemente, la función de aligerar la lectura de la obra. De todas formas, un episodio de este tipo hay que reconocer que no sería extraño en una persona de edad avanzada —Teodorico murió a los 72 años— y que había vivido un buen número de situaciones de riesgo y complicadas. Otro tema recurrente que vuelve a aparecer es el del poderoso que presta oídos a las calumnias de sus acólitos sin pararse a comprobar la veracidad de las acusaciones.

reveló a su médico Elpidio todo cuanto había sucedido y se lamentó del error que había cometido con Símaco y
39 con Boecio. Pues bien, no mucho después de haber deplorado y sentido un gran dolor por el desgraciado suceso murió[31], y fue éste el primer y último acto de injusticia que cometió contra sus súbditos, a causa de no haber investigado en profundidad, como acostumbraba a hacer, antes de pronunciar una sentencia en torno a esos dos hombres.

2 Tras su muerte, heredó el trono Atalarico[32], el hijo de la hija de Teodorico, que había cumplido la edad de ocho años
2 y al que criaba su madre Amalasunta[33], puesto que su padre[34] ya había desaparecido de entre los hombres. No mucho tiempo después, Justiniano accedió al trono imperial en
3 Bizancio[35]. Entonces Amalasunta, como tutora de su hijo,

[31] En el 526 d. C.

[32] Para más amplia información sobre Atalarico, el nieto de Teodorico, cf. nota 227 a nuestra traducción del libro III.

[33] También cf. nota 227. Amalasunta, la hija de Teodorico el Grande, va a ejercer de regente de su hijo Atalarico, de ocho años de edad. A la muerte de su hijo siguió ejerciendo el poder en el sur de Italia al casarse con su primo Teodato que, en principio, era el rey. Sin embargo, como más adelante veremos, Teodato va a considerar insoportable la autoridad de su esposa y terminará mandándola asesinar en el año 535. Pues bien, recordemos la importancia de este hecho, dado que este crimen servirá como pretexto para la intervención militar bizantina, que se saldará con la conquista del sur de Italia por parte del emperador Justiniano a pesar de la desesperada resistencia del rey Totila, que acabará muriendo en el año 552.

[34] Eutarico Ciliga, muerto en 522 d. C.

[35] Justiniano se convierte en emperador exactamente el 1 de abril del año 527, junto a su tío Justino, para pasar a reinar ya en solitario a partir del 1 de agosto del mismo año, después de la muerte de Justino. Se mantuvo al frente del Imperio Oriental hasta el 14 de noviembre del 565, fecha de su muerte. Recordemos que Justiniano nació, al parecer, el 11 de mayo del año

ejercía el poder demostrando, por una parte, estar dotada de
un muy alto nivel de discreción y sentido de la justicia y des-
plegando, por otra, en grado sumo un carácter propio de va-
rón. En el tiempo durante el cual se ocupó del poder, no in- 4
fligió castigo alguno a ningún romano ni sobre su persona ni
imponiéndole una multa. Además, no consintió que los go- 5
dos dieran rienda suelta a sus locos deseos de cometer abu-
sos contra los romanos e incluso devolvió a los hijos de
Símaco y Boecio las propiedades de sus padres. Ciertamente 6
Amalasunta quería que su hijo llegara a parecerse a los prín-
cipes romanos tanto en forma de vida como en costumbres,
y por ello lo obligaba a acudir a la escuela de un profesor de
letras[36]. Escogió para tal cometido a tres de los ancianos go- 7
dos, aquellos que, segun sabía, eran los más discretos y refi-
nados de todos, y les pidió que vivieran con Atalarico, peti-
ción que no fue del agrado de los godos, pues, debido a que 8
deseaban cometer abusos contra sus súbditos, preferían ser
gobernados más a la manera bárbara. Un día su madre encon- 9
tró al niño haciendo alguna travesura en su cuarto y lo casti-
gó; entonces él salió de allí bañado en lágrimas en dirección
a los aposentos de los hombres. Unos godos que se toparon 10
con él lo consideraron un acto indigno y acusaron con insis-
tencia a Amalasunta de que deseaba hacer desaparecer al ni-
ño de entre los hombres lo más rápidamente posible para po-
der casarse con un segundo marido y de esta forma gobernar
con él sobre godos e italianos. Tras una reunión de cuantos 11

483, aun cuando este dato es todavía objeto de controversia entre los estudiosos. Su lugar de nacimiento fue la ciudad de Tauresium, en el distrito de Bederiana, en Dardania, donde posteriormente habría de edificar la espléndida ciudad de Justiniana, en el mismo lugar en el que hoy día se localiza la moderna ciudad búlgara de Köstendil.

[36] *Grammatistés:* el encargado de enseñar *grámmata*, letras; una especie de maestro de enseñanza elemental.

notables había entre ellos, llegaron a presencia de Amalasunta y le reprocharon que su rey no estaba siendo educado correctamente ni desde su punto de vista ni según a él mismo le con-
12 venía. Según ellos, las letras estaban muy alejadas de la hombría y las enseñanzas de hombres de edad avanzada terminan desembocando en la mayoría de los casos en un ánimo cobar-
13 de y sumiso[37]. En consecuencia, aquel que ha de mostrarse osado en cualquier actividad y alcanzar renombre tiene que liberarse de la pusilanimidad que emana de los maestros y de-
14 dicarse a la práctica de las armas. Añadían además que Teodorico no habría permitido jamás que ninguno de los go-
15 dos enviase a sus hijos a la escuela, pues él les decía a todos que si alguna vez les sobreviniera el temor al látigo, no tendrían jamás la decisión suficiente para menospreciar la espa-
16 da o la lanza. Los godos le pedían a ella, como acto de justicia, que pensara que su padre Teodorico, antes de morir, se había hecho dueño de todo ese territorio, un reino que no le pertenecía a él por derecho alguno, por más que él no había
17 recibido ni una sola lección de letras. «Por tanto, señora —le decían— despide ahora a estos preceptores y proporciónale a Atalarico compañeros de su edad, que compartan con él la juventud y lo motiven para alcanzar ese grado de excelencia que va de acuerdo con la costumbre de los bárbaros.»

18 Cuando Amalasunta escuchó estas palabras, aunque no las aprobaba, por temor a una conspiración por parte de estos hombres, les hizo entender que eran de su agrado y les ase-
19 guró que haría todo cuanto le solicitaban. Cuando los ancia-

[37] Un tópico ya en esta época, como vemos, en especial entre los pueblos bárbaros: la preparación y la cultura, proporcionadas por personas de avanzada edad, como un elemento que inculca pasividad en los individuos, frente a la energía pura característica de los hombres jóvenes y sin cultivar. Sin embargo, los godos precisamente, dentro del conjunto de pueblos germánicos, fueron de los más evolucionados desde el punto de vista cultural (cf. notas 30 y 31 de nuestra traducción del libro III).

nos dejaron de educar a Atalarico, se le unieron varios mu-
chachos para compartir su vida diaria. Esos chicos, aunque
todavía no eran mayores de edad, sino que le aventajaban en
unos pocos años, tan pronto como él se hizo mayor en edad,
le incitaron a la bebida y al trato carnal con mujeres, de mo-
do que lo convirtieron en un joven extraordinariamente de-
pravado y bastante desobediente a los consejos de su madre
a causa de su necedad. Hasta tal punto fue así que en ningún 20
momento consideró conveniente abogar por su causa, por
más que la conjura de los bárbaros contra ella era manifiesta
e incluso se la conminaba sin tapujos a abandonar el palacio.
Sin embargo, Amalasunta no se atemorizó por la conspira- 21
ción de los godos, ni tampoco, aun siendo mujer como era,
mostró ninguna debilidad, sino que, por el contrario, con la
dignidad propia de una reina, escogió a los tres hombres más
notables de los bárbaros, que al mismo tiempo eran los ma-
yores responsables de la conspiración contra ella, y les orde-
nó marchar a los límites de Italia, pero no juntos, sino lo más
apartados posible unos de los otros, aparentemente con la mi-
sión de proteger el territorio contra las incursiones de los
enemigos. Sin embargo, esos hombres, gracias a sus amigos 22
y parientes —pues todos estos seguían todavía estando en
contacto con ellos, e incluso recorrían un largo camino para
ir a su encuentro—, no dejaron en ningún momento de pre-
parar los detalles de la conspiración contra Amalasunta.

Ella, viéndose ya incapaz de soportar por más tiempo la
situación, ideó el siguiente plan: envió una embajada a 23
Bizancio para preguntar al emperador Justiniano si era su de-
seo que Amalasunta, la hija de Teodorico, acudiera a su lado,
pues quería salir de Italia lo más rápidamente posible. Por su 24
parte, el emperador, encantado con la propuesta, le pidió a la
mujer que viniera y dio órdenes de que se le preparara la me-
jor de las casas de Epidamno, a fin de que, cuando
Amalasunta llegara, se pudiera alojar en ella y, tras haber pa-

sado el tiempo que quisiese, se trasladara entonces a Bi-
25 zancio. En cuanto Amalasunta se enteró de esto, escogió a varios godos, hombres enérgicos y especialmente bien dispuestos hacia ella, y los envió para que dieran muerte a los tres antes mencionados, comoquiera que eran los máximos
26 responsables de la conspiración. Por su parte, ella depositó en un solo barco, entre otros bienes, cuatrocientos centenarios[38] de oro, hizo que embarcaran en él algunos de sus hombres más leales y ordenó poner rumbo a Epidamno[39]. Llegados allí, echarían el ancla en el puerto de dicha ciudad, pero no descargarían de la nave ni uno solo de los fardos has-
27 ta que ella no diera la orden de hacerlo. Actuó así porque, si se enteraba de que los tres conspiradores habían muerto, podría permanecer allí y enviar de vuelta el barco, sin nada que temer ya de sus enemigos; en cambio, si alguno de ellos seguía con vida, no le quedaría ya ninguna buena esperanza y podría hacerse a la mar a toda velocidad y conseguir seguridad para ella y para sus posesiones en la tierra del empera-
28 dor. Con tal propósito envió Amalasunta el barco rumbo a Epidamno y, una vez que arribó al puerto de la ciudad, los
29 que tenían el dinero ejecutaron sus órdenes. Mas poco después, sin embargo, Amalasunta, una vez consumados los ase-

[38] Cuarenta mil libras de oro. «Centenario» era el nombre que se le daba al peso de cien libras y, como la libra pesa exactamente 327 gramos y medio, serían exactamente 13.100.000 gr. de oro (cf. I 22, 4, y III 6, 2, y las notas correspondientes).

[39] O Dirraquio. Recordemos que era la ciudad que en Europa marcaba la frontera entre los Imperios Occidental y Oriental. Dyrrachium fue la capital del reino de los Taulantios en Iliria, al norte del promontorio de Petra; fue fundada por una colonia de habitantes de la isla de Corcira en el 625 a. C. El nombre de Epidamno fue cambiado por el de Dirraquio, según diferentes autores, debido al siniestro significado de la antigua denominación (quizá «la sometida, la sojuzgada»). La diosa Venus era especialmente venerada en esta ciudad. Hoy día Durrës o Durazzo.

sinatos según sus órdenes, envió de vuelta el barco y permaneció en Rávena para consolidar su poder[40].

3 Había entre los godos un hombre llamado Teodato[41], hijo de Amalafrida, la hermana de Teodorico, que había llegado ya a una cierta madurez de edad. Estaba versado en letras latinas y en las enseñanzas de Platón, pero carecía totalmente de experiencia en los asuntos de la guerra y se había mantenido alejado de la vida activa, aun cuando tenía una extraordinaria afición al dinero. Este Teodato se había apoderado de 2
la mayor parte de los territorios de Toscana y, a través de métodos violentos, ponía todo su empeño en arrebatarles el resto de terrenos a sus dueños, ya que tener vecinos le parecía a Teodato una especie de desgracia. Amalasunta se apresuraba 3
a refrenar ese deseo suyo y, por esa razón, Teodato estaba siempre molesto y disgustado con ella. Por ello trazó un plan: 4
entregaría la Toscana al emperador Justiniano y él pasaría el resto de su vida en Bizancio tras obtener de él una gran suma de dinero y, sobre todo, la dignidad senatorial. Después de 5
que Teodato ideara el plan, llegaron dos enviados desde Bizancio a presencia del sumo sacerdote de Roma, Hipacio, el sacerdote de Éfeso, y Demetrio, de Filipos en Macedonia, que estaban en duda sobre un dogma de fe, que es un asunto sobre el que discuten los cristianos entre sí. En relación a los 6
motivos de controversia, aunque los conozco bien, no haré ninguna mención, pues considero que investigar la naturaleza de Dios, intentando averiguar de qué clase puede ser, es

[40] Debido a su política favorable a los romanos, Amalasunta hubo de sufrir la hostilidad de ciertos notables entre los godos, lo cual, como hemos visto, la forzó a ordenar la ejecución de tres de los conspiradores más destacados, concretamente en el año 532.

[41] Para Teodato, el sobrino de Teodorico y, por tanto, primo de Amalasunta, cf. IV 14, 1, y, sobre todo, nota 107.

7 una especie de insensatez, ya que si el hombre —pienso yo— no puede llegar a comprender con exactitud los asuntos humanos, no digamos lo referente a la naturaleza de Dios. En lo que a mí respecta, por lo tanto, mantendré un discreto silencio sobre esto con la única intención de que no se pongan en
8 duda tan respetables creencias. Pues, por mi parte, lo único que podría decir acerca de Dios es que Él es perfectamente
9 bueno y que tiene en Su poder todas las cosas. Pero que cada cual hable, sin embargo, según sepa en torno a estas cuestiones, tanto el sacerdote como el seglar[42]. Por su parte Teodato, tras una reunión en secreto con estos enviados, les dio la orden de que comunicaran al emperador Justiniano cuanto él había decidido, explicándoles todo lo que acabo de referir.

10 Mas a la sazón Atalarico, que se encontraba continuamente en un estado de embriaguez que sobrepasaba todos los lí-
11 mites, contrajo una devastadora enfermedad, que sumió a Amalasunta en un estado de perplejidad, ya que, por una parte, no podía confiar en la lealtad de su hijo, que había llegado a tal extremo de depravación; por otra, estaba convencida de que si Atalarico desaparecía de entre los hombres, en adelante su vida no estaría segura, porque se había enfrentado
12 con los más notables de los godos. Por este motivo precisamente, deseaba entregar el gobierno de los godos y de los ita-
13 lianos al emperador Justiniano y así poder salvarse. Daba la casualidad de que Alejandro, un miembro del senado, había
14 llegado a Rávena con Demetrio e Hipacio. Cuando el emperador se enteró de que el barco de Amalasunta estaba anclado en el puerto de Epidamno, pero que ella se demoraba todavía a pesar del tiempo que había transcurrido, envió a

---

42 Inciso de carácter religioso en la narración, muy del gusto de Procopio, pues, aunque afirma que no va a hablar del tema, lo cierto es que lo hace, demostrando a las claras que la religión es un asunto que, sin duda alguna, le preocupa.

Alejandro con la misión de investigar en profundidad todo lo referente a Amalasunta para que le informara de ello; sin em- 15
bargo se decía que el emperador había mandado a Alejandro como embajador porque se encontraba enormemente molesto por los sucesos acaecidos en Lilibeo —los que precisamente fueron relatados en el libro anterior[43]— y porque diez hunos del ejército que se encontraba en Libia se habían escapado y habían llegado a la Campania, y Uliaris, que estaba al mando de Nápoles, los había recibido con el beneplácito de Amalasunta, y también porque los godos, en la guerra contra los gépidas[44] que viven en torno a Sirmio[45], habían tratado como enemiga la ciudad de Graciana, que se encuentra situada en la parte extrema del territorio de los ilirios. El empera- 16
dor, después de escribir una carta a Amalasunta con todas estas reclamaciones, mandó como emisario a Alejandro.

Cuando éste llegó a Roma, dejó allí a los sacerdotes ocupados con los asuntos por los que habían venido y él, por su parte, siguió el viaje hasta Rávena y, en cuanto llegó a presencia de Amalasunta, la informó en secreto del mensaje del emperador y abiertamente le puso la carta en sus manos. El 17
contenido de la carta era el siguiente: «La fortaleza de Lilibeo, que es nuestra, aún la mantienes tras haberla tomado por la fuerza y, después de haber acogido a unos desertores bárbaros que son esclavos míos, todavía no te has decidido a devolvérmelos. Además, Graciana, una ciudad mía, ha recibido tus ultrajes, lo cual no te corresponde a ti en modo alguno. En consecuencia ha llegado el momento de que con- 18
sideres qué día pondrás fin a estos asuntos». Cuando ella re- 19

---

[43] Cf. IV 5, 11 ss. y nota 33.

[44] Los gépidas o gépedes, pueblo germánico que, tras unirse a los hunos de Atila, invadieron con ellos el occidente de Europa durante el s. V y que, al ser vencidos por los ostrogodos, terminaron fundiéndose con ellos; cf. III 2, 2, 6.

[45] En las cercanías de la actual Mitrowitz.

cibió y leyó esta carta, respondió en los siguientes términos:
«Es razonable que un emperador que es grande y que se atri-
buye a sí mismo la virtud ayude a un niño huérfano y que no
comprende nada de lo que está sucediendo en lugar de entrar
20 en desavenencias con él sin ningún motivo, pues tampoco un
combate, a menos que se produzca en igualdad de condicio-
21 nes, trae como resultado una victoria honrosa. Tú, sin embar-
go, amenazas a Atalarico a causa de Lilibeo, de los diez fu-
gitivos y de un error cometido por unos soldados al marchar
contra sus enemigos y que, por alguna equivocación, vino a
22 afectar a una ciudad amiga. ¡No, de ningún modo! No actú-
es así, emperador, sino más bien ten presente que, cuando tú
estabas en campaña militar contra los vándalos, no sólo no te
pusimos ningún impedimento, sino que con el mayor celo te
dimos vía libre contra los enemigos. Te proporcionamos un
mercado con los productos más indispensables[46], en especial
el abundante número de caballos, gracias a los cuales princi-
23 palmente conseguiste tu victoria final sobre los enemigos. En
verdad no es solamente el hombre que ofrece una alianza mi-
litar a sus vecinos el que en justicia debería ser llamado alia-
do y amigo, sino también el que asiste en la guerra a cada per-
24 sona proporcionándole todo aquello que necesita. Considera
asimismo que en aquel momento tu flota no podía atracar al
abrigo del mar en otro puerto excepto en Sicilia, ni tampoco
seguir su travesía hasta Libia sin comprar allí las provisiones.
25 En consecuencia, de nosotros procede el fundamento princi-
pal de tu victoria; y el que aporta la solución para las situa-
ciones difíciles merece que se le tenga en consideración a
26 causa del resultado obtenido por su ayuda. Y ¿qué podría ser
más grato para un hombre, emperador, que lograr la victoria
sobre sus enemigos? Lo cierto es que el resultado nos ha per-
judicado y no moderadamente, pues en el reparto del botín

[46] Cf. III 14, 5 y 6.

no hemos obtenido la parte del mismo que nos correspondía según dicta la costumbre de la guerra; y ahora incluso tú re- 27
clamas el derecho a arrebatarnos la plaza fuerte de Lilibeo, que pertenece a los godos desde hace tiempo[47], que además no vale ni una sola pieza de plata y que, si se hubiera dado la circunstancia de que perteneciese a tu reino desde antiguo, se la habrías concedido sin problema a Atalarico en pago de sus servicios y de la ayuda prestada en unos momentos de acuciante necesidad». Éste era el contenido de la carta que 28
Amalasunta escribió públicamente al emperador; sin embargo, ella se puso de acuerdo con él en secreto para entregarle la totalidad de Italia. Por su parte, los emisarios, que estaban 29
ya de vuelta nuevamente en Bizancio, informaron al emperador Justiniano de todas estas circunstancias: por un lado, Alejandro, de cuantas decisiones habían sido tomadas por Amalasunta; por otro, Demetrio e Hipacio, de todo lo que habían oído decir a Teodato, añadiendo además que Teodato disfrutaba de un poder considerable en Toscana, donde se había hecho dueño de la mayor parte de la región y que, en consecuencia, él estaría capacitado para llevar a efecto los acuerdos sin ninguna dificultad. Entonces el emperador, que se 30
puso muy contento ante esta situación, envió inmediatamente a Italia a Pedro, ilirio de nacimiento, pero que vivía en Tesalónica. Era Pedro uno de los oradores que ejercían su actividad en Bizancio y además un varón discreto, de carácter apacible y muy dotado por la naturaleza para persuadir a las personas.

---

[47] Recordemos que la fortaleza de Lilibeo, la actual Marsala, se encuentra situada en la costa occidental de Sicilia, isla que permaneció ocupada por los vándalos desde el año 468 y que, al parecer, cayó en poder de los godos en el 491. Según nos cuenta PROCOPIO en III 8, 13 Teodorico obsequió a su hermana Amalafrida con el promontorio de Lilibeo como uno de sus regalos de boda cuando ésta iba a casarse con el vándalo Trasamundo (véase también al respecto la nota 160 del libro III).

4 En tanto se iban desarrollando los acontecimientos tal co-
mo he explicado, un buen número de toscanos denunciaron
ante Amalasunta a Teodato, acusándole de haber actuado con
violencia contra todos los habitantes de la Toscana y de ha-
berles despojado de sus tierras sin ninguna razón, y no sólo
de las propiedades privadas, sino especialmente de las que
pertenecían a la casa imperial, es decir, aquellas a las que los
2 romanos suelen denominar *patrimonium*[48]. Esta fue pues la
causa por la que Amalasunta convocó a Teodato para llevar a
cabo una investigación y, una vez que se hizo evidente el
contenido de las acusaciones, lo obligó a devolver todo cuan-
to había tomado indebidamente y después le dio permiso pa-
3 ra marcharse. Él se ofendió enormemente por todo ello y des-
de ese momento en adelante Amalasunta se convirtió en su
enemiga. Y es que él, debido a su amor por el dinero, se en-
contraba muy molesto, ya que no iba a poder continuar enga-
ñando y obligando por la fuerza a nadie.

4 Por aquel tiempo, Atalarico, completamente arruinado
por la enfermedad, murió, tras ejercer ocho años el poder[49].
Por su parte, Amalasunta —pues estaba determinado por el
destino que le habría de ir mal[50]—, no tuvo en cuenta el ca-
rácter de Teodato ni todo cuanto ella le había hecho reciente-
mente, y supuso que, si le hacía un favor considerable, él no
5 le haría ningún mal. Así pues, le mandó llamar y, cuando se
reunieron, le engatusó con halagos. Le decía que desde hacía
tiempo sabía con certeza que su hijo moriría en poco tiempo,

---

[48] *Patrimónion* en el original. El conjunto de bienes pertenecientes, en este caso, a la familia imperial. Para mayor información sobre este tipo de bienes y otros similares, así como de los funcionarios encargados de su administración, véase nota 270 a la traducción de Signes Codoñer de la *Historia Secreta* (B. C. G. 279).

[49] Exactamente el 10 de octubre del año 534 d. C.

[50] Para la expresión *chrên gár hoi genésthai kakôs*, véase nota 212 a la traducción del libro I de las *Guerras* (B. C. G. 280).

pues había escuchado la opinión de muchos médicos y todos llegaban a idéntica conclusión; además ella misma se había dado cuenta de que el cuerpo de Atalarico se consumía sin cesar. Además, continuó, ella sabía que tanto godos como 6
italianos tenían una opinión desfavorable respecto a Teodato, pero era en él donde se hallaba la estirpe de Teodorico, por lo tanto ella tenía la pretensión de limpiarlo completamente de su mala reputación, a fin de que ésta no significase impedimento alguno en el caso de que fuera lla- 7
mado al trono. Al mismo tiempo continuó con sus explicaciones: la justicia la seguía atormentando, pues era un problema que aquellos que habían reclamado las injusticias que él había cometido vieran que no tenían ante quién quejarse por cuanto les había sucedido a ellos, sino que más bien tendrían a un enemigo como su señor. Por estas razones lo in- 8
vitaba a acceder al trono una vez que su nombre hubiese quedado limpio, pero era imprescindible, según ella, que le hiciera un solemne juramento de que ella no habría de recibir menoscabo en sus poderes cuando éste recibiera el título 9
de rey. Teodato la escuchó y prestó juramento de todas las condiciones que Amalasunta deseaba, aunque dio su consentimiento con intenciones traicioneras, al tener en su memoria todo lo que aquélla le había hecho anteriormente. De tal 10
forma, Amalasunta fue engañada tanto por su propio criterio como por los juramentos de Teodato y lo estableció en el po- 11
der. Envió a Bizancio a unos godos en embajada y se lo comunicó todo a Justiniano.

Sin embargo, Teodato, en cuanto recibió el poder supre- 12
mo[51], hizo todo lo contrario a lo que Amalasunta había esperado y a lo que él mismo había prometido. Después de haber- 13

[51] En noviembre del año 534 Amalasunta proclamó rey a Teodato en la esperanza de conservar ella misma el poder y, cómo no, su vida y también para tratar de poner freno a la ambición de poder de su primo.

se granjeado las simpatías de los parientes de los godos a los
que ella había mandado matar, que eran numerosos y hom-
bres extraordinariamente notables entre los godos, de repen-
te dio muerte a algunos de los parientes de Amalasunta y a
ella la encerró en prisión antes de que sus embajadores hu-
14 bieran llegado a Bizancio. Hay en Toscana un lago llamado
Vulsina[52], dentro del cual se alza una isla, ciertamente peque-
15 ña, pero que dispone de una sólida fortaleza. Fue allí donde
Teodato confinó a Amalasunta y donde la mantuvo encerra-
da; mas temiendo, sin embargo, haber ofendido al emperador
con esto, como efectivamente ocurría, envió a unos hombres,
miembros del senado romano, Liberio y Opilión, junto con
algunos otros con el encargo de que se sirvieran de todos sus
recursos para excusar su conducta ante el emperador y le ase-
guraran que Amalasunta no había sufrido maltrato alguno de
su parte, aun cuando ella había cometido terribles e irrepara-
16 bles actos contra él anteriormente. Personalmente Teodato le
escribió al emperador en estos términos y también obligó a
Amalasunta a hacer lo mismo totalmente en contra de su vo-
luntad.

17 Tal fue el desarrollo de los acontecimientos. Sin embargo,
el emperador ya había despachado a Pedro en una embajada
a Italia, con instrucciones de encontrarse con Teodato sin que
nadie más lo supiese y, después de que Teodato hubiese da-
do garantías por medio de un juramento de que ninguno de
los tratos a los que se llegara sería conocido públicamente,
entonces establecería con él un acuerdo firme en lo referente
18 a Toscana; además, tras encontrarse con Amalasunta en se-
creto, tenía que llegar con ella a un acuerdo respecto a la to-
talidad de Italia que debía resultar beneficioso para los dos

[52] El Bolsena. Famosísimo lago situado junto a la ciudad del mismo nombre y que tiene dos islas flotantes, Bisentina y Martana. A esta última es a la que se refiere Procopio y donde fue confinada la reina Amalasunta.

bandos. Públicamente, sin embargo, iba a negociar sobre 19
Lilibeo y los demás asuntos que he mencionado hace un momento. Y es que el emperador todavía no se había enterado de la muerte de Atalarico, de la subida al trono de Teodato,
ni de lo que le había sucedido a Amalasunta. Pedro se encon- 20
traba ya de camino cuando se topó con los enviados de Amalasunta y se vino a enterar, en primer lugar, de la subida
al trono de Teodato y, poco después, al llegar a la ciudad de 21
Aulón[53], que se encuentra situada en el golfo Jónico, se encontró allí con Liberio y Opilión y se enteró de todo lo que había sucedido y, tras dar cuenta de todo ello al emperador, permaneció en ese mismo lugar.

Cuando el emperador Justiniano se enteró de esto, conci- 22
bió el proyecto de llenar de confusión a los godos y a Teodato. En consecuencia, le escribió una carta a Amalasunta en la que le indicaba que estaba ansioso por apoyarla en todo lo posible, y al mismo tiempo le encargó a Pedro que no mantuviese en secreto este mensaje de ninguna manera, sino
que se lo revelase al propio Teodato y a todos los godos. Y, 23
una vez que los embajadores de Italia llegaron a Bizancio, todos, con una única excepción, informaron al emperador de
todo el asunto, y de entre ellos especialmente Liberio, pues 24
era él un hombre extraordinariamente íntegro y honrado que sabía mostrar preocupación por la verdad. Por el contrario,
Opilión fue el único que sostuvo con la mayor persistencia 25
que Teodato no había cometido ningún ultraje contra Amalasunta. Sin embargo, cuando Pedro llegó a Italia suce-
dió que habían dado muerte a Amalasunta, ya que los parien- 26
tes de los godos a los que ella había mandado matar se habían presentado ante Teodato afirmando que ni su vida ni la de ellos estaba segura a menos que Amalasunta fuera aparta-

---

[53] La actual ciudad de Avlona o Valona en Albania; en la antigüedad se encontraba situada en el país de los taulantios en Iliria.

27 da de su camino con la mayor rapidez. Teodato les dio su
consentimiento y, tras llegar a la isla, dieron muerte a
28 Amalasunta[54], un acto que dejó tremendamente apesadum-
29 brados a todos los italianos y también a los demás godos,
puesto que esta mujer se mostró siempre muy preocupada
30 por practicar toda forma de virtud, como ya he manifestado
antes[55]. Así pues, Pedro declaró públicamente a Teodato y a
los demás godos que, a consecuencia del abominable crimen
que habían perpetrado, el emperador les declararía una gue-
31 rra sin tregua[56]. Sin embargo, Teodato, a causa de su estúpi-
da locura, mantenía todavía en su estima y favor a los asesi-
nos de Amalasunta y quería convencer a Pedro y al
emperador de que este execrable crimen había sido cometido
por los godos sin contar con su aprobación en absoluto, sino
completamente en contra de su voluntad.

5 Mientras, se dio la circunstancia de que Belisario se había
distinguido con la derrota de Gelimer y de los vándalos[57].
Por su parte, el emperador, tras enterarse de lo que había
acontecido con Amalasunta, inmediatamente emprendió la
2 guerra; entonces transcurría el noveno año de su reinado. En
primer lugar ordenó a Mundo, general de los ilirios, que se
dirigiese a Dalmacia, que estaba sometida a los godos, y que
hiciese una tentativa sobre Salones[58] —Mundo era bárbaro

---

[54] Teodato hizo ejecutar a Amalasunta probablemente el 30 de abril del año 535 d. C.

[55] Cf. V 2, 3.

[56] Así pues, éste va a ser el motivo que Justiniano aprovechará para invadir Italia y conquistar Nápoles.

[57] Recordemos que la rendición del rey vándalo Gelimer se produce en la segunda quincena del mes de marzo del año 534; el regreso de Belisario a Constantinopla, a comienzos del verano del mismo año y, ya en su segunda mitad, le celebración del triunfo de Belisario en la capital del Imperio.

[58] Salones o Salona, ciudad de Dalmacia en Iliria, junto al mar Adriático y al sur de Tragurium, la actual Trau. Fue lugar de retiro del em-

de nacimiento, pero extremadamente leal a la causa del emperador y un buen guerrero—, y después envió a Belisario por mar con cuatro mil soldados de las tropas regulares y de los federados[59] y unos tres mil más aproximadamente de los isáuricos[60]. Los comandantes[61] eran hombres notables: por 3
un lado, Constantino y Besas, que procedían de las tierras de Tracia y, por otro, Peranio de Iberia[62], que queda muy cerca del país de los medos[63], un hombre que era miembro de nacimiento de la familia real de los iberos[64], pero que anteriormente se había presentado a los romanos como desertor por su hostilidad hacia los persas. Los comandantes de las tropas de caballería eran Valentín, Magno e Inocencio, mientras que

perador Diocleciano, las ruinas de cuyo palacio se encuentran en Spalatro o Spalato, a unos 4,5 km. de la antigua ciudad.

[59] Para las tropas regulares y los federados o auxiliares *(foederati)*, cf. en especial III 11, 2-4, y notas 193 y 194.

[60] Oriundos de Isauria, en el distrito de Licaonia, región montañosa de Asia Menor situada en la cordillera del Tauro entre Cilicia y Pisidia, cuya ciudad más importante fue Seleucia.

[61] Con respecto a la traducción del término *árchontes*, en general vamos a preferir «comandantes» y a veces, en el caso de referirnos a personajes pertenecientes a tribus bárbaras lo cambiaremos por el de «jefes»: por ejemplo, «el jefe de los hérulos», como hacen tanto F. A. García Romero en *Guerras Persas* y en su traducción de los libros VII y VIII y Signes Codoñer en la suya de la *Historia Secreta*.

[62] Antiguo país de Asia, situado al sur del Cáucaso, al norte de Armenia y que también compartía frontera con la Cólquide y, durante un tiempo, con el reino del Ponto. Corresponde a la actual Georgia.

[63] Recordemos una vez más la continua identificación de este gentilicio con el de los persas; de todas formas, la antigua comarca asiática de Media estaba situada entre Hircania, Partia, Persia, Susiana, Asiria, Armenia y el mar Caspio y su capital era la ciudad de Ecbatana. La Media más cercana a Iberia sería quizás la Media Atropatene, situada al sureste del Cáucaso y mirando al mar Hircano o Caspio, mientras que la más alejada correspondería a la Media Susiana, mucho más al sur, en pleno corazón del Imperio Persa y cuya capital era la importante ciudad de Susa.

[64] Preferimos esta forma del gentilicio a *iberianos*.

los de la infantería eran Herodiano, Pablo, Demetrio y Ursicino; finalmente, el que mandaba a los isáuricos era
4 Enes. Les acompañaban además como aliados doscientos hunos y trescientos moros. No obstante, el general[65] con mando supremo sobre todos ellos era Belisario, que tenía con él a numerosos hombres notables como lanceros y escuderos.
5 También iba junto a él Focio[66], el hijo de su esposa Antonina, fruto de un matrimonio anterior; era él todavía un jovenzuelo que empezaba a tener barba, pero de una grandísima discreción y que mostraba una fortaleza de carácter superior a la
6 propia de su edad. El emperador le encargó a Belisario que declarase públicamente que la expedición se dirigía rumbo a Cartago, pero, tan pronto como se aproximaran a Sicilia, habrían de desembarcar allí como obligados por alguna necesi-
7 dad y llevarían a cabo un ataque sobre la isla. En el caso de que fuese posible someterla sin ningún problema, habrían de tomar posesión de ella y no dejarla escapar ya más; ahora bien, si se les presentaba algún impedimento, navegarían a toda velocidad rumbo a Libia[67], sin proporcionarle a nadie la oportunidad de apercibirse de cuáles eran sus intenciones.

8 Entonces les envió una carta a los caudillos de los francos[68] con el siguiente contenido: «Los godos, tras haberse

---

[65] Traducción del término militar *stratēgós*.

[66] Para Focio, hijo de Antonina, véase *Historia Secreta* I 31-34; II 1-14; III 2, 5, 8-9, 12-14, 22-29; IV 41; V 25, 27 y XVII 1 y las notas correspondientes de Signes Codoñer.

[67] Cf. nota 1.

[68] El pueblo germánico que dio nombre a la Galia después de haberla conquistado en los siglos V y VI. Este pueblo aparece ya sobre la mitad del s. III a orillas del Bajo Rin o Rin Inferior. Se comportaron como un pueblo temible al invadir la Galia en el año 258. A la confederación franca pertenecen dos grupos: el de los francos salios, con su famosa *lex salica*, la que posteriormente establecería la exclusión del trono de Francia de las mujeres y sus descendientes, y el de los francos del Rin, indebidamente llamados *ripuarios*, que vivían a orillas del Rin y del Mosa. La conquista de los fran-

apoderado por la fuerza de Italia, que es nuestra, no sólo han decidido no devolvérnosla bajo ningún concepto, sino que además han perpetrado nuevos actos abusivos contra nosotros, actos intolerables y que rebasan todos los límites. Por 9
este motivo precisamente nos hemos visto obligados a emprender la guerra contra ellos, y nos parece razonable que vosotros nos ayudéis a llevar adelante dicha guerra, la cual se convierte para vosotros en nuestra causa común debido a la fe ortodoxa, que rechaza las creencias de los arrianos[69], así como también por la hostilidad que ambos pueblos sentimos

cos, iniciada tras el período 258-276 d. C., se llevó a cabo en primer lugar bajo la apariencia de una «invasión pacífica», pues los francos se alistaron en los ejércitos de la Galia como tropas auxiliares e incluso como oficiales superiores, aparte de contar con su presencia en calidad de colonos en tierras del Imperio Romano. Ya en época del emperador Juliano (mediados del s. IV) los francos salios recibieron tierras en Toxandria (parte de la actual Bélgica, que corresponde a la zona de la ciudad de Lieja); se mantuvieron fieles al tratado establecido o *foedus* aunque terminaron aprovechándose del debilitamiento de la autoridad romana en la zona norte de Galia tras la incursión bárbara de 406, con idea de extender su dominio: de esta forma, Clodión, el caudillo del que derivaría la dinastía de los merovingios, fundadora del gran reino franco, conquistó parte de la actual Bégica hasta el río Somme, en tanto que los francos del Rin ocuparían la Renania de nuestros días. Como decimos, los salios avanzaron lentamente en dirección al río Somme y su rey Childerico I se comportó más como un aliado del general romano Egidio que como un conquistador propiamente dicho. Finalmente, la ocupación franca, que siguió siendo lenta hasta finales del s. V, se tornaría más vigorosa con el rey Clodoveo, que trató de extender su dominio a la totalidad de la Galia. Parece que durante la batalla del año 496 en la que vencieron a los *alamani,* Clotilde, esposa burgundia de Clodoveo, influyó decisivamente en la conversión de éste al cristianismo, que se refrenda con su bautizo en Reims por el obispo Remigio. Finalmente, desearíamos destacar que, en contraposición al sistema de Teodorico —una coexistencia separada de romanos y ostrogodos—, Clodoveo y sus sucesores conseguirán crear un reino unido en el que se fundirán los galorromanos y los francos.

[69] Para mayor información sobre el arrianismo y los godos, cf. III 2, 1-5 y, sobre todo, nota 29 a nuestra traducción.

10 hacia los godos». Tales fueron las palabras que escribió el
emperador y, tras hacerles un regalo de índole crematística,
convino con ellos en que, tan pronto como tomaran parte ac-
tiva en la guerra, les proporcionaría más dinero. Por su par-
te, ellos le prometieron que se convertirían en sus aliados en
la guerra y que lucharían con gran entusiasmo.

11 Por otro lado, Mundo y el ejército que estaba bajo sus ór-
denes penetraron en Dalmacia, se enfrentaron a los godos
que les salieron al encuentro, los vencieron en la batalla y to-
12 maron posesión de Salones. Belisario, por su parte, tras echar
el ancla en Sicilia, conquistó Catana[70]. Convirtió ese lugar en
su base de operaciones, consiguió sin dificultad que Siracusa
se rindiera así como otras ciudades, excepto Panormo[71], ciu-
dad bajo dominio de los godos, que confiaban en su recinto
amurallado —en efecto, la fortificación era bien sólida— y
no se mostraron en absoluto dispuestos a ceder ante Beli-
sario, por lo que le exigieron que se llevara su ejército fuera
13 de allí a toda velocidad. Belisario, sin embargo, consideraba
que era imposible tomar la plaza desde el lado que mira al
continente y dio orden a la flota de que navegara en dirección
14 al puerto, que se extiende hasta la muralla. En efecto, se en-
contraba fuera del recinto amurallado y carecía por comple-
to de hombres para defenderlo. Cuando ancló allí los barcos,
se dio cuenta de que los mástiles eran más altos que el para-
15 peto e inmediatamente, llenó todas las naves de arqueros y

---

[70] La actual Catania, Catana o Catina, ciudad marítima de Sicilia situada al este de la isla, fundada por una colonia procedente de la Calcídica en el año 753 a. C.

[71] Actual Palermo, ciudad costera situada al norte de la isla de Sicilia. Colonia fundada por los fenicios, como todas las demás que fueron construidas en Occidente por este importantísimo pueblo dedicado básicamente a la navegación y al comercio por todo el ámbito mediterráneo, pasó a poder de Cartago y, tras su conquista por Pirro, rey del Epiro, en el año 276 a. C., fue recuperada por los cartagineses para terminar cayendo definitivamente en poder de Roma en el año 254 a. C.

los colgó de lo más alto de los mástiles. Cuando comenzaron 16
a disparar desde lo más alto de los botes, los enemigos sintieron un miedo tan incontrolable que al punto se rindieron y entregaron Panormo a Belisario. Como resultado de todo es- 17
te episodio, el emperador sometió a Sicilia al pago de tributos; por su parte, a Belisario por aquel entonces le sucedió un golpe de suerte tan grande que casi no se puede describir con palabras. Tras haber recibido la dignidad del consulado por 18
su victoria ante los vándalos, y mientras ejercía aún este cargo, después de haber sometido toda Sicilia entró en Siracusa en el último día de su consulado[72] entre los vítores de su ejército y de los sicilianos, arrojando monedas de oro a todos los presentes. No obstante, no hizo esto a propósito, sino que le 19
vino a suceder una coincidencia afortunada: que tras haber recuperado la totalidad de la isla para los romanos entró triunfante en Siracusa durante ese día tan especial; así que no fue en la casa senatorial de Bizancio, como era costumbre, sino allí, donde abandonó la dignidad del consulado y pasó a formar parte de los ex-cónsules. De esta forma, pues, se encontró la buena suerte con Belisario.

Cuando Pedro se enteró de la conquista de Sicilia, comen- 6
zó a apremiar y asustar mucho más todavía a Teodato y ya no lo dejaba ir. Pero éste se acobardó y, tras haberse quedado 2
mudo, no menos que si él mismo se hubiera convertido en prisionero junto a Gelimer[73], entró en negociaciones con Pedro a ocultas de todos los demás. Llegaron entre ellos a un acuerdo en virtud del cual Teodato se retiraría de la totalidad de Sicilia en beneficio del emperador Justiniano y le enviaría cada año una corona de oro que pesaría aproximadamente

[72] 31 de diciembre del año 535 d. C. Cf. IV 14, 1, y nota 106.

[73] Para el cautiverio del rey vándalo Gelimer y su llamativo comportamiento, cf. IV 7, 12-17. Véase asimismo IV 9, 11-14.

trescientas libras[74], y hasta un número de tres mil guerreros godos cada vez que él lo deseara; el propio Teodato no tendría derecho alguno de dar muerte a ningún sacerdote o miembro del senado ni de confiscar para el tesoro público sus propiedades, excepto en el caso de que fuera decisión
3 del emperador. En el supuesto caso de que Teodato quisiese ascender a alguno de sus súbditos a la dignidad de los patricios o a cualquier otro rango senatorial, él no podría conceder dicho honor personalmente, sino que antes debía pedir
4 permiso al emperador; el pueblo romano, al aclamar a su soberano, gritaría siempre en primer lugar el nombre del emperador y después el de Teodato, tanto en los teatros como en los hipódromos y en cualquier otro lugar en el que se pro-
5 dujese esto; no se colocaría ninguna estatua de bronce ni de ningún otro material sólo de Teodato, sino que las estatuas deberían ser de ambos y habrían de erigirse de la siguiente manera: a la derecha la del emperador y en el otro lado la de

---

[74] *Lítras* en el original. *Lítra* fue un término empleado por los griegos de Sicilia en su sistema de pesos y monedas y que ya aparece en fragmentos de autores tan antiguos como Simónides y Epicarmo. Resulta evidente que se trata de otra forma de la palabra latina *libra*, como nos indica Festo («*Lítra* enim libra est»). La litra o libra es la unidad de un sistema *uncial* similar al empleado en los pesos y monedas romanos y griegos: en concreto, la doceava parte de esta libra es lo que en griego se denominaba *ounkía* y en latín *uncia*. Como moneda, la *lítra* tenía un valor equivalente al del óbolo de Egina y de aquí se podría explicar el origen de la palabra, en la suposición de que los griegos de Sicilia, tras haberse traído con ellos el óbolo egineta, posteriormente asimilaron su sistema monetario al usado por sus vecinos itálicos, haciendo que su óbolo correspondiese a la *libra*, pero con el término *lítra*. De la misma forma, la estatera corintia de diez óbolos recibía en Siracusa el nombre de *dekálitron*, es decir una moneda de diez libras o *lítras*. Por su parte, la *cotýlē*, empleada para medir aceite, es mencionada por Galeno, que también la denomina *lítra*. Aquí la palabra solamente sería la forma griega del término *libra*. Para el valor exacto de la libra entonces, véase nota 36. Recordemos, finalmente, que hoy día la libra equivale aproximadamente a algo menos de medio kilo.

Teodato. Una vez que Teodato hubo escrito una carta en confirmación de este acuerdo, dio permiso al embajador para marcharse.

Sin embargo, poco después se apoderó de su alma una 6
sensación de terror sin límites y que atormentaba su mente,
le llenaba de pavor ante el solo nombre de la guerra y le re-
cordaba que, si no eran en absoluto del agrado del emperador
los acuerdos a los que habían llegado Pedro y él, la guerra se
le vendría encima en seguida. Una vez más, pues, hizo venir 7
a Pedro, que ya había alcanzado la ciudad de Alba[75], para en-
trevistarse en secreto, y le preguntó si pensaba que el acuer-
do sería del agrado del emperador. Éste le contestó que supo- 8
nía que así sería. «Pero si estas cosas no agradan en absoluto
al emperador, ¿qué sucederá entonces?» —dijo Teodato.
Pedro respondió: «Que tú tendrás que ir a la guerra en el fu- 9
turo, noble señor». «¿Y cómo es eso así? ¿Es eso justo, que-
ridísimo embajador?» —preguntó él. Éste, atajándolo al mo-
mento, le dijo: «¿Y cómo no va a ser justo, mi buen señor,
que se guarden los propósitos adecuados al espíritu de cada
persona?». «Y eso, te lo ruego, ¿qué significa?» —preguntó
Teodato—. «Que si tú tienes un gran interés por la filosofía 10
—respondió él—, sin embargo, el de Justiniano es ser un digno emperador de los romanos. Ahí radica la diferencia, en que para un hombre que practica la filosofía no es apropiado ocasionar la muerte a los hombres, especialmente si son tantos en número, lo cual estaría de acuerdo con las enseñanzas de Platón[76], que tú evidentemente compartes, y de lo que se

---

[75] Alba o Albano (este último es su nombre actual). Ciudad del Lacio situada en la orilla occidental del lago Albano al norte de Aricia. Se encuentra en plena vía Apia. Cf. VI 4, 8.

[76] En general de cualquier filósofo. Por otra parte, observamos aquí muy claramente el contraste entre un hombre al que le interesa más el estudio y la vida reflexiva y, en cierta forma, contemplativa, en este caso Teodato (lo que se refleja, de forma peyorativa, en un carácter pusilánime

deduce que, según la ley de Dios, tú has de quedar al margen de cualquier derramamiento de sangre; sin embargo, para el emperador no es en absoluto inadecuado intentar recuperar de nuevo una tierra que desde antiguo ha pertenecido al reino
11 que él posee». Convencido, pues, Teodato por esta advertencia suya, estuvo de acuerdo en retirarse del poder
12 supremo en favor del emperador Justiniano y tanto él personalmente como su esposa prestaron ese juramento. A Pedro, por otra parte, lo obligó con el juramento de que no haría público este acuerdo en tanto no viera él que el emperador acep-
13 taba el convenio anterior. Teodato envió con él a Rústico, un sacerdote que era especialmente fiel a su causa y además ciudadano romano, para negociar en relación a este acuerdo. Asimismo puso en manos de los dos hombres una carta.

14 Así pues, Pedro y Rústico llegaron a Bizancio e informaron al emperador de lo que se había decidido anteriormente, tal y como Teodato les había encargado. Sin embargo, dado que el emperador se negó a aceptar la propuesta, entonces le revelaron las determinaciones que habían quedado por escri-

y asustadizo), y lo que hoy podríamos considerar un ambicioso hombre de acción, representado por el emperador Justiniano (y más adelante, sobre todo, por su mano ejecutora, Belisario), al que lo que de verdad le interesa es recuperar los territorios perdidos cueste lo que cueste, vidas humanas incluidas, por supuesto. Recordemos que es en la política donde radica uno de los aspectos esenciales de la filosofía platónica y que, al preguntarse el filósofo cuál es el mejor régimen posible, el mejor régimen realizable y la competencia en materia política y en qué debe consistir una política justa, las respuestas a estas cuestiones fundamentales vienen dadas por el idealismo platónico. Así, por tanto, si el bien es una idea, entonces la justicia depende del saber y, como sabemos, teniendo en cuenta que quien conoce el bien es el filósofo, es éste, por tanto, quien debe ser rey y dado que la ciudad en la que reina el filósofo es justa, el hombre es feliz porque vive conforme a su naturaleza, aunque sea esclavo. Aparte de esta ideología puramente platónica, recordemos asimismo que el neoplatonismo enlaza ya con el pensamiento cristiano, para el que, por supuesto, el amor al prójimo y el respeto a la vida humana están por encima de todo.

to posteriormente. La carta rezaba así: «No soy yo un adve- 15
nedizo en los palacios reales, sino que más bien he tenido la
buena fortuna de haber nacido en el de mi tío[77] y también de
haber sido criado de una manera digna de mi estirpe; sin em-
bargo, en las guerras y en cuantos tumultos trae ella consigo
soy enteramente inexperto, pues sucede que, al haberme con- 16
sagrado apasionadamente desde mis primeros años a las dis-
cusiones eruditas y haber dedicado siempre mi tiempo a esta
actividad, he estado hasta el momento presente muy alejado
de la confusión propia de las batallas. De tal forma es así, que 17
resulta de todo punto absurdo que yo aspire a los honores que
emanan de la realeza y desee llevar una vida cargada de pe-
ligros mientras me sea posible mantenerme apartado de am-
bas. Ninguna de las dos es en absoluto de mi agrado; la pri- 18
mera, porque se distingue por el hartazgo, pues constituye
una sobreabundancia de todas las cosas agradables, y la se-
gunda, porque el no estar habituado a ella lleva a la persona
al desconcierto. Pero en lo que a mí respecta, si dispusiera de 19
propiedades que me aportaran como ingresos anuales una
cantidad no inferior a doce centenarios[78], consideraría menos
importante el reino que aquéllas y, en ese caso, pondré de in-
mediato en tus manos el poder sobre los godos y los italia-
nos, puesto que prefiero ser un campesino libre de todo tipo 20
de preocupaciones a pasar la vida en medio de las inquietu-
des típicas de la dignidad real, que a lo largo de toda aquélla
van mandando a la persona de peligro en peligro. Así que, te 21
lo ruego, manda lo más pronto posible a un hombre al que
sea apropiado que yo entregue Italia y los demás asuntos del
reino».

Tal era el contenido de la carta de Teodato. Por su parte, 22
el emperador quedó extraordinariamente complacido y con-

[77] Teodorico el Grande.

[78] 1200 libras. Véase I 22, 4, y III 6, 2 (y nota 112 del libro III).

testó de la siguiente forma: «Hace tiempo que vengo tenien-
do noticia de que tú eres un hombre discreto, pero en este
momento me ha quedado demostrado porque has tomado la
23 decisión de no esperar al resultado de la guerra, pues algunos
hombres que ya han pasado por una experiencia tal han ter-
24 minado sufriendo un completo fracaso. Pero tú no solamen-
te obtendrás de nuestra parte lo que nos pides, sino que reci-
birás el honor de quedar registrado oficialmente en las más
25 altas distinciones de los romanos. Así pues, acabo de mandar
ahora a Atanasio y a Pedro con el fin de que para cada una de
las dos partes haya seguridad por medio de algún tipo de
acuerdo. También se presentará ante ti Belisario, en poco
tiempo, para llevar a término cuantos acuerdos han sido es-
26 tablecidos entre nosotros». Tras haber escrito esta carta, el
emperador envió a Atanasio, el hermano de Alejandro, que
previamente había ido como embajador ante Atalarico, como
ya se ha contado[79], y, por segunda vez, a Pedro, el orador, a
quien ya he mencionado antes[80], con el encargo de asignar a
Teodato las propiedades pertenecientes a la casa real que re-
ciben el nombre de *patrimonium*[81] y de que, una vez que hu-
bieran redactado un documento escrito y hubieran jurado so-
lemnemente estos acuerdos, hicieran volver de Sicilia a
Belisario a fin de que tomara posesión del palacio real y de
27 Italia y los pusiera bajo vigilancia. Finalmente, él mismo le
encargó por carta a Belisario que, tan pronto como ellos lo
llamasen, se dirigiera allí lo más rápidamente posible.

7 Sin embargo, mientras el emperador estaba ocupado con tales negociaciones y los embajadores se encontraban de viaje rumbo a Italia, los godos que estaban a las órdenes de

---

[79] El senador Alejandro, cf. V 3, 13.

[80] Cf. V 3, 30 y 4, 17 ss.

[81] Cf. V 4, 1 y nota 48.

Asinario, Gripas y algunos otros jefes penetraron en Dalmacia con un gran ejército. Cuando llegaron a las inmediacio- 2
nes de Salones, Mauricio, el hijo de Mundo, que marchaba no en orden de batalla, sino en expedición de reconocimiento, les salió al encuentro. Tras producirse una violenta refrie- 3
ga, cayeron los principales y más nobles de los godos, si bien del bando romano murieron casi todos, incluido el general Mauricio. Cuando Mundo se enteró de lo sucedido, quedó 4
muy consternado por la desgracia y, dominado en ese momento por una furia incontrolable, salió al encuentro de los enemigos de inmediato y sin ningún orden. Se desencadenó 5
una violenta batalla cuyo resultado fue que se produjo una victoria cadmea[82] para el bando romano. Pues, aunque la mayor parte de los enemigos cayeron allí mismo y su derrota resultó manifiesta, Mundo, que continuaba dando muerte y persiguiendo a los enemigos por donde acertaba a encontrarlos y que se mostraba incapaz de refrenar su propósito a causa de la desgracia sufrida por su hijo, resultó herido por uno de los soldados que huían y murió, por lo que la persecución cesó en ese momento y los dos ejércitos se separaron. En ese 6
momento, los romanos se acordaron del verso de la Sibila[83],

---

[82] Expresión proverbial para referirse a una victoria que trae como consecuencia negativa la muerte del vencedor. Equivale, pues, a la más frecuente de «victoria pírrica». Lo más probable es que la expresión tenga su origen en la disputa entre los hermanos Eteocles y Polinices, los hijos del rey de Tebas Edipo y, por lo tanto, descendientes de Cadmo. Aparece con este significado por ejemplo en HERÓDOTO, *Historias* I 166, en PLATÓN, *Leyes* 641c y en PLUTARCO 2.488a; sin embargo tiene el sentido de «gran victoria» en ARRIANO, *Fragmenta Historica* 21 J.

[83] Con toda probabilidad, la Sibila de Cumas, la más prestigiosa del mundo antiguo, resulta una presencia llamativa (y no única precisamente a lo largo de la obra) del elemento religioso pagano, ya en una época tan tardía. Sobre la existencia real y credibilidad de este oráculo todavía hoy día se mantiene viva la discusión. De la Sibila de Cumas se decía que había estado en Roma en tiempos de Tarquinio el Soberbio con nueve colecciones

que precisamente había sido pronunciado en una época anterior y que les pareció a ellos un presagio. Pues el oráculo aquel decía que cuando África fuese dominada, el «mundo»
7 perecería junto con su descendencia. Éste, no obstante, no era el significado real de la respuesta oracular, sino que, dando a entender que Libia estaría de nuevo bajo el mando de los romanos, se añadía también lo siguiente: que cuando ese momento llegase, Mundo moriría junto con su hijo. Pues exac-
8 tamente rezaba como sigue: *Africa capta Mundus cum nato peribit*[84]. Puesto que *mundus* en lengua latina tiene el significado de «mundo», pensaban que la frase hacía referencia al mundo. Sea suficiente con esto, pues, sobre este asunto. Con
9 respecto a Salones, nadie penetró en la ciudad, puesto que los romanos regresaron al campamento, al haberse quedado sin mando, y los godos, por su parte, ya que no sobrevivió ninguno de sus nobles, se vieron poseídos por el miedo y se apo-
10 deraron de las plazas fuertes de aquella zona. Además los go-

de oráculos; como el rey se negó a comprarlas, cada vez que se negaba, la Sibila quemaba tres de las recopilaciones oraculares. Por fin Tarquinio se avino a adquirir las tres últimas, que guardó en el templo de Júpiter Capitolino. En época republicana y de Augusto los libros se consultaban en casos de prodigios, desgracias o sucesos fuera de lo normal y se encontraban en ellos prescripciones en materia religiosa. Unos funcionarios especiales se encargaban de su conservación y consulta. Así pues, los libros oraculares sibilinos, en general, eran consultados en caso de prodigios y calamidades, pero resulta complicado precisar si contenían predicciones (como ocurre en el caso referido en el texto de Procopio) o, como hemos comentado, solamente indicaciones o sugerencias sobre lo que se podía hacer para tener propicios a los dioses o calmarlos, dado que estos textos estaban envueltos en un halo de misterio desde la época en que uno de sus custodios fue ejecutado por revelar sus secretos.

[84] Así aparece en el texto original: en latín y en caracteres latinos; sin embargo, en el aparato crítico Dewing nos indica que los caracteres griegos originales pueden leerse en la edición de Haury en nota *ad loc.*; asimismo el verbo *peribit* suscita problemas, pues Braun acepta esa lectura, pero en Comparetti aparece *peribunt* y en Bury *periet.*

dos no tenían ninguna confianza en las murallas de Salones y los romanos que allí vivían no estaban demasiado bien dispuestos hacia ellos.

11 Cuando Teodato se enteró de esto, no tuvo en ninguna consideración a los embajadores que llegaron a su presencia, pues era por naturaleza bastante propenso a la perfidia y no tenía en absoluto un criterio firme, sino que el azar y el momento lo sumían siempre en un estado de terror que no conocía medida, de una manera ilógica, y no sabía valorar correctamente la situación establecida, para, de nuevo, llevarlo a sentir en su ánimo una audacia extraordinaria. Así pues, cier- 12
tamente, por aquel entonces, cuando se enteró de la muerte de Mundo y de Mauricio, entró en un estado de gran excitación que no se correspondía en absoluto con el desarrollo de los acontecimientos, y le pareció justo burlarse de los embajadores cuando estos llegaron a su presencia. Así que en el 13
momento en que Pedro lo censuró en una ocasión por haber transgredido los acuerdos con el emperador, Teodato los llamó a los dos públicamente y les dirigió las siguientes palabras: «La ocupación de los embajadores es ciertamente dig- 14
na de consideración y en general ha llegado a ser estimable para todos los hombres, pero los embajadores solamente mantienen este privilegio en la medida en que conserven la dignidad de su embajada a través de su propio comportamiento, pues se ha sancionado como cosa justa el hecho de 15
que se dé muerte a un embajador en el caso de que se haya descubierto que ha ofendido a un soberano, o bien de que haya tenido relaciones sexuales con la mujer de otro hombre». Tales fueron las palabras que Teodato le espetó a Pedro, no 16
porque él se hubiera acercado a mujer alguna, sino, como era de esperar, para hacer valer su reclamación de que existían cargos que podían llevar a la muerte a un embajador. Sin embargo, los legados le contestaron de la siguiente manera: «Ni 17
estos hechos son, jefe de los godos, como tú has afirmado, ni

puedes tampoco, bajo la tapadera de endebles pretextos, ordenar arbitrariamente la comisión de actos contrarios a la ley di-
18 vina sobre unos hombres que actúan como embajadores. Por otra parte no es posible para un embajador, aunque lo desee, convertirse en un adúltero, puesto que no le resulta fácil ni siquiera compartir el agua, a no ser que cuente con el consenti-
19 miento de aquellos que lo custodian. En lo referente a las propuestas que ha recibido de aquella persona que lo envía y que él transmite, él no puede razonablemente ser inculpado por ellas, en el caso de que se dé la circunstancia de que no sean buenas, sino que, más bien, aquel que ha dado la orden es la persona que debe cargar en justicia con dicha acusación, en tanto que para el embajador no hay más responsabilidad que
20 la de haber llevado a término la misión. De modo que nosotros, por nuestra parte, diremos todo aquello que hemos oído de boca del emperador y se nos ha encomendado que digamos, y tú, por la tuya, escúchanos tranquilamente, puesto que si te comportas de manera excitada, lo único que vas a conseguir es ofender a unos hombres que son embajadores.
21 En consecuencia, te ha llegado la hora de cumplir por propia voluntad todo aquello que le prometiste al emperador. Para esto mismo, efectivamente, hemos venido nosotros. Además, por un lado, ya tienes en tu poder la misiva que te escribió él, pero, por otro, la carta que le envió a los más distinguidos de los godos no se la entregaremos a otros que no sean ellos mis-
22 mos». Cuando los caudillos de los bárbaros que estaban presentes escucharon las palabras de los embajadores, les pidieron que pusieran en manos de Teodato la carta que iba
23 dirigida a ellos. Ésta decía lo siguiente: «Se ha convertido en objeto de nuestra preocupación recibiros de nuevo en nuestro estado, por lo cual es natural que os sintáis complacidos, pues vais a volver con nosotros, no para vuestro menoscabo, sino a
24 fin de ser más dignos de ser honrados. Además, no estamos pidiendo a los godos que adopten unas costumbres extrañas o

ajenas, sino las de un pueblo con el que tuvisteis relación una vez y del que ha dado la circunstancia casual de que habéis estado separados durante un tiempo. Por estas razones han sido enviados allí ahora Atanasio y Pedro, pero es necesario que vosotros colaboréis con ellos en todo». Tal era el contenido 25
que expresaba la carta. Mas después de que Teodato lo hubiese leído todo, no sólo decidió no cumplir ninguna de las promesas que había realizado al emperador, sino que, además, puso a los embajadores bajo estricta vigilancia.

Cuando el emperador Justiniano se enteró de todo eso, así 26
como de los sucesos acaecidos en Dalmacia, envió a Constanciano, que estaba al mando de los caballerizos reales[85], a Iliria y le encargó que reuniera un ejército de entre las gentes de allí y llevara a cabo un ataque contra Salones de la manera que le fuera posible. Asimismo ordenó a Belisario que se dirigiese a Italia a toda velocidad y tratase a los godos como enemigos. De esta forma, llegó Constanciano a Epidamno y 27
pasó allí algún tiempo reclutando un ejército. Pero entre tanto los godos, con Gripas al mando, penetraron en Dalmacia con un segundo ejército y se apoderaron de Salones; y Cons- 28
tanciano, en cuanto puso fin a sus preparativos, partió de Epidamno con la totalidad de la expedición y se detuvo en Epidauro[86], ciudad que queda situada a la derecha cuando se entra en el golfo Jónico. Sucedió entonces que se encontra-

[85] *Basilikôn hippokómōn*: Preferimos la traducción de este término por «caballerizos» a «palafreneros»; actuaban como escuderos, asistiendo a los jinetes o caballeros en campaña. Por lo tanto, el jefe de estos *hippokómoi* sería el que tenía a su cargo el gobierno y cuidado de una caballeriza, en este caso la del emperador, y de los que servían en ella.

[86] Ciudad de Dalmacia en Iliria, en la costa del mar Adriático al sur del río Naro o Narón. Es la actual Ragusa Vecchia. Dalmacia fue una provincia del Imperio Romano, perteneciente a Iliria, que se extendía a lo largo de la costa del mar Adriático entre el río Titius y el Barbana hasta una distancia considerable tierra adentro. Finalmente recordemos que el Ilírico o Iliria era asimismo una provincia del Imperio Romano de la que podemos distin-

ban allí unos hombres a los que Gripas había enviado en mi-
29 sión de espionaje. Cuando éstos se percataron de la presencia de los barcos y del ejército de Constanciano, les dio la impresión de que tanto el mar como la tierra entera estaban repletos de soldados y, tras regresar al lado de Gripas, afirmaron rotundamente que Constanciano estaba dirigiendo contra ellos un ejército compuesto de varias veces diez mil
30 hombres. Gripas, viéndose sumido en un gran temor, consideró que no era conveniente salir al encuentro cuando les atacasen, pero al mismo tiempo no deseaba en absoluto verse sitiado por el ejército del emperador, dado que en esas
31 circunstancias dominaba completamente el mar. No obstante le disgustaban especialmente las fortificaciones de Salones, puesto que la mayor parte de ellas ya se había derruido, así como la actitud de extremado recelo hacia los godos que
32 mostraban los habitantes del lugar. Por estas razones se alejó de allí con todo su ejército tan rápidamente como pudo y levantó el campamento militar en una llanura situada entre Salones y la ciudad de Escardón[87]. Constanciano levó anclas con todos sus barcos y atracó en Lisina[88], una isla que está en

guir dos partes: la *Illyria Barbara*, posteriormente *Romana*, y la *Illyria Graeca*; la primera comprendía la Yapidia, Liburnia y Dalmacia, mientras que la segunda se extendía desde el Drilon o Drino hasta el Aous, río del Epiro tributario del mar Adriático por la costa de Iliria y que hoy día se llama Voiutsa o Viosa. Para la ciudad de Epidamno, cf. nota 39.

[87] Cerca de Sebenico. Es la capital de Liburnia, provincia situada entre Istria y Dalmacia; la ciudad se encuentra sobre el río Titius o Ticio, a unos pocos kilómetros por encima de su desembocadura, río que marca precisamente la frontera entre Dalmacia y Liburnia (actual Kerka). Es la moderna Scardona o Escardona.

[88] La actual Lesina. Hoy día es una diócesis de Dalmacia que incluye las tres islas de Hvar (Lesina): la antigua Pharia, colonizada por los griegos en el año 385 a. C.; Brac, antiguamente Brattia o Bracchia, también de fundación griega y Lissa o, con su nombre antiguo, Issa. La sede de la diócesis actual se encuentra en el pueblecito de Lesina en la isla del mismo nombre, que fue evangelizada por san Doimo o Domnio, un discípulo de san Pedro.

el interior del golfo. Desde allí envió a algunos de los hombres 33
que le acompañaban con el fin de que investigaran concienzudamente los planes de Gripas y le informaran de cuáles eran. Una vez que se enteró por ellos de toda la situación, se hizo a la mar enseguida y a toda velocidad rumbo a Salones. Cuando 34
estuvo lo más cerca posible de la ciudad, hizo que el ejército desembarcase en el continente, más él permaneció allí sin moverse. A continuación, tras seleccionar a quinientos hombres de su ejército puso a Sifilas, uno de sus lanceros, al mando de ellos y les ordenó que se apoderaran del paso estrecho[89] que le habían comunicado que existía en los arrabales de la ciudad. 35
Sifilas obró según sus órdenes. Constanciano y todo su ejército terrestre penetraron en Salones al día siguiente y fondearon con las naves en las cercanías. Entonces Constanciano comenzó a 36
preocuparse de las fortificaciones de la ciudad y reconstruyó con diligencia cuantas partes de la misma se encontraban derruidas. Gripas y el ejército de los godos, por su parte, se marcharon de allí al séptimo día desde que los romanos tomaron posesión de Salones y se trasladaron a Rávena. Fue así como Constanciano se apoderó de toda Dalmacia y Liburnia, ganándose para su propio bando a todos los que estaban establecidos allí. De esta for- 37
ma, pues, se desarrollaron los acontecimientos en Dalmacia. El invierno llegó a su fin, y de esta forma terminó el primer año[90] de esta guerra cuya historia ha escrito Procopio.

Por su parte, Belisario dejó guardias en Siracusa y 8
Panormo y cruzó con el resto del ejército de Mesina a Regio —donde los poetas, siguiendo la leyenda, cuentan que se encontraban Escila y Caribdis[91]— y a diario las gentes de la re-

---

[89] Un importante acceso a la ciudad por la parte oeste.

[90] 535-536 d. C.

[91] Para el famosísimo mito de Escila y Caribdis, cf. Homero, *Od.*, XII 73 ss.; Apolonio de Rodas, *Argonáuticas* IV, 789 y 825; Apolodoro, *Biblioteca* I 9, 25; Ovidio, *Metamorfosis* VII 63; Virgilio, *Eneida*, III 418

2 gión acudían ante él. Y es que, en efecto, al encontrarse desde antiguo las ciudades desprovistas de murallas, ellos carecían de cualquier medio de protección para aquéllas y, a causa de su hostilidad hacia los godos, estaban, como era lógico, profundamente insatisfechos con el gobierno de ese momen-
3 to. Entonces se presentó ante Belisario como desertor de los godos y junto con todos sus seguidores Ebrimo, el yerno de Teodato, que estaba casado con Teodenante, la hija de éste. Se le envió enseguida ante el emperador y recibió numerosos obsequios y, en particular, alcanzó la dignidad de los patri-
4 cios. El ejército de Belisario marchaba por tierra desde Regio a través de Brucio[92] y Lucania, y lo acompañaba, navegando
5 muy cerca de la costa, la flota de barcos. Una vez que llegaron a Campania, hallaron en su camino una ciudad situada junto al mar, de nombre Neápolis[93], que era poderosa, no só-

ss. y Estrabón, V 268, entre otros. Escila, según el mito, era un monstruo marino emboscado en el estrecho de Mesina, una mujer cuyo cuerpo, en su parte inferior, estaba rodeado de perros, seis animales feroces que devoraban cuanto se ponía a su alcance. Cuando la nave de Odiseo llegó costeando a la gruta que servía de guarida al monstruo, los perros salieron de ella y devoraron a seis de los compañeros del héroe griego. Por su parte, Caribdis era asimismo otro monstruo que vivía en una roca cerca de Mesina, a distancia de un tiro de arco de donde se encontraba Escila, al otro lado del estrecho, y que tres veces al día absorbía agua del mar en gran cantidad, tragándose incluso los barcos que en aquellos momentos pasaran por la zona. Cuando Odiseo paso navegando por allí escapó en una ocasión, pero tras el naufragio posterior al episodio de los bueyes del Sol se vio arrastrado por la corriente de Caribdis. Sin embargo, el héroe logró salvarse agarrándose a la higuera que crecía a la entrada de la cueva donde el monstruo vivía. Es evidente, pues, que el estrecho de Mesina es un lugar que se caracteriza por lo dificultoso de su navegación y que se requería habilidad para sortear sus múltiples peligros.

[92] Preferimos esta forma y el gentilicio *brucios* en lugar de las transcripciones Britia y Britios, respectivamente. El Brucio es la actual Calabria.

[93] Hemos optado por la forma Neápolis frente al actual nombre de Nápoles y por el gentilicio neapolitas. La ciudad de Neápolis o Parthenopeia es la más importante de la región de Campania; situada en el extremo suroccidental del *sinus Cumanus* o golfo de Cumas en el mar Tirreno y al oes-

lo por las características naturales del lugar, sino también porque albergaba una numerosa guarnición goda. Belisario 6 ordenó que los barcos atracaran en el puerto, fuera del alcance de los dardos, en tanto que él mismo, tras establecer el campamento cerca de la ciudad, se apoderó en primer lugar por rendición de la fortaleza que está en los arrabales y, a continuación, permitió que los habitantes de la ciudad, que así se lo estaban pidiendo, enviaran a su campamento a algunos de sus notables, a fin de que le pudiesen explicar qué era lo que deseaban y, tras escuchar su respuesta, se la dieran a conocer a la totalidad de la población. Al instante, pues, los 7 neapolitas enviaron a Estéfano, que, en cuanto se presentó ante Belisario, le dirigió las siguientes palabras:

«No estás tú, general, obrando con justicia al hacer la guerra contra unos hombres que son romanos y que no han cometido ninguna falta, unos hombres que habitamos una ciudad pequeña y que tenemos en ella una guarnición de bárbaros en calidad de dominadores, de tal forma que, aunque quisiéramos, no está en nuestras manos el oponernos a ellos. Mas sucede que incluso estos guardias hubieron de dejar a 8 sus esposas, a sus hijos y sus más preciadas posesiones en las manos de Teodato antes de venir a dominarnos. Por tanto, si 9 hacen algún tipo de trato con vosotros, quedará patente que están traicionando no a la ciudad, sino a ellos mismos. Además, si es menester decir la verdad sin ocultar nada, vosotros 10 no habéis tomado la decisión que conviene a vuestros intere-

te del Vesubio, fue fundada por los atenienses y los calcidios en el s. V a. C. en las cercanías de Parténope, una supuesta colonia de griegos procedentes de Cumas en el Posilipo, que data del s. VII. Los colonos del s. V vinieron a establecerse en el lugar que hoy día ocupa la ciudad, a la que denominaron *Neápolis* o «Ciudad Nueva». Perteneció a los samnitas y, posteriormente, en el 327 a. C. pasó a poder de los romanos y, como hemos leído en estos capítulos iniciales de la *Guerra Gótica*, a los ostrogodos con Teodorico el Grande a la cabeza.

ses al venir a atacarnos. Pues si vosotros conquistáis Roma,
también Neápolis quedará sometida a vuestro poder sin nin-
guna dificultad, pero si sois rechazados de aquélla, es proba-
ble que ni siquiera podáis mantener con seguridad la pose-
11 sión de ésta. En consecuencia, en ambas situaciones el
tiempo que empleéis en este asedio habrá sido consumido en
vano».

Éstas fueron las palabras de Estéfano. Por su parte,
12 Belisario le contestó de la siguiente manera: «Si nosotros he-
mos tomado una decisión correcta o equivocada al venir aquí
no es una cuestión que vayamos a someter al parecer de los
neapolitas. Sin embargo, en aquellos asuntos que merezcan
vuestras deliberaciones sí deseamos que vosotros los sope-
séis con atención y actuéis tan sólo de aquella manera que
13 haya de redundar en vuestro propio beneficio. Acoged, por
tanto, en vuestra ciudad al ejército del emperador, que ha lle-
gado aquí para garantizar vuestra libertad y la del resto de los
italianos, y no escojáis una senda que os pueda conducir a la
14 más dolorosa de las situaciones. Pues cuantos marchan a la
guerra para librarse de la esclavitud o de cualquier otra situa-
ción deshonrosa, estos hombres, si tienen éxito en la contien-
da, obtienen doble ventaja, pues juntamente con la victoria
consiguen la liberación de sus problemas; en cambio, si re-
sultan derrotados, se llevan al menos algún consuelo para sí
mismos: que haya sido una mala ventura y no su voluntad
15 la que les haya puesto en tal camino. Pero aquellos que tie-
nen la posibilidad de ser libres sin recurrir a la guerra, pero
que, no obstante, entran en batalla con el riesgo de caer en
una condición de esclavitud permanente, tales hombres, in-
cluso si tienen la suerte de resultar victoriosos, han fracasa-
do en los aspectos más vitales y, si en la batalla salen con un
resultado menos afortunado del que hubieran querido, junta-
mente con lo desdichado de su situación general, todo lo que
conseguirán además será el infortunio que emana de la derro-

ta. En lo que respecta a los neapolitas, pues, sea suficiente con lo dicho. Sin embargo, en lo que atañe a los godos que 16 se encuentran aquí presentes, les ofrecemos la posibilidad de elegir: o se unen a nosotros en lo sucesivo bajo las órdenes del emperador o se marchan de regreso sin sufrir daño alguno. Porque, si ellos o vosotros no hacéis caso de estas consi- 17 deraciones y os atrevéis a levantaros en armas contra nosotros, en ese caso nos veremos obligados, si Dios así lo desea, a tratar como enemigo a todo aquel con el que nos encontremos. Por el contrario, si los neapolitas escogen la cau- 18 sa del emperador para librarse así de una dura esclavitud, yo os prometo, y os doy garantías de ello, que recibiréis de nuestras manos los mismos beneficios que los sicilianos esperaban hace poco, y éstos no pueden quejarse de que hayamos jurado en falso».

Éstas fueron las palabras que Belisario ordenó a Estéfano 19 que transmitiera a su pueblo. Mas en privado le prometió que habría para él importantes recompensas si conseguía inspirar en los neapolitas un sentimiento favorable hacia el emperador. Estéfano, al llegar a la ciudad, dio cuenta de las palabras 20 de Belisario y expresó su opinión de que le parecía erróneo luchar contra el emperador. Colaboraba con él en estas tare- 21 as Antíoco, un sirio que llevaba mucho tiempo viviendo en Neápolis y se dedicaba al comercio marítimo, un hombre que gozaba de una gran reputación por su discreción y sentido de la justicia. Sin embargo, había dos hombres, Pastor y Ascle- 22 piódoto, oradores y varones muy notables entre los neapolitas, que eran firmes partidarios de los godos y no deseaban que cambiara el actual estado de cosas. Pues bien, estos dos 23 hombres, que deliberaban sobre cómo y de qué manera podrían poner trabas a las negociaciones, empujaron a la multitud a reclamar numerosas e importantes concesiones y a tratar de obligar por medio de juramentos a Belisario a que les concediera de inmediato todo aquello que le pedían. Tras re- 24

gistrar por escrito en un documento unas peticiones que to-
dos sabían que Belisario nunca habría de aceptar, se lo entre-
25 garon a Estéfano. Éste, en cuanto regresó al campamento del
emperador, le enseñó el escrito al general y le preguntó si es-
taba dispuesto a atender todas las peticiones que le presenta-
ban los neapolitas y a prestar juramento con relación a ellas.
Y Belisario, tras prometer que todas serían cumplidas para
26 beneficio de ellos, lo envió de vuelta. Cuando los neapolitas
escucharon esto, aceptaron al momento las garantías del ge-
neral y ordenaron que se permitiera entrar al ejército del em-
27 perador en la ciudad lo más rápidamente posible. Pues él ha-
bía asegurado que no sufrirían ningún mal, como había
quedado manifiesto en el caso de los sicilianos, los cuales
—afirmaba él— habían tenido la suerte de ser libres y que-
dar inmunes a todo tipo de dificultades, tras haber cambiado
a sus tiranos bárbaros por el gobierno de Justiniano como so-
28 berano. Los ciudadanos, llevados por una gran excitación, se
lanzaban hacia las puertas con la intención de abrirlas de par
en par y, aunque no era del agrado de los godos lo que esta-
ban haciendo, sin embargo, al verse incapaces de impedirlo,
les dejaron vía libre.

29 Por su parte, Pastor y Asclepiódoto, tras reunir en un so-
lo lugar al pueblo y a todos los godos, les dirigieron las si-
guientes palabras: «No es extravagante en absoluto que la
población de una ciudad se abandone a sí misma y su segu-
ridad, especialmente en un caso así en el que, sin haber con-
sultado a ninguno de sus notables, tome una decisión inde-
30 pendiente con relación a su situación en conjunto. Sin
embargo, es necesario que nosotros, que estamos a punto de
perecer juntamente con vosotros, ofrezcamos como última
31 contribución a nuestra tierra patria este consejo. Pues bien,
estamos viendo, conciudadanos, que vosotros estáis empeña-
dos en entregaros tanto a vosotros mismos como la ciudad a
Belisario, quien promete otorgaros numerosos beneficios y

prestar los más solemnes juramentos como garantía de tales
promesas. Así pues, si fuera capaz de prometeros también 32
que a él le llegará la victoria en la guerra, nadie podría negar
que la senda que estáis tomando fuera para vuestro beneficio,
pues es una gran insensatez no complacer en todo al que se 33
va a convertir en tu amo y señor. Mas si el resultado se mantiene incierto, y nadie en el mundo está capacitado para garantizar cuál será la decisión de la fortuna, considerad la clase de desgracias en pos de las cuales os llevará vuestra
precipitación. Pues si los godos vencen en la guerra, os cas- 34
tigarán como enemigos y por haber cometido contra ellos
mismos los actos más abominables, dado que vosotros estáis 35
recurriendo a este acto de traición no obligados por la necesidad, sino actuando cobardemente y de forma deliberada. En consecuencia, incluso a Belisario, si consigue la victoria sobre sus enemigos, probablemente le parecerá que hemos sido desleales y traidores con nuestros gobernantes y, comoquiera que nos hemos convertido en desertores, con toda probabilidad tendremos permanentemente una guarnición
enviada por el emperador. Pues, aunque aquel que se ha en- 36
contrado con un traidor en el momento de la victoria está encantado con el favor recibido, más tarde, sin embargo, movido por la sospecha basada en los actos anteriores del traidor, odia y teme a su benefactor, puesto que él mismo tiene en sus
manos las pruebas de su deslealtad. No obstante, si nos mos- 37
tramos leales a los godos en la situación actual, arrostrando valerosamente los peligros, ellos nos concederán grandes recompensas en el caso de que venzan a los enemigos, y Belisario, si la suerte quiere que él resulte vencedor, será in-
dulgente con nosotros. Pues la lealtad que fracasa no es cas- 38
tigada por nadie en el mundo, a menos que sea un necio. Pero 39
¿qué es lo que os ha sucedido para que sintáis terror de sufrir un asedio por parte de los enemigos, vosotros que no carecéis de provisiones ni os falta ni una sola de las cosas indispensa-

bles para vivir y que podéis permanecer en casa, por confiar
tanto en las fortificaciones como en la guarnición de aquí[94].
Nuestra opinión es que tampoco Belisario habría accedido a
este acuerdo con vosotros si hubiera tenido alguna esperanza
40 de poder tomar la ciudad por la fuerza. Sin embargo, si él hu-
biera querido comportarse con justicia con nosotros y mirar
por nuestro beneficio, no hubiera atemorizado a los neapoli-
tas ni hubiera intentado consolidar su poder haciendo que co-
metiéramos una injusticia contra los godos, sino que, por el
contrario, habría trabado combate con Teodato y los godos,
para que, sin peligro para nosotros ni traición de nuestra par-
te, la ciudad cayera en poder de los vencedores».
41 Tras exponer todas estas razones Pastor y Asclepiódoto,
hicieron que hablaran los judíos[95], los cuales aseguraron que
a la ciudad no le faltaría ninguna de las cosas necesarias, y
los godos por su parte prometieron que guardarían de una
42 forma segura la muralla que la rodeaba. Entonces los neapo-
litas, motivados por estas promesas, le pidieron a Belisario
43 que se marchara de allí lo más rápidamente posible. Él, sin
embargo, dio comienzo al asedio. El general llevó a cabo nu-
merosos intentos contra la muralla, pero en todos fue recha-
zado y perdió a muchos de sus soldados, especialmente aque-
44 llos que demostraban valor. La muralla de Neápolis era
inaccesible tanto a causa del mar como por ciertas dificulta-
des del terreno que no permitían acceso alguno a los que pla-
neaban atacarla, entre otras cosas porque era cuesta arriba.
45 Entonces Belisario cortó el acueducto[96] que llevaba el agua

[94] Integrada por godos; cf. V 8, 5.

[95] Como vemos, aparecen en el texto miembros de este pueblo presentados en conjunto y sin precisar nombres, dedicados a las actividades comerciales y de abastecimiento de la ciudad, tan típicas y características de ellos en diferentes lugares y épocas.

[96] Como seguiremos observando a lo largo del texto, los acueductos *(ochetoí)* o conducciones de agua al interior de las ciudades, quizá la obra

hasta la ciudad, mas no consiguió perturbar seriamente a los neapolitas, puesto que tenían pozos dentro del recinto amurallado suficientes para cubrir sus necesidades y mantenerse sin sentirse demasiado afectados por la pérdida del acueducto.

A continuación los asediados, sin que los enemigos se 9
diesen cuenta de ello, enviaron legados a Roma ante Teodato pidiéndole que les prestara ayuda a la mayor brevedad posible. Mas Teodato no estaba en absoluto preparado para la guerra, ya que era de natural cobarde, según he indicado anteriormente[97]. Cuentan que le sucedió además algo que lo de- 2
jó extraordinariamente asustado y que lo llevó a sentir una angustia todavía mayor. Por mi parte, no doy crédito a esta historia, pero aun así voy a contarla[98]. Teodato desde hacía 3
ya tiempo era aficionado a las averiguaciones y adivinaciones del porvenir, y por aquel entonces él albergaba dudas sobre cómo debía actuar en esas circunstancias, una situación que, más que ninguna otra, suele impulsar a los hombres a recurrir a las profecías[99]. Entonces le preguntó a uno de los he-

de ingeniería más típicamente romana en general, van a resultar un elemento muy importante en la estrategia militar durante los diferentes asedios y asaltos militares a las poblaciones en la *Guerra Gótica*. Cf. V 9, 11 ss. y, para el caso de Roma, por ejemplo, V 19, 13 ss.

[97] Cf. V 3, 1.

[98] Nueva incursión de Procopio en lo anecdótico y paranormal. Con un procedimiento que entronca claramente en la tradición historiográfica griega —en particular recuerda a Heródoto—, nuestro autor se cura en salud, limitándose a referir el episodio y dejando al libre albedrío del lector el dar crédito o no a tan llamativo relato.

[99] Con este llamativo episodio, sin duda alguna, queda perfectamente retratada por parte de Procopio la psicología del personaje, aparte de cumplir una vez más la función —típicamente herodotea asimismo— de inciso anecdótico que relaja la lectura de la obra.

breos[100], un hombre famoso y reputado por esta actividad, cuál
4 sería el resultado de la guerra presente. El hebreo entonces le ordenó que encerrara en tres chozas tres grupos de diez cerdos cada uno y, tras darle a cada uno de los grupos respectivamente los nombres de «godos», «romanos» y «soldados del emperador», le indicó que esperara tranquilamente un número de días estipulado.
5 Teodato actuó conforme a estas indicaciones. Cuando llegó el día establecido, los dos entraron en las chozas para ver el estado de los cerdos; entonces descubrieron que, de aquellos a los que había puesto el nombre de «godos», habían perecido todos excepto dos, mientras que de los que habían recibido el nombre de «soldados del emperador» estaban todos con vida salvo unos pocos que habían muerto; sin embargo, de los que fueron llamados «romanos», aunque a todos se les había caído el pelo, habían sobrevivido
6 aproximadamente la mitad de ellos. Cuando Teodato observó esto y adivinó el resultado de la guerra, le invadió, según dicen, un gran temor al darse perfecta cuenta de que el destino de los romanos ciertamente sería que morirían aproximadamente la mitad y que se verían privados de sus posesiones, en cambio los godos serían derrotados y su estirpe se vería reducida a unos cuantos, y que, finalmente, sería al emperador, aunque perdiera a unos pocos
7 soldados, al que le llegaría la victoria en la guerra. Es esta la razón, dicen, por la que a Teodato no le sobrevino impulso alguno de ponerse a luchar contra Belisario. Sea como fuere, que cada uno exprese su punto de vista sobre esta historia según la confianza o incredulidad que sienta al respecto de la misma[101].

---

[100] Nueva actividad relacionada con los hebreos o judíos, como quizás fuese habitual en esa época y que probablemente sería bien remunerada ya entonces y más por un personaje de altísimo nivel social como Teodato.

[101] Nueva insistencia en que queda al criterio del lector dar crédito o no al relato. Lo que resulta evidente es que Teodato sí se lo da, como no se podía esperar de otra manera. Desde luego, hay que reconocer que el resultado real de la contienda se corresponde con bastante aproximación a las conclusiones extraídas de la prueba por parte del rey.

Por su parte, Belisario, que se encontraba sitiando a los 8 neapolitas tanto por tierra como por mar, empezó a sentirse hastiado, pues había llegado a la conclusión de que no se rendirían jamás y, además, tampoco esperaba que la ciudad pudiera ser capturada, puesto que el propio terreno se estaba convirtiendo en un obstáculo muy difícil de superar. Además 9 el tiempo que llevaba allí lo mortificaba, pues él estaba haciendo sus cálculos para no verse obligado a atacar a Teodato y Roma en invierno. De hecho, incluso ya había dado orden 10 al ejército de que recogieran los bagajes, pues tenía la intención de salir de allí lo más rápidamente posible. Pero mientras se encontraba sumido en la mayor perplejidad, se encontró con el siguiente golpe de suerte: a uno de los isáuricos le 11 invadió el deseo de observar la construcción del acueducto y de descubrir de qué manera proporcionaba a la ciudad la provisión del agua necesaria. Así que entró en él en un punto ale- 12 jado de la ciudad, donde Belisario había hecho pedazos el acueducto[102], y se puso a caminar a lo largo de él sin ninguna dificultad, puesto que el agua había dejado de correr al haber quedado hecho pedazos. Mas cuando se hallaba en un 13 punto muy cercano a la muralla, se encontró con una roca de gran tamaño que no había sido colocada allí por mano humana, sino que formaba parte de la naturaleza del lugar. Aquellos que habían construido el acueducto muchos años 14 atrás, después de fijar la construcción a la roca, procedieron a hacer un túnel desde ese punto, no lo suficientemente amplio como para permitir el paso de un hombre, pero sí el del agua. Por eso se daba la circunstancia de que la anchura del 15 acueducto no era la misma en todas partes, sino que uno se encontraba con una estrechez dentro de la roca por la que era imposible transitar, sobre todo con armadura o escudo. Cuando el isáurico observó esto, no le pareció imposible que 16

[102] Cf. V 8, 45.

el ejército entrara en la ciudad, si podían hacer un poco más
17 ancho el túnel en aquel punto. Mas dado que era un hombre humilde y que jamás había cruzado palabra con ninguno de los jefes, le confió la idea a Paucaris, otro isáurico, el cual se había distinguido por sus méritos entre los escuderos de Belisario. Así pues, Paucaris al instante le contó al general
18 todo este asunto. Belisario quedó encantado con la información y tomó nuevos bríos y le prometió al hombre recompensarle con una importante cantidad de dinero, lo animó a intentar la empresa y le ordenó que se hiciese acompañar de algunos de los isáuricos y que realizase un corte en la roca lo más rápidamente que pudiera, teniendo cuidado de que nadie
19 se diese cuenta de lo que estaban haciendo. Paucaris, por su parte, tras escoger a unos isáuricos totalmente adecuados para este trabajo, entró con ellos a escondidas en el acueducto.
20 Cuando hubieron llegado al lugar donde la roca provocaba el estrechamiento del paso, se pusieron manos a la obra, pero sin cortar la roca con zapapicos o azadones, para no revelar a los enemigos lo que estaban haciendo a causa de los golpes, sino rascándola con muchísima perseverancia con unas
21 herramientas afiladas. En un breve lapso de tiempo el trabajo quedó completado, de tal manera que era posible que pasara por allí un hombre que llevase puesta una coraza y que portara un escudo.

22 Una vez que todos los preparativos se encontraron por fin en el mejor estado posible, se le ocurrió a Belisario que si iba a entrar en Neápolis con su ejército mediante un acto de guerra, el resultado sería que se perderían vidas humanas y que sucederían todos los demás abusos que suelen acompañar a la conquista de una ciudad por parte de un ejército enemigo[103].

---

[103] Rasgo de humanidad revelador de la magnanimidad que nos pinta Procopio como nota significativa del carácter de Belisario como general en jefe del ejército, al menos en las *Guerras*.

Entonces, tras llamar inmediatamente a su presencia a 23
Estéfano, le dirigió las siguientes palabras: «En multitud de ocasiones he visto la conquista de ciudades y soy bastante conocedor de los abusos que se producen en semejantes circunstancias. Pues a los hombres de cualquier edad los elimi- 24
nan y, por lo que respecta a las mujeres, aunque ellas piden morir, no se les concede el favor de darles muerte, sino que, arrastradas a padecer vejaciones, se las hace sufrir un trato abominable y digno de la mayor compasión. Por su parte, los 25
niños, privados en estas circunstancias tanto de una adecuada crianza como de la educación, se ven obligados a servir como esclavos y, además, a hombres que son los más despreciables de todos, aquellos en cuyas manos han visto la sangre de sus padres. Y eso que paso por alto, mi querido 26
Estéfano, el incendio provocado, por culpa del cual se destruyen todas las propiedades y, en especial, se desluce la belleza de la ciudad[104]. Cuando contemplo, como en un espejo, a esta ciudad de Neápolis compartir el mismo destino fatal que las demás ciudades que han sido conquistadas en tiempos pasados, me veo movido a sentir compasión[105] tanto por ella como por vosotros, sus habitantes, pues, en efecto, he 27
puesto en práctica esa clase de actuaciones contra aquella ciudad cuya captura ha sido imposible de evitar. Pero yo, por mi parte, rogaría que una ciudad antigua y que desde antiguo ha tenido como habitantes a cristianos y romanos no alcance tal grado de infortunio, especialmente por mi intervención como general en jefe de las tropas romanas; además en mi ejército hay un número elevado de bárbaros que han perdido

---

[104] Entroncando directamente con la mitología incluso: viene a la mente sin duda el saqueo y destrucción con nocturnidad y alevosía de la Troya homérica, idea corroborada por el contenido del párrafo siguiente (el 26).

[105] O «piedad» (*oîktos*) nota psicológica que caracteriza a Belisario como general magnánimo. Es un término recurrente en HOMERO: cf., por ejemplo, *Od.* 2, 81; 24, 438; etc.

a hermanos u otros familiares delante de estas murallas y yo no sería capaz de controlar la furia de estos hombres si toman
28 la ciudad mediante un acto de guerra. Por tanto, mientras esté todavía en vuestras manos elegir y llevar a cabo aquello que os pueda beneficiar, tomad la decisión más adecuada y evitad la desgracia; pues, cuando ésta caiga sobre vosotros, como es probable que ocurra, no le echaréis la culpa con justicia a la fortuna, sino a vuestro propio criterio[106]». Dicho es-
29 to, Belisario despidió a Estéfano. Éste se presentó ante el pueblo de los neapolitas envuelto en lágrimas e informando con amargos lamentos de todo lo que había oído decir a
30 Belisario. Ellos, sin embargo, —pues no estaba determinado por el destino[107] que los neapolitas se convirtiesen en súbditos del emperador sin sufrir castigo— no sintieron miedo alguno y decidieron no rendirse ante Belisario.

10 Entonces, por fin, Belisario se preparó para entrar en la ciudad de la manera siguiente: seleccionó a unos cuatrocientos hombres aproximadamente a la caída de la noche y puso al frente de ellos como comandantes a Magno, que dirigía un destacamento de caballería, y al jefe de los isáuricos, Enes. Les ordenó a todos que se pusieran la coraza y que tomaran en sus manos los escudos y las espadas, y permanecieran sin
2 moverse hasta que él mismo diese la señal. Tras mandar llamar a Besas[108], le dio orden de que permaneciese allí, porque quería consultar con él sobre un asunto relativo al ejército.

[106] Para los términos *gnṓme* y *týchē*, tan importantes en la concepción histórica de Tucídides, véase nota 118 al libro I de las *Guerras* (B.C.G. 280). Con respecto al problema de la causalidad histórica y el concepto de *týchē* en nuestro autor, remitimos especialmente a la nota 56 al libro III de las *Guerras* y, sobre todo, al artículo de EVANS, *Greek, Roman and Byzantine Studies* 12 (1971), 93 ss.

[107] Expresión que aparece ya en V 4, 4. Cf. el texto y la nota 50.

[108] Cf. V 5, 3.

Cuando era ya una hora avanzada de la noche, les explicó a 3
Magno y a Enes la misión que les correspondía cumplir, les
mostró el lugar exacto donde él previamente había cortado el
acueducto y, finalmente, les ordenó que condujeran a los cua-
trocientos hombres hasta el interior de la ciudad y que lleva-
ran antorchas con ellos. Envió también a dos hombres que 4
sabían tocar las trompetas, para que, tan pronto como ellos
estuvieran dentro del recinto amurallado, pudieran llenar la
ciudad de confusión e ir señalando a sus propios hombres lo
que estaban haciendo. Él mismo personalmente estaba prepa- 5
rando un número muy elevado de escaleras que habían sido
fabricadas previamente.

Así pues, estos hombres se introdujeron en el acueducto
y avanzaban en dirección a la ciudad, en tanto que él perma-
neció en su puesto junto con Besas y Focio[109] y con su ayu-
da dirigió todas las operaciones. Envió emisarios al campa- 6
mento con el encargo de que se mantuviesen despiertos y que
estuviesen con las armas en las manos. Por su parte, Belisario
permaneció junto a un buen numero de hombres a los que
consideraba los más valerosos. Pero la realidad fue que los
hombres que se dirigían a la ciudad, una vez que completa-
ron la mitad del recorrido, se sintieron aterrorizados por el pe-
ligro y se volvieron atrás. Dado que Magno no pudo conven- 7
cerlos para que lo siguieran, por más que los apremiaba una
y otra vez, regresó con ellos al lado del general. Belisario, 8
después de reprocharles a éstos su actitud, escogió a doscien-
tos hombres de las tropas que tenía a su lado y les ordenó que
fueran con Magno. Y también Focio, con el deseo de condu-
cir a éstos, saltó al canal del acueducto, pero Belisario se lo
impidió. Entonces incluso aquellos que huían del peligro, 9
avergonzados por los reproches del general y de Focio, se
atrevieron de nuevo a afrontar el riesgo y fueron con los

[109] Cf. V 5, 5.

10 otros. Y Belisario, temiendo que se apercibiera de sus operaciones alguno de los enemigos, que mantenían entonces una guarnición en la torre a muy poca distancia del acueducto, se llegó a ese lugar y ordenó a Besas que mantuviera una conversación en lengua gótica[110] con los godos que se encontraban allí, con la intención de que no llegara a sus oídos ningún sonido metálico de las
11 armas que llevaban. Besas les gritó instándoles a que se rindieran a Belisario y prometiéndoles que habría para ellos una gran recompensa. Ellos, sin embargo, se mofaron de Besas y profirie-
12 ron además multitud de insultos contra Belisario y el emperador. De esta forma estuvieron ocupados, pues, Belisario y Besas.

Por su parte, el acueducto de Neápolis no sólo está cubier-
13 to hasta la muralla, sino que permanece igualmente cubierto un largo trecho después de su entrada en la ciudad, con una elevada bóveda[111] de ladrillo cocido, de tal modo que, cuando los hombres que estaban bajo las órdenes de Magno y de Enes se encontraron dentro del recinto amurallado, todos y cada uno de ellos fueron incapaces de conjeturar siquiera en
14 qué lugar de la tierra estaban. Además, tampoco pudieron bajarse del acueducto hasta que los primeros de ellos llegaron a un lugar en el que coincidió que el acueducto no tenía techo y donde había un edificio completamente abandonado.
15 Dentro del edificio vivía una mujer, que estaba sola y sumida en un estado de gran pobreza; y había crecido un olivo por en-

---

[110] Para la lengua de los godos, cf. nota 30 al libro III de las *Guerras*.

[111] *Kúrtōma* es el término griego que LIDDELL-SCOTT en su *Lexicon* traducen por *bulge* («protuberancia», «pandeo», siendo este último «acción y efecto de torcerse una cosa encorvándose, especialmente en el medio. Se usa hablando de las paredes, vigas y otras cosas.»), *outside of bowl of a cup* o *convex front of half-moon*, entre otras, si bien no recoge en ningún caso la traducción que, por el contexto, podemos inferir con facilidad. DEWING traduce por «arch», término inglés que puede equivaler también a «bóveda». Téngase en cuenta que los canales de los acueductos, si llevaban agua potable, solían estar protegidos por bóvedas, falsas bóvedas, placas de piedra o tégulos.

cima de la altura del acueducto. Cuando los hombres vieron 16
el cielo y se dieron cuenta de que estaban en medio de la ciudad, comenzaron a planear el modo de salir de allí, sin embargo carecían de recursos para salir del acueducto, especialmente con las armas a cuestas. Daba la casualidad de que la
estructura era muy elevada en ese punto y tampoco se podía 17
subir hasta lo más alto. Pero, al encontrarse los soldados sumidos en un estado de gran perplejidad y al irse juntando en un espacio muy estrecho —pues, como seguían subiendo los soldados que venían por atrás, se estaba empezando a formar una verdadera muchedumbre de personas—, se le ocurrió a
uno de ellos intentar la escalada. Así pues, tras dejar en el sue- 18
lo sus armas, se abrió paso hacia arriba con pies y manos y al-
canzó la casa de la mujer. Al verla a ella allí, la amenazó con 19
matarla si no guardaba silencio. Ella, paralizada por el miedo, permaneció sin pronunciar palabra. Entonces él ató al tronco del olivo una cuerda resistente y lanzó hacia el acueducto el otro extremo. De esta forma, cada uno de los soldados, aga-
rrándose a la cuerda, intentaba la difícil subida. Una vez que 20
todos hubieron subido cuando quedaba todavía una cuarta parte de la noche, avanzaron hacia la muralla y dieron muerte a los centinelas de dos de las torres antes de que se hubieran apercibido de la situación; estas torres estaban situadas en la zona norte de la muralla, donde Belisario juntamente con Besas y Focio estaban apostados y esperaban con impacien-
cia el desarrollo de los acontecimientos. Mientras unos llama- 21
ban al ejército con sus trompetas para que se dirigieran a la muralla, Belisario colocaba las escaleras apoyándolas contra las fortificaciones y ordenaba a los soldados que subieran por
ellas. Sin embargo, se daba la circunstancia de que ninguna de 22
las escaleras llegaba hasta el parapeto, ya que los operarios las fabricaron sin haber visto la muralla y no pudieron alcanzar la
medida adecuada. Por esta razón las ataban de dos en dos y 23
sólo subiendo por ambas pudieron alcanzar los soldados la

altura de las almenas. Tal fue, pues, el desarrollo de los acontecimientos en los que estaba ocupado Belisario.

24 Pero en el lado de la muralla que mira al mar, donde los que estaban de guardia no eran bárbaros, sino judíos, los soldados
25 no pudieron ni valerse de las escaleras ni escalar la pared. Pues los judíos ya habían ofendido a sus enemigos al haberse opuesto a sus esfuerzos por tomar la ciudad sin necesidad de luchar, y por esta razón no tenían esperanza alguna de sobrevivir en el caso de que cayesen en su poder, así que luchaban tenazmente, aun cuando para ellos la ciudad ya había sido tomada, y resistían contra toda esperanza ante las acometidas de sus opo-
26 nentes. Cuando se hizo de día, algunos de los que habían escalado marcharon contra ellos y entonces, como les disparaban desde atrás, también ellos emprendieron la huida y Neápolis fue tomada al asalto[112]. Las puertas fueron abiertas
27 de par en par y la totalidad del ejército entró en la ciudad. Mas cuantos estaban apostados en torno a las puertas orientadas al este, dado que no disponían de escaleras, prendieron fuego a
28 esas puertas que se encontraban sin ninguna vigilancia, pues aquella parte de la muralla estaba vacía de hombres, comoquiera que los centinelas se habían dado apresuradamente a la
29 fuga. Entonces se produjo allí una gran matanza, pues todos estaban poseídos por la cólera, especialmente aquellos a los que les había tocado la desgracia de que algún hermano o familiar hubiera resultado muerto durante el asalto a la muralla. Mataban a todo aquel con el que se encontraban, sin perdonarle la vida a ninguno, fuera joven o viejo, e irrumpiendo en las casas, reducían a la condición de esclavos a mujeres y niños; los objetos de valor se los llevaban como botín, y en esto se destacaban sobre todos los demás los maságetas[113], los cuales

---

[112] Año 536 d. C.

[113] Los maságetas eran un pueblo procedente de la zona oriental del Cáucaso, de origen iranio y emparentado sin ninguna duda con los escitas.

no respetaban ni los santuarios, pues dieron muerte a muchos que se habían refugiado en ellos[114], hasta que Belisario, que recorría la ciudad de una parte a otra, se lo impidió y, tras convocarlos a una reunión, les dirigió las siguientes palabras:

«Una vez que Dios nos ha concedido la victoria y hemos llegado al punto más alto de la gloria, al poner bajo nuestro poder a una ciudad que nunca había sido capturada con anterioridad, nos corresponde ahora a nosotros mostrar que no somos indignos de Su gracia, sino, mediante el trato humano que demos a los vencidos dejar claro que los hemos vencido justamente. No sintáis, en consecuencia, un odio ilimitado a los neapolitas y no permitáis que vuestra hostilidad hacia ellos supere los límites de la guerra, pues a los vencidos no los odia ya ninguno de los vencedores. Matándolos no os vais a librar de enemigos en el futuro, sino que os estaréis causando un perjuicio a vosotros mismos con la muerte de estos vuestros súbditos. Por lo tanto, no les hagáis a estos hombres ningún daño más ni tampoco os dejéis dominar del todo por la furia. Vergonzoso es, en efecto, vencer a los enemigos y, acto seguido, mostrarse dominados por la pasión. Sean, pues, suficientes para vosotros las demás posesiones suyas como recompensa por vuestro valor, pero, en cuanto a las mujeres, devolvédselas, junto con los niños, a sus maridos. Finalmente, dejad que los vencidos aprendan por

30 (hemos llegado…) 31 (No sintáis…) 32 (Matándolos…) 33 (Vergonzoso…)

El rey persa Ciro II dirigió contra ellos una expedición militar en el curso de la cual él murió (530 a. C.); posteriormente, fueron sometidos por Alejandro Magno. Ya aparecen nombrados por Heródoto en *Historias* I, 201 y por Procopio en la *Guerra Persa* I 13, 20 ss. y 21, 13 ss. Con respecto a su confusión o identificación con los hunos véase nuestra nota 94 al libro III de las *Guerras*.

[114] Acto de carácter sacrílego en toda la antigüedad: recordemos que la persona que se refugiaba en un santuario era inviolable.

experiencia de qué clase de amigos se han visto privados por culpa de su insensatez[115]».

34 Tras pronunciar estas palabras, Belisario dejó libres a las mujeres, a los niños y a los demás esclavos de los neapolitas, a todos y cada uno de ellos, sin que hubieran sufrido vejación
35 alguna, y reconcilió a los soldados con los ciudadanos. Así vino a sucederles a los neapolitas que en el transcurso del mismo día se convirtieron en prisioneros y recobraron la libertad, del mismo modo que volvieron a ser dueños de las
36 más valiosas de sus posesiones. Pues cuantos hombres tenían la suerte de poseer oro o algún otro objeto de valor lo habían ocultado anteriormente enterrándolo en el suelo, y de esta forma les pasó inadvertido a los enemigos que los neapolitas, al recuperar sus casas, tomaban otra vez posesión de su dinero. Así terminó, pues, el asedio, que había durado
37 aproximadamente unos veinte días. En lo que respecta a los godos que habían sido capturados allí, en número no inferior a ochocientos, Belisario los puso bajo vigilancia sin que sufrieran ningún daño en absoluto, y no los tuvo en menor consideración que a sus propios soldados.

38 Por su parte, Pastor, que había llevado al pueblo al desatino, como ya ha sido expuesto antes[116], tan pronto como vio la ciudad conquistada, sufrió un ataque de apoplejía[117] y murió de forma repentina por más que nunca había estado enfer-

---

[115] Este breve discurso constituye una verdadera lección de generosidad y respeto al vencido por parte de Belisario, característica del general en la cual incide una vez más nuestro autor y que queda refrendada y demostrada por su inmediata actuación posterior (cf. párrafos 34 y 35).

[116] Cf. V 8, 22 ss., en compañía de Asclepiódoto, otro destacado orador y hombre notable entre los habitantes de la ciudad y al que se vuelve a referir Procopio en seguida.

[117] Transcripción exacta del griego *apoplēxía*: parálisis o suspensión súbita y más o menos completa de la acción cerebral, debida a hemorragia, embolia o trombosis de una arteria del cerebro.

mo anteriormente ni había sufrido ningún daño por parte de nadie. Asclepiódoto, sin embargo, que había tomado parte en 39
esa intriga con él, se presentó ante Belisario en compañía de los notables que habían sobrevivido. Entonces Estéfano, mofándose de él, le hizo los siguientes reproches: «Observa tú, 40
el peor de todos los hombres, qué desgracias has causado a tu tierra paterna vendiendo la seguridad de tus conciudadanos a cambio de la lealtad a los godos. Y a continuación, si 41
las cosas hubieran ido bien para los bárbaros, tú habrías reclamado el derecho de ser un asalariado de aquellos y de habernos llevado ante los tribunales a cada uno de nosotros, que hemos dado los mejores consejos, bajo la acusación de intentar entregar a traición la ciudad a los romanos. Pero, una 42
vez que el emperador ha tomado la ciudad y que nosotros nos hemos salvado gracias a la integridad de este hombre y que tú has tenido la osadía, producto de la irreflexión, de presentarte así ante el emperador, como si no hubieras hecho daño alguno ni a los neapolitas ni al ejército del emperador, vas a recibir los castigos de los que te has hecho acreedor». Estas 43
fueron las palabras que Estéfano, que estaba profundamente dolido por la desgracia de su ciudad, lanzó contra Asclepiódoto.

Éste le respondió de la siguiente manera: «Tú mismo no te has dado cuenta de que nos has estado elogiando, noble señor, al reprocharnos nuestra lealtad para con los godos. Pues 44
nadie podría ser jamás leal a sus señores cuando éstos están corriendo peligro, como no sea por firme convicción. Y en lo que a mí respecta, en efecto, los vencedores tendrán en mi persona un centinela del estado tan leal como recientemente encontraron en mí a un enemigo, pues el que por naturaleza está dotado con el don de la fidelidad, no cambia de criterio 45
cuando su suerte es la contraria. Tú, en cambio, si la situación de ellos no siguiera su curso, estarías dispuesto a escuchar las proposiciones de sus agresores. Pues aquel que sufre

la enfermedad de la inconstancia de propósito, siente miedo
46 al mismo tiempo que reniega de su fidelidad a las personas más queridas». Tales fueron las palabras de Asclepiódoto. Sin embargo, el pueblo de los neapolitas, cuando lo vió regresando del lado de Belisario, se reunió como un solo hombre y empezó a acusarlo de todo lo que les había ocurrido. Y no lo soltaron hasta que le dieron muerte y despedazaron su
47 cuerpo en mil pedazos. Se dirigieron entonces a la casa de Pastor y buscaban a este hombre. Al asegurar los sirvientes que Pastor había muerto, no se resignaban en modo alguno a creerlos hasta que no les enseñaran su cadáver. Finalmente
48 los neapolitas lo empalaron[118] en los arrabales de la ciudad. En ese momento le pidieron a Belisario que los perdonara por todo lo que habían hecho movidos por una justa cólera, y, tras recibir su perdón, se dispersaron. Tal fue, ciertamente, el destino de los neapolitas.

11 Sin embargo, los godos que estaban en Roma y en los territorios de su entorno, incluso antes de todo esto, contemplaban con gran asombro la inactividad de Teodato, porque, aunque los enemigos se encontraban en las cercanías, no deseaba entrar en batalla con ellos. Esto suscitaba en ellos una fuerte sospecha hacia él, en la creencia de que estaba traicionando voluntariamente la causa de los godos en favor del emperador y de que no se preocupaba de otra cosa que no fuese de su

---

[118] *Aneskolópisan* en el original griego. El verbo ya es empleado por Heródoto por ejemplo en I, 128 con el sentido de «crucificar». Por tanto, puede equivaler al verbo *anastauróō*, que es propiamente el que significa «crucificar». Son dos verbos intercambiables, pues en el mismo Heródoto *anastauróō* puede tener también el sentido de «ensartar en un palo, espetar», es decir, propiamente «empalar», por ejemplo la cabeza de una persona como en *Historias* 9, 78, lo mismo que en autores como Filón o Luciano. Resulta evidente que se trata de una de las formas más ignominiosas de mostrar o ejecutar públicamente a una persona.

propia tranquilidad, después de haber conseguido la mayor cantidad de dinero posible[119]. En consecuencia, cuando se enteraron de que Neápolis había sido tomada, empezaron a presentar todas estas acusaciones abiertamente y se concentraron en un lugar que dista de Roma unos doscientos ochenta estadios, lugar al que los romanos llaman Regata[120]. Les pareció a ellos que lo mejor era acampar allí mismo, pues en ese lugar hay extensas llanuras que dan abundante pasto para los
caballos. También corre por allí un río que los lugareños lla- 2
man Decenobio[121] en lengua latina, porque fluye a lo largo de diecinueve millas, distancia que equivale a ciento trece estadios[122], y desemboca entonces en el mar junto a la ciudad de Taracina, muy cerca de la cual se encuentra el monte Circeo, donde cuentan que Odiseo conoció a Circe, aun cuando el relato a mí no me parece digno de crédito, dado que Homero
sostiene que la morada de Circe estaba en una isla[123]. No obs- 3
tante, yo puedo decir lo siguiente: que este monte Circeo, que

[119] Recordemos su *philochrēmatía* o «amor, afición al dinero» (cf. V 3, 1).

[120] Lugar cercano a la población de Taracina, que es la transcripción que hemos elegido, Terracina o Tarracina, ciudad que también recibió los nombres de Anxur, Trachas y Trachina. Terracina —nombre actual— es una localidad costera situada en los Volscos (Lacio) sobre la Vía Apia entre Ad Medias y Fundi. Fue una colonia y municipio en cuyas cercanías nació Galba.

[121] *Decennovium*, nombre compuesto de los numerales *decem* y *novem* (= diecinueve). Comenta DEWING en su edición en nota *ad loc.* que este supuesto «río» es en realidad un canal que se extiende desde el Foro de Apio hasta Terracina.

[122] Algo más en realidad: las 19 millas equivaldrían a 28,0915 km., mientras que 113 estadios, si tomamos la equivalencia generalmente aceptada de 180 m. para un estadio, corresponderían a 20,340 km.

[123] En realidad ocurre lo siguiente: en primer lugar el nombre de monte de Circe o Circeo no aparece tal cual en HOMERO, sino la llamada isla Eea (*Aiaíēn d' es nêson* en *Od.* X, 135) «donde vivía Circe, la de hermosas trenzas». Parece que la solución al problema que plantea Procopio es mucho más simple que la que él va a aportar: se trata en realidad de una montaña

se extiende una gran distancia dentro del mar, es parecido a una isla, de tal forma que, tanto para los que navegan cerca de él como para los que caminan hacia la playa que está en sus cercanías, tiene enteramente la apariencia de una isla. Cuando uno se encuentra en él, sólo en ese momento se da cuenta de
4 que se ha equivocado en su apreciación. Quizás por esta razón Homero llamó isla al lugar. Sea como fuere, yo, por mi parte, voy a volver al relato anterior.

5 Los godos, reunidos en Regata, eligieron como rey para ellos y para los italianos a Vitigis[124], un hombre que, aunque no pertenecía a una casa ilustre, había adquirido gran renombre previamente en las batallas en torno a Sirmio, en los tiempos en que Teodorico proseguía la guerra contra los gé-
6 pidas[125]. Teodato, pues, nada más escuchar esto, se lanzó a la fuga tomando el camino de Rávena. Por su parte, Vitigis rápidamente envió a Optaris, un godo, con el encargo de que
7 trajera a Teodato vivo o muerto. Se daba la circunstancia de que Optaris veía con malos ojos a Teodato por la siguiente causa: Optaris había cortejado a una cierta joven que era he-
8 redera y, además, hermosa de aspecto. Teodato, sin embargo, sobornado con dinero[126], se la arrebató al pretendiente y la

situada en el lado occidental de la península italiana que, en épocas muy remotas, fue una isla pero que con el paso del tiempo quedó unida a tierra firme, en concreto a la llanura del Lacio. Dicho monte conservó a lo largo de toda la antigüedad el nombre derivado del de la deidad que aparece en la obra homérica, lo que demuestra su presencia en un texto tan tardío como este y, sobre todo, su nombre actual: monte Circello.

[124] Primera aparición en las *Guerras* de Vitigis. Preferimos esta transcripción de su nombre a Vitiges, empleada por Signes Codoñer en su traducción de la *Historia Secreta*. Fue rey de los ostrogodos de diciembre del 536 hasta mayo del 540 y, curiosamente, lo mismo que le ocurrió al vándalo Gelimer, tras ser derrotado por Belisario, fue conducido a Constantinopla, como nos contará nuestro autor en VII 1, 1-2.

[125] Cf. V 3, 15.

[126] Una vez más reaparece el excesivo apego al dinero que sentía Teodato.

comprometió con otro hombre. Por esta razón, pues, satisfaciendo no sólo su cólera sino también a Vitigis, perseguía a Teodato con gran ahínco y entusiasmo, no cejando en su em-
peño ni de noche ni de día. Finalmente lo alcanzó mientras se 9
encontraba todavía de camino, lo colocó en el suelo boca arriba y le dio muerte como si fuera la víctima de un sacrificio. Éste fue, pues, el final de la vida y del reinado de Teodato, que ocupó tres años el trono[127].

Por su parte, Vitigis, junto con los godos que se encontra- 10
ban con él, se dirigió a Roma. Tras conocer lo que le había sucedido a Teodato, se sintió complacido y puso bajo vigilan-
cia a Teodegisclo, su hijo. Sin embargo, como le pareció que 11
los preparativos de los godos todavía no estaban en modo alguno completados[128], consideró que era más recomendable dirigirse primero a Rávena y, tras dejarlo todo allí dispuesto de la mejor manera posible, entonces por fin emprender la guerra. En consecuencia, tras convocar a todos los godos, les habló de la siguiente manera:

«Las más importantes empresas, conmilitones, no acos- 12
tumbran a concluir con éxito por la precipitación en los momentos decisivos, sino gracias a una adecuada planificación.
A menudo, en efecto, una demora aplicada en el momento 13
oportuno ha reportado mayor beneficio, mientras que un apresuramiento intempestivo ha desbaratado a muchos hombres
sus esperanzas de éxito. Y es que, en la mayoría de los casos, 14
aquellos que no están preparados, aun cuando luchan en igualdad de fuerzas, son vencidos más fácilmente que todos los que, aun con menos poderío, entran en lucha preparados

[127] Diciembre del 536 d. C.

[128] Literalmente: «Como no le parecía que la situación (los asuntos) de los godos estuviese a punto en absoluto». La expresión *en paraskeuêi eînai* es muy frecuente en las *Guerras* de PROCOPIO, si bien en HERÓDOTO no aparece ni una sola vez y en TUCÍDIDES solamente en tres ocasiones.

15 de la mejor manera posible. Por lo tanto, no nos hagamos a nosotros mismos un daño irreparable por dejarnos llevar por el deseo de conseguir honores al instante. Pues es preferible sufrir vergüenza durante un corto espacio de tiempo y, tras ello, alcanzar una gloria imperecedera, que evitar el ultraje en el primer momento para después, como es probable que sea el caso, quedar sumidos en la oscuridad durante todo el tiempo
16 restante. Sin embargo vosotros, sin duda, sabéis tan bien como yo que se da la circunstancia de que el grueso de los godos y casi la totalidad de los bagajes están en la Galia, en Ve-
17 necia y en otros lugares más alejados. A mayor abundamiento, nosotros estamos sosteniendo una guerra contra los pueblos francos[129] que no es menos importante que ésta, y supone una

---

[129] Para información sobre los francos cf. notas 27 y 68, sin olvidarnos de que seguidamente Procopio va a dedicar todo el capítulo 12 y parte del 13 a un extenso inciso geográfico-histórico sobre este importante pueblo de origen germánico. Recordemos que los francos constituyeron una amenaza de primer orden para los ostrogodos, sobre todo en las fronteras noroccidentales de su reino: así en el año 534 Clotario I, con la colaboración de su hermano Childeberto I, había eliminado al rey burgundio o burgución Gundemaro, tras lo cual se repartieron Borgoña, que quedó incorporada a Neustria (sureste de la actual Francia). Ese mismo año había muerto Thierry I, siendo sucedido por su hijo Teodeberto I, el cual había ayudado a sus tíos en la contienda contra Gundemaro, por lo que una parte de Borgoña quedó bajo su mando. Asimismo, en el 537 los francos aprovecharon los problemas de los ostrogodos con el Imperio para apoderarse de Provenza, que también pasaría a formar parte de Neustria. Precisamente, Borgoña y Provenza eran los dos territorios fronterizos con el reino de los ostrogodos. Clodoveo I, rey de los francos desde el 481-82 hasta el 511, aparece como el fundador de la dinastía de los merovingios, tanto por su acción unificadora del reino franco como por la conquista de la mayor parte de la Galia. A su muerte, sus cuatro hijos se repartieron sus conquistas y, como se ha comentado, prosiguieron la expansión del reino. La muerte natural o los asesinatos provocados por las luchas intestinas provocaron en el 558 la reunión del reino de los francos en las manos de Clotario I, a cuya muerte en el 561 se procedió a un nuevo reparto entre sus cuatro hijos.

gran locura entrar en una segunda contienda sin haber arregla-
do primero satisfactoriamente la otra. Además es natural que
aquellos que se ven expuestos al ataque en dos frentes y no
centran su atención en un solo enemigo, sean vencidos por sus
adversarios. Yo, por mi parte, digo que nosotros ahora debe- 18
mos ir directos de aquí a Rávena, y, tras poner término a la
guerra contra los francos y atender al resto de los asuntos de
la mejor manera posible, entonces ya luchar abiertamente
contra Belisario con todo el ejército de los godos. Que ningu- 19
no de vosotros disimule con respecto a esta retirada ni tampo-
co vacile en llamarla huida. Pues, en efecto, la denominación 20
de cobardía, que le ha sido aplicada con propiedad, ha salva-
do a muchos, mientras que la reputación de bravura que a al-
gunos hombres no les ha llegado en el momento oportuno, los
ha precipitado posteriormente a la derrota. Lo que merece la 21
pena perseguir no son las denominaciones de las acciones, si-
no el provecho que resulta de ellas, pues la valía de un hom-
bre no la demuestran sus hechos en el momento en que co-
mienzan, sino cuando se han completado. Los que huyen de 22
los enemigos no son aquellos hombres que, con una prepara-
ción mejor, vienen contra ellos de inmediato, sino todos los
que, deseosos de salvar sus propias vidas para siempre, se
quedan al margen. Y acerca de la conquista de esta ciudad,
que a ninguno de vosotros le invada miedo alguno, pues si, 23
por una parte, los romanos están en buena disposición hacia
nosotros, mantendrán la ciudad en una situación segura para
los godos y no tendrán que experimentar menoscabo alguno,
puesto que se la devolveremos en breve lapso de tiempo. Y si, 24
por otra, ellos albergan alguna sospecha contra nosotros, nos
harán menos daño recibiendo a los enemigos en la ciudad,
pues es mejor, en efecto, luchar abiertamente contra los que
son hostiles a nosotros. No obstante, tomaré precauciones pa- 25
ra que no suceda ningún hecho de esta índole. En efecto, de-
jaremos atrás a numerosos hombres y a un jefe de lo más va-

lioso al mando, que serán lo bastante solventes para guardar Roma de tal forma que no sólo la situación aquí sea favorable para nosotros, sino que además no pueda derivarse daño alguno de esta nuestra retirada».

26 Tales fueron, ciertamente, las palabras de Vitigis. Los godos, dando una aprobación unánime, se prepararon para la marcha. Después de esto, Vitigis animó largamente a Silverio[130], el sacerdote[131] de la ciudad, y al Senado y pueblo de los romanos, y, recordándoles el gobierno de Teodorico, los instaba a permanecer leales a la nación de los godos, obligándolos a ello con los más solemnes juramentos. Además, tras escoger a no menos de cuatro mil hombres, puso al frente de ellos a Leuderis, un hombre maduro que disfrutaba de una gran reputación por su sensatez, con el fin de que guardaran Roma. Hecho esto, se puso en camino rumbo a Rávena con el resto del ejército, manteniendo con él en calidad de rehenes a
27 la mayor parte de los senadores. Cuando llegó ante Matasunta, la hija de Amalasunta, que era doncella pero que estaba ya en edad de contraer matrimonio, la convirtió en su esposa[132], aunque ella no lo deseaba en modo alguno, para, de ese modo, consolidar su gobierno al emparentar con la familia de
28 Teodorico. A continuación, comenzó a reunir desde todas par-

[130] Tras la muerte del Papa Juan II en 535, accedió al papado Agapito I que, amenazado por Teodato, se vio obligado a huir a Constantinopla; por aquel entonces Belisario pasó a Italia y logró avanzar hasta Nápoles sin encontrar apenas resistencia. En 536 murió el papa san Agapito y la emperatriz Teodora, partidaria de la tendencia monofisita, propuso como nuevo Papa a Vigilio, también monofisita, que marchó a Roma para ocupar el cargo. Sin embargo, el clero romano había elegido ya a Silverio, hijo del papa Hormisdas, que contaba con el apoyo de Teodato.

[131] Evidentemente en el sentido de sumo sacerdote, pontífice máximo o, en definitiva, papa. Silverio fue papa entre el 536 y el 537 d. C.

[132] Hermana de Atalarico. Lo hizo tras repudiar a su anterior esposa. Como Procopio nos indica, el sentido de esta boda era reforzar o legitimar su posición, pues recordemos que Vitigis no llevaba sangre regia en sus venas.

tes a la totalidad de los godos y a atenderlos y organizarlos, distribuyendo como es debido armas y caballos entre todos y cada uno de ellos. Solamente no fue capaz de hacer venir a los godos que estaban de guardia en la Galia, debido al temor a
los francos. Estos francos eran llamados antiguamente «ger- 29
manos». De qué manera pusieron el pie por vez primera en la Galia, dónde habían vivido antes y cómo entraron en desavenencias con los godos es lo que voy a explicar.

Cuando uno se adentra desde el océano en el mar Medi- 12
terráneo en Gadira, la tierra que queda a la izquierda, como se ha explicado anteriormente[133], se llama Europa, en tanto que la que está situada enfrente se denomina Libia[134] y, si se continúa avanzando, a la que queda más lejos se le da el nombre
de Asia. Pues bien, respecto a la región que está más allá de 2
Libia[135] no puedo hablar con precisión[136], pues está casi por entero desierta de seres humanos y, por esta razón, la primera fuente del Nilo, río que, según dicen, fluye desde esas tierras
hasta Egipto, es completamente desconocida[137]. Por su parte, 3

133 Cf. III 1, 7. Recordemos que Gadeira o Gadira es el nombre griego de la ciudad de Cádiz.

134 Cf. nota 1.

135 África ecuatorial.

136 Cf. IV 13, 29 y nuestras notas 100 y 101.

137 El río más importante de África con una longitud de 6700 km. Nace en Burundi y luego vierte sus aguas en el lago Victoria, con el nombre de Kagera. Convertido en el Nilo Victoria, atraviesa los lagos Kioga y Mobutu y de allí sale para extenderse en el vasto cauce pantanoso del Sudán meridional, donde recibe le nombre de al Bahr al-Gazal. A continuación, y ya convertido en el Nilo Blanco, recibe al Nilo Azul en Jartum, la actual capital de Sudán, y luego al Atbara. Posteriormente atraviesa Nubia y Egipto, para desembocar en el Mediterráneo, formando el famosísimo delta que comienza en El Cairo y avanza en dos ramas: Rosetta y Damieta. Desde la antigüedad, sus aguas han sido utilizadas para la irrigación y, en su parte inferior, su curso representa un amplio oasis en pleno desierto.

Europa en su mismo comienzo es, indudablemente, similar al
Peloponeso[138] y está situada junto al mar a uno y otro lado.
Por lo demás, el primer país que se encuentra junto al océa-
no y a Occidente recibe el nombre de Hispania, tierra que se
extiende hasta los Alpes que se encuentran en la cordillera pi-
4 renaica[139], ya que los hombres que habitan esa zona tienen
por costumbre denominar «alpes» a un paso estrecho y ence-
rrado. La tierra que se extiende desde allí hasta los límites de
5 Liguria[140] recibe el nombre de Galia. Allí también, en efec-
to, otros Alpes separan a los galos de los ligures[141]. La Galia,
sin embargo, es mucho más ancha que Hispania, como es na-
tural, porque Europa, que comienza con una estrecha penín-
sula, se va ensanchando gradualmente a medida que avanza,
hasta alcanzar una anchura extraordinaria. Este país está ro-
6 deado de agua por ambos lados: por una parte, las costas que

---

138 Es decir, con forma de península, en este caso, como va a explicar Procopio, la Ibérica, a la que llama directamente Hispania.

139 La explicación de por qué se le da el nombre de Alpes a los Pirineos, nos la aporta Procopio a continuación; por otra parte, en autores como Sidonio Apolinar o Silio Itálico *Alpes* puede designar, por extensión y en general, a montañas muy elevadas, picos altos, cimas o picachos.

140 Liguria, región marítima de Italia septentrional que limita al norte con la Galia Transpadana y el río Pado o Po, al sur con el *Ligusticus sinus*, el golfo de Liguria o de Génova en la actualidad —esto es, la parte superior del mar Tirreno que da a la costa de esta región—, al oeste con los Alpes Marítimos y al este con la Galia Cispadana. En su parte oriental se encuentra el río Trebia. Durante un período de tiempo, el territorio de Liguria se extendió hasta los límites de Hispania. Asimismo nos gustaría destacar que, para Procopio, Liguria parece que se extiende hasta los mismos Alpes (cf. V 12, 4) y que su ciudad más importante es Mediolano o Milán (por ejemplo, cf. VI 7, 37) que, como bien sabemos, queda al otro lado del río Po (al norte del mismo) y es la capital de la Lombardía.

141 Los ligures o «montañeses» eran un pueblo céltico que vino a situarse en Liguria y parte de Etruria, mucho antes de la invasión de los tirrenos. Se dividían en *Capillati*, los que vivían en la costa, y *Montani*, es decir, los que ocuparon las zonas montañosas.

dan al norte están bañadas por el océano, mientras que, por
otra, las que miran al sur dan al mar que recibe el nombre de
Tirreno. En la Galia, además, fluyen, entre otros ríos impor- 7
tantes, el Ródano y el Rin. Sin embargo, al ir el curso de am-
bos ríos en direcciones opuestas, el primero desemboca en el
mar Tirreno, mientras que el Rin viene a desaguar en el océ-
ano[142]. Hay también numerosos lagos en esa región[143] en la 8
que vivían ya desde antiguo los germanos, pueblo bárbaro no
merecedor de mucha consideración al principio, a los que
hoy día se les llama francos[144]. Limitando con ellos vivían 9
los arbóricos[145], que, a la vez que todo el resto de la Galia e
Hispania, fueron súbditos de los romanos desde tiempos anti-
guos. Más allá de éstos, en dirección a oriente, estaban esta- 10
blecidos los bárbaros turingios, a los que Augusto, el primer
emperador, les había concedido esas tierras[146]. Los burgucio-
nes[147] vivían no muy lejos de ellos en dirección hacia el sur; 11

[142] El Atlántico: en realidad en el mar del Norte.

[143] Se refiere Procopio aquí a la comarca que quedaría al oeste del río. Recordemos que, después de penetrar en los actuales Países Bajos, el curso del Rin se divide en dos brazos, el Lek y el Waal, que forman un gran delta en el mar del Norte, más allá de la actual Rotterdam. Por tanto, ya en aquella época era una tierra repleta de bosques, vegetación abundante y pantanos o marjales.

[144] Remitimos de nuevo a la nota 68, sobre todo.

[145] Con toda probabilidad los *Armorici* o Armóricos: en este caso, en la costa de la actual Bélgica. Con todo, el nombre de Armórica se aplica generalmente a la costa occidental de Galia, en especial a Aquitania en la época de Plinio y, posteriormente, a la franja costera que está situada entre el río Sena y el Liger (el Loira), incluyendo, por tanto, Bretaña y Normandía.

[146] La actual Turingia es una región situada al sureste de la Alemania unificada. En el año 531 d. C. los turingios, emparentados con los hermonduros, fueron vencidos por los francos y su país, Turingia, incorporado al reino franco.

[147] En el sudeste de la actual Francia. En primer lugar, escogemos la transcripción del nombre que nos parece más cercana al original griego. Son los llamados *burgundiones* en latín. Los burgundios o burguciones son un pueblo germánico que estuvo establecido entre los ríos Viadua (Oder) y

los suevos[148], más allá de los turingios y, finalmente, los alamanos[149], pueblos poderosos todos ellos. Allí se establecieron todos éstos como naciones independientes desde el principio.

12 Con el correr del tiempo, los visigodos, abriéndose paso por el Imperio romano, se apoderaron de Hispania entera y de la parte de la Galia que está situada al otro lado del río Ródano[150], a las que convirtieron en súbditas y tributarias su-
13 yas. Por aquel entonces se dio la circunstancia de que los arbóricos se habían hecho soldados de los romanos. Mas los

Vístula. A finales del s. III, empujados por los gépidas, de entre ellos unos ocuparon la isla de Burgundarholm (actual Bornholm) en Dinamarca y otros invadieron la Galia. Rechazados de aquí por Probo, se establecieron cerca de las fuentes del Moenus o Maine. Más tarde, a finales del s. IV se acercaron a la Germania Segunda y a la Galia y a comienzos del s. V volvieron a invadir esta última para establecerse en la comarca que de ellos tomó el nombre de Burgundia (hoy día Borgoña).

148 Entre los germanos y los burguciones. Los suevos fueron un conjunto de poblaciones de Germania que habitaban más allá del río Elba y que se establecieron en el s. I d. C. entre el Rin y el Danubio. A comienzos del s. V, junto con los alanos y los vándalos asdingos, atravesaron la Galia y se instalaron en la península Ibérica —en concreto en el año 409— donde fundaron, en la provincia romana de Gallaecia, el reino de los suevos, que perduró hasta el 585, año en que fue anexionado por Leovigildo al reino de los visigodos.

149 En la moderna Baviera. Los *alamani* constituyeron una confederación de tribus germánicas que habitaron entre el Main y el Danubio y que, más tarde, se establecieron a orillas del Rin. En lucha con el Imperio romano, fueron derrotados por Juliano en el año 357 d. C. y, posteriormente, resultaron de nuevo vencidos, esta vez por Clodoveo, el rey de los francos, en el 496, tras lo cual abandonaron parte de su territorio y se ampararon bajo la protección de Teodorico el Grande. Del nombre de este pueblo deriva el de los alemanes actuales.

150 Al oeste del río. Con respecto a Hispania, ya hacia el siglo V d. C. los visigodos eran un pueblo romanizado, que se consideraba a sí mismo heredero de la antigua Roma y que estableció su capital en Toledo en tiempos de Leovigildo (año 576). Los visigodos crearon el primer reino de la

germanos, deseosos de convertirlos en súbditos suyos, comoquiera que eran limítrofes con ellos y habían cambiado el gobierno bajo el que habían vivido desde tiempos antiguos, comenzaron a saquear su territorio y, ansiosos por hacerles la
guerra, marcharon contra ellos en masa. Sin embargo, los ar- 14
bóricos demostraron su valor y su lealtad a los romanos y se comportaron valientemente en aquella guerra, y, dado que los germanos no fueron capaces de vencerlos por la fuerza, consideraron recomendable ganarse su afecto y convertir a am-
bos pueblos en parientes por afinidad. Los arbóricos recibie- 15
ron dicha propuesta con agrado; pues daba la casualidad de que ambos eran cristianos y, de esta forma, se unieron en un solo pueblo y llegaron a disfrutar de un gran poderío.

Además, otros soldados romanos estaban apostados en 16
las fronteras de los galos para servir como centinelas, los 17
cuales, al no disponer entonces de medios para regresar a Roma y, al mismo tiempo, no sentir deseo alguno de rendirse a sus enemigos[151], que eran arrianos, se entregaron ellos mismos, junto con sus estandartes militares y la tierra que desde hacía tiempo habían estado protegiendo al servicio de Roma, a los arbóricos y a los germanos. Ellos conservaron las costumbres de sus padres y se las transmitieron a sus propios vástagos que, mediante el respeto a dichas costumbres,

península Ibérica independiente y unido, desde los Pirineos hasta Gibraltar. Los reyes eran elegidos, y la elección de cada nuevo rey traía luchas sangrientas entre clanes y familias que se disputaban el poder. En el año 468 los visigodos, desde la Galia, establecen un «protectorado» en Hispania y, posteriormente, en el 507, los francos expulsan de la Galia a los visigodos, que se dirigen a Hispania. En el 587, el rey Recaredo se convierte al catolicismo y levanta las barreras que había entre los godos y los hispanorromanos hasta que, finalmente, en el año 711, las tropas musulmanas cruzan el estrecho de Gibraltar y derrotan al rey visigodo don Rodrigo en la batalla de Guadalete. Es el fin del reino visigodo en Hispania, que se derrumba ante los ejércitos del califa de Damasco.

[151] Los visigodos.

consideran digno que éstas sigan siendo observadas hasta
18 nuestros días. Incluso en la actualidad se considera que ellos pertenecen a las legiones a las que fueron asignados cuando servían en la milicia en tiempos pretéritos, y siempre entraban en batalla portando sus propios estandartes y en todo momento ponen en práctica las costumbres heredadas de sus an-
19 tepasados. Asimismo conservan el vestuario de los romanos en todos sus componentes, incluso en el calzado.

20 Así pues, en tanto que el sistema de gobierno de los romanos siguió siendo el mismo[152], el emperador conservó la posesión de la parte de la Galia que llega hasta el río Ródano; pero cuando Odoacro transformó el gobierno en una tiranía[153], entonces ya, tras habérsela cedido a ellos el tirano, los visigodos tomaron posesión de la totalidad de la Galia hasta los Alpes que marcan la frontera entre los galos y los ligures.
21 Sin embargo, después de la caída de Odoacro, los turingios y los visigodos empezaron a sentir recelo ante el poderío de los germanos, que entonces se acrecentaba —pues su país se había hecho enormemente populoso y ellos, sin disimulo y por la fuerza, obligaban a la sumisión a todos los que se ponían en su camino—, así que tenían la pretensión de conseguir para su causa la alianza de los godos y de Teodorico. Dado que Teodorico deseaba granjearse el afecto de estos pueblos, no desdeñó el mezclarse con ellos en el parentesco político[154].
22 En consecuencia, prometió en matrimonio a Teodicusa, su

---

152 El imperio: un poder unipersonal ejercido por un miembro de una familia o dinastía imperial.

153 En el 476 d. C. El término vendría a significar «gobierno autoritario y unipersonal producto de una usurpación de poder». De hecho, en el original aparecen *tyrannís* y *týrannos* consecutivamente. Asimismo, Procopio usa también el verbo *tyrannô* (por ejemplo en *Guerras* I 2, 3). Aparte de en nuestro autor, estos términos ya aparecen en la literatura latina y en autores eclesiásticos griegos con el significado básico de «usurpador», «usurpación del poder».

154 Es decir, mezclarse con ellos por medio de matrimonios de miem-

propia hija, que todavía era doncella, a Alarico el Menor[155], que a la sazón estaba al frente de los visigodos, y a Amalaberga, la hija de su hermana Amalafrida, se la dio por esposa a Hermenefrido[156], que mandaba sobre los turingios[157]. Como consecuencia de esto, los francos[158], por te- 23
mor a Teodorico, se abstuvieron de practicar la violencia contra estos pueblos, si bien emprendieron una guerra contra

bros de su familia con personas pertenecientes a otros pueblos, como seguidamente nos va a detallar Procopio. El término usado es *kêdos*, esto es, «parentesco político o por afinidad».

155 Alarico II, octavo rey de los visigodos (484-507), que sucedió a su padre Eurico. Su política se caracterizó por sus continuas contradicciones. Por ejemplo, a pesar de ser partidario del arrianismo, permitió la celebración del concilio católico de Agde en el 506 y recopiló las leyes de sus súbditos romanos en su *Breviarium Alariciarum* o *Lex Romana Visigothorum*, código formado por normas teodosianas de derecho romano que venían a llenar el vacío existente en el procedimiento judicial germánico. Asimismo, tras tener que entregar a Siagrio, que se había refugiado en su corte, para apaciguar la ira del rey franco Clodoveo y a pesar de la mediación conciliadora de Teodorico, los francos y los burguciones formaron una alianza contra él, lo que provocó la derrota de Vouillé, donde Alarico II encontró la muerte. Esta derrota significó para los visigodos la pérdida de la parte de Galia que dominaban a excepción de Septimania.

156 Rey de los turingios del cual existe poca información. Era tío de la que se convertiría en santa Radegunda que, aunque los franceses la consideran una de sus santas más señeras, es, sin embargo, por nacimiento, la primera de las santas alemanas. Parece cierto que ella nació en Erfurt. Pertenecía a la casa de Turingia, hija del rey Berthairo, muerto a manos de su propio hermano Hermenefrido. El mismo Hermenefrido, para verse libre de su otro hermano, llamó a los reyes francos en su ayuda. Y, en efecto, también Baderico, que así se llamaba, murió. Radegunda, niña aún, pasó a vivir, con sus hermanos, en casa del verdugo de su padre y de su tío. Pero los reyes francos se quejaron de no haber recibido lo que se les había prometido, y estalló la guerra. Los turingios fueron subyugados y Radegunda y sus hermanos quedaron cautivos. Hacia el 536, el rey franco Clotario contrajo matrimonio con ella en contra de su voluntad.

157 Cf. nota 146.

158 Para los francos, cf. notas 27, 68 y 129.

24 los burguciones. Más tarde, sin embargo, los francos y los
godos establecieron, para desgracia de los burguciones,
alianzas de guerra y tratados, en virtud de los cuales cada
25 uno de los dos pueblos debería enviar un ejército contra
ellos. Se acordó asimismo que, en el caso de que estuviera
ausente uno de los dos ejércitos y, tras entrar los otros en
campaña militar contra la nación de los burguciones, derro-
tasen a éstos y pusiesen bajo su mando el territorio que po-
seían, los vencedores deberían recibir, a modo de penaliza-
ción de los que no habían compartido con ellos la campaña
militar, una determinada cantidad de oro, y que solamente
en estas condiciones pertenecería a los dos pueblos la tierra
26 conquistada en la guerra. Así que los germanos[159] fueron
contra los burguciones con un gran ejército, conforme a los
acuerdos establecidos entre ellos y los godos. Sin embargo,
Teodorico, que estaba ocupado con sus preparativos —natu-
ralmente, eso era lo que él decía—, seguía aplazando a pro-
pósito la partida siempre para el día siguiente, aguardando
27 cuál sería el desarrollo de los acontecimientos. Finalmente
envió de mala gana al ejército, pero encargó a sus generales
que hicieran la marcha de forma pausada y que, en el caso
de que oyeran que los francos habían resultado vencedores,
de allí en adelante marcharan a toda velocidad, pero que, si
se enteraban de que les había ocurrido cualquier adversidad,
no avanzasen ya más lejos, sino que permaneciesen donde
28 estuvieran. Ellos actuaron conforme a las instrucciones de
Teodorico, pero, mientras tanto, los germanos trabaron com-
29 bate solos con los burguciones. La batalla fue encarnizada y
se produjo una gran matanza en ambos bandos, pues la con-
30 tienda fue extraordinariamente igualada. Finalmente, sin
embargo, los francos derrotaron a sus enemigos y los expul-
saron a las fronteras de la tierra que habitaban entonces,

[159] En Procopio se identifica «germanos» con «francos» una y otra vez.

donde tenían numerosas plazas fuertes, mientras que ellos se
apoderaron del resto del territorio[160]. Nada más enterarse de 31
esto, los godos se pusieron rápidamente a su disposición. Al
ser vituperados por sus aliados, le echaron la culpa a la difi-
cultad del territorio y, tras depositar el importe de la penali-
zación, se repartieron la tierra con los vencedores de confor-
midad con lo convenido. De esta forma se pudo reconocer 32
más claramente que nunca la previsión de Teodorico, quien,
sin perder ni a uno solo de sus súbditos, a cambio de una es-
casa cantidad de oro se hizo dueño de la mitad del territorio
de los enemigos. Así fue, ciertamente, cómo en los primeros
tiempos se apoderaron los godos y los germanos de una par-
te de la Galia.

Mas, posteriormente, los germanos, cuando su poder au- 33
mentaba, empezaron a menospreciar a Teodorico y el temor
que inspiraba, y entraron en campaña militar contra Alarico
y los visigodos. Tras enterarse de esto Alarico, mandó llamar 34
a Teodorico lo más rápidamente que pudo, y éste marchó con
un gran ejército para prestarle ayuda. Entretanto, sin em- 35
bargo, los visigodos, en cuanto supieron que los germanos
estaban acampados en las cercanías de la ciudad de Carcasia-
na[161], acudieron allí, montaron el campamento y permane-

[160] Para los burguciones cf. nota 147. Los burgundios o burguciones se habían establecido en tiempos de Aecio a orillas del lago de Ginebra y, más tarde, extendieron su dominio a lo largo del río Ródano y del Saona. Su período más floreciente (480-516) fue bajo Gundobaldo, que mandó compilar el derecho burgundio *(Lex Burgundiorum,* 516). Los francos, tras los intentos que nos está refiriendo Procopio (entre el 523 y 524), consolidarán, una vez muerto Teodorico, la conquista del reino de los burguciones con la victoria de Autun en el 532.

[161] En la Galia Narbonense, la actual Carcasona. Es un evidente error de Procopio, pues la batalla que se relata aquí se produjo en Vouillé (cf. nota 155), en las cercanías de Poitiers, en el curso de la cual resultó muerto Alarico luchando contra los francos mandados por Clodoveo (507 d. C.).

36 cieron sin moverse. Dado que estaban consumiendo mucho tiempo en este bloqueo a los enemigos, empezaron a encontrarse incómodos y, comoquiera que su tierra estaba siendo
37 devastada por los germanos, se sentían indignados. Por fin empezaron a proferir muchos insultos contra Alarico, censurándolo por su temor a los enemigos y echándole en cara la
38 demora de su suegro[162]. Pues ellos aseguraban ser dignos combatientes por sí mismos y que incluso sin ayuda vence-
39 rían a los germanos en la guerra con bastante facilidad. Por esta razón precisamente, Alarico se vio obligado a entrar en batalla con los enemigos antes de que hubieran llegado los
40 godos. Los germanos fueron superiores en este encuentro y mataron a la mayoría de los visigodos, incluido su jefe
41 Alarico. Tras tomar posesión de la mayor parte de Galia, la mantuvieron bajo su mando; pusieron sitio a Carcasiana con gran empeño, dado que se habían enterado de que allí se encontraba el tesoro real, del que Alarico el Mayor se había apoderado en tiempos pretéritos como botín de guerra tras la
42 conquista de Roma[163]. Entre estas posesiones estaban también los tesoros de Salomón, el rey de los hebreos, que eran extraordinariamente dignos de verse. La mayoría de las piezas estaban adornadas con esmeraldas, y estas joyas eran precisamente las que los romanos se habían llevado de Jerusalén
43 en tiempos antiguos[164]. Por su parte, los supervivientes de los

---

[162] Teodorico.

[163] Cf. *Guerras* III 2, 14-24, y notas 39, 41 y 42. Roma cayó en poder de Alarico exactamente el 24 de agosto del 410 d. C.

[164] En concreto a raíz de la conquista de Jerusalén por parte del emperador Tito en agosto del año 70 d. C. Como bien indica DEWING en nota *ad loc.*, los tesoros que se mencionan en este pasaje fueron trasladados de Roma a Carcasona el mismo año 410, en tanto que el resto del tesoro de los judíos formó parte del botín que obtuvo el rey vándalo Gicerico, como indica explícitamente Procopio en IV 9, 5, donde, a su vez, remite al libro anterior (véase III 5, 3 y nota 101).

visigodos nombraron soberano suyo a Giselico, hijo ilegítimo de Alarico, dado que Amalarico, el hijo de la hija de Teodorico, era todavía un niño[165]. Posteriormente, sin embargo, cuando Teodorico se presentó con el ejército de los godos, los germanos sintieron miedo y levantaron el asedio. 44
Así que se retiraron del lugar y tomaron posesión de la parte de la Galia que está situada al otro lado del río Ródano y orientada al océano. Teodorico, que era incapaz de expulsarlos de allí, les permitió mantener estos territorios bajo su dominio, pero él, por su parte, recuperó el resto de la Galia. 45
Entonces, tras quitar de en medio a Giselico, confió el gobierno de los visigodos a su nieto Amalarico, del que él mismo precisamente había sido regente, al ser todavía un niño. 46
Después de tomar todo el dinero que había en la ciudad de Carcasiana, se puso en marcha a toda velocidad en dirección a Rávena. Por otra parte Teodorico enviaba continuamente jefes y ejércitos a la Galia y a Hispania, para salvaguardar así la fuerza real de su gobierno, y las medidas que tomaba iban dirigidas a la seguridad y mantenimiento de su poder: ordenó a los jefes de aquellos territorios que le satisficieran el pa- 47

[165] El hijo legítimo de Alarico II, Amalarico, va a ver su posición amenazada por Giselico, que, como nos indica Procopio, había sido aceptado como rey (en concreto, por una parte de sus nobles). Tengamos en cuenta que la minoría de edad de Amalarico era una ventaja para los ostrogodos, ya que estos ejercían su tutela, razón por la cual pusieron en marcha sucesivas campañas contra Giselico y los francos. Teodorico se convierte en el verdadero dueño de la situación y el reino visigodo —con las provincias de Narbona y Provenza en las Galias y la Tarraconense y la Cartaginense en Hispania— pasará a formar parte del reino italiano. Los prefectos del pretorio dirigen la administración y la Iglesia del reino visigodo desde Arles. A la muerte de Teodorico se produce la división del reino godo y los visigodos se desentienden de Italia. Como nos va a referir Procopio, Amalarico es atacado por los francos y huye de Narbona. (Éste terminará siendo asesinado en Barcelona por las guarniciones de la Tarraconense, que elegirán soberano a Teudis).

48 go de un tributo; mas, aunque él lo recibía cada año, para no
dar la impresión de ser codicioso lo enviaba al ejército de los
49 godos y de los visigodos como regalo anual. Como resultado
de esto, los godos y los visigodos, con el transcurso del tiem-
po, comoquiera que fueran gobernados por un solo hombre y
compartieran la misma tierra, se prometieron a sus hijas los
unos a los otros y así las dos razas se entremezclaron en pa-
rentesco.

50 Posteriormente, Teudis[166], un godo al que Teodorico ha-
bía enviado al ejército como comandante, tomó por esposa a
una mujer procedente de Hispania, que, sin embargo, no era
de la raza de los visigodos, sino que pertenecía a la casa de
uno de los prósperos habitantes de aquella tierra. Ella no só-
lo poseía muchas riquezas, sino que además era propietaria
51 de una gran extensión de tierra en Hispania. De esta propie-
dad él reunió en torno a dos mil soldados y se rodeó de un
cuerpo de lanceros, y mientras que, en apariencia, gobernaba
él a los godos por habérselo concedido como regalo Teodo-
rico, de hecho resultaba manifiesto que era un verdadero ti-
52 rano. Teodorico, que alcanzaba el más alto grado de discre-
ción y experiencia, temía que los francos, como era probable
que ocurriese, le salieran al encuentro mientras se encontra-
ba inmerso en una guerra contra su propio siervo, o bien que
los visigodos, por su parte, organizasen una revolución con-
tra él; en consecuencia, no sólo no relevó de su cargo a
Teudis, sino que incluso le ordenó que cada vez que el ejér-
53 cito fuera a la guerra lo siguiera conduciendo adelante. Sin
embargo, les encomendó a los principales de los godos que
escribieran a Teudis sugiriéndole que él estaría actuando con
justicia y de una manera digna de su discreción si fuera a

[166] Cf. *Guerras* III 24, 7 ss., y nota 300, así como IV 4, 34. Tras la muerte de Amalarico en 531 se convirtió en soberano de los visigodos en Hispania y reinó hasta su muerte en el 548 d. C.

Rávena y saludara a Teodorico. Teudis, sin embargo, aun 54
cuando cumplió todas las órdenes de Teodorico y nunca de-
jó de pagar el tributo anual, no consintió en ir a Rávena ni les
prometió a los que le escribieron que así lo fuera a hacer.

Pero después de que Teodorico hubiera desaparecido de 13
entre los hombres[167], los francos, al no haber ya nadie que les
hiciera frente, hicieron la guerra contra los turingios[168] y no
sólo dieron muerte a su jefe Hermenefrido, sino que sometie-
ron a todo este pueblo. Sin embargo, la esposa de Hermene- 2
frido[169] escapó junto con sus hijos, sin que nadie lo advirtie-
ra, al lado de su hermano Teodato, que por aquel entonces
gobernaba a los godos. Tras esto, los germanos trabaron 3
combate con los burguciones[170] que habían sobrevivido y,
después de vencerlos en batalla[171], encerraron a su jefe en
una de las fortalezas del país y lo mantuvieron bajo vigilan-
cia, mientras que redujeron a los demás a la condición de
súbditos suyos y los obligaron, como prisioneros de guerra
que eran, a acompañarlos en lo sucesivo en las campañas mi-
litares contra sus enemigos. Asimismo convirtieron en súbdi-
ta la totalidad de la tierra que los burguciones habían habita-
do anteriormente, y la sometieron al pago de un tributo.
Amalarico, rey de los visigodos, cuando llegó a la edad adul- 4
ta, se asustó ante el poderío de los germanos y tomó por es-
posa a la hermana de Teodiberto, que gobernaba sobre los

[167] Teodorico murió el año 526 d. C.

[168] En el 531, con la ayuda de los sajones, los francos conquistarán el reino de Turingia, que todavía estaba al mando de Hermenefrido.

[169] Amalaberga, hija de Amalafrida, la hermana de Teodorico.

[170] Cf. V 12, 24 ss.

[171] Tras la batalla de Autun, al norte de la región de Burgundia, en el 532 d. C., los francos con Clotario I, Childeberto I y Teodiberto I, sobrino de Clodoveo, a la cabeza, consiguen someter definitivamente el reino burgución.

germanos, y se repartió la Galia con los godos y su primo
5 Atalarico[172]. Los godos, en efecto, se quedaron con los terri-
torios de este lado del río Ródano, mientras que los que es-
tán situados más allá cayeron en poder de los visigodos[173]. Se
6 llegó al acuerdo de que ya no se pagara más a los godos el
tributo que Teodorico había impuesto, y Atalarico, honesta y
justamente, restituyó a Amalarico[174] todo el dinero que aquél
7 se había llevado de la ciudad de Carcasiana. Entonces, como
se daba la circunstancia de que estos dos pueblos estaban
unidos los unos con los otros mediante casamientos mutuos,
permitieron a cada hombre que se hubiera desposado con una
mujer del otro pueblo elegir si deseaba seguir a su esposa o
8 bien llevársela consigo a su propia tierra. Hubo muchos hom-
bres que llevaron a sus mujeres a donde deseaban y también
9 otros que fueron llevados por sus esposas. Más tarde, sin em-
bargo, Amalarico, que había ofendido al hermano de su espo-
10 sa[175], sufrió una gran desgracia, pues, en tanto que su mujer
era de fe ortodoxa, él era seguidor de la herejía de Arrio y no
le permitía observar las costumbres a las que estaba habitua-
da ni practicar los ritos religiosos conforme a la tradición pa-
terna, y además, por no estar ella dispuesta a acomodarse a
sus hábitos, la sometió a un gran deshonor. Como ella no fue
capaz de soportar este ultraje, le comunicó todo el asunto a
11 su hermano. Por esto fue por lo que los germanos y los visi-
godos entraron entonces en guerra. La batalla que se desen-
cadenó fue extraordinariamente encarnizada; finalmente, sin
embargo, Amalarico resultó derrotado y perdió a muchos de
sus hombres, muriendo él mismo también[176]. Teodiberto, por

172 Amalarico era hijo de Teodicusa, y Atalarico, de Amalasunta, ambas hijas de Teodorico.

173 El río Ródano sirve de frontera y punto de referencia: respectivamente los territorios al este y al oeste del mismo.

174 Como rey de los visigodos que era.

175 Teodiberto.

su parte, cogió a su hermana junto con todo el dinero y se apoderó de cuanto territorio de la Galia les había correspondido a los visigodos en el reparto. Los supervivientes de en- 12
13 tre los vencidos emigraron de la Galia con sus esposas y sus hijos y se marcharon a Hispania al lado de Teudis, aunque él ya estaba desempeñando abiertamente su papel de tirano[177]. Así fue como los godos y los germanos tomaron posesión de la Galia.

14 Sin embargo, posteriormente[178], Teodato, el soberano de los godos, cuando se enteró de que Belisario había llegado a Sicilia, hizo un pacto con los germanos en virtud del cual éstos recibirían la parte de la Galia que les había correspondido a los godos, además de veinte centenarios de oro[179] y, en compensación, ayudarían a los godos a llevar adelante la
15 guerra. Pero todavía no había podido llevar a la práctica lo acordado cuando cumplió con su destino. Por esta razón precisamente muchos de los más nobles de los godos, con

[176] En el 531 d. C. Véase al respecto nota 165.

[177] Cf. V 12, 51. En ambos casos parece que podría tomarse en el pleno sentido de la palabra (*týrannos* y *tyrannoûnta*, respectivamente). Como acabamos de comprobar, el error de Amalarico fue intentar llegar a una alianza con los francos. Éstos interpretaron tal oferta como una señal de debilidad de los godos y no sólo rechazaron la oferta, sino que se inventaron un *casus belli* asegurando que Amalarico intentaba convertir a su esposa, católica, al arrianismo (cf. 13, 9-10). Con ese pretexto atacaron a los visigodos y los derrotaron. Los francos se hicieron con el control de Narbona y obligaron a la corte de Amalarico a trasladarse a Barcelona con el tesoro real. Allí fue asesinado Amalarico en 531. Entonces Teudis, un ostrogodo pariente del difunto Alarico que actuaba como su hombre de confianza entre los visigodos, se hizo con el poder asumiendo el título de rey. Sin embargo, no habría podido hacerlo si no se lo hubiese permitido de nuevo la intervención del rey ostrogodo Teodorico.

[178] Aquí Procopio retoma la narración donde la había dejado antes del extenso inciso que comenzó con el capítulo 12.

[179] 2.000 libras de oro.

Marcias a la cabeza, estaban entonces de guardia en la
16 Galia. Fue a estos hombres a los que Vitigis no pudo hacer regresar de allí[180]; por otra parte, él consideraba que estos no serían suficientes para hacer frente a los francos, que, como era probable, habrían de llevar a cabo sus correrías por la Galia e Italia en el caso de que marchase contra
17 Roma con todo su ejército. En consecuencia, tras convocar a cuantos godos le eran leales, les dirigió las siguientes palabras:

«El consejo que yo he querido daros al reuniros aquí en este momento no es agradable, pero sí necesario; de manera que escuchadme tranquilamente y deliberad de una manera
18 adecuada a la situación que se nos ha presentado. Cuando las cosas no van conforme a los deseos de los hombres, no es conveniente para ellos seguir con los asuntos presentes sin tener en cuenta la necesidad o la fortuna. Ciertamente, en todos los demás aspectos los preparativos para la guerra están
19 en la mejor situación posible. Sin embargo, los francos suponen un obstáculo para nosotros. Es cierto que contra ellos, que son nuestros enemigos desde antiguo, hemos venido gastando tanto nuestras vidas como nuestro dinero; no obstante, hemos tenido fuerzas para mantenernos firmes hasta el momento actual, dado que ningún otro contingente enemigo nos
20 ha hecho frente. Sin embargo, ahora que nos vemos obligados a ir contra un nuevo enemigo, será necesario poner fin a la guerra contra ellos. En primer lugar porque, en el caso de que continúen siendo hostiles a nosotros, con total certeza se
21 alinearán con Belisario contra nosotros; pues a aquellos que tienen un enemigo común, la naturaleza de las cosas los in-
22 duce a unirse en buena disposición y alianza mutuas. En segundo lugar, incluso si continuamos la guerra por separado contra cada uno de los dos ejércitos, lo que nos sucederá es

[180] Cf. V 11, 28.

que terminaremos derrotados por ambos. Es mejor, por tan- 23
to, para nosotros aceptar la pérdida de una pequeña porción
para poder así conservar la mayor parte de nuestro reino que
perecer a manos de nuestros enemigos por aspirar a mante-
ner la totalidad de las posesiones y perder toda nuestra supre- 24
macía. Así pues, mi opinión es que, si entregamos a los ger-
manos las provincias que son limítrofes a ellos y junto con
dicha tierra todo el dinero que Teodato convino en devolver-
les, no sólo abandonarán su hostilidad hacia nosotros, sino
que incluso nos prestarán ayuda en esta guerra. Sin embargo, 25
en lo que respecta a la forma en que, cuando las cosas no nos
vayan bien a nosotros, recuperaremos de nuevo la posesión
de la Galia, que ninguno de vosotros considere la cuestión
ahora, pues me viene a la mente un antiguo dicho que orde-
na "arreglar bien los asuntos del momento presente"[181]».

Tras escuchar estas palabras, los notables de los godos 26
consideraron que las propuestas eran procedentes y se mos-
traron deseosos de llevarlas a efecto. En consecuencia, en-
viaron inmediatamente emisarios a la nación de los germa-
nos con vistas a entregarles las tierras de la Galia[182] junto
con el dinero y a hacer una alianza militar ofensiva y defen-
siva. En aquel tiempo los soberanos de los francos eran 27
Ildiberto, Teodiberto y Cloadario[183], que fueron los que reci-
bieron la Galia y el dinero y se repartieron las tierras de
acuerdo con el territorio que mandaba cada uno de ellos; es-

[181] La expresión es *tò paròn eû tithénai*: cf. TUCÍDIDES I 25, 1, *thésthai tò parón*, «(no hallaban medio de) solucionar su situación». También en HORACIO *Odas* III 29, 32: *quod adest memento / componere*.

[182] Entre los años 535 y 537, los ostrogodos, con el fin de compensar a los francos por su neutralidad, les ceden a éstos los restos del territorio alamano y Provenza, incluida la desembocadura del Ródano, que constituye la salida al mar Mediterráneo.

[183] Respectivamente sus nombres aparecen con frecuencia con las formas Childeberto I, Teodeberto I (sobrino de Clodoveo) y Clotario I.

tuvieron también de acuerdo en ser lo más amistosos posible con los godos y en enviarles a escondidas tropas auxiliares, pero no de francos, sino de soldados procedentes de los pue-
28 blos a los que tenían sometidos. No eran capaces de hacer una alianza con ellos abiertamente para causar perjuicio a los romanos porque poco antes habían llegado al acuerdo de
29 asistir al emperador en esta guerra. Así pues, los embajadores, tras haber cumplido la misión para la cual habían sido enviados, regresaron a Rávena. Entonces también Vitigis hizo venir a Marcias con sus partidarios.

14 Sin embargo, mientras Vitigis se encargaba de estas negociaciones, entretanto Belisario se preparaba para marchar a Roma. Así pues, tras escoger a trescientos hombres del cuerpo de infantería, puso a Herodiano al mando de ellos y les
2 asignó la guardia y custodia de Neápolis. A continuación envió a Cumas una guarnición de tantos soldados cuantos consideraba que serían suficientes para guardar aquella fortaleza, pues no había en Campania más plazas fuertes que las
3 que se encontraban en Cumas y en Neápolis. Es en la ciudad de Cumas donde los habitantes sitúan la cueva de la Sibila[184]

---

[184] En el extremo noroeste de la bahía de Nápoles, una montaña volcánica que dominaba un amplio panorama ofrecía una situación perfecta para el emplazamiento de la acrópolis de la nueva colonia fundada por los griegos en el s. VIII. Aún pueden verse restos de los muros de esta acrópolis en su punto más elevado, el templo de Júpiter. En el descenso se aprecian la base y los contornos del templo de Apolo, de origen más incierto. Aún más abajo se puede encontrar la cueva del oráculo de la sibila de Cumas. El culto de Apolo era nigromántico y ctónico, dedicado a los difuntos y al otro mundo. En el libro VI de *La Eneida*, de VIRGILIO, la sibila de Cumas aparece como guía al más allá. Eneas, el héroe troyano, acude en consulta a su santuario, «una caverna enorme y oscura» situada bajo el templo de Apolo. Ella le entrega la Rama Dorada, credencial mágica para el más allá, y luego les guía, a él y a sus hombres, a las puertas del mismo, en el lago Averno. Este enigmático lago, a sólo 4 km. de Pozzuoli, se sigue lla-

y donde afirman que se encontraba su santuario oracular. Cumas está junto al mar, a una distancia de Neápolis de ciento veintiocho estadios[185]. Belisario estaba inmerso en la pre- 4
paración del ejército, mas los habitantes de Roma, que temían pasar por lo mismo que les había sucedido a los neapolitas, decidieron, después de considerar el asunto, que era preferible recibir en la ciudad al ejército del emperador.

mando igual y estaba rodeado en otros tiempos de bosques sombríos. A pesar de ello, sigue siendo un paraje cautivador, un lago profundo y sulfuroso que llena el cráter de un volcán, y cuyos vapores letales, según la tradición, impiden que los pájaros lo sobrevuelen. Al parecer, a este fenómeno debe su nombre, que podría derivarse del griego *áornos*, «sin pájaros». En la acrópolis de Cumas existía una cueva considerada tradicionalmente la de la Sibila. Sin embargo, al realizarse excavaciones en la década de 1920 se descubrió que su tamaño era mayor de lo que se pensaba, una enorme galería de 183 m. con aberturas para iluminación y cisternas de agua adosadas. Esta galería atravesaba la colina hasta el otro extremo, y se la identificó de inmediato con unas instalaciones militares construidas por orden del general romano Agripa. En 1932 se descubrió en las cercanías otra caverna, que los arqueólogos identificaron como la de la Sibila. Se accede a ella a través de una galería de 107 m. de longitud; hay, además, otras 12 galerías laterales más cortas, que se abren en la ladera de la colina y que sirven de iluminación. Las galerías de iluminación impresionaban sobremanera a los visitantes del santuario, pues éstas podían producir el estudiado «efecto especial» que describe Virgilio: «Una gran ladera taladrada y perforada cien veces, con cien bocas de voces susurrantes que trasmiten las respuestas de la Sibila». (Resumen de la detallada descripción del santuario oracular publicada en *Lugares misteriosos, Atlas de lo extraordinario, VI,* Ediciones del Prado).

[185] La importante ciudad costera de Campania, situada entre el puerto de Literno, Pozzuoli y la vía Domiciana (calzada construida por el emperador del mismo nombre y que unía propiamente las ciudades de Sinuessa y Surrentum en Campania). Fue fundada por una colonia procedente de Eubea dirigida por Hipocles de Cime y Megástenes de Calcis. Conquistada por los samnitas en el 418 a. C., fue colonia y municipio en tiempos del emperador Augusto. Es la actual Cuma. La distancia que apunta Procopio entre Cumas y Nápoles correspondería a algo más de 23 km.

Era Silverio[186], el sumo pontífice de la ciudad, el que más los
5 instaba a actuar de ese modo. Enviaron entonces a Fidelio, un
hombre que vivía en Mediolano, ciudad situada en Ligu-
ria[187], el cual había sido anteriormente consejero de Atalarico
—a este tipo de magistrados los romanos lo denominan
quaestor[188]—, e invitaron a Belisario a venir a Roma, prome-
6 tiéndole que le entregarían la ciudad sin lucha. De esta for-
ma, Belisario condujo al ejército desde Neápolis por la vía
Latina[189], dejando a la izquierda la Vía Apia, que Apio, el
cónsul de los romanos, había mandado construir novecientos
años antes y a la que había dado su nombre[190].

La Vía Apia supone un viaje de cinco días para un cami-
7 nante que vaya libre de carga[191], pues se extiende desde
Roma hasta Capua. La anchura de esta calzada es tal que dos

[186] Cf. V 11, 26, y notas 130 y 131. El término usado por Procopio, *archiereús*, significa exactamente «sumo sacerdote»; como título aplicado a obispos se emplea en la literatura patrística.

[187] Milán. Según Procopio, ciudad de Liguria: cf. al respecto nota 140.

[188] Básicamente, consejero o asesor del emperador (gr. *páredros)* en cuestiones legales. Entre otras funciones, tenía la de representar al emperador, la redacción y publicación de nuevas leyes y el control de los registros de funcionarios.

[189] La Vía Latina o Labicana era la que llegaba desde Roma a Ad Bivium atravesando la ciudad de Labicum, localidad del Lacio situada entre Tusculum y Preneste.

[190] La Vía Apia, construida a finales del s. IV a. C. (año 312, en concreto) por el censor Apio Claudio el Ciego y que constituiría la vía de comunicación más importante entre Roma y el sur de Italia: en concreto llegaba hasta Capua en Campania. En el 250 a. C., Apio Claudio Pulcher la prolongó hasta la ciudad de Benevento y en el 214 a. C. otro miembro de la misma familia lo hizo hasta Brundisium (Brindisi) alcanzando, por tanto, el extremo oriental de la península italiana por medio de una bifurcación de la calzada, uno de cuyos ramales atravesaría Venusium (Venusia, la patria de Horacio) y el otro, Tarento.

[191] Recordemos que una jornada de viaje equivale a 210 estadios aproximadamente, es decir, algo menos de 38 km. por día y la distancia total entre Roma y Capua es de unos 190 km.

carros que vayan en dirección contraria pueden pasar juntos, y la calzada es uno de los espectáculos más dignos de ser vistos de todos. Toda la piedra, que es de molino[192] y dura por 8
naturaleza, fue mandada llevar allí por Apio, tras extraerla de las canteras de algún otro lugar lejano[193]; pues la naturaleza de esa tierra no produce ese tipo de piedra en ningún sitio. Y 9
después de trabajar las piedras hasta que quedaban lisas y planas y cortarlas en forma de polígono, las unía estrechamente unas con otras sin poner entre ellas cemento ni ningún otro material. El pavimento tenía tanta solidez y las junturas 10
estaban tan cerradas que daban a los que las miraban la impresión de que no habían sido ajustadas las unas a las otras, sino de que se habían formado juntas. Después de haber transcurrido tan largo tiempo y de haber sido recorrida por 11
numerosos carros y toda clase de animales día tras día, ni se han separado en absoluto las junturas ni se ha deteriorado ni una sola de las piedras, tampoco ha disminuido en su grosor y ni siquiera ha perdido nada de su lustre. Tales son, ciertamente, las características de la Vía Apia.

Sin embargo, en lo que respecta a los godos que estaban 12
de guardia en Roma, cuando se enteraron de que los enemigos se encontraban muy cerca en algún lugar y conocieron la decisión de los romanos, comenzaron entonces a estar preocupados por la ciudad y, al sentirse incapaces de trabar combate con los que los atacaban, se encontraban perplejos; más tarde, sin embargo, con el permiso de los romanos, se aleja- 13

---

[192] Basalto. Sin embargo, es bien conocido que originariamente la superficie de la calzada era de grava y que los bloques de piedra constituyen un añadido posterior.

[193] No parece ser cierta esta afirmación, pues, como muy acertadamente apunta DEWING en nota *ad loc.*, se han encontrado a lo largo del recorrido de la carretera diferentes canteras de piedra de lava de volcán, la cual, ya fría y en estado sólido, se emplea en la construcción de edificios y en otros usos similares.

ron de allí y siguieron adelante en dirección a Rávena, salvo Leuderis, que estaba al mando de ellos[194] y que, avergonzado —supongo yo— por la desdichada situación en la
14 que se encontraba, permaneció allí. Vino a suceder aquel día que, al mismo tiempo que Belisario y el ejército del emperador entraban en Roma por la puerta que llaman Asinaria, los godos se retiraban de allí por otra puerta que recibe el nombre de Flaminia[195]. Fue entonces cuando la ciudad de Roma quedó de nuevo bajo el poder de los romanos, después de un período de sesenta años, en el noveno día del mes último, el que los romanos denominan *december*, durante el undécimo
15 año del reinado del emperador Justiniano[196]. Entonces Belisario envió a Leuderis, el comandante de los godos, y las llaves de las puertas al emperador, pero él, por su parte, dirigió su atención a la muralla que rodeaba la ciudad, la cual estaba hecha pedazos en muchos sitios, y construyó cada merlón del parapeto con forma angular, colocando a la izquierda, de lado, una especie de segunda pared[197], para que aquellos soldados que luchaban desde el parapeto contra sus agresores no fueran heridos por los proyectiles de los que atacaban la fortificación por su izquierda. Asimismo excavó un foso
16 alrededor de la muralla, profundo y digno de especial mención. Los romanos elogiaron la previsión del general y, en especial, la experiencia que demostró en el asunto del parape-

---

[194] Cf. V 11, 26.

[195] La *Porta Asinaria* está situada al sureste de la ciudad, mientras que la *Flaminia* se encuentra al norte de la misma.

[196] Desde el 476 d. C. Por tanto, en diciembre del año 536 d. C.

[197] A la izquierda del soldado que está defendiendo la plaza. Por lo tanto, los merlones o saeteras (es decir, cada uno de los trozos de parapeto que hay entre tronera y tronera) del parapeto, vistos desde arriba tendrían forma de L mayúscula en posición horizontal mirando hacia abajo, en vez de los merlones rectos habituales. Según DEWING (nota *ad loc.*), estos merlones con un ala *(winged)* ya fueron usados en las murallas de Pompeya.

to; sin embargo, mostraron un gran asombro y sintieron desazón porque hubiera creído que le era factible entrar en Roma si contemplaba la posibilidad de que fuese a sufrir un asedio, pues esta ciudad no es capaz de soportar un bloqueo, debido a su dificultad para abastecerse de provisiones, puesto que no está situada junto al mar, está rodeada por una muralla de un perímetro inmenso[198] y, por encima de todo, porque, al estar situada en una llanura muy plana, resulta, como es natural, de fácil acceso para los que la atacan. Él, sin embargo, aunque es- 17
cuchó estas críticas, no obstante continuó con sus preparativos para un posible asedio, y depositó el grano que tenía guardado en sus barcos cuando llegó de Sicilia en los graneros públicos y lo mantuvo bajo custodia, obligando, asimismo, a todos los romanos, aun cuando se mostraban indignados por ello, a traer de los campos a la ciudad todas sus provisiones.

Por aquel entonces Pitzas, un godo que venía de Samnio, 15
se puso a sí mismo y a los godos que allí vivían con él en manos de Belisario, así como la mitad de la parte de Samnio que está junto al mar, hasta el río que fluye por en medio de esa zona[199]. Pues los godos que estaban establecidos al otro lado 2
del río no deseaban seguir a Pitzas ni ser súbditos del emperador. Belisario le concedió unos cuantos soldados para que vigilaran juntos los territorios de aquella zona. Anterior- 3
mente, sin embargo, los de Calabria y Apulia, al no haber godos presentes en aquellas tierras, se habían rendido de buena gana a Belisario, tanto los que vivían en la costa como los que ocupaban las tierras del interior.

---

[198] Demasiado grande para poder ser defendida en todos los puntos de su recorrido: recordemos que el perímetro de las murallas de Roma alcanzaba aproximadamente unos 19 km. de longitud.

[199] En el mar Adriático, por supuesto. El río al que se refiere Procopio es o el Biferno o el Sagro o Sangro.

4 Entre las ciudades del interior se encontraba Benevento[200], que antiguamente los romanos habían denominado Malevento; sin embargo, en la actualidad la llaman Benevento, por evitar el mal agüero que evocaba el anterior nom-
5 bre, pues *ventus* en lengua latina significa «viento». En Dalmacia, región que está situada exactamente enfrente de aquella ciudad en el continente que queda en el lado opuesto, acostumbra a azotar el país una ráfaga de viento de gran violencia y extremadamente salvaje y cuando éste empieza a soplar no hay modo de que un hombre pueda continuar su viaje por la calzada, sino que todos se encierran en casa y
6 aguardan a que cese. Tal es, en efecto, la fuerza del viento que, tras arrebatar a un hombre que va a lomos de un caballo, se los lleva por los aires a los dos y entonces, tras hacerlo girar por el aire un trecho grande, seguidamente lo arroja
7 al suelo allí donde caiga y lo mata. Sucede que Benevento, al estar situada frente a Dalmacia, como ya he indicado, en un terreno bastante elevado, se ve afectada por los problemas
8 que genera este viento. Esta ciudad fue edificada hace tiem-

---

[200] La ciudad del Samnio cercana a las famosas Horcas Caudinas, el desfiladero que separa esta región de la de Campania. En el original griego, *Benebentós*, que correspondería al latín *Beneventus*, en lugar de la forma neutra habitual *Beneventum*. La forma escogida por Procopio muestra de una manera más evidente la etimología que prefiere nuestro autor: *bene + ventus;* téngase en cuenta, sin embargo, que el segundo componente del nombre podría provenir del verbo *venio* o ser simplemente un sufijo y más tratándose de un topónimo. Procopio se reafirma en su preferencia indicando seguidamente que los romanos cambiaron el nombre *Maleventus* para evitar el mal agüero que sugería, lo cual parece ser cierto: Cf. PLINIO, *Historia Natural* III 105, 3: «Por lo demás, en el interior, en la región siguiente de los hirpinos existe una colonia con su nombre cambiado en Benevento (lat. *Beneventum*) para que fuese de mejor agüero, la cual en otro tiempo recibía el nombre de Malevento (lat. *Maleventum*)»; donde este autor también indica que el nombre original de la ciudad era *Maleventum* probablemente haciendo refererencia a su característico aire, que era muy poco saludable.

po por Diomedes[201], el hijo de Tideo, cuando, tras la conquista de Troya, fue expulsado de Argos. Él dejó a la ciudad como recuerdo[202] los colmillos del jabalí de Calidón, que su tío Meleagro había recibido como premio por su caza, que aún se encuentran allí y he visto yo mismo, un espectáculo merecedor de mención y digno de verse, con un contorno de no menos de tres palmos en forma de media luna[203]. Dicen
que fue allí donde Diomedes se encontró con Eneas, el hijo 9
de Anquises, cuando llegaba de Troya, y, en obediencia al oráculo, le entregó la estatua de Atenea que él se había llevado como botín en compañía de Odiseo, cuando los dos entra-

---

[201] Diomedes, destacado caudillo griego que acudió a la guerra de Troya en compañía de sus súbditos, los argivos. Entre sus hazañas destacan su combate contra Héctor, el haber herido a la diosa Afrodita cuando ésta acudió en ayuda de su hijo Eneas y haber logrado acertar en un costado nada menos que al dios Ares, aparte de dar muerte a numerosos jefes troyanos. Protegido por la oscuridad de la noche, logró penetrar en compañía de Odiseo en la ciudadela de Troya y se apoderó del famoso Paladio, al que seguidamente se va a referir Procopio. Tras la destrucción de Ilión, Diomedes regresó a la Argólide, si bien se vio obligado a marcharse del país. Entonces se dirigió a la Magna Grecia, donde fue bien acogido por Dauno, el rey de Yapigia en Apulia y padre de Turno. Se le atribuye a Diomedes la fundación de numerosas ciudades en el sureste de Italia: Beneventum, Aequumtuticum, Argos Hippion más tarde Argyripa —la actual Arpi—, Venusia y Brundisium, entre otras.

[202] El término griego es *gnṓrisma*: «signo de reconocimiento, prenda, símbolo».

[203] No tendremos más remedio que creer a Procopio, pues nos dice con toda rotundidad que él vio personalmente los míticos colmillos. No olvidemos que es bastante frecuente que las ciudades de la antigüedad pretendan o se disputen entre varias la posesión de un determinado objeto de prestigio, como ahora vamos a tener ocasión de volver a comprobar con el famoso Paladio. Efectivamente, Meleagro era tío de Diomedes, pues el primero era hijo de Eneo, el rey de los etolios de Calidón, y de Altea, hermana de Leda, mientras que el segundo era hijo de Deífile y de Tideo y éste, a su vez, del propio Eneo y Peribea, la hija de Hipónoo, casada en segundas nupcias con el rey de Calidón en Etolia.

ron en Troya como espías antes de que la ciudad fuera captu-
10 rada por los griegos[204]. Cuentan, en efecto, que, cuando se sintió enfermo posteriormente e hizo averiguaciones acerca de su enfermedad, el oráculo respondió que no se vería libre de la enfermedad a no ser que entregara la estatua a un tro-
11 yano. En lo que respecta a en qué lugar exacto de la tierra se encuentra la estatua[205], los romanos afirman desconocerlo, si bien, incluso en mi propia época, muestran una copia cincelada en cierto tipo de piedra dentro del templo de la diosa Fortuna, en donde está colocada delante de la imagen de bronce de Atenea que se alza a cielo abierto en el lado este
12 del templo. Esta copia en piedra representa una figura femenina en actitud de combate que alza su lanza con el brazo extendido como si estuviera en plena lucha; mas, a pesar de es-
13 to, viste un quitón que le cae hasta los pies. Sin embargo, su

---

[204] Efectivamente, como nos va a contar Procopio, existía una tradición que afirmaba que Diomedes devolvió el Paladio y los restos de Anquises a Eneas porque un oráculo le había advertido de que él se encontraría expuesto a incesantes y terribles sufrimientos a menos que restituyera a un troyano la sagrada imagen de Palas (cf. SERVIO, *Ad Aen.* II 166; III 407; IV 427; V 81).

[205] Como se ha comentado, el Paladio permaneció en Troya hasta que Diomedes y Odiseo tramaron llevárselo, pues la ciudad no podía ser tomada mientras permaneciera en ella la estatua sagrada (CONON, *Narr.* 34; VIRG. *Aen.* II 164 ss.). Según ciertas versiones, Troya albergaba dos Paladios, uno de los cuales fue el que se llevaron los dos héroes mientras que el otro fue con Eneas hasta Italia (puede ser asimismo que el de Diomedes y Odiseo fuera una simple imitación y el verdadero el de Eneas: cf. PAUS. II 23, 5 ; OV. *Fast.* VI 421 ss.). Con todo, la existencia de más de una estatua parece responder al hecho de que varias ciudades tanto de Grecia como de Italia reclaman el honor de poseer tan prestigiosa imagen: por ejemplo, Argos o Atenas (PAUS. I 28, 9). En Italia las ciudades de Roma, Lavinium, Luceria y Siris pretenden poseer el preciado Paladio troyano (Cf. ESTRAB. VI 264 ; SERV. *Ad Aen.* II 166 ss.; PLUT. *Camilo* 20; TÁC. *Anales* XV 41; DIONIS. II 66, etc.) y, como Procopio va a indicar, incluso los propios bizantinos afirmaban que la estatua se encontraba en su ciudad.

rostro no se asemeja al de las estatuas griegas de Atenea, si-
no que es muy semejante a las que esculpían los egipcios en 14
tiempos antiguos. Los bizantinos, sin embargo, afirman que
el emperador Constantino enterró esta escultura en el foro
que lleva su nombre[206] y la dejó allí. Baste, pues, con lo di-
cho sobre esta cuestión. 15

De esta forma Belisario sometió a toda la parte de Italia
que queda de este lado del golfo Jónico[207] hasta Roma y
Samnio, mientras que Constanciano ocupó la parte que es-
tá situada al otro lado del golfo hasta Liburnia, como ya he- 16
mos contado[208]. Ahora, sin embargo, voy a proceder a ex-
plicar de qué forma está dividida Italia entre los habitantes
del país. El mar Adriático[209] envía fuera de él una especie de
canal que entra considerablemente en el continente y forma
el golfo Jónico, pero, al contrario de como ocurre en otros
lugares donde se produce una entrada del mar en el con- 17
tinente, no termina en absoluto de formar un istmo. Por

[206] Enterrada como un tesoro. El Foro de Constantino, situado a escasa distancia del hipódromo de la ciudad (al oeste del mismo), con su gigantesca columna de pórfido o jaspe, que todavía está en pie y recibe el nombre de «Columna Quemada» (cfr. nota de Dewing *ad loc*). Recordemos que este emperador calcó tanto la organización política como el urbanismo de Roma, por lo que sus monumentos se inspiraron en la arquitectura romana: de esa época datan el hipódromo, del que sólo se conserva el trazado, la columna de bronce traída de Delfos, dos obeliscos, el acueducto de Valente y la cisterna de las mil y una columnas.

[207] Esto es, al sur del mar Adriático.

[208] El territorio que queda al norte del golfo: cf. V 7, 26-36.

[209] Aquí podemos apreciar claramente cómo el mar Adriático no coincide con lo que hoy día entendemos como tal: en Procopio sería la porción del mar Mediterráneo que se encuentra situada entre África al sur, Sicilia e Italia al oeste y Grecia y el Epiro al este; sin embargo, una vez más el golfo Jónico de Procopio es lo que verdaderamente sería para nosotros el mar Adriático.

ejemplo, el denominado golfo Criseo, que llega hasta
Lequeo[210], donde precisamente está la ciudad de Corinto, for-
ma el istmo del mismo nombre, de una anchura de cuarenta es-
18 tadios[211]. El golfo que queda fuera del Helesponto, que llaman
Negro[212], forma el istmo en el Quersoneso, que no es más an-
cho que el de Corinto, sino que tiene aproximadamente las mis-
19 mas dimensiones. Sin embargo, desde la ciudad de Rávena,
donde precisamente termina el golfo Jónico, hasta el mar
Tirreno la distancia no es inferior a ocho días de ruta[213] para un
20 viajero libre de carga. El motivo es que, al avanzar el brazo de
mar, siempre se va inclinando más hacia el noroeste[214]. En es-
te lado del golfo, la primera ciudad habitada es Driunte, la cual
21 se llama hoy en día Hidrunte[215]. A la derecha de ésta se encuen-
tran los habitantes de Calabria y Apulia y los samnitas y limí-
trofes con ellos viven los picenos, cuyo territorio se extiende
22 hasta la ciudad de Rávena. Al otro lado están el resto de los cá-
labros, los brucios y los lucanos; más allá se encuentran los ha-
bitantes de Campania, hasta la ciudad de Taracina, y a conti-

[210] Criseo: de Crisa, ciudad de la Fócide situada en la vertiente del monte Parnaso al sudoeste de Delfos, a muy poca distancia de esta importante localidad; está situada hacia el extremo nororiental del golfo de Crisa o Criseo y fue destruida por orden del consejo de la Anfictionía délfica. Por su parte, Lequeo o Lequea era una pequeña ciudad que servía de puerto a Corinto.

[211] Algo más de 7 km.

[212] El golfo Negro (Melas), bahía del mar Egeo situada a lo largo de la costa norte del Quersoneso tracio (península de Gallípoli); hoy día golfo de Saros.

[213] Es decir, la anchura de la península Itálica por esa zona: según la vaga indicación de Procopio unos 302 km.

[214] «A la derecha» en el texto original.

[215] Otranto, ciudad situada a orillas del canal del mismo nombre, entre la Italia meridional y la península Balcánica. La ciudad tenía justo enfrente el Epiro, país que corresponde aproximadamente a la Albania actual. Cf. III 1, 9, y nota 13.

nuación de éstos están las fronteras del territorio romano. Estos 23 pueblos ocupan la costa de cada uno de los dos mares y todas las tierras que quedan en el interior de esta parte de Italia. Ésta es la zona que fue llamada Magna Grecia en tiempos antiguos. En efecto, entre los brucios están los locros epicefirios[216], los crotoniatas[217] y los turios[218]. Sin embargo, más allá del golfo, 24 los primeros habitantes son griegos, los denominados epirotas, hasta llegar a la ciudad de Epidamno[219], que está situada junto al mar. Limítrofe con ésta se encuentra la tierra de Précalis[220], 25 más allá de la cual está el territorio llamado Dalmacia, que se considera parte del Imperio occidental. Más allá de esa región se encuentran Liburnia e Istria[221], así como la tierra de los vénetos que se extiende hasta la ciudad de Rávena. Estos territorios están situados en esa zona junto al mar. Mas, por encima 26 de ellos, los siscios y los suevos[222] —que no son éstos los

---

[216] Los locros o locrios epicefirios fueron un contingente de esclavos que, tras escapar de de la Lócride Epicnemidia con las esposas de sus amos se establecieron en torno al 710 a. C., bajo la dirección de Evantes, en el Brucio, en concreto en las cercanías del promontorio *Zephyrium*, del cual tomaron el sobrenombre.

[217] Habitantes de Crotona, ciudad costera del Brucio, bañada por el mar Jónico y célebre por su escuela pitagórica.

[218] Habitantes de Turio (después Copia), ciudad de Lucania situada entre Cratis y Síbaris. Fue fundada en torno al 460 a. C. por una colonia de atenienses y griegos procedentes de otras zonas —entre los que se encontraba el historiador Heródoto—, bajo la dirección de Lampón y Jenócrito. Fue conocida por sus leyes, que se basaban en las de Zaleuco y Carondas.

[219] Véase nota 39.

[220] No hemos encontrado información alguna sobre este nombre, ni aparece en ningún otro autor; es evidente, sin embargo, que corresponde a un territorio situado entre el Epiro y Dalmacia.

[221] Liburnia es la actual Croacia e Istria es una península situada al noreste del golfo Jónico, al sur de Trieste y con la ciudad de Venecia justo enfrente al otro lado del mar Adriático.

[222] Los siscios son los habitantes de Siscia o Segestica, ciudad de los varcianos en Panonia Inferior junto al río Savus en su confluencia con el

mismos que están sometidos a los francos, sino otro grupo dentro de ellos— ocupan el territorio del interior. Más allá
27 de éstos están establecidos los carnios y los nóricos[223]. A la derecha de estos pueblos viven los dacios y los panones[224], que ocupan, entre otras ciudades, las de Singiduno y Sirmio[225], que se extienden hasta el río Istro. Pues bien, al
28 comienzo de la presente guerra estos pueblos situados al otro lado del golfo Jónico estaban gobernados por los godos, si bien, al otro lado de la ciudad de Rávena, a la izquierda
29 del río Po habitan los ligures[226]. Al norte de ellos viven los albanos en una tierra de extraordinaria calidad llamada

Colapis. Hoy día Szissek o Sisak en Croacia. Con respecto a los suevos aquí nombrados, habitarían éstos una zona interior limítrofe con los siscios.

223 Los carnios eran una tribu de tauriscos que desde los Alpes Nóricos establecieron asentamientos al norte de los vénetos, de los cuales estaban separados por el río *Tilavemptus*. Hoy día corresponde a Carniola, nombre latino de Krajnska, región de Eslovenia central. Por su parte, los nóricos (Taurisci, Taurini, Carni) son los habitantes del Norico (básicamente la actual Austria), país limítrofe al norte con Germania Magna, con el Danubio sirviendo de frontera; al sur con Italia e Iliria, con los Alpes Vénetos y los Carnios; al oeste con Retia con el río *Oenus* (el actual Inn, un afluente del Danubio) de frontera y al este con Panonia (monte Cetius, el Kahlenberg, pico de los Alpes). Fue dividido en dos por el emperador Diocleciano: la *Ripense* al norte (Carinthia) y la *Mediterraneum* al sur (Stiria). Este país era famoso por su hierro.

224 Dacia (básicamente la Rumanía actual) limitaba al norte con la *Sarmatia* europea (*río Tyras*, hoy día el Dniéster), al sur con Moesia, con el Danubio marcando la frontera, al oeste con Panonia y al este con el mar Negro. El país de los *Daci* o *Daoi* se dividía en *Alpensis*, *Mediterranea* y *Ripensis*. Por su parte, Panonia (Hungría actual) limita al norte y al este con el río Danubio, al sur con el *Illyricum* y *Moesia*, con el río Save o *Savus* marcando la frontera, y al oeste con el *Noricum*.

225 Respectivamente, Belgrado y Mitrowicz (Panonia Inferior).

226 Recordemos que Liguria, lo mismo que Emilia (más abajo, párrafo 30), está situada al sur del río Po: cf. V 12, 4 (y nota 140), donde Procopio explica que esta región llega hasta los Alpes.

Langubila[227] y, por encima de éstas, se asientan los pueblos sometidos a los francos, en tanto que el territorio situado al oeste lo ocupan los galos y, después de éstos, los hispanos.
A la derecha del río Po se encuentra Emilia[228] y los pueblos 30
de Toscana, que se extienden hasta las mismas fronteras de Roma. Hasta aquí, pues, lo referente a este tema.

De esta forma, Belisario tomó posesión de todos los terri- 16
torios que forman un círculo en torno a Roma hasta el río Tíber y los dejó bien asegurados. Una vez que tuvo dispuesto todo de la mejor manera posible, le dio a Constantino un buen número de sus propios escuderos junto con otros lanceros como los maságetas Zárter, Corsomano y Escmano, así como un ejército, y le encargó que fuera a Toscana con la finalidad de poner de su lado las plazas fuertes de aquella re-
gión. Dio también órdenes a Besas de que se apoderara de 2
Narnia[229], que era una ciudad muy fuerte de Toscana. Este hombre llamado Besas, godo de nacimiento y un hombre enérgico y bravo en la guerra, era uno de los que habían vivido en Tracia desde tiempos antiguos y que no habían seguido a Teodorico cuando condujo al pueblo godo de allí a
Italia. Era, en efecto, un excelente general y un hombre dies- 3
tro cuando estaba en acción. Besas tomó Narnia, mas no en

[227] Nombre que sólo aparece en nuestro autor. Con respecto a estos albanos, quizá tengan relación con la ciudad de Alba Docilia, actual Albizzola, ciudad situada entre Vicus Virginis y Ad Navalia en plena Vía Aurelia, habitada por los ingaunos, un pueblo que se asentó en el litoral de Liguria. También existe la localidad de Album Ingaunum o Albingaunum (la actual Albenga), que se encuentra en el litoral de la región, a unos 50 kms. de Génova.

[228] Su capital es Placentia (la actual Piacenza).

[229] Ciudad de Umbría, fundada en el 300 a. C., llamada antiguamente *Nequinum*, sobre el río Nar; estaba en la Vía Flaminia y es famosa por un puente construido en época de Augusto. Actual Narni.

contra de la voluntad de sus habitantes, mientras que Constantino puso bajo su mando Espoleto, Perusia[230] y algu-
4 nas otras ciudades sin ninguna dificultad, pues los toscanos lo recibieron con gusto en sus ciudades. Después de establecer una guarnición en Espoleto, él permaneció acuartelado con todo el resto del ejército en Perusia, la primera ciudad de Toscana.

5 Cuando Vitigis se enteró de estas noticias, envió contra
6 ellos un ejército al mando de Unilas y Pisas. Constantino salió al encuentro de estas tropas en los arrabales de Perusia y trabó combate con ellos. Al principio el combate se mantuvo igualado, debido al número de bárbaros, que superaba al de sus oponentes, pero, posteriormente, los romanos se mostraron superiores gracias a su valor y terminaron derrotando a los enemigos y, mientras éstos huían en completo desorden,
7 dieron muerte a casi todos; a los comandantes enemigos los capturaron vivos y se los mandaron a Belisario. En cuanto Vitigis estuvo al tanto de esto, ya no quiso permanecer quieto por más tiempo en Rávena, donde en ese momento la ausencia de Marcias y los que estaban con él, que todavía no habían llegado de la Galia, significaba para él un impedimen-
8 to. Así que envió a Dalmacia un numeroso ejército a las órdenes de Asinario y Uligisalo a fin de recuperar Dalmacia pa-
9 ra los godos. Les encargó que añadieran a sus propias fuerzas militares un ejército procedente de los territorios suevos y compuesto por bárbaros de aquella zona, y que marcharan de
10 esta forma directos a Dalmacia y Salones. Envió también con

[230] O Spoletium: ciudad también de Umbría situada en plena Vía Flaminia entre Interamnia y Forum Flaminii. Data del 242 a. C. y fue asediada por Aníbal en el 217. Hoy día Spoleto. Por su parte, Perusia (Perugia en la actualidad) fue una de las doce ciudades de Etruria. Colonia del 45 a. C., resultó prácticamente destruida a consecuencia de un incendio con ocasión de su conquista por parte de Octavio durante la guerra que éste sostuvo frente a Marco Antonio.

ellos numerosos barcos largos[231] que serían capaces de asediar Salones tanto por tierra como por mar. Él personalmen- 11
te, sin embargo, se apresuraba para marchar contra Belisario y Roma con todo su ejército, y llevaba consigo un número no inferior a ciento cincuenta mil soldados de caballería e infantería, la mayor parte de los cuales, junto con sus caballos, marchaban cubiertos con su armamento defensivo.

Así pues, Asinario, una vez que llegó ya al territorio de 12
los suevos, empezó a reunir al ejército de los bárbaros, mientras que Uligisalo condujo él solo a los godos hasta Liburnia. Después de trabar combate con ellos los romanos en un lugar 13
llamado Escardón[232], resultaron derrotados en batalla y se retiraron a la ciudad de Burno; allí Uligisalo permaneció esperando a su compañero de cargo. Pero Constanciano, cuando 14
se enteró de los preparativos de Asinario, temió por Salones e hizo venir a los soldados que guardaban todas las plazas fuertes de aquella región. Entonces excavó un foso en círcu- 15
lo alrededor de la muralla entera y dispuso todos los demás preparativos para el asedio de la mejor manera posible. Asinario, por su parte, reunió un ejército extraordinariamente numeroso de bárbaros y llegó a la ciudad de Burno. Allí, 16
después de unirse a Uligisalo y al ejército de los godos, prosiguió su marcha hasta Salones. Ellos construyeron una empalizada en torno a la muralla y, tras llenar los barcos de soldados, pusieron vigilancia sobre la parte de la fortificación que quedaba frente al mar. De esta forma comenzaron el sitio de la ciudad de Salones tanto por tierra como por mar; los 17
romanos, sin embargo, dirigieron un repentino ataque contra los barcos de los enemigos y los pusieron en fuga: un buen número de ellos se hundieron junto con los hombres de a bordo y otros muchos fueron capturados ya sin su tripulación. A 18

231 Es decir, «de guerra».

232 Cf. nota 87. Burno es otra ciudad de Liburnia.

pesar de esto, los godos no levantaron el asedio, sino que lo
mantuvieron con toda su fuerza y encerraron más estrecha-
mente todavía a los romanos dentro de la ciudad. Así se des-
arrollaron los acontecimientos en Dalmacia relacionados con
el ejército de los romanos y con el de los godos.

19 Sin embargo, Vitigis, después de oír decir a los nativos
que venían de Roma que el ejército que tenía Belisario era
muy pequeño, se arrepintió de haberse retirado de Roma y ya
no podía soportar más el estado de cosas actual, sino que,
empujado en ese momento por la furia que sentía, se dirigió
20 contra él. Se encontró en su camino hacia allí a un sacerdote
que venía precisamente de Roma. Se cuenta que Vitigis le
preguntó en un estado de gran excitación si Belisario estaba
todavía en Roma, puesto que temía no poder capturarlo y que
el general le tomase la delantera escapando de allí. El sacer-
dote —según dicen— le contestó que esto no debía servirle
21 de motivo de preocupación, pues él —el sacerdote— le ga-
rantizaba que Belisario jamás emplearía como recurso la hui-
da, sino que, por el contrario, permanecería allí. Sin embar-
go, dicen que Vitigis se dio todavía más prisa que antes,
rogando a Dios que le fuera posible ver con sus propios ojos
las murallas de Roma antes de que Belisario hubiera escapa-
do de allí.

17 Belisario, sin embargo, en cuanto se enteró de que los go-
dos marchaban en son de guerra contra él con todo su ejérci-
to, quedó sumido en la duda, pues, por una parte, no deseaba
prescindir de las tropas de Constantino y de Besas, en espe-
cial porque su ejército era realmente pequeño, y, por otra,
porque le parecía improcedente abandonar las plazas fuertes
de Toscana, no fuera que los godos ocuparan estos baluartes
2 contra los romanos. Así pues, después de considerar el asun-
to, encargó a Constantino y a Besas que dejaran guarniciones
en las posiciones de allí que más lo necesitaran, cuantas fue-

ran suficientes para vigilarlas, y que ellos vinieran a Roma
con el resto del ejército a toda velocidad. Constantino actuó 3
conforme a estas instrucciones y, tras establecer puestos de
guardia en Perusia y en Espoleto, se puso en marcha con el
resto de las tropas en dirección a Roma. Sin embargo, mien- 4
tras Besas ponía en orden las cosas en Narnia más relajadamente, sucedió que, como los enemigos pasaban por allí en
su camino, las llanuras que rodeaban la ciudad se llenaron de
godos. Éstos eran soldados que iban por delante del resto del 5
ejército; Besas trabó combate con ellos entonces y de forma
inesperada derrotó a cuantos le salieron al encuentro dando
muerte a muchos; pero, después de ser vencido debido al número superior de enemigos, se retiró a Narnia. Tras dejar 6
guarniciones allí, conforme a las instrucciones de Belisario,
se dirigió a toda velocidad a Roma e informó de que los enemigos se encontrarían allí casi de inmediato, pues Narnia dista tan sólo trescientos cincuenta estadios de Roma[233]. Sin 7
embargo, Vitigis no intentó ningún ataque contra Perusia y
Espoleto porque estas plazas eran sumamente fuertes y no estaba dispuesto en modo alguno a malgastar tiempo allí; su 8
único deseo era, efectivamente, encontrar a Belisario en
Roma antes de que éste escapara de allí. Además, cuando se
enteró de que Narnia estaba aún ocupada por los enemigos,
tampoco quiso intentar nada allí, pues sabía que el lugar era
de difícil acceso y, por lo demás, el terreno estaba cuesta arriba, pues la ciudad se encuentra situada sobre una elevada colina. El río Narno[234] corre al pie de dicha colina y es éste el 9

[233] 63 km.

[234] El Nar, nombre de origen sabino que significa «sulfuro», es un río que nace en el monte Fiscellus y, tras separar el país de los sabinos de Umbría, vierte sus aguas en el Tíber por encima de Ocriculum (hoy Otricoli), ciudad umbra. Como su nombre indica, fue famoso por sus aguas sulfurosas y por su impetuosa corriente. Es el actual Nera.

que le ha dado su nombre. Hay en el lugar dos vías que con-
10 ducen a la ciudad, una orientada al este; la otra, al oeste. Una de estas dos es estrecha y dificultosa debido a lo escarpado de las rocas, en tanto que a la segunda no se puede acceder como no sea atravesando un puente que se extiende por encima del río de una orilla a la otra y que proporciona la posi-
11 bilidad de cruzarlo en ese punto. Este puente fue construido por el César Augusto en tiempos pretéritos[235], y es una obra muy digna de mención, puesto que sus arcos son los más altos de todos cuantos conocemos nosotros.

12 De esta forma Vitigis, que no soportaba que ellos malgastaran allí su tiempo, partió a toda velocidad y se dirigió con la totalidad del ejército contra Roma a través del territorio de
13 los sabinos. Cuando llegó cerca de Roma y estuvo a una distancia de la ciudad de no más de catorce estadios, se encon-
14 tró con un puente sobre el río Tíber[236]. En ese mismo lugar Belisario había construido una torre un poco antes, a la que puso puertas, y finalmente había establecido una guarnición de soldados, no porque fuera únicamente por allí por donde el río Tíber podía ser atravesado por los enemigos —pues se da la circunstancia de que hay barcos y puentes en muchas partes del río—, sino porque deseaba que los adversarios tuvieran que emplear más tiempo en el viaje, ya que él estaba esperando otro ejército del emperador, y también para que los romanos pudieran hacer aún más acopio de provisiones
15 en la ciudad. Belisario calculaba que, en el caso de que los bárbaros, rechazados en ese punto, intentasen cruzar el río por cualquier otro puente, consumirían no menos de veinte días y si intentaban botar una considerable cantidad de bar-
16 cos en el Tíber, emplearan todavía más tiempo. Tales fueron,

[235] Cf. nota 229.

[236] A 2'5 km. exactamente el 21 de febrero del 537 d. C. Se trata del puente Mulvio.

pues, las consideraciones que le llevaron a establecer una guarnición en ese punto; los godos acamparon allí aquel día, sin saber qué hacer y pensando que al día siguiente tendrían
que atacar la torre; sin embargo, llegaron ante ellos veintidós 17
desertores, bárbaros de nacimiento, pero soldados romanos
del destacamento de caballería que mandaba Inocencio[237]. 18
Justo entonces se le ocurrió a Belisario establecer un campamento cerca del río Tíber, a fin de obstaculizar todavía más a los enemigos el paso del río y hacer a sus adversarios una de-
mostración de atrevimiento. Sin embargo, todos los soldados 19
que, como se ha explicado, estaban de guardia en el puente quedaron aterrorizados por la gran cantidad de godos y acobardados por la magnitud del peligro. Abandonaron por la
noche la torre que vigilaban y se dieron a la fuga. Mas, pen- 20
sando que les sería imposible entrar en Roma, se marcharon a escondidas en dirección a Campania, ya temerosos del castigo que les impondría el general, ya por no ponerse rojos de vergüenza ante sus compañeros.

Al día siguiente los godos echaron abajo las puertas de la 18
torre sin ninguna dificultad y cruzaron el río, puesto que na-
die se lo impidió. Belisario, que todavía no estaba al tanto de 2
lo que había sucedido con respecto a la guarnición, se dirigió al puente sobre el río al frente de dos mil soldados de caballería con la intención de inspeccionar el terreno y decidir dónde sería más recomendable para ellos levantar el campa-
mento. Cuando se encontraron bastante cerca, se toparon con 3
los enemigos que ya habían cruzado el río y, sin desearlo en modo alguno, se vieron trabando combate con algunos de
ellos. La batalla estuvo en ambos bandos a cargo de los sol- 4
dados de caballería. Entonces Belisario, aunque había estado antes en posición segura, ya no conservó por más tiempo el

[237] Cf. V 5, 3.

puesto de general, sino que comenzó a luchar en las primeras
5 filas como un soldado más. En ese momento la causa de los
romanos corrió un grave peligro, dado que la resolución de-
6 finitiva de la guerra dependía de él. Sin embargo, se dio la
circunstancia casual de que el caballo que en ese momento
montaba tenía muchísima experiencia en la guerra y sabía
muy bien cómo poner a salvo de un peligro a su jinete; su
cuerpo entero era de color gris, salvo su rostro, que era de un
blanco purísimo en su totalidad, desde la cabeza hasta los bel-
fos. Los griegos llaman «*phalio*» a un caballo de esta clase[238]
y los bárbaros «*balan*». Sucedió que la mayoría de los godos
dispararon sus jabalinas y demás armas arrojadizas contra él
7 y contra Belisario por la siguiente razón: aquellos desertores
que habían llegado ante los godos el día anterior, cuando vie-
ron a Belisario luchando entre las primeras filas, sabedores
de que, si él caía, la causa de los romanos entonces estaría
perdida al instante, los apremiaban a voz en grito a «disparar
8 al caballo de rostro blanco». A raíz de esto, esta frase se ex-
tendió entre ellos y llegó a la totalidad del ejército de los go-
dos; ellos, sin embargo, no se preocuparon por indagar qué
significaba la frase, inmersos como estaban en el gran tumul-
9 to, ni tampoco supieron que se refería a Belisario. Supo-
niendo, no obstante, que no era baladí que la frase hubiera al-
canzado tal difusión entre todos ellos, la mayor parte de los
enemigos dejaron de lado a todos los demás y comenzaron a
10 disparar contra Belisario. Cuantos de entre aquellos tenían
pretensiones de demostrar valor, dominados por un enorme
deseo de honores, se acercaban todo lo más que podían e in-
tentaban echarle mano y, sintiéndose poseídos por una furia
11 incontenible, lo golpeaban con sus lanzas y sus espadas. Sin
embargo, el propio Belisario iba matando a los que continua-

[238] *Phaliós* o *phalarós:* «que tiene una mancha blanca, blanco de rostro».

mente venían a su encuentro a un lado y al otro y él asimismo sacó entonces un extraordinario provecho, en aquel momento de peligro, de la lealtad hacia él de sus propios lanceros y escuderos. Pues todos se colocaron alrededor de él e 12
hicieron una demostración de valor tal, creo yo, como no ha sido mostrada por ningún hombre en el mundo hasta el día de hoy; pues, poniéndoles delante sus escudos para defender 13
tanto al general como a su caballo, no sólo recibían todos los dardos, sino que rechazaban lejos de sí a golpes a aquellos que sin cesar atacaban al general. De esta forma, todo el combate estuvo centrado en el cuerpo de un solo hombre. En 14
esta contienda cayeron muertos un número no inferior a mil godos, todos hombres que combatieron en las primeras filas; por su parte, del ejército de Belisario perecieron muchos de los varones más nobles, así como el lancero Majencio, después de un gran despliegue de proezas contra los enemigos. Sin embargo, la buena suerte quiso que Belisario aquel día no 15
resultase herido ni tampoco alcanzado por arma arrojadiza alguna, aun a pesar de que la batalla se desarrolló únicamente en torno a él.

Finalmente, sin embargo, gracias a su valor los romanos 16
pusieron en fuga a sus enemigos y un descomunal tropel de bárbaros se lanzó a la carrera hasta que alcanzaron el grueso de su ejército. Allí, en efecto, la infantería de los godos, fresca como estaba, resistió a los enemigos y los rechazó sin dificultad alguna. Cuando otro destacamento de caballería acu- 17
dió en su ayuda, los romanos se dieron a la fuga a toda velocidad, subieron a una colina y mantuvieron allí su posición. Sin embargo, la caballería de los enemigos se les vino encima y se produjo una segunda batalla a caballo. Allí, en- 18
tonces, Valentín, el caballerizo[239] de Focio, el hijo de Antonina, llevó a cabo una notable demostración de valor.

[239] Cf. nota 85.

Lanzándose, en efecto, de un salto él solo contra el grueso de
las fuerzas enemigas, se interpuso como obstáculo a la aco-
metida de los godos y de esa forma salvó a sus compañeros.
19 Así escaparon los romanos y llegaron a las murallas de
Roma. Los bárbaros, en su persecución, los hostigaron hasta
la misma muralla junto a la puerta que ha recibido el nombre
20 de Salaria[240]. Sin embargo, las gentes de Roma, en el temor
de que los enemigos se precipitaran dentro al mismo tiempo
que los fugitivos y que lograsen penetrar en el interior de las
fortificaciones, no estaban en absoluto dispuestos a abrir las
puertas, aun a pesar de que Belisario les instaba una y otra
vez a que lo hicieran y se dirigía a ellos a voz en grito profi-
21 riendo amenazas. Mas los que se asomaban en la torre no
eran capaces de reconocer a este hombre, puesto que su ros-
tro y su cabeza estaban cubiertos de sangre cuajada y de pol-
vo, y, además, nadie podía ver con claridad, pues era ya tar-
22 de, en torno a la hora de la puesta de sol. Además, los
romanos pensaban que el general no había sobrevivido, pues
cuantos habían llegado huyendo tras la derrota que se había
producido anteriormente, daban la noticia de que Belisario
23 había muerto luchando con valentía entre las primeras filas.
Así pues, el tropel de los enemigos, que se había abalanzado
con fuerza y seguía poseído por una incontenible furia, se
24 proponía cruzar de inmediato el foso y atacar allí a los fugi-
tivos. Los romanos, por su parte, reunidos en masa a lo largo
de la muralla, después de haber estado en el interior del foso,
se juntaban unos con otros cuerpo con cuerpo, amontonados
25 en un espacio reducido. Sin embargo, los que estaban dentro
de las fortificaciones, que se encontraban sin general, caren-
tes por completo de preparación y llenos de pánico tanto por

[240] Véase el plano de las fortificaciones de Roma (pág. 376). La puerta Salaria se encuentra al norte de la ciudad, en la parte de la derecha, al pie del monte Quirinal.

ellos mismos como por la ciudad, se mostraban totalmente incapaces de defender a los suyos por más que éstos se encontraran en una situación tan peligrosa.

En ese momento se le ocurrió a Belisario una atrevida 26
idea que, de forma inesperada, salvó la situación de los romanos, pues, apremiando a todos los hombres que estaban con él, cayó repentinamente sobre los enemigos. Éstos se encon- 27
traban en un gran desorden debido a la oscuridad y a que estaban ocupados en la persecución y, cuando vieron para su sorpresa que los fugitivos los estaban atacando, supusieron que otro ejército había llegado en su ayuda desde la ciudad y, a consecuencia de esto, se sumieron en tal estado de pánico que emprendieron la fuga de inmediato. Sin embargo Belisa- 28
rio no se lanzó en su persecución, sino que regresó inmediatamente a la muralla. De esta forma, los romanos se sintieron animados y lo recibieron en la ciudad a él y a todos sus hombres. A tal grado de peligro, ciertamente, estuvieron expues- 29
tos Belisario y la causa del emperador; y la batalla que había comenzado por la mañana temprano no concluyó hasta la noche. Los que se distinguieron por su valor en esa batalla fue- 30
ron, entre los romanos, Belisario y, entre los godos, Visando Vandalario, el cual, cuando la batalla se desarrollaba en torno a Belisario, una vez que cayó sobre él, no desistió hasta que recibió trece heridas en su cuerpo y cayó a tierra. Dio la impresión de que había muerto al instante, por lo que quedó 31
desatendido por sus compañeros, aunque habían resultado vencedores, y permaneció tendido allí mismo junto con los cadáveres. Pero al tercer día, cuando los bárbaros se encontraban acampados muy cerca de las murallas de Roma y habían enviado algunos hombres para que diesen sepultura a sus muertos y realizaran los rituales según establece su religión, los hombres que buscaban los cuerpos de los fallecidos encontraron a Visando Vandalario todavía con vida, y entonces uno de sus compañeros le pidió que le dijera alguna pa-

32 labra. Él, sin embargo, no pudo hacerlo, puesto que le ardían las entrañas por el hambre y la sed causadas por el sufrimiento, así que le hizo señas con la cabeza para que le echara agua en la boca. En cuanto hubo bebido, se recuperó[241] de nuevo;
33 lo levantaron y se lo llevaron al campamento. A consecuencia de este hecho, Visando Vandalario adquirió un gran renombre entre los godos y siguió viviendo durante muchos años más gozando de una fama considerable. Esto fue, ciertamente, lo que vino a acontecer al tercer día de la batalla.

34 Sin embargo, en aquellos momentos Belisario, que se encontraba en situación segura junto con los que le acompañaban, reunió a los soldados y a casi todo el pueblo de Roma junto a la muralla y les ordenó que encendieran numerosas fogatas y se mantuviesen despiertos durante toda la noche. Yendo de un lado para otro y rodeando el contorno de las murallas, se ocupó de todos los demás detalles, pero, en especial, ordenó a sus comandantes permanecer al cuidado de ca-
35 da una de las puertas. Sin embargo, Besas, que estaba de guardia en la puerta denominada Prenestina[242], envió a un mensajero ante Belisario para anunciarle que la ciudad ya estaba ocupada por los enemigos, que habían irrumpido en ella por otra de las puertas, la que está al otro lado del río Tíber[243]
36 y que lleva el nombre de Pancracio, un santo[244]. Tras escu-

---

[241] Literalmente: «volvió en sí».

[242] Véase el plano. En la zona este de la ciudad.

[243] Procopio va a explicar todo lo relativo a la parte de la muralla que está al otro lado del Tíber, es decir, cruzando el río, en V 19, 6-10.

[244] La puerta Pancraciana o de San Pancracio. Lo más probable que esta puerta sea la también llamada *Porta Aurelia (Vetus)* en la Vía Aurelia, donde según la tradición el santo fue martirizado por Diocleciano y cerca de donde se encontraba su famoso sepulcro y su posterior basílica (sobre la tradición cf., por ejemplo, Santiago de la Vorágine, *Leyenda áurea* LXXVI). Asimismo dice el cronista Francisco de Salazar: «Por lo más fuerte de Roma, entre Belveder y la puerta de San Pancracio, a escala vista, en-

char esto todos los que estaban con Belisario, le insistieron en que se pusiera a salvo lo más rápidamente posible, atravesando alguna de las otras puertas. Él, sin embargo, no se atemorizó y, además, aseguró que la noticia era falsa. Entonces 37
envió también a algunos de sus soldados de caballería al otro lado del río Tíber a toda velocidad, quienes, tras inspeccionar allí el terreno, informaron de que no se había producido ningún ataque enemigo sobre la ciudad en aquel sector. En 38
consecuencia, una vez enviados mensajeros a cada una de las puertas, ordenó a los comandantes que estaban apostados en todas ellas que, cada vez que oyeran decir que los enemigos habían irrumpido en la ciudad por alguna otra parte de las murallas, no corrieran a prestar ayuda ni abandonaran su propio puesto de vigilancia, sino que permanecieran quietos, pues él personalmente se ocuparía de estos asuntos. Actuó de 39
esta manera para que no cayeran en un nuevo desorden por culpa de un rumor que no era cierto.

Por su parte, Vitigis, mientras los romanos se encontraban todavía en una gran confusión, envió a la puerta Salaria a uno de sus comandantes llamado Vacis, un hombre que no era de condición humilde. Cuando llegó allí, empezó a reprochar a 40
los romanos su deslealtad hacia los godos y a reconvenirlos por la traición que decía que habían cometido contra su patria y contra sí mismos, pues habían cambiado el poder de los godos por unos griegos[245] que no eran capaces de defenderlos, de los cuales nunca habían visto llegar a Italia a ninguno, como no fueran actores de tragedia, mimos y marineros que se dedicaban a robar. Tras decir Vacis estas palabras y 41
muchas otras como éstas, como nadie le replicaba, se retiró

traron una parte de los españoles, y casi podemos decir que en un punto hubieron ganado el Burgo». Agradezco esta valiosa información a F. A. García Romero.

[245] *Graikoús:* «griegos», término usado con valor despectivo para referirse a los súbditos del emperador (cf. IV 27, 38).

42 al lado de los godos y de Vitigis. Por su parte, Belisario provocó bastante hilaridad entre los romanos, porque, aun a pesar de que había escapado a duras penas de los enemigos, les exigía tener ánimos de ahí en adelante y mirar con desprecio a los bárbaros, pues sabía bien que los terminaría venciendo definitivamente. Ahora bien, la manera en que llegó a tener
43 la certeza de esto se explicará en un capítulo posterior[246]. Por fin, cuando era ya una hora avanzada de la noche, a Belisario, que estaba todavía en ayunas, lo obligaron con dificultad su mujer y cuantos de sus amigos estaban presentes a que probara apenas un trozo muy pequeño de pan. De esta forma, pues, pasaron la noche cada uno de los dos bandos.

19 Sin embargo, al día siguiente los godos se colocaron en orden de batalla, pensando capturar Roma por asedio sin ninguna dificultad debido a las grandes dimensiones de la ciudad; los romanos, por su parte, hicieron lo mismo con la intención de defenderla. Las murallas de la ciudad tienen catorce puertas y al-
2 gunas otras más pequeñas. Los godos, siendo incapaces de rodear en círculo las murallas, después de levantar seis campamentos fortificados hostigaban el espacio de muralla comprendido entre cinco puertas, desde la Flaminia hasta la que llamaban Prenestina[247]; construyeron todos estos campamentos
3 fortificados en la margen izquierda[248] del río Tíber. Mas los bárbaros, con el temor de que sus enemigos, tras destruir el puente que lleva el nombre de Mulvio, volvieran inaccesibles todas las tierras que quedaban en la margen derecha del río hasta el mar

[246] Concretamente en V 27, 25-29.

[247] Un espacio considerable desde el sector norte —la puerta Flaminia está a poca distancia del cauce del río Tíber— hasta la parte oriental, pues la puerta Prenestina queda aproximadamente entre los montes Esquilino y Celio. Véase de nuevo el plano.

[248] A la derecha al ver el plano: es la margen izquierda mirando desde el nacimiento del río.

y, de este modo, no llegaran a sentir las desdichas propias de un
asedio, construyeron un séptimo campamento fortificado al otro
lado del Tíber en el Campo de Nerón[249], de manera que el puen-
te quedara en medio de sus dos campamentos. Después de esto, 4
quedaban expuestas otras dos puertas de la ciudad a los ataques
de los enemigos: la puerta Aurelia[250], que actualmente lleva el
nombre de Pedro, el jefe de los apóstoles de Cristo, ya que yace
enterrado cerca de allí[251], y la puerta que está situada al otro la-
do del río Tíber[252]. De esta forma, los godos rodeaban aproxi- 5
madamente con su ejército sólo la mitad de las murallas, pero
como en ninguna parte el río los dejaba completamente encerra-
dos lejos de la muralla, llevaban a cabo ataques contra ella a lo
largo de todo su contorno cada vez que lo deseaban. 6

Seguidamente voy a explicar cómo los romanos construye-
ron la muralla de la ciudad en ambas márgenes del río.
Antiguamente el Tíber, fluyendo junto a la muralla a lo largo
de un espacio considerable, avanzaba así[253]. Sin embargo, el 7
terreno sobre el que se alza la muralla a lo largo de la corrien-

[249] El Campo de Nerón se encontraba situado en la margen derecha del Tíber, entre la colina del Vaticano (Basílica de San Pedro, cf. nota 251) y una curva que traza el río entre las puertas Flaminia y Cornelia. Enfrente y al otro lado del río y de la muralla estaba el famoso *Ager Martius* o Campo de Marte. Consúltese de nuevo el plano.

[250] Parece que con este nombre se refiere Procopio más bien a la puerta Cornelia o de San Pedro. De todas formas, dicha puerta, que quedaba aproximadamente a la altura del circo de Nerón, al otro lado del río, era también conocida como *Porta Aurelia Nova* (véase el plano).

[251] Según la tradición, la basílica de San Pedro fue construida sobre la tumba del apóstol San Pedro, en la margen derecha del río Tíber. En concreto fue el emperador Constantino el que la mandó construir (s. IV d. C.).

[252] DEWING traduce *Transtiburtine Gate:* es la *Porta Aurelia Vetus* o de San Pancracio.

[253] Más libremente traduciríamos «avanzaba por esta zona». Parece claro que Procopio tiene en mente la parte donde el río Tíber forma un recedo y que más adelante quedaría dentro del recinto amurallado, como en seguida nos va a explicar nuestro autor,

8 te del río es llano y extraordinariamente accesible. Frente a ese
terreno, en la margen opuesta del río, hay una colina de gran
tamaño[254] donde han sido edificados desde antiguo todos los
molinos de la ciudad, porque se lleva mucha agua a la cumbre
de la colina a través de un acueducto y desde allí se precipita
9 pendiente abajo con gran fuerza. Por este motivo precisamente
los antiguos habitantes de Roma decidieron rodear la colina y
el ribazo del río junto a ella con una muralla[255], para que nin-
gún enemigo pudiera destruir los molinos y, tras cruzar el río,
llevar a cabo cómodamente sus planes de ataque contra la mu-
10 ralla de la ciudad. Así pues, les pareció bien tender un puente
sobre el río en aquel punto y unirlo a la muralla; y, al construir
numerosas casas en el distrito que se encuentra al otro lado, hi-
cieron que la corriente del río estuviera en medio de la ciu-
dad[256]. Baste, pues, con lo explicado sobre esta cuestión.

11 Los godos, por su parte, cavaron profundas trincheras al-
rededor de todos los campamentos fortificados y con monto-
nes de tierra excavada que sacaban por encima de la pared in-
terior de las trincheras, formaban un túmulo sumamente
elevado y clavaban una numerosísima cantidad de estacas
puntiagudas en su cima, de modo que construían todos sus
campamentos de una forma en absoluto inferior a las fortifi-
12 caciones de las ciudadelas. Al mando del campamento forti-

254 El Janículo.

255 Una parte de la muralla de Aureliano.

256 El puente Aurelio atravesaba el río uniendo las dos partes de la muralla, una en cada margen del mismo, y se comunicaba, a través de una calzada secundaria, con la Vía Aurelia, que sale del recinto amurallado precisamente por la puerta del mismo nombre (la *Porta Aurelia Vetus)*. El recinto que quedaba en el interior de la muralla entre el Janículo y el Tíber recibía el nombre de *Pagus Ianiculensis*, terreno que albergaba los *Horti Caesariani* y una especie de laguna denominada *Naumachia Augusti* que recibía, a través de la colina del Janículo, procedente del acueducto denominado *Aqua Alsietina* (construido el año 2 a. C.) un agua de mala calidad que venía del lago Martignano y que servía a dicha naumaquia del Transtíber y al riego de jardines.

ficado del Campo de Nerón estaba Marcias, pues ya había re-
gresado de la Galia con los que lo acompañaban[257], hombres
con los que él estaba acampado allí; el resto de los campa-
mentos estaban bajo las órdenes de Vitigis junto con otros
cinco, pues había un jefe por cada campamento fortificado.
Así pues, los godos, que habían tomado sus posiciones de es- 13
ta forma, abrieron todos los acueductos haciéndolos pedazos
para que no pudiera entrar en la ciudad ninguna agua que
procediera de ellos. Los acueductos de Roma son catorce en
cuanto a su número, fueron construidos con ladrillos de ba-
rro cocido por los hombres de antaño y alcanzan un grado tal
de anchura y altura que es posible para un hombre montado
a lomos de un caballo cabalgar dentro de ellos[258]. Belisario, 14
por su parte, organizó lo relativo a la defensa de la ciudad de
la siguiente manera: él personalmente defendió la pequeña
puerta Pinciana y la que queda a la derecha de aquélla, que
recibe el nombre de Salaria[259]. En esas puertas la muralla era 15
fácil de atacar y además, se daba la circunstancia de que los
romanos podían salir por ellas contra los enemigos. La puer-
ta Prenestina se la confió a Besas. En la Flaminia, que está al 16
otro lado de la Pinciana, apostó a Constantino, después de
haber cerrado previamente las puertas y bloquearlas de la
forma más segura posible mediante una pared de piedras de
gran tamaño por el interior, para que así le resultara imposi-
ble a cualquiera poder abrirlas. Y es que, al estar muy cerca 17
uno de los campamentos fortificados, tuvo miedo de que los
enemigos pudieran llevar a cabo alguna estratagema contra
la ciudad por allí. A los comandantes de las tropas de infan- 18

---

[257] Cf. V 13, 15, 29 y 16, 7.

[258] Exageración evidente por parte de Procopio. Los canales de los acueductos de Roma fluctúan entre un metro veinte aproximadamente y dos metros y medio de altura.

[259] En el sector norte de la ciudad. En el espacio entre ellas no establecieron ningún campamento los godos.

tería les ordenó encargarse de la vigilancia de las restantes puertas. Además, cerró cada uno de los acueductos de la forma más segura posible con una obra de albañilería a lo largo de una extensión considerable de los mismos, para evitar que nadie desde el exterior penetrase a través de ellos con intención de causar daño[260].

19 Después de que abrieran los acueductos, como ya he explicado, el agua ya no hacía funcionar los molinos y los romanos no los podían mover en modo alguno con ninguna clase de animales, al estar faltos de cualquier alimento durante el asedio. Entonces, al no poder apenas sufragar los gastos que suponían los caballos, que eran imprescindibles para
20 ellos, se le ocurrió a Belisario el siguiente plan: justo delante del puente[261] del que he mencionado antes que está unido a la muralla, tras atar cuerdas en cada una de las orillas del río y tensarlas lo más fuerte que pudo, sujetó con éstas dos barcazas una junto a la otra dejando una separación de dos pies entre ellas, por donde la corriente de agua viene bajando desde el arco del puente con la mayor fuerza y, después de colocar sendos molinos dentro de ambas barcazas, colgó en medio el mecanismo que habitualmente hace girar las pie-
21 dras de los mismos. Más allá de éstas, ató otras barcas, cada una de ellas unida a la que estaba detrás siguiendo el orden e iba colocando en medio de ellas la rueda hidráulica de la misma forma que antes y a lo largo de un extenso espacio. Así
22 pues, gracias a la fuerza del agua que fluía, todos los mecanismos, uno tras otro, rodaban sobre sí mismos y, de esta forma, conseguían que los molinos funcionaran y molieran suficiente harina para abastecer a la ciudad[262]. Pero entonces,

---

260 Recordemos una vez más la importancia de los acueductos en el asedio de ciudades (cf. nota 96).

261 El puente Aurelio (cf. V 19, 10 y nota 255).

262 Verdadero alarde de ingenio por parte de Belisario.

cuando los enemigos se enteraron de esto por boca de los de-
sertores, destruyeron las ruedas de la siguiente manera: tras 23
recoger árboles de gran tamaño y cadáveres de romanos a los
que recientemente habían matado, los arrojaban al río; y la 24
mayor parte de éstos, arrastrados junto con la corriente hasta
el espacio intermedio entre las barcas, terminaba rompiendo
las ruedas de molino. Sin embargo, Belisario, observó lo que
estaban haciendo e ideó el siguiente plan para contrarrestar
sus efectos: colgó por delante del puente largas cadenas de 25
hierro que abarcaban toda la anchura del río. De esta forma
todos los objetos que el río arrastraba venían a chocar contra
ellas, se juntaban y ya no llegaban más lejos. Aquellos a los 26
que se les encargó esta tarea iban tirando de los objetos a me-
dida que llegaban y los sacaban a la orilla. Belisario hizo to-
do esto no tanto por los molinos cuanto porque le invadió el
temor al pensar que los enemigos pudieran pasar inadverti-
dos entrando en el puente en ese punto con numerosas barcas
y terminaran por penetrar en la ciudad. En consecuencia, los 27
bárbaros desistieron de su intento, puesto que no tuvieron
ningún éxito. De ahí en adelante los romanos continuaron
utilizando los molinos; sin embargo, se vieron excluidos por
completo de los baños por culpa de la escasez de agua. No 28
obstante, disponían de agua suficiente para beber, dado que
incluso los que vivían muy lejos del río tenían la posibilidad
de sacar agua de los pozos. Sin embargo, en lo referente a las 29
cloacas, que precisamente sacan fuera de la ciudad todas las
inmundicias, no se vio forzado a idear ningún plan de segu-
ridad, puesto que todas ellas vienen a desaguar en el río Tíber
y, por ese motivo, era imposible que se produjera ningún sa-
botaje de parte de los enemigos contra la ciudad.

De esta forma, pues, organizó Belisario todo lo relativo al **20**
asedio. Entre los samnitas, una gran cantidad de niños que
apacentaba los ganados en su propio territorio escogió de en-

tre ellos a dos que estaban bien dotados de fuerza corporal y,
tras imponerle a uno el nombre de Belisario y al otro el de
2 Vitigis, les pidieron que lucharan cuerpo a cuerpo. Trabaron
combate con la mayor violencia y el resultado fue que el que
encarnaba a Vitigis cayó derrotado. Entonces el tropel de mu-
3 chachos, bromeando, colgó de un árbol al derrotado. Sin
embargo, apareció por casualidad en el lugar un lobo y los
muchachos salieron huyendo todos; pero el que estaba sus-
pendido del árbol, tras sufrir un tiempo tal suplicio, terminó
4 muriendo. Cuando este suceso llegó a oídos de los samnitas,
no infligieron castigo alguno a esos chicos, sino que, inter-
pretando el significado de lo ocurrido, afirmaban que
Belisario vencería de forma definitiva[263]. Baste, pues, con lo
dicho sobre este asunto.

5 Sin embargo, la población de Roma no estaba en absolu-
to familiarizada con los padecimientos de la guerra y el ase-
dio. Empezaron a sentirse molestos por la imposibilidad de
bañarse[264] y por la escasez de provisiones, y, además, se veí-
an obligados a renunciar al sueño por permanecer de guardia
en las murallas, con la sospecha de que la ciudad sería cap-
turada en breve plazo. Al mismo tiempo, estaban viendo có-
mo los enemigos asolaban sus campos y todas las demás po-
sesiones suyas, por lo que empezaron a sentirse indignados y
a llevar a mal que ellos, sin haber cometido agravio alguno,
tuviesen que sufrir un asedio y afrontar un peligro de tal
6 magnitud. Se reunían en grupos entre ellos mismos y censu-
raban a Belisario públicamente por haberse atrevido a em-

[263] Nuevo episodio anecdótico al que Procopio le concede la trascendencia de significar todo un presagio sobre el resultado final de la guerra y la suerte de cada uno de los dos líderes. Tampoco perdamos de vista de nuevo su función de inciso en el desarrollo de la narración.

[264] Recordemos que una de las costumbres más características y señeras de los romanos durante siglos fue acudir a las termas a bañarse y que, por tanto, estaban muy habituados a ello.

prender la guerra contra los godos sin haber recibido de par-
te del emperador una fuerza militar adecuada para ello. Estos
mismos reproches contra Belisario también los hacían en se- 7
creto los miembros pertenecientes al consejo que denominan
Senado. Vitigis, tras haber escuchado todo esto de boca de
los desertores y con el deseo de enemistarlos entre ellos to-
davía más, pensando que de esta forma la situación vendría a
desembocar en una gran confusión, envió embajadores ante
Belisario, entre los cuales se encontraba Albis. Cuando estos 8
hombres llegaron a presencia de Belisario, hablaron de la si-
guiente manera delante de los miembros del senado y todos
los comandantes del ejército.

«Desde épocas antiguas los hombres han hecho claras y
precisas distinciones en los nombres que aplican a las cosas;
y una de estas distinciones es que la temeridad es diferente
de la valentía. La primera de ellas, cuando se apodera de un 9
hombre, lo expone al peligro y además con descrédito, mien-
tras que la segunda le reporta renombre en justa contrapres-
tación por el valor demostrado. Una de estas dos ha sido la 10
que os ha lanzado contra nosotros, pero cuál de ellas es, sin
embargo, tú lo vas a dejar claro de inmediato. Si, por una par-
te, efectivamente, has emprendido la guerra contra los godos
confiando en la valentía, hay para ti suficiente oportunidad,
noble señor, de comportarte como un valiente, puesto que
realmente sólo tienes que contemplar desde la muralla el
ejército de los enemigos; pero, por la otra, si es por estar do-
minado por una impetuosidad excesiva por lo que te has pre-
cipitado contra nosotros, ahora ciertamente te estás arrepin-
tiendo de haber emprendido tales acciones tan a la ligera.
Pues las opiniones de los que han afrontado una empresa ex- 11
cesivamente arriesgada acostumbran a cambiar de dirección
cada vez que se encuentran en serias dificultades. En conse-
cuencia, no hagas que los sufrimientos de estos romanos se
prolonguen por más tiempo, unos hombres a los que

Teodorico crió en una vida llena de refinados lujos y, sobre
todo, de libertad. Deja ya de oponer resistencia frente a él,
12 que es el señor tanto de los godos como de los italianos.
Además, ¿cómo no va a ser absurdo que, por un lado, tú es-
tés sentado en Roma encerrado dentro como estás y encogi-
do de miedo ante los enemigos, y, por el otro, el rey de esta
ciudad consuma su tiempo en un campamento fortificado y
sea a sus propios súbditos a los que les inflija los males de la
13 guerra? Nosotros, por nuestra parte, os vamos a dar a ti y a
tus seguidores la oportunidad de llevar a cabo vuestra parti-
da inmediatamente con plena potestad para hacerlo, conser-
vando todas vuestras posesiones, dado que pisotear a los que
han aprendido a cambiar de punto de vista con sensatez no lo
podemos considerar ni justo según la ley divina ni acorde con
14 la manera de comportarse de las personas. Nosotros les pre-
guntaríamos con gusto a estos romanos qué quejas podían te-
ner ellos contra los godos para que nos hayan traicionado de
nuevo a nosotros y también a sí mismos, ya que han disfru-
tado hasta este momento de nuestra benevolencia, pero aho-
ra están conociendo por experiencia la ayuda que ha de venir
de vuestro lado».

15 Hasta aquí las palabras de los embajadores. Por su parte,
Belisario contestó de la siguiente manera: «Elegir el momen-
to oportuno para la reunión no dependerá de vosotros, pues
los hombres no están habituados a hacer la guerra según el
parecer de los enemigos, sino que es costumbre que cada
cual arregle sus propios asuntos por sí mismo de la manera
16 que le parezca la más conveniente. Yo, sin embargo, os digo que
llegará un momento en el que desearéis esconder vuestras
cabezas bajo los cardos, pero no podréis hacerlo en ningún
17 sitio. Por otra parte, en lo que respecta a Roma, ciudad que
nosotros ya hemos conquistado, no estamos en posesión de
nada que pertenezca a otros, sino que sois vosotros los que
habéis entrado en ella sin derecho en tiempos pasados, aun

cuando no os correspondía en modo alguno hacerlo, y ahora
se la habéis devuelto, aunque no de buen grado, a sus anti-
guos poseedores. Todo aquel de entre vosotros que albergue 18
alguna esperanza de poner su pie en Roma sin luchar, se
equivoca en sus expectativas, pues mientras Belisario esté
con vida es imposible que renuncie a ella». Tales fueron las
palabras que pronunció Belisario. Por su parte, los romanos, 19
invadidos por un gran temor, permanecían sentados en silen-
cio y aunque fueron muy denostados por los embajadores
con motivo de su traición a los godos, no se atrevieron a re-
plicarles, salvo Fidelio, que creyó conveniente dirigirse a
ellos en tono de burla. Este hombre era a la sazón prefecto 20
del pretorio[265], tras haber sido designado para el cargo por
Belisario, y por esta razón daba la impresión de estar, más
que ningún otro, en buena disposición hacia el emperador.

De esta forma, los embajadores se retiraron entonces a su 21
propio ejército. Cuando Vitigis les preguntó qué clase de
hombre era Belisario y cuáles eran sus intenciones con res-
pecto a una posible retirada de Roma, respondieron que los
godos esperaban cosas inverosímiles si pensaban que iban a
amedrentar a Belisario de alguna manera. Por su parte, 2
Vitigis, cuando escuchó esto, empezó a planear con gran ce-
lo el asalto a las murallas y los preparativos que hizo para la
tentativa contra las fortificaciones fueron de la siguiente for-
ma: construyó unas torres de madera iguales de altas que la 3
muralla de los enemigos y acertó con la medida verdadera
después de haber realizado numerosos cálculos tomando co-
mo referencia las hiladas de piedras. Tras ajustar a la base de 4

---

[265] La prefectura del pretorio era la más alta magistratura civil del estado. Cf. nota 258 a la traducción de SIGNES CODOÑER de la *Historia Secreta*. Asimismo recordemos que Fidelio había sido *quaestor* o consejero de Atalarico (cf. V 14, 5 y nota 188).

estas torres unas ruedas, las colocó abajo junto a cada una de
las cuatro esquinas, las cuales, al hacerlas girar, podían mo-
ver las torres con mucha facilidad hasta el sitio que los asal-
tantes de la muralla quisieran cada vez, y arrastaban las to-
5 rres unos bueyes que estaban uncidos a ellas. A continuación,
dejó preparado un considerable número de escaleras que lle-
gaban hasta el parapeto y cuatro máquinas de guerra que re-
6 ciben el nombre de arietes[266]. La máquina tiene las siguien-
tes características: está formada por cuatro vigas verticales
de madera, de igual longitud, colocadas unas frente a otras.
A estas vigas ataron ocho maderos transversales, cuatro arri-

---

[266] *Krioí* en el original griego: «carneros», por tanto traducimos por «arietes». El ariete se usaba para sacudir, perforar o derribar los muros de una ciudad sitiada. Consistía en una larga viga, en uno de cuyos extremos se ajustaba una pieza de bronce o hierro (*kephalē, embolē, protomē*), que se asemejaba a la cabeza de un carnero y era impulsada por los soldados con sus propias manos. Más tarde se perfeccionó a base de rodear la viga de unos anillos de hierro, con idea de colgarla con cuerdas o cadenas a otra viga fijada transversalmente por encima; con este recurso, los soldados no tenían ya que aguantar el peso del ariete y podían moverlo con facilidad hacia adelante o hacia atrás. El empleo de esta máquina se facilitó todavía más cuando fue colocada sobre ruedas la estructura que sostenía el ariete e incluso añadiéndole un tejadillo de madera para formar una *testudo* (*chelṓnē kriophóros,* Apiano, *Bell. Mith.* 73; *testudo arietaria,* Vitruv. X 1,9), que protegía a los soldados que lo impulsaban de los defensores de la plaza y que se corresponde bastante con la descripción procopiana de la máquina que se disponen a utilizar los godos. Josefo, que también proporciona una descripción de la máquina (*Guerra de los judíos* III 7, 19), añade que no había torre tan fuerte ni muralla tan gruesa que pudiese resistir la fuerza de esta máquina con sus continuas acometidas. La viga solía tener una longitud de 2,5 m., 3 o incluso 4. A veces se empleaban cien hombres para accionar la máquina. Fueron los macedonios los primeros que le dieron una gran importancia a este ingenio militar en tiempos de Filipo y Alejandro Magno, aunque se conocía desde mucho antes. Los romanos aprendieron de los griegos la fabricación de los arietes y parece que éstos los emplearon por vez primera de una forma notable durante el sitio de Siracusa en el curso de la Segunda Guerra Púnica.

ba y el mismo número en la base, ajustándolos entre sí. Tras 7
haber fabricado el armazón de un edificio de cuatro lados, lo rodearon por todas partes con una cubierta de pieles en lugar de paredes de madera o de piedra, para que la máquina les resultara ligera a los que la arrastraban y los que iban dentro de ella estuvieran expuestos al menor riesgo posible de ser alcanzados por los disparos de los enemigos. En el interior de 8
ella colgaron otro madero horizontal desde la parte alta por medio de cadenas que se balanceaban libremente y lo mantenían aproximadamente a media altura de la máquina. Entonces afilaban el extremo del madero hasta dejarlo puntiagudo y lo recubrían con una buena cantidad de hierro precisamente de la misma forma que cubren la punta redondeada[267] de una flecha, o también le daban a la cabeza de hierro forma cuadrangular como un yunque. Toda la estructura se 9
alza sobre cuatro ruedas, cada una de ellas situada junto a una de las vigas verticales, y un número no inferior a cincuenta hombres aproximadamente la movían desde el interior. Entonces, cada vez que la apoyaban contra las fortifica- 10
ciones, tiraban hacia atrás del madero que acabo de mencionar haciendo girar cierto mecanismo y de nuevo lo soltaban hacia adelante con gran fuerza contra la muralla. Este madero, mediante repetidas embestidas, es capaz fácil- 11
mente de demoler y de abrir la parte del muro donde golpee, y es por este motivo por lo que la máquina tiene el nombre que lleva, puesto que la cabeza de esta viga, que se proyecta hacia adelante como lo hace, acostumbra a golpear contra todo aquello que encuentra a su paso, al igual que hacen los ma-

[267] Recordemos que el término *akís* puede designar tanto la punta de un arma arrojadiza (habitualmente una flecha), como la lengüeta u horquilla (con forma parecida a la de un anzuelo) que podía llevar además este tipo de armas. Con Dewing, nos decantamos por que se refiere a la punta, que traducimos por «(punta) redondeada», en oposición a la forma cuadrangular que Procopio incluye como segunda posibilidad para el ariete.

12 chos en los rebaños de ovejas. Tales eran, pues, los arietes que
13 empleaban los que atacaban fortificaciones. Los godos también
estaban preparando una grandísima cantidad de manojos de le-
ña ligera que habían hecho de trozos de madera y de cañas, pa-
ra arrojarlos al interior del foso y dejar así el terreno nivelado de
manera que las máquinas no tuvieran ninguna dificultad para
cruzar por allí. Entonces, una vez realizados sus preparativos de
esta forma, los godos estaban ansiosos por llevar a cabo el asal-
14 to de la muralla.

Belisario, por su parte, colocó en las torres las máquinas que reciben el nombre de catapultas[268]. Estas máquinas de guerra tienen la forma de un arco, pero en su parte inferior

---

[268] *Ballístras* en el texto original. Son las *ballistae (balistae* o *catapultae)* que traducimos por «catapultas». Procopio nos va a proporcionar una detallada descripción de esta importante máquina de guerra que, como vamos a explicar, estaba pensaba para arrojar piedras y no saetas o flechas, como en épocas posteriores, de ahí que se las llamara también *petrobólos*. Nuestro autor utiliza por primera vez este término, que vuelve a aparecer en V 22, 21 y en VIII 35, 9. En su origen se trataba de dos máquinas diferentes: la balista era usada para lanzar piedras (Ovid. *Trist.* I 2, 48; Lucano, VI 198; Non. Marc., p. 555, ed. Merceri), mientras que la catapulta *(katapéltēs, katapeltikē)* lanzaba dardos, en especial la *Falarica hasta* y el *trifax* (un arma arrojadiza muy larga), de ahí nuestra traducción. La balista era empleada normalmente para destruir el parapeto *(epálxeis)* y la catapulta para disparar a los soldados que lo estuvieran defendiendo (cf. Diodoro XVII 42, 45; XX 48, 88), de tal forma que la catapulta era alargada, mientras que la balista, casi cuadrada; lo normal era que en un asedio hubiera muchas más catapultas que balistas; ambas máquinas, a su vez, se dividían en grandes y pequeñas, siendo las pequeñas más numerosas siempre que las grandes; así, por ejemplo, los romanos encontraron almacenadas en Cartago Nova 120 catapultas grandes y 281 pequeñas y 23 balistas grandes y 52 pequeñas. Los historiadores mencionan hasta tres tamaños de *ballistae* según el peso y tamaño de las piedras que debían arrojar y algo parecido ocurría también con las catapultas. Ambas máquinas recibían el nombre de *tormenta* lo mismo que el *onager* o *scorpio*, al que seguidamente se va a referir Procopio (cf. V 21, 19). Las *ballistae*, si creemos a Josefo, lanzaban piedras hasta una distancia de un cuarto de milla (*Guerra de los judíos*

sobresale un astil acanalado de madera que va ajustado al arco, de manera que puede moverse libremente y descansa sobre una pieza de hierro recta. Así pues, cada vez que se dis- 15
para con ella a los enemigos, hacen que las piezas de madera que forman la parte de arriba del arco, por medio de una cuerda corta que está sujeta a ellas, se inclinen la una hacia la otra, y colocan en el astil acanalado la saeta, que tiene la mitad de longitud aproximadamente que las demás flechas que se disparan con arcos, pero alrededor del cuádruple de anchura. Sin embargo, al llevar adheridos a ellas trozos finos 16
de madera en lugar de las plumas habituales, imitan enteramente la forma de una flecha, pero se les pone una punta muy grande y en proporción con el grosor del dardo. Los hombres 17
que se sitúan a ambos lados la tensan con mucha fuerza por medio de ciertos mecanismos, y entonces el astil acanalado se dispara hacia delante y se para, mientras que la saeta sale despedida con tal fuerza que alcanza una distancia no inferior a la de dos disparos de flechas con arco y, cuando viene a dar con un árbol o una piedra, los atraviesa con facilidad. Estas 18
son las características de la máquina de guerra que recibe el nombre de catapulta, que se llama así porque dispara con gran fuerza[269]. También fijaron otras máquinas de guerra a lo

III 7. 19, 23; cf. Procop. *Guerra gótica* I 21, 23). Una interesante descripción de la *ballista* y otras máquinas de guerra nos la proporciona Amiano Marcelino en XX 7 y, sobre todo, XXIII 4. Finalmente, los términos balista y catapulta ya son confundidos por los escritores posteriores a César y así Diodoro Sículo a menudo usa *katapéltes* refiriéndose tanto a las *ballistae* como a las catapultas, distinguiéndolas respectivamente con los epítetos *petrobóloi* y *oxybeleîs* (XIII 51, XX 48, 83, 86 y XXI 4). Estas máquinas parece ser que fueron inventadas poco antes de la época de Alejandro Magno.

[269] *Ballístra:* variante, a su vez de *ballista* (así es exactamente en latín). La explicación de Procopio corresponde a una etimología popular, como si la palabra fuera un compuesto de *bállō* «disparar» y el adverbio superlativo *málista*: «muchísimo, con mucha fuerza». Es evidente que Procopio sólo lleva razón en que el término deriva de *bállō*.

largo del parapeto de las murallas, que eran apropiadas para
19 el lanzamiento de piedras. Éstas son parecidas a una honda y se denominan «asnos salvajes»[270]. En las puertas, por la parte de fuera, colocaron «lobos»[271], que fabrican de la siguiente ma-
20 nera: ponen en posición vertical dos maderos que llegan desde el suelo hasta el almenaje; seguidamente, tras colocar varias vigas de madera con muescas unas sobre otras, unas las ajustan en vertical y otras en posición horizontal, de tal forma que los espacios que quedan entre las sujeciones de las
21 unas con las otras parezcan agujeros; de cada una de las junturas sobresale una especie de espolón, que se asemeja en grado sumo a un aguijón grueso. A continuación, tras ensamblar los maderos que están en posición horizontal a cada una de las dos vigas verticales, empezando desde arriba y llegando hasta la mitad, entonces reclinan las elevadas vigas sobre las
22 puertas de la muralla. Cada vez que los enemigos se acercan a ellos, los que están arriba agarran los extremos de los maderos y empujan, y, al caer de manera imprevista sobre los atacantes, matan cómodamente con los espolones que sobresalen a todos aquellos que pueden alcanzar. Con estas cosas, pues, estaba ocupado Belisario.

22 Al decimoctavo día desde el comienzo del asedio, los godos marcharon contra las fortificaciones en torno al amane-

---

270 Los *ónagroi* o *scorpiones*: cf. nota anterior y, sobre todo, AMIANO MARCELINO, *loc. cit.* De esta máquina de guerra disponemos de mucha menos información que de las dos anteriores. En CÉSAR y SALUSTIO ya aparece con el nombre de *scorpio*, un *tormentum* destinado a lanzar grandes piedras. Véase también VITRUBIO X, 10, y TITO LIVIO XXVI 6, 47.

271 Como muy bien indica DEWING en nota *ad loc.*, los *lýkoi* o *lupi* fueron muy poco frecuentes en época clásica. El *lupus ferreus* o lobo de hierro era empleado por los que sufrían un asedio para rechazar las acometidas de sus agresores y, sobre todo, para agarrar los arietes y desviar sus golpes. Cf. al respecto LIVIO XXVIII 3 y VEGECIO *De Re Militari* II 25 y IV 23, que menciona los *lupi* con la función de dejar los arietes inutilizados.

cer, con Vitigis al frente, con la intención de asaltar la muralla. Todos los romanos se quedaron paralizados por el miedo que les provocó la visión de esas torres y arietes que avanzaban y con los que no estaban en absoluto familiarizados. Sin embargo, Belisario, al ver al ejército de los enemigos en for- 2
mación de batalla avanzando con las máquinas de guerra, se echó a reír y ordenó a sus soldados que permanecieran quietos y que no empezaran a luchar bajo ningún pretexto, hasta que él personalmente no diera la señal. La razón por la que se reía no la reveló en absoluto en ese mismo momento, pero más tarde se conoció[272]. Los romanos, sin embargo, en la 3
sospecha de que estaba simulando, se lo reprocharon y lo tacharon de desvergonzado, y también se mostraban indignados porque no tratara de rechazar a los adversarios que seguían avanzando hacia adelante. Cuando los godos se 4
encontraron bastante cerca del foso, el general tensó el arco y disparó al cuello de uno de los hombres con armadura que iban al frente del ejército y dio en el blanco. El godo cayó de espaldas herido de muerte, mientras que el ejército entero de 5
los romanos profirió un grito de una intensidad desmedida y más fuerte de lo que jamás se había oído, al pensar que lo sucedido significaba para ellos un excelente presagio. Dos veces disparó Belisario sus flechas y exactamente lo mismo 6
ocurrió por segunda vez, y el griterío se alzó todavía más alto desde la muralla y los romanos creyeron que los enemigos estaban ya derrotados. Entonces Belisario dio la señal para 7
que todos los soldados del ejército aprestaran sus arcos, mas a los que estaban cerca de él les ordenó que disparasen sólo a los bueyes. Todos los bueyes cayeron muertos de inmedia- 8
to, por lo que los enemigos no pudieron mover las torres más lejos ni fueron capaces de idear alguna solución para semejante contratiempo al encontrarse perplejos en plena acción.

---

272 Cf. V 22, 9.

9 De esta forma se entendió la previsión de Belisario de no intentar rechazar a los enemigos mientras se encontraran a gran distancia, y por qué se había reído ante la ingenuidad de los bárbaros, que de un modo tan incauto habían albergado la esperanza de poder conducir bueyes hasta la misma muralla de sus adversarios. Todo esto sucedió junto a la puerta Salaria.
10 Por su parte, Vitigis, rechazado en este punto, dejó allí un numeroso ejército formando con ellos una falange ciertamente numerosa y encomendándoles a los que estaban al frente que no llevaran a cabo el asalto de la muralla bajo ningún pretexto, sino que permaneciesen en esa posición y no cesaran de disparar al parapeto, para no darle a Belisario oportunidad alguna en absoluto de correr en auxilio de ninguna otra parte de la muralla a donde él mismo tuviera intención de lanzarse al asalto con una fuerza militar superior. De esta forma, pues, llegó con un gran ejército a las cercanías de la puerta Prenestina, a una parte de las fortificaciones que los romanos denominan Vivario[273], ya que por esa zona la muralla era su-
11 mamente fácil de atacar. Dio la casualidad, además, de que ya estaban allí, entre otras máquinas de guerra, las torres, los arietes y un buen número de escaleras.

12 Mientras tanto, se estaba produciendo otro asalto por parte de los godos en la puerta Aurelia[274]. La tumba del emperador romano Adriano[275] está en la parte de fuera de la puerta Aurelia, aproximadamente a un tiro de piedra de las

---

[273] Cf. V 23, 15-17, y nota.

[274] Recordemos que se trata de la *Porta Aurelia Nova*, Cornelia o de San Pedro. Cf. nota 250.

[275] Hoy día recibe el nombre de Castello di Sant'Angelo. La tumba o mausoleo de Adriano, construido en 130-40 d. C., llamado de Sant'Angelo desde que el Arcángel San Miguel se apareció a Gregorio Magno para anunciarle el fin de una epidemia de peste, se ha utilizado a lo largo del tiempo como castillo, refugio, residencia e, incluso, prisión. En la actualidad es un museo de arte y militar que aporta hermosas vistas del Vaticano

fortificaciones, y constituye un espectáculo muy digno de
mención, pues está hecha de mármol de Paros y las piedras 13
están ajustadas estrechamente las unas a las otras sin que ten-
gan entre ellas ningún otro material[276]. Tiene cuatro lados,
todos ellos iguales, cada uno de los cuales presenta una an-
chura de un tiro de piedra aproximadamente, mientras que su
altura supera la de la muralla de la ciudad; en la parte de arri- 14
ba hay unas estatuas del mismo mármol, que representan
hombres y caballos y que constituyen una admirable obra de
arte. Los hombres de épocas antiguas —pues a ellos les daba
la impresión de ser una fortaleza amenazando a la ciudad—
rodearon esta tumba de dos paredes que se extendían desde
ella hasta las fortificaciones y de esta forma hicieron que for-
mara parte de la muralla[277]. Ciertamente, tiene la apariencia 15
de una torre elevada colocada como un baluarte delante de la
puerta de aquella zona. Así pues, las fortificaciones en esa
parte eran de lo más adecuadas. Se dio la circunstancia de
que Belisario había puesto a Constantino al frente de la guar-

y Roma. Asimismo Dewing, en nota *ad loc.*, nos comenta que cada uno de los lados de la estructura cuadrangular original del monumento tenía 90 m. de longitud y una altura de 25,5 m. En su parte superior se podía ver un tambor cilíndrico rodeado de columnas y sosteniendo las estatuas a las que Procopio se va a referir en su descripción formando un conjunto probablemente coronado por un segundo tambor.

[276] Sin mortero, argamasa ni ningún otro material de albañilería. Recordemos, por otra parte, que el mármol de la isla cíclada de Paros se caracterizaba por su color blanco purísimo, ideal tanto para la estatuaria como para la construcción de templos y todo tipo de monumentos y edificios públicos de relevancia.

[277] Lo cual resulta muy extraño, pues la Tumba de Adriano estaba situada al otro lado del río Tíber, en concreto al final del puente *Aelius* que, a su vez, queda enfrente de la *Porta Cornelia* o *Aurelia Nova*. Difícilmente, pues, podían llegar esas dos paredes de las que habla Procopio hasta la muralla propiamente dicha. Tal vez lo que se hizo fue construir sendas paredes a ambos lados de la vía que unía el monumento con la puerta de acceso a la ciudad por esa zona y, consecuentemente, con la muralla en sí.

16 nición que debía vigilar esta tumba y fue a éste al que ordenó también que se encargara de la vigilancia de la parte de muralla que lindaba con ella, que disponía de una guarnición débil e insignificante, pues, comoquiera que por esta zona la muralla no era en absoluto fácil de atacar, dado que el río fluye junto a ella, supuso que no se produciría ningún asalto en ese punto y por eso estableció allí un puesto de guardia testimonial y, ya que los soldados de los que disponía eran pocos, repartió a la mayoría de ellos entre las posiciones que más lo
17 requerían. El ejército del emperador reunido en Roma al comienzo de este asedio ascendía a un número aproximado de
18 cinco mil hombres a lo sumo. Por su parte, Constantino, cuando le fue comunicado que los enemigos estaban intentando cruzar el Tíber, temiendo por aquella parte de las fortificaciones, acudió personalmente allí a toda velocidad para prestar ayuda acompañado de unos pocos soldados y encargó a la mayor parte de sus hombres que se ocuparan de la vi-
19 gilancia de la puerta y de la tumba. Mientras tanto, sin embargo, los godos comenzaron el asalto a la puerta Aurelia y a la torre de Adriano y, aunque no disponían de ninguna máquina de guerra, trajeron una considerable cantidad de escaleras y pensaron que disparando un buen número de flechas con mayor facilidad dejarían sumidos a los enemigos en un estado de indefensión tal que derrotarían a la guarnición de allí sin ninguna dificultad debido a su escasez de efectivos.
20 Ellos avanzaban llevando como protección unos escudos oblongos, que no eran en absoluto más pequeños que los escudos largos usados por los persas y, ciertamente, alcanzaron una posición muy cercana a sus adversarios sin que éstos
21 se dieran cuenta, pues llegaron escondidos bajo la columnata que se extiende hasta la iglesia del apóstol Pedro[278]. Tras

[278] Lo mismo que ocurre en otros pasajes de la obra, Procopio emplea el término *neṓs* «templo», para referirse a una iglesia o basílica cristiana: la

salir de pronto de detrás de su escondite, emprendieron el ataque, de tal forma que los guardias no fueron capaces de utilizar la máquina denominada catapulta —pues estas máquinas de guerra no disparan sus saetas más que de frente— ni tampoco de rechazar a sus agresores con sus disparos con los arcos, pues la situación se estaba poniendo en contra de ellos
por culpa de los escudos largos de sus enemigos. Sin embar- 22
go los godos seguían hostigándolos con firmeza y disparaban numerosos dardos a las almenas. Estaban ya a punto de arrimar las escalas a la muralla, tras haber rodeado prácticamente a los soldados que luchaban desde la tumba, pues, cada vez que los godos avanzaban, se encontraban en la retaguardia de sus enemigos en ambos flancos[279]. En un primer momento, durante un pequeño lapso de tiempo, el terror se apoderó de los romanos, que no sabían qué medio de defensa debían emplear para salvarse; a continuación, de común acuerdo hicieron pedazos la mayor parte de las estatuas, que eran muy voluminosas, y recogieron así un elevadísimo número de piedras que comenzaron a arrojar con ambas manos a las cabezas de los enemigos, quienes, al recibir tal cantidad de pro-
yectiles, cejaron en su empeño. Comenzó una retirada paula- 23
tina, dada ya la ventaja de los romanos, que cobraron ánimos y con un fuerte griterío empezaron a rechazar a los asaltantes de la muralla disparando sus arcos y lanzando piedras.
Echaron mano entonces a las máquinas de guerra e infundie- 24
ron así un gran temor en sus adversarios, por lo que el asalto
terminó en poco tiempo. En ese momento estaba presente 25
también Constantino, que había puesto en fuga a los que habían hecho una tentativa sobre el río que había logrado rechazar fácilmente, puesto que no encontraron la muralla comple-

máscara clásica reaparece una vez más. Por otro lado, esta columnata o galería que dice Procopio, parte del puente Elio.

[279] Debido a la forma cuadrangular del edificio es evidente que los godos podían coger a los enemigos tanto de lado como por la retaguardia.

tamente desprovista de vigilancia por aquella parte, como suponían que estaría. De esta forma, pues, la zona de la puerta Aurelia[280] volvió a recuperar la seguridad.

23 Sin embargo, en la puerta que está al otro lado del río Tíber, que recibe el nombre de Pancraciana, se presentó un grupo de enemigos, pero no llevó a cabo ninguna acción digna de mención debido a la fortaleza del lugar, pues las fortificaciones de la ciudad en esta zona están cuesta arriba y no
2 son cómodas para llevar a cabo irrupciones. Pablo estaba de guardia en ese punto con un destacamento de infantería que mandaba él mismo. Tampoco realizaron ningún ataque contra la puerta Flaminia, porque está situada sobre una escarpa-
3 da ladera y no tiene un acceso muy fácil. Los *Reges*[281], un destacamento de infantería, estaban de guardia allí con Ursicino[282], que era el que daba las órdenes. Entre esta puerta y la portezuela que está al lado a la derecha, que recibe el nombre de Pinciana, se había resquebrajado una parte de la muralla antiguamente y abierto de forma espontánea, mas no hasta el suelo, sino aproximadamente hasta media altura, pero no se había caído ni había sido destruida, aunque se inclinaba hacia cada uno de los dos lados de tal forma que una parte de ella sobresalía por fuera del resto de la muralla y la
4 otra, por dentro. A raíz de esto, los romanos desde tiempos antiguos llaman en su propia lengua a este lugar *Murus*
5 *Ruptus*[283]. Sin embargo, cuando Belisario al comienzo intentó echar abajo esta parte de la muralla y reconstruirla, los ro-

[280] Recordemos, la puerta Cornelia o de San Pedro.

[281] También llamados *Regii*, una de las diecisiete tropas auxiliares denominadas *Auxilia Palatina* que estaban bajo las órdenes del *Magister Militum Praesentalis*.

[282] Cf. V 5, 3.

[283] «Muralla Rota», «Muro Torto» en la actualidad; en la zona norte de la ciudad.

manos se lo impidieron, pues afirmaban que el apóstol Pedro les había prometido que él mismo cuidaría de la guarnición que estuviera allí apostada. A este apóstol, más que a todos los demás, lo veneran los romanos y sienten por él un temor reverencial. Todos los acontecimientos en este lugar sucedie- 6
ron como los romanos habían concebido y esperado que ocurrieran. Y es que ni aquel día ni tampoco a lo largo del asedio de Roma por los godos se presentó en ese lugar ninguna fuerza militar hostil, ni llegó a producirse allí perturbación alguna. Nosotros, ciertamente, nos maravillamos de que esta 7
parte de la muralla no viniera a nuestra memoria ni a la de nuestros enemigos durante todo el tiempo, ni mientras ellos estaban efectuando sus ataques a las fortificaciones ni cuando llevaban a cabo sus planes contra la muralla durante la noche, y fueron numerosos tales intentos. De hecho, fue por es- 8
te motivo por lo que posteriormente nadie se atrevió a reconstruir esta parte de la muralla, sino que ha permanecido partida hasta el día de hoy. Baste con lo dicho sobre este asunto.

En la puerta Salaria un godo de buena estatura y bravo en 9
la guerra que estaba revestido con su coraza y con un casco en la cabeza, y que no era de baja condición social en la nación de los godos, no permaneció en las filas junto con los demás soldados, sino que se apostó junto a un árbol y disparaba numerosas flechas al parapeto. Sin embargo, por alguna 10
circunstancia casual fue alcanzado por un proyectil procedente de una de las máquinas de guerra que estaba en la torre situada a su izquierda. Tras atravesar la coraza y el cuer- 11
po del hombre, la flecha se hundió hasta más de la mitad del tronco, dejando clavado el cadáver en el árbol. Cuando los 12
godos contemplaron semejante escena, se sintieron aterrorizados y, poniéndose fuera del alcance de las flechas, permanecieron todavía en orden, pero ya cesaron de hostigar a los que estaban en las murallas.

13 Besas y Peranio mandaron llamar a Belisario, puesto que
Vitigis les estaba haciendo pasar muchas dificultades en
Vivario[284]. Belisario, temeroso de la suerte que pudiera correr
la muralla en ese punto —pues por allí era muy fácil de ata-
car, como ha quedado dicho[285]—, fue personalmente a pres-
tar ayuda a toda velocidad, dejando a uno de sus amigos en
14 la puerta Salaria. Tras encontrarse a los soldados en Vivario
amedrentados ante el ataque de los enemigos, que era fuerte
y en el que participaba un gran número de hombres, les ins-
tó a que los miraran con desprecio y de esta forma los hizo
15 volver a sentir confianza de nuevo. El terreno por allí era bas-
tante llano y, en consecuencia, estaba expuesto a las incursio-
nes de los que venían con intenciones hostiles. Por alguna
circunstancia en aquel punto se había derrumbado una parte
considerable de la muralla de tal forma que toda la estructu-

---

[284] En primer lugar, preferimos transcribir por Vivario, en lugar de Vivero o Vivar y sin artículo, pues, entre otras cosas, así se usa en el original griego, por ejemplo, en V 23, 19. Así Rubin, escribe: «gegen Porta Praenestina und *Vivarium*». Con respecto a su exacta localización, la mayoría de estudiosos lo sitúan cerca de la porta Labicana, en el lado izquierdo de la vía del mismo nombre mirando hacia la ciudad (véase el plano). A este respecto, agradecemos de nuevo a F. A. García Romero el habernos proporcionado las siguientes indicaciones tomadas de la Bibliotheca Digitale *Viaggio Antiquario ne' contorni di Roma*. Edizione Elettronica Tomo I, cap. XVII: «Vivario: Premesso questo, uscendo dalla porta Maggiore, e prendendo la strada a destra, fra questa porta, e quella di S. Giovanni esisteva l'antico *Vivario*, cioè il serraglio delle bestie feroci, che servivano ne' pubblici giuochi, siccome narra Procopio nel I. dalla Guerra Gotica capo 22., e 23. (...). *Da questa descrizione pare riconoscersi il sito, che subito si vede, a destra della porta Maggiore, onde non sembrerà temerario supporre, che ivi fosse il Vivario da Procopio descritto e che quel piccolo muro moderno abbia preso il posto di quel recinto antico, che in questo passo di Procopio si legge*». Como última curiosidad y reafirmándonos en el uso del nombre sin artículo, recordemos que existe también una iglesia en Roma que recibe el nombre de Santa María in Vivario.

[285] Cf. V 22, 10.

ra había perdido firmeza. Así pues, los antiguos romanos ha- 16
bían construido alrededor de ella y por fuera otra pared de
poca longitud, no por razones de falta de seguridad —pues
no tenía, en efecto, ni el refuerzo de unas torres, ni tampoco
habían sido construidas allí almenas ni ninguna fortificación
que permitiera rechazar el ataque de posibles enemigos con-
tra las murallas—, sino a causa de un lujo indecente: para te-
ner encerrados y mantener allí a leones y otras fieras salva-
jes. Por esta razón precisamente este sitio recibía el nombre 17
de Vivario, pues de este modo llaman los romanos al lugar
donde se suele cuidar a los animales que no han sido domes-
ticados. Así pues, Vitigis se puso a apostar máquinas de gue-
rra por diferentes lugares a lo largo del perímetro de la mu-
ralla y ordenó a los godos que horadaran la muralla exterior,
en la idea de que, si podían penetrar por ella, se apoderarían
de la muralla principal sin ninguna dificultad, pues se sabía
que ésta no era en absoluto fuerte. Belisario, sin embargo, al 18
darse cuenta de que los enemigos estaban perforando Vivario
y que asaltaban la muralla en distintos sitios, no permitió a
los soldados defender el muro ni permanecer en el parapeto,
salvo a muy pocos, aunque tenía a su lado a cuantos hombres
dignos de tener en cuenta había en el ejército. Los mantuvo 19
a todos preparados abajo, alrededor de las puertas, con sus
corazas puestas y con sólo las espadas en sus manos. Cuando
los godos, tras abrir una brecha en el muro, penetraron en
Vivario, envió rápidamente a Cipriano junto con algunos
otros hombres al interior del cercado y les ordenó que em-
prendieran la acción. Éstos, por una parte, dieron muerte a 20
todos los enemigos que habían entrado, pues no se defendie-
ron y se daban muerte mutuamente en el estrecho espacio en
torno a la salida; además los enemigos estaban sumidos en 21
el desaliento ante el inesperado devenir de los sucesos y no
se mantenían formados en orden de batalla, sino que unos
y otros iban en direcciones diferentes. Entonces, de repente,

Belisario abrió las puertas de las murallas y dejó salir a la to-
22 talidad de su ejército contra sus adversarios. Los godos no contemplaban en modo alguno la posibilidad de hacerles frente, sino que, por el contrario, se lanzaron a la fuga, a donde el azar llevó a cada uno, mientras que los romanos daban muerte sin ninguna dificultad a todos los que alcanzaban. La persecución fue larga, debido a que los godos, al haber atacado la muralla por aquella zona, se encontraban muy aleja-
23 dos de sus campamentos fortificados. Entonces Belisario dio orden de quemar las máquinas de guerra de los enemigos y las llamas, elevándose hasta una muy considerable altura, acrecentaron, como era natural, el terror que sentían los fugitivos.

24 Mientras tanto vino a suceder que se corrió la misma suerte en torno a la puerta Salaria, pues los romanos abrieron las puertas de repente y cayeron sobre los bárbaros de forma inesperada y, como éstos no ofrecieron resistencia sino que, dándoles la espalda, emprendían la fuga, les dieron muerte y prendieron fuego a cuantas máquinas de guerra estaban a su
25 alcance. Las llamas en numerosos puntos de la muralla alcanzaban una altura considerable; se estaba produciendo ya la retirada forzada de los godos de todo el circuito de la muralla. El griterío en ambos bandos era ensordecedor, comoquiera que los hombres que estaban en las murallas animaban a los que estaban realizando la persecución y los que se encontraban en los campamentos fortificados se lamentaban
26 por la abrumadora desgracia que estaban sufriendo. Aquel día perecieron, entre los godos, treinta mil hombres, según declaraban sus jefes, y resultaron heridos un número superior de soldados, pues, dado que estaban apiñados formando una masa enorme de personas, los que les disparaban desde el parapeto en la mayoría de las ocasiones acertaban y los que realizaban las salidas mataron a un considerable número de
27 hombres aterrorizados y lanzados a la fuga. La batalla en tor-

no a las fortificaciones, que había comenzado por la mañana temprano, concluyó hacia el final de la tarde. Por tanto, cada uno de los dos bandos pasó la noche al aire libre: los romanos entonando la canción de la victoria en las murallas, entre continuos elogios a Belisario, y guardando los despojos de los enemigos muertos, mientras que los godos cuidaban de sus soldados heridos y lloraban a los que habían fallecido.

Belisario escribió una carta al emperador. El contenido de 24
la misma era el siguiente: «Nosotros llegamos a Italia como ordenaste y nos hemos hecho dueños de un amplio territorio, también hemos tomado posesión de Roma, tras expulsar a los bárbaros que se encontraban allí, a cuyo jefe, Leuderis, te lo
he enviado recientemente[286]. Sin embargo nos ha sucedido 2
que, al haber apostado a un considerable número de soldados tanto en Sicilia como en Italia para la guardia y custodia de las plazas fuertes de las que hemos sido capaces de hacernos dueños, nuestro ejército ha quedado reducido a sólo cinco
mil efectivos. Por su parte, los enemigos han venido contra 3
nosotros con un contingente militar que, reunido, alcanzaba una cifra de ciento cincuenta mil soldados. En primer lugar, cuando llegamos con vistas a inspeccionar sus fuerzas a lo largo del río Tíber y nos vimos obligados, en contra de nuestras intenciones, a trabar combate con ellos, nos faltó poco para quedar sepultados bajo un montón de lanzas. Después
de esto, cuando los bárbaros atacaron las murallas con todo 4
su ejército y asaltaron las fortificaciones por todas partes con diversas máquinas de guerra, estuvieron a punto de capturarnos tanto a nosotros como a la ciudad al primer grito de guerra, y lo habrían logrado si cierto golpe de suerte no nos hubiera arrebatado de las garras de la perdición. Pues no es
apropiado ni verosímil atribuir los éxitos que superan el des- 5

[286] Cf. V 14, 15.

arrollo natural de los acontecimientos al valor de los hom-
6 bres, sino a un poder superior[287]. Sea como fuere, todo lo que
nosotros hemos conseguido hasta la fecha de hoy, ya sea de-
bido a la buena fortuna, ya sea como consecuencia de nues-
tra valentía, está muy bien, pero, por lo que respecta a nues-
tras perspectivas de aquí en adelante, quisiera que fueran
7 mejores para tu causa. Sin embargo, no voy a ocultar jamás
cuanto es mi deber decir y el tuyo ejecutar, sabiendo que, por
una parte, los asuntos humanos siguen su curso hasta donde
dispone la voluntad de Dios y que, por otra, aquellos que es-
tán al frente de cualquier empresa siempre obtienen como re-
compensa alabanzas o reproches de acuerdo con lo que ha-
8 yan llevado a cabo. En consecuencia, haz que se nos envíe
tanta cantidad de armas y soldados como para que nosotros,
de aquí en adelante, podamos combatir en esta guerra contra
los enemigos en igualdad de fuerzas. No debemos confiarlo
9 todo a la fortuna, puesto que ella por naturaleza no tiende a
ir en la misma dirección todo el tiempo. Pero tú, por tu par-
te, emperador, deja que esta idea penetre en tu mente: que, si
en las circunstancias actuales los bárbaros obtienen la victo-
ria sobre nosotros, seremos expulsados de Italia, que es tuya,
y, por añadidura, perderemos el ejército, a lo que habrá que
unir la vergüenza, que habrá de ser tan grande, por aquellas
acciones que hayamos llevado a cabo. Paso por alto, en efec-
10 to, que se consideraría que hemos sido la perdición de los ro-
manos, unos hombres que le han dado menos importancia a
11 su seguridad personal que a la lealtad a tu reino. En conse-
cuencia, si esto se produce, el resultado para nosotros será
que los éxitos que hemos tenido hasta ahora terminarán sien-

[287] De nuevo reaparece el interesantísimo y tan procopiano tema del poder superior que dirige el devenir de los aconteceres humanos, llamémoslo azar, destino o providencia divina (cf. nota 106 y las referencias incluidas en ella), en el cual sigue insistiendo más abajo.

do el principio de ulteriores desgracias. Si por casualidad hubiera sucedido que nos hubieran expulsado de Roma y de 12
Campania y, anteriormente, también de Sicilia, sólo sentiríamos el escozor de la más leve de todas las heridas, a saber, no haber sido capaces de enriquecernos con las posesiones de otros. Además, también esto es digno de tu consideración: 13
que jamás ha sido posible, incluso para un número de hombres multiplicado muchas veces por diez mil, conservar Roma durante un considerable período de tiempo, dado que la rodea un extenso territorio y, al no encontrarse en la costa, está aislada de todos los suministros. Aunque en el momento actual los romanos están en buena disposición hacia nos- 14
otros, sin embargo, cuando se prolonguen sus penalidades, no vacilarán, como es natural, en escoger lo que es preferible para sí mismos, pues los que de manera impulsiva han enta- 15
blado relaciones de amistad con otras personas tienen por costumbre guardarles fidelidad no mientras su suerte es desfavorable, sino cuando les van bien las cosas. Hay que añadir que los romanos se verán forzados por el hambre a hacer 16
muchas cosas a las que no estarían dispuestos. En lo que a mí respecta, sé que estoy obligado incluso a morir por tu reino, 17
y por esta razón nadie me podría expulsar de esta ciudad mientras esté con vida; pero, por favor, ten en consideración qué clase de gloria te reportaría a ti un final tan triste para Belisario».

Estas fueron las palabras que Belisario escribió al empera- 18
dor. Éste, sobremanera afectado, empezó a reunir con diligencia un ejército y naves y dio orden a las tropas de Valeriano y de Martino[288] de que fueran a toda velocidad, pues daba la ca- 19

---

[288] Comandantes de los federados o tropas auxiliares, entre otros jefes. Cf. III 11, 4-6 y, sobre todo, la nota 197 del libro III. A ambos se les hizo regresar de África a Constantinopla, como dice Procopio expresamente en IV 19, 2.

sualidad de que habían sido enviados con otro ejército en torno al solsticio de invierno con instrucciones de dirigirse por
20 mar hacia Italia. Ellos, sin embargo, como sólo habían navegado hasta Grecia, dado que no pudieron forzar la navegación hasta más lejos, pasaban el invierno en las tierras de Etolia y
21 de Acarnania. El emperador Justiniano le hizo saber todo esto a Belisario, con lo que fortaleció todavía más los ánimos de él y de todos los romanos y los llenó de ardor guerrero.

22 Entretanto, vino a tener lugar en Neápolis el siguiente suceso: daba la casualidad de que había en el mercado un retrato de Teodorico, el soberano de los godos, compuesto de diversas piedrecillas de un tamaño extraordinariamente
23 pequeño y teñidas de casi todos los colores. En cierta ocasión, mientras todavía vivía Teodorico, sucedió que la cabeza de dicha pintura se desprendió y se desarmó el conjunto de piedrecillas sin que nadie las hubiera tocado, y se dio la coincidencia de que inmediatamente Teodorico terminó sus
24 días. Ocho años después, las piedras que componían el cuerpo de la pintura se desprendieron de pronto y Atalarico, el
25 nieto de Teodorico, enseguida murió. Transcurrido algún tiempo, las piedras en torno a los genitales cayeron a tierra y entonces Amalasunta, la hija de Teodorico, desapareció de entre los hombres. Estas cosas, pues, sucedieron del modo
26 que se ha explicado. Sin embargo, cuando los godos se preparaban para el asedio de Roma, dio la casualidad de que se estropeó la parte de la pintura que va desde los muslos hasta
27 la punta de los dedos de los pies y, de esta forma, despareció de la pared la totalidad del retrato. Los romanos, interpretando el significado de este asunto[289], sostenían que el ejército

[289] Nuevo episodio anecdótico, bien curioso, por cierto, esta vez y, además, desarrollado en sucesivas etapas, con un significado premonitorio, al que Procopio parece, si no dar crédito, al menos prestarle oídos como para plasmarlo para la posteridad.

del emperador resultaría vencedor en la guerra, pues consideraban que los pies de Teodorico no eran otra cosa que el pueblo godo del cual era él soberano y, a raíz de esto, se sintieron todavía más esperanzados.

En Roma, sin embargo, algunos patricios hicieron públi- 28
cos los oráculos sibilinos[290], afirmando que el peligro que había recaído sobre la ciudad solamente duraría hasta el mes
de julio, pues estaba determinado por el destino que en ese 29
momento alguien tenía que ser designado rey de los romanos y desde entonces ya Roma no habría de temer en el futuro
ninguna amenaza proveniente de los géticos, pues afirman 30
que los godos pertenecen a la raza gética[291]. El oráculo rezaba como sigue: «En el quinto (Quintilis) mes del año... con
un rey ya nada de los getas...»[292]. Sostenían unos que el quin- 31
to mes era el de julio porque el asedio había comenzado el primero de marzo, a partir del cual julio viene a ser el quinto mes; otros, sin embargo, porque marzo fue considerado el primer mes del año hasta el reinado de Numa[293], cuando para los romanos el período de tiempo que abarcaba el año

[290] DIONISIO DE HALICARNASO es el autor que trata la historia de los orígenes de tales oráculos en *Historia antigua de Roma* IV 62, los cuales ardieron en el incendio del Capitolio en el año 83 a. C. La segunda compilación de oráculos fue quemada por Estilicón, el tutor de Honorio y regente del Imperio occidental, en el 405 d. C. Por lo tanto, los oráculos que Procopio dice haber visto o leído en el párrafo 35 deben de corresponder a una tercera colección. Para esta cuestión cf. asimismo la nota 83 e incluso la 184.

[291] Cf. III 2, 2.

[292] DEWING en el aparato crítico de su edición nos indica que los caracteres griegos originales del oráculo se pueden leer en la de HAURY, en nota *ad loc.* Es evidente la dificultad que presenta para descifrarlo. La propuesta de BURY es la siguiente: *Quintili mense si regnum stat in urbe nihil Geticum iam* (*metuat*?), esto es: «En el quinto mes del año si permanece en la ciudad de Roma la monarquía, (que nadie tema) nada que provenga de los géticos».

[293] Efectivamente, el primitivo año romano constaba de diez meses que sumaban 304 días de duración y fue el rey Numa Pompilio el que añadió los meses de enero y febrero situándolos al final del período anual.

completo se concentraba en diez meses, razón por la cual julio recibía el nombre de *Quintilis*[294]. Sin embargo, posteriormente ninguna de estas predicciones resultó verdadera, pues
32 ni se nombró entonces a rey alguno que mandara sobre los romanos, ni iba a levantarse el asedio hasta un año después, y Roma iba a estar abocada a sufrir similares peligros durante el reinado de Totilas, soberano de los godos, como contaré en
33 la narración posterior[295]. A mi modo de ver, el oráculo no se refería al ataque de los bárbaros que acabamos de contar, sino a algún otro que o bien ya había ocurrido o iba a suceder
34 en alguna ocasión posterior. Mi opinión, en efecto, es que resulta imposible para cualquier persona descubrir el significado de los oráculos sibilinos antes de que se produzca el hecho
35 real. La razón de ello, no obstante, la voy a revelar de inmediato, ya que he leído todos aquellos oráculos. La Sibila no menciona nunca todos los hechos siguiendo su orden, ni elabora una narración bien engarzada, sino que tras pronunciar un verso u otro referidos a los conflictos en Libia salta inme-
36 diatamente a las tierras de Persia, de allí pasa a mencionar a los romanos y, finalmente, traslada el relato a los asirios. Mientras pronuncia oráculos sobre los romanos, predice los
37 padecimientos de los britanos, por lo que resulta imposible para cualquier hombre llegar a comprender los oráculos de la Sibila antes de los hechos, y es solamente el tiempo el que, una vez que ya ha tenido lugar el suceso y que la profecía haya sido comprobada por la experiencia, se convierte en un preciso intérprete de sus predicciones. No obstante, en lo referente a estas cuestiones, que cada cual llegue a las conclusiones que considere más aceptables. Por mi parte, voy a volver al punto de la narración de donde me he desviado.

---

[294] Es decir, «quinto mes», posteriormente *Iulius mensis* en honor a Julio César.

[295] VII, 20.

Después de que los godos fueron rechazados en su asalto 25
a la muralla, pasaron aquella noche al aire libre cada uno de
los dos ejércitos, como ya se ha contado anteriormente[296].
Sin embargo, al día siguiente Belisario ordenó a todos los ro- 2
manos que se llevaran a sus mujeres y a sus hijos a Neápolis,
y también a cuantos de sus sirvientes creían que no les se-
rían imprescindibles para la vigilancia de las murallas, natu-
ralmente con la intención de que no llegaran a encontrarse en
una situación de falta de provisiones. Belisario transmitió ór- 3
denes a los soldados de que hicieran esto mismo, en el caso
de que alguno tuviera a su servicio algún sirviente, hombre o
mujer, pues afirmaba que no se veía capaz de proporcionar-
les alimentos durante el asedio conforme a la cantidad acos-
tumbrada, sino que la situación obligaba a que recibieran la
mitad de su ración diaria en víveres propiamente dichos y el
resto en plata. Ellos, por su parte, obraron de acuerdo a estas 4
instrucciones. De inmediato una inmensa muchedumbre se
puso en camino a Campania. Unos realizaron la travesía en
los barcos que tuvieron la suerte de encontrarse fondeados
en el puerto de Roma[297], otros, por el contrario, recorrieron a
pie la calzada que recibe el nombre de Vía Apia. No les su- 5
cedió a los que hacían el camino por tierra ni a los que salie-
ron del puerto ninguna situación de peligro ni que fuera mo-
tivo de temor. Los enemigos, por una parte, no eran capaces 6
de rodear Roma entera con campamentos fortificados debido
al gran tamaño de la ciudad y, por otra, no se atrevían a ale-
jarse mucho de los campamentos en pequeñas compañías por
temor a las salidas que efectuaban sus adversarios. Por esta 7
razón, durante un cierto tiempo hubo abundantes posibilida-

[296] Cf. V 23, 27.

[297] En esa época se trataba del fondeadero de la ciudad de Porto, situada en la zona norte de las bocas del Tíber, puesto que Ostia, en la parte sur, estaba abandonada desde hacía bastante tiempo. A este respecto, cf. V 26, 7-8.

des de salir de la ciudad para los que sufrían el asedio y de
8 introducir en ella desde el exterior las provisiones, especialmente por la noche, ya que a los bárbaros les entraba siempre un miedo considerable y, en consecuencia, se limitaban a hacer las guardias y a permanecer sin moverse en los
9 campamentos. Pues salían continuamente de la ciudad, entre otros destacamentos, numerosos moros y allí donde se encontrasen a los enemigos o dormidos o yendo de camino en pequeños grupos —como suele ocurrir a menudo en un gran ejército, que los hombres salen no sólo por satisfacer las necesidades naturales, sino también para apacentar a los caballos, los mulos y todos los animales a los que les satisface el pasto— los mataban y rápidamente los despojaban y si daba la casualidad de que se lanzaba sobre ellos un número superior de enemigos, se retiraban a la carrera, pues son hombres por naturaleza ágiles de pies, van ligeramente equipados y siempre consiguen dejar atrás a sus perseguidores en la hui-
10 da. De esta forma, pues, la mayor parte de la población podía retirarse de Roma y unos se dirigieron a Campania y otros, a Sicilia y, finalmente, los restantes se marcharon a donde consideraron que era más fácil o más recomendable ir.
11 Por su parte, Belisario sabía que el número de soldados de los que disponía no era suficiente para todo el circuito de las murallas, pues ellos eran pocos, como ya he detallado más arriba[298], y los mismos hombres no podían estar continuamente de guardia sin dormir, sino que unos, como es natural, estarían tomando su descanso mientras que los otros permanecerían apostados de guardia; por otro lado, la mayor parte de la población estaba agobiada por la pobreza y carecía de lo necesario para vivir, pues eran hombres que trabajaban con sus manos y sólo tenían lo que conseguían cada día y, como habían sido obligados a estar sin ocupación por culpa del

[298] Cinco mil; cf. V 24, 2.

asedio, no tenían ningún medio de conseguir provisiones. Entonces decidió entremezclar a soldados y a ciudadanos particulares y los distribuyó entre todas y cada una de las guarniciones, estableciendo un sueldo estipulado para los particulares por día. Formó con estos hombres compañías 12
que fueron suficientes para la vigilancia de las murallas y la misión de vigilancia de las fortificaciones durante una noche determinada fue asignada a cada una de las compañías, de modo que todos los componentes de ellas hacían la guardia por turnos. De esta forma Belisario puso fin a los problemas de ambos, soldados y ciudadanos particulares.

Sin embargo, surgió la sospecha contra Silverio, el sumo 13
pontífice de la ciudad, de que entonces cometía alta traición a favor de los godos, por lo que Belisario lo envió de inmediato a Grecia y, poco después, nombró a otro sumo pontífice, cuyo nombre era Vigilio[299]. También expulsó de Roma bajo idéntica 14
acusación a algunos de los miembros del senado, si bien más tarde, cuando los enemigos se retiraron después de levantar el asedio, los hizo regresar de nuevo a sus hogares. Entre éstos se 15
encontraba Máximo, cuyo antepasado del mismo nombre[300] había cometido el crimen contra el emperador Valentiniano.

---

[299] Recordemos que en V 11, 26 el rey godo Vitigis aparece en conversaciones con Silverio y con los senadores de Roma instándoles a mantenerse leales a su pueblo, obligándolos incluso a través de juramentos. Con respecto a Vigilio, cf. nota 130. Solamente quisiéramos hacer hincapié en que éste era en realidad el candidato al papado propuesto por Justiniano a instancias de su esposa, la emperatriz Teodora, que compartía con Vigilio el monofisismo. Hay que reconocer, además, que la recomendación de Teodora era muy a tener en cuenta desde el punto de vista de la política imperial, pues tanto Egipto como Asia Menor eran mayoritariamente partidarias del monofisismo, razón por la cual cualquier gesto del emperador favorable a esta tendencia sería muy bien recibido en estas regiones y potenciaría su lealtad hacia él.

[300] Este otro Máximo dio muerte al emperador Valentiniano el 16 de marzo del año 455 d. C. (cf. III 4, 36 y nota 99).

Por temor a que se produjera algún complot por parte de los guardianes de las puertas y a que alguien pudiera acceder desde el exterior con la intención de corromperlos con dinero, destruía dos veces por mes todas las llaves y las mandaba hacer nuevas, cada vez con una forma diferente, y a cada uno de los guardias los iba cambiando a otro puesto que estuviese alejado del que había ocupado anteriormente y cada noche ponía a diferentes hombres para vigilar a aquellos que estaban de guardia
16 en las murallas. A estos hombres les insistió en que, por turnos, efectuaran rondas por una sección de la muralla y anotaran los nombres de los centinelas, y, en el caso de que alguno faltara de allí, colocaran a otro hombre en el puesto del anterior por el momento y que, al día siguiente, se le comunicase a él personalmente el nombre del que se había ausentado, fuese quien
17 fuese, a fin de que se le impusiera el castigo procedente. Él, además, ordenó a los músicos que tocaran sus instrumentos por la noche en las fortificaciones y mandaba continuamente fuera de las murallas destacamentos de soldados, en especial de moros, para que pasaran la noche junto al foso y les entregó también perros, para que de este modo nadie, ni siquiera a distancia, pudiera acercarse a las murallas sin ser descubierto.

18 En aquel tiempo unos romanos intentaron a escondidas
19 forzar las puertas del templo de Jano y abrirlas. Este Jano era el primero de los dioses antiguos que los romanos en su lengua llamaban *Penates*[301]. Tiene su templo[302] en el foro en-

---

[301] Sorprendente afirmación de Procopio, pues no hemos encontrado autor ni texto alguno en el que el dios itálico Jano aparezca incluido entre los dioses Penates, que, recordemos, más que divinidades propiamente dichas, fueron durante largo tiempo «poderes» o «espíritus» invisibles, simples abstracciones. Todo lo más, como protectores del hogar que eran, se les asociaba a menudo con la diosa Vesta. Tampoco existe, y es un dato revelador de lo que apuntamos, ningún mito relacionado con estas divinidades. Sin embargo, estamos con Dewing (nota *ad loc.*) en que la afirmación de Procopio es digna de tenerse en cuenta y no hay por qué contradecirla.

frente de la casa senatorial que está situada por encima de los
Tría Fata, pues así acostumbran los romanos a llamar a las 20
Moiras[303]. El templo es enteramente de bronce y fue cons-
truido en forma cuadrangular, aunque en su interior sólo tie-
ne el tamaño suficiente para albergar la estatua de Jano.
Dicha estatua es de bronce y de una altura no inferior a cin- 21
co codos; se asemeja a un hombre en todo, pero su cabeza
tiene dos caras, de las cuales una está mirando al este y la se-
gunda, al oeste. Hay, además, unas puertas de bronce frente 22
a cada uno de los rostros, que los romanos antiguamente

---

[302] No era éste el único templo de Jano en Roma, pero sí el más famoso: parece ser que estaba situado a la derecha del arco de Septimio Severo mirando hacia el Capitolio frente a la prisión o cárcel Mamertina. Recordemos que, según una de las versiones del mito, Jano fue el rey más antiguo del Lacio y procedía de Tesalia. Cuando llegó a orillas del Tíber, los habitantes de la zona vivían en completa anarquía, por lo que los dotó de leyes y erigió una ciudad en lo alto de la colina del Janículo, que toma su nombre del dios. Tuvo un hijo de nombre Tíber, el epónimo del río. Cuando fue expulsado del cielo Saturno, éste reinó en una ciudad emplazada en el Capitolio. Ambos reyes-dioses se asociaron en el mando y Saturno dotó a Jano con el poder de conocer el pasado, el presente y el futuro. Jano es representado como un joven con dos o cuatro caras con una llave en su mano derecha, pues era el inventor de las puertas (*Ianua*). Fue el rey Numa Pompilio el que erigió un templo en su honor que permanecía cerrado en tiempos de paz y abierto tan pronto estallaba una guerra, en recuerdo del episodio de Tarpeya, en que el dios salvó a los romanos de la conquista sabina.

[303] «Tres Hados» o Parcas. Se trataba de tres antiguas estatuas que estaban junto a los *Rostra*. En Roma las Parcas eran las diosas hijas del Destino y encargadas de ejecutar sus órdenes. Se las identificaba con las Moiras griegas, con las cuales se asimilaron casi en su totalidad (atributos incluidos). A las Parcas-Moiras se las representa con frecuencia como hilanderas que van tejiendo a su antojo la vida de los hombres. Son tres hermanas: Cloto, Laquesis y Átropos, de las cuales, una preside el nacimiento, otra el matrimonio y la tercera, la muerte. En el Foro romano estaban representadas por estas tres estatuas a las que Procopio se refiere, y que recibían por lo común el nombre de «Tres Hadas» (los *Tría Fata* del texto), en verdad, los «Tres Destinos».

acostumbraban a tener cerradas en tiempos de paz y prospe-
23 ridad, pero que abrían cuando entraban en guerra. Sin embar-
go, cuando los romanos empezaron a honrar las creencias de
los cristianos más que ningún otro pueblo, dejaron entonces
24 de abrir estas puertas incluso en tiempos de guerra. No obs-
tante, durante este asedio algunos, supongo yo, que tenían en
mente la antigua creencia, a escondidas trataron de abrirlas,
pero no lo lograron del todo, si bien tuvieron éxito porque
entonces las puertas ya no estaban herméticamente cerradas,
25 una con otra, como antes. Aunque los que intentaron perpe-
trar semejante acción se libraron de ser descubiertos, no se
llevó a cabo ninguna investigación sobre dicho acto, como es
natural en tiempos de gran confusión, dado que ni siquiera
llegó a oídos de los comandantes ni tampoco de la gente, a
excepción de un muy escaso número de personas.

26 Por su parte, Vitigis, dominado por la cólera y la perple-
jidad, envió en primer lugar a algunos de sus lanceros a
Rávena con órdenes de matar a todos los miembros del sena-
do romano a los que había llevado allí él al comienzo de es-
2 ta guerra. En cuanto se enteraron, algunos de ellos escaparon.
Estaban entre ellos Vergentino y Reparato, el hermano de
Vigilio, el sumo pontífice de Roma, que se trasladaron a
Liguria y permanecieron allí los dos. Todos los demás, en
3 cambio, fueron ejecutados. Más tarde, Vitigis, observando
que los enemigos disfrutaban de un alto grado de permisivi-
dad para poder sacar fuera de la ciudad todo aquello que de-
searan y para introducir en ella provisiones por tierra y por
mar, decidió apoderarse del puerto que los romanos denomi-
nan Porto[304].

[304] Portus o Portus Augusti, situado en la boca o desembocadura derecha o norte del río Tíber. Existía aquí un famoso foro construido por el emperador Claudio y reparado por Trajano.

El puerto se encuentra a ciento ventiséis estadios[305] de 4 la ciudad, pues éste es el espacio que separa a Roma del mar; por lo demás, el puerto está situado donde el río Tíber 5 tiene su desembocadura y éste, que viene fluyendo corriente abajo desde Roma, cuando se encuentra ya en un punto bastante cercano al mar, aproximadamente a una distancia de quince estadios[306], se divide en dos y forma allí la denominada Isla Sagrada[307]. A medida que el río avanza, la isla 6 se va haciendo más ancha, de tal forma que la medida de su anchura se corresponde justamente con su longitud, pues las dos corrientes tienen entre ellas una distancia de quince estadios, y el Tíber sigue siendo navegable en los dos lados. Así pues, la parte del río que queda situada a la derecha vie- 7 ne a desembocar en el puerto y, más allá de dicha desembocadura, los romanos en tiempos antiguos construyeron una ciudad en la costa[308], rodeada de una muralla sumamente poderosa, a la que llamaron Porto, exactamente igual que al puerto. Sin embargo, a la izquierda, en el lugar donde el 8 otro brazo del Tíber desemboca en el mar, se encuentra la ciudad de Ostia[309], más allá de la orilla del río, un lugar muy digno de consideración en la antigüedad, pero que hoy

[305] 22 km. y 680 m.

[306] 2.700 m. aproximadamente.

[307] *Hieràn nêson* en el original. La *Isola Sacra*: los mismos canales formaron una isla artificial entre Ostia y Portus, ya en la antigüedad tardía.

[308] En el año 42 d. C. el emperador Claudio completó la construcción de un puerto artificial que había comenzado Julio César, el *Portus Claudii* o *Portus Augusti*, abierto al mar, cercano a la desembocadura del río, al cual se añadió posteriormente el *Portus Traiani Felicis*, un segundo puerto anejo al anterior y bien protegido, pues queda más hacia el interior, justo al lado de la *fossa Traiani*, canal que comunica directamente con el río y con la Isla Sagrada.

[309] Ostia, nombre parlante que propiamente significa «entrada, puertas», y ya también «desembocadura de un río», fue el puerto de Roma por antonomasia. Había sido fundado por Anco Marcio, el nieto de Numa y cuarto rey legendario de Roma, en la segunda mitad del s. VII a. C.

día se encuentra por completo desprovisto de murallas.
9 Además, los romanos hicieron en los primeros tiempos una
calzada que conducía a Roma desde Porto, llana y que no
10 presentaba ninguna dificultad en absoluto. Numerosas bar-
cazas están siempre ancladas en el puerto dispuestas para
prestar servicio y, asimismo, no son pocos los bueyes que
11 se encuentran muy cerca ya preparados. Así pues, cada vez
que los mercaderes atracan en el puerto con sus barcos, tras
sacar sus cargas de ellos, las depositan en las barcazas y na-
vegan a lo largo del Tíber hasta Roma, sin tener que hacer
uso ni de velas ni de remos, pues los barcos no pueden ser
impulsados en la corriente por ningún viento, dado que el
río serpentea abundantemente en gran parte de su recorrido
y no sigue un curso recto, ni tampoco es posible emplear re-
mos puesto que la fuerza del agua va siempre dirigida con-
12 tra ellos. En vez de todo esto, atan cuerdas desde las barca-
zas a los cuellos de los bueyes y de esta forma las remolcan
13 como si fueran carros hasta Roma. Sin embargo, al otro la-
do del río, yendo desde la ciudad de Ostia hacia Roma, la
calzada está rodeada de bosques y se encuentra, en general,
descuidada; además, ni siquiera está cerca de la orilla del
Tíber, puesto que por allí no se hace el remolque de las bar-
cazas.

14 Así pues, los godos encontraron la ciudad que estaba jun-
to al puerto desprovista de vigilancia, la capturaron a la pri-
mera acometida y mataron a muchos de los romanos que re-
sidían en ella y, junto con ella, tomaron posesión también del
15 puerto. Establecieron allí a mil de los suyos en guarniciones,
mientras que los restantes se retiraron a los campamentos.
16 Debido a esto, resultaba imposible para los que sufrían el
asedio introducir en la ciudad los productos que venían por
vía marítima, excepto a través de Ostia, pero, como era natu-
17 ral, con grandes dificultades y riesgos, pues los barcos roma-
nos ni siquiera pudieron atracar en el puerto en lo sucesivo,

sino que fondeaban en Ancio[310], que está a una distancia de
Ostia de un día de camino. Encontraron grandes dificultades 18
en transportar los cargamentos desde allí hasta Roma y la
causa de esto era la escasez de hombres. Belisario, en efecto,
que temía por las fortificaciones de Roma, no había podido
asegurar el puerto con ninguna guarnición en absoluto.
Según mi opinión, con que hubieran estado allí de guardia 19
trescientos hombres, los bárbaros no hubieran hecho tentati-
va alguna jamás contra la plaza, pues ésta era sumamente
fuerte.

Así pues, los godos, al tercer día después de que fueran re- 27
chazados en su ataque a las fortificaciones, llevaron a cabo es-
tas acciones. Sin embargo, veinte días más tarde de que tanto
la ciudad como el fondeadero de Porto fuesen capturados, lle-
garon Martino y Valeriano con dos mil seiscientos soldados
de caballería. La mayoría de éstos eran hunos, esclavenos y 2
antas[311], que están asentados al otro lado del río Istro, no le-
jos de su orilla. Belisario, por su parte, se mostró encantado 3
con su llegada y pensó que de ahí en adelante tenían que ha-
cer la guerra contra sus enemigos. Al día siguiente, pues, le 4
ordenó a uno de sus propios lanceros, de nombre Trajano, un
impetuoso y activo guerrero, que tomara doscientos soldados

---

310 Anthium o Antium, ciudad marítima del Lacio, situada al sur de Ostia y capital de los volscos. Hoy día Porto d'Anzio; es la ciudad natal del emperador Nerón y donde murió Coriolano. Fundada o por Antias, el hijo de Circe, o por Ascanio. Fue célebre por un templo de Esculapio y de la diosa Fortuna. Como dice Procopio, a unos 37 km. de Ostia.

311 Los esclavenos eran un pueblo eslavo limítrofe con los búlgaros: *sclavini*, esclavones, o esclavonios. Procopio describirá alguna de sus prácticas habituales en VI 26, 18. Por su parte, los antas eran asimismo un pueblo escita o eslavo, también vecino de los búlgaros en las proximidades de Panonia; Procopio se referirá a ellos en VI, 14, 2 ss. En VII 14, 29, nuestro autor nos dice que tanto los esclavenos como los antas eran llamados antiguamente «esporos».

de caballería de entre los escuderos y fuera derecho contra los
enemigos y que, tan pronto como llegaran a un punto cercano
a los campamentos fortificados, subieran a lo alto de una ele-
vada colina, mostrándole el lugar exacto, y permanecieran allí
5 sin moverse. En caso de que los enemigos fueran contra ellos,
no debía permitir que se entrara en batalla ni que se echara
mano a las espadas o a las lanzas en ningún caso, sino que só-
lo se empleasen los arcos y en cuanto se diera cuenta de que
su aljaba no tenía dentro más flechas, debía escapar a toda ve-
locidad sin sentir ningún reparo y retirarse hacia las fortifica-
6 ciones a la carrera. Tras haberle dado estas instrucciones, de-
jó preparadas las máquinas que disparaban los arcos y a los
hombres ejercitados en su uso. Entonces Trajano salió de la
puerta Salaria con los doscientos hombres contra el campa-
7 mento de los enemigos. Ellos, llenos de asombro por lo sor-
presivo de la acción, salieron a la carrera de los campamentos
fortificados, equipándose cada uno como buenamente pudo.
8 Sin embargo, los hombres que acompañaban a Trajano subie-
ron al galope hasta la cima de la colina que Belisario les ha-
bía señalado y rechazaron a los bárbaros con sus disparos.
9 Vino a suceder que sus flechas, como caían en gran cantidad,
daban en el blanco con muchísima frecuencia y herían a un
hombre o a un caballo. Sin embargo, cuando se les hubo ago-
tado la totalidad de los proyectiles, se alejaron a caballo hacia
la retaguardia a toda velocidad, en tanto que los godos los
10 hostigaban persiguiéndolos. Pero cuando se encontraron cer-
ca de las murallas, los encargados de las máquinas empezaron
a realizar disparos de flechas y los bárbaros, aterrorizados,
11 abandonaron la persecución. Se dice que perecieron en esta
acción un número no inferior a mil godos. Unos días después,
Belisario envió a Mundilas, otro de sus propios lanceros, y a
Diógenes, hombres ambos extraordinariamente capacitados
para la guerra, con trescientos escuderos, ordenándoles llevar
a cabo la misma acción que habían ejecutado los anteriores.

Éstos actuaron conforme a sus instrucciones: después de que los enemigos les salieron al encuentro, el resultado fue que 12 perecieron no menos hombres que en la acción anterior, si no fueron incluso más. Tras enviar incluso por tercera vez a otro 13 más, al lancero Oilas, con trescientos jinetes para que actuara con los enemigos de la misma manera, obtuvo idéntico resultado. Así que, realizando estas tres salidas, tal y como he ex- 14 plicado, Belisario acabó aproximadamente con cuatro mil de sus enemigos.

Sin embargo, Vitigis —pues no había caído en la cuenta 15 de la diferencia que existía entre los dos ejércitos en equipamiento y en práctica en las acciones de guerra— pensó que podría infligir pérdidas irreparables a los enemigos con toda facilidad si efectuaba un ataque contra ellos con un contingente reducido. En consecuencia, envió a quinientos solda- 16 dos de caballería con orden de que se acercaran lo más que pudieran a las murallas y de que hicieran entonces una demostración contra la totalidad del ejército de los enemigos de esas mismas acciones que ellos habían tenido que sufrir muchas veces llevadas a cabo por pequeños grupos de ellos. Así, 17 cuando se encontraron en una colina elevada, que no quedaba lejos de la ciudad, sino justo fuera del alcance de los dardos, se quedaron apostados allí. Sin embargo, Belisario, 18 tras escoger a mil hombres y poner al frente de ellos como comandante a Besas, les ordenó que entablaran combate cuerpo a cuerpo con los enemigos. Sus hombres formaron un 19 círculo alrededor de los enemigos y les disparaban continuamente por la espalda. Dieron muerte a un buen número de ellos y a los restantes, presionándolos fuertemente, los obligaron a descender hasta el terreno llano. Allí se produjo en- 20 tonces una batalla cuerpo a cuerpo, pero no en igualdad de fuerzas, en la que murió la mayor parte de los godos, aunque unos pocos huyeron con dificultad y lograron regresar a su campamento. Entonces Vitigis reprendió a estos hombres 21

echándoles en cara que la causa de su derrota había sido su
cobardía y, comprometiéndose a reparar el daño sufrido con
otros hombres en no mucho tiempo, permaneció quieto por
el momento. Tres días después, escogió a quinientos hom-
bres de todos los campamentos fortificados y les ordenó que
22 atacaran valerosamente a los enemigos. Belisario, en cuanto
vio que éstos se habían acercado bastante, envió contra ellos
a mil quinientos hombres con los comandantes Martino y
23 Valeriano a la cabeza. Se produjo entonces de inmediato un
combate a caballo y los romanos, que eran muy superiores en
número a los enemigos, los derrotaron sin ningún problema
y acabaron prácticamente con todos ellos.

24 A los godos les parecía de todas las maneras que era algo
terrible y un obstáculo que la fortuna les colocaba delante:
cuando ellos eran muchos, resultaban derrotados por unos
pocos enemigos que venían en su contra y, cuando atacaban
a sus adversarios en pequeños grupos, otra vez terminaban
25 siendo aniquilados. A Belisario, sin embargo, los romanos lo
elogiaron públicamente por su prudencia, por la cual, como
es natural, mostraban una gran admiración, pero en privado
sus amigos le preguntaban en qué había basado sus conjetu-
ras aquel día en el que escapó de los enemigos tras haber re-
sultado vencido de una forma tan completa[312] y por qué ha-
bía llegado a sentirse con esperanzas de poder triunfar de
26 manera definitiva sobre los enemigos en la guerra. Él decía
entonces que, cuando habían trabado combate con ellos al
principio sólo con unos pocos hombres, se dio cuenta de
cuál era la diferencia entre cada uno de los dos ejércitos, de tal
forma que si sostenía las batallas con ellos con unas fuerzas
militares proporcionadas a las suyas[313], la inmensa cantidad

[312] La batalla contada por Procopio en el capítulo 18.

[313] No tanto en cuanto a número de soldados, sino más bien en cuanto a poderío, a las posibilidades de sus hombres, en definitiva a riqueza de recursos en batalla, como se explica a continuación.

de soldados enemigos no podría causar daño a los romanos debido a su escasez numérica. La diferencia, sostenía él, era 27 que prácticamente todos los romanos y sus aliados los hunos son buenos arqueros a caballo, mientras que ni uno solo de los godos tiene práctica en este tipo de acción, sino que, por el contrario, sus soldados de caballería acostumbran a emplear únicamente lanzas y espadas y sus arqueros entran en batalla a pie y cubiertos por los hombres con armamento pesado. Así pues, los soldados de caballería, a menos que el 28 combate sea a las manos, no tienen modo de defenderse de adversarios que usan los arcos y, por lo tanto, son fácilmente alcanzados por los disparos y terminan pereciendo. Por su parte, los soldados de infantería no son idóneos para efectuar salidas contra hombres que luchan montados a caballo. Estos 29 eran los motivos por los que sostenía Belisario que los bárbaros habían sido vencidos por los romanos en esos últimos encuentros. Los godos, por su parte, que tenían en su memoria lo inesperado que había sido lo que les había sucedido, no marcharon al asalto de las fortificaciones en grupos reducidos de ahí en adelante ni persiguieron a los enemigos cuando éstos los hostigaban, excepto sólo para rechazarlos de sus fortificaciones.

Más tarde, sin embargo, los romanos, que se dejaban lle- 28
var por la euforia ante los sucesos afortunados que ya se habían producido anteriormente, estaban todos ansiosos por entrar en batalla contra la totalidad del ejército de los godos y creían que tenían que hacer la guerra en campo abierto. Belisario, por su parte, consideraba que la diferencia entre 2
ambos ejércitos era todavía muy grande y seguía mostrándose reacio a exponer en una sola batalla a su ejército entero, por lo que se mantenía todavía más ocupado con las incursiones contra los enemigos y las planeaba continuamente. Sin 3
embargo, cuando al final renunció a ello, al ser denostado por

el ejército y por los romanos en general, aunque deseaba lu-
char con la totalidad de su ejército, quiso, no obstante, iniciar
el combate por medio de una irrupción repentina. En multi-
4 tud de ocasiones se vio frustrado al disponerse a efectuar una
acción de este tipo y se sintió obligado a posponer el ataque
para el día siguiente, pues encontraba a los enemigos prepa-
rados, en contra de lo que podía esperar, después de haber si-
do informados éstos previamente de lo que iba a suceder por
5 parte de los desertores. Por esta razón, pues, se mostró dis-
puesto de ahí en adelante a librar una batalla decisiva inclu-
so en campo abierto y los bárbaros se presentaron de buen
grado al combate. Una vez que ambos bandos estuvieron pre-
parados para la contienda de la mejor manera posible,
Belisario reunió a todo su ejército y los arengó con las si-
guientes palabras:

6 «No es porque haya yo apreciado cobardía alguna en vos-
otros, conmilitones, ni porque me sienta aterrorizado ante la
pujanza de los enemigos por lo que he retrasado el encuentro
con ellos, sino en la creencia de que la situación se mantendría
favorable a nuestros intereses en tanto siguiéramos llevando la
guerra por medio de correrías y, en consecuencia, pensaba que
debíamos mantener permanentemente la táctica que ha sido la
7 causa de nuestro éxito. Pues considero que, cuando las empre-
sas presentes de las personas progresan como estaba previsto,
es improcedente cambiar la forma de actuación. Sin embargo,
como os estoy viendo ansiosos por afrontar este riesgo, me
siento lleno de esperanza y jamás serviré de obstáculo a vues-
8 tro ímpetu. Bien sé yo, en efecto, que es la disposición de los
combatientes la que proporciona siempre el factor más impor-
tante en el desenlace de las guerras y, en la mayoría de las oca-
siones, es por el entusiasmo por lo que generalmente se con-
9 cluye con éxito. En consecuencia, el hecho de que unos pocos
hombres con valor formados en orden de batalla sean capaces
de superar a una multitud de adversarios cada uno de vosotros

lo conoce perfectamente, no por haberlo oído contar, sino por
la experiencia diaria en las contiendas militares. Quedará en
vuestras manos no acarrearle deshonra alguna a la gloria ante- 10
rior de mis hazañas como general, ni tampoco a las esperanzas
provocadas por este vuestro entusiasmo, pues todo cuanto ha 11
sido llevado a cabo por nosotros a lo largo de esta guerra es ne-
cesario juzgarlo de acuerdo con el resultado que obtengamos
el día presente. Percibo que incluso la coyuntura actual está 12
contribuyendo a nuestra causa, pues aquella, con toda proba-
bilidad, nos pondrá más fácil la victoria sobre los enemigos, al
estar condicionada su presencia de ánimo por los sucesos que
ya se han producido, pues el temple de los hombres que han 13
sufrido abundantes reveses ya no está habituado en absoluto a
estimular a sus dueños a llevar a cabo una actuación llena de
valor. Que ninguno de vosotros escatime ni en caballos ni en
arcos ni en cualquier otra arma, puesto que yo en el mismo 14
momento os proporcionaré otros en lugar de todos aquellos
que hayáis perdido en el curso de la batalla».

Después de pronunciar Belisario esta arenga, condujo al 15
ejército fuera de la ciudad a través de la pequeña puerta
Pinciana y de la puerta Salaria y ordenó a unos pocos hom-
bres que se dirigieran al Campo de Nerón por la puerta
Aurelia. Puso a éstos a las órdenes de Valentín, jefe de un 16
destacamento de caballería, y le dio instrucciones de que no
emprendiera ningún combate ni se acercara demasiado al
campamento de los adversarios, sino que constantemente
diera la apariencia de estar a punto de lanzarse al ataque de
inmediato, a fin de que ninguno de los enemigos en aquella
zona pudiese cruzar el puente que allí se encontraba y correr
en ayuda de los soldados procedentes de los demás campa-
mentos fortificados. Pues, al ser muchos, como ya he expli- 17
cado anteriormente[314], los bárbaros que estaban acampados

[314] Cf. V 13, 15 y 19, 12.

en el Campo de Nerón, le parecía suficiente que no tomaran parte en la contienda todos y estuvieran separados del resto
18 del ejército. Cuando algunos del pueblo romano tomaban las armas y lo seguían voluntariamente, él no les permitía formar en orden de batalla para la contienda junto con las tropas regulares por miedo a que, al encontrarse en pleno combate, se sintieran aterrorizados ante el peligro y provocaran la confusión de todo el ejército, puesto que eran hombres que se ganaban la vida trabajando con sus manos y que no estaban
19 ejercitados en absoluto en la práctica de la guerra. Sin embargo, les ordenó que formaran una falange por la parte exterior de la puerta Pancraciana, que está al otro lado del río Tíber, y permanecieran sin moverse hasta que él personalmente diera la señal, considerando, como efectivamente era el caso, que si los enemigos que se encontraban en el Campo de Nerón los veían a ellos y a los que estaban a las órdenes de Valentín, jamás se atreverían a abandonar su propio campamento fortificado y entrar en batalla contra ellos con el resto
20 del ejército godo. Pues pensaba que era un golpe de suerte y una circunstancia digna de mucha consideración que una cantidad de hombres tan grande se mantuvieran separados del ejército de los adversarios.

21 Siendo así la situación, pues, deseaba que aquel día se entablara solamente un combate entre las caballerías y, de hecho, la mayor parte de los soldados de infantería no consideraban justo permanecer en sus puestos habituales y, después de haber capturado como botín de guerra los caballos de los enemigos y haber dejado de ser inexpertos en el arte de mon-
22 tar a caballo, eran ahora jinetes. Con respecto a la infantería, al ser pocos en número e incapaces siquiera de formar una falange de alguna entidad y no haber mostrado todavía el coraje suficiente para entrar en combate con los bárbaros, sino que siempre, a la primera acometida, se lanzaban a la fuga, consideró que no era seguro que estuvieran formados en or-

den de batalla lejos de las fortificaciones, sino que permanecieran alineados donde estaban, muy cerca del foso, con el propósito de que, si sucedía que su caballería resultaba derrotada, pudieran recibir a los fugitivos y ayudarles a rechazar a los adversarios, al estar en plenitud de fuerzas.

Sin embargo, había dos hombres entre sus lanceros, un tal 23
Principio, varón notable y pisidio[315] de nacimiento, y el isáurico Tarmuto, hermano de Enes, el jefe de los isáuricos, quienes, llegados ante Belisario, le dirigieron las siguientes palabras: «¡Oh, tú, el mejor de los generales! No tomes la 24
determinación de que tu ejército, siendo como es pequeño y estando a punto de enfrentarse en batalla a muchos miles de bárbaros, se vea separado de su falange de infantería, ni pienses que se debe ofender a la infantería de los romanos, gracias a la cual hemos oído que el poder de los romanos se ha acrecentado hasta alcanzar su actual grandeza. Pues si suce- 25
de que no han realizado en esta guerra ninguna hazaña digna de consideración, no existe indicio alguno de cobardía por parte de los soldados, sino que son los que mandan la infantería los que con justicia deben ser acusados de ello, pues ellos son los únicos que en la línea de batalla van montados a caballo y no se resignan a considerar la suerte de la guerra como algo común a todos, sino que, por el contrario, cada uno de ellos por su cuenta, en la mayoría de las ocasiones, se da a la fuga antes de que la lucha comience. Tú, por tu parte, a todos 26
los comandantes de la infantería, pues sabes que se han convertido en jinetes y no están dispuestos en modo alguno a alinearse junto con sus subordinados, hazlos entrar en esta batalla con las restantes fuerzas de caballería, pero a nosotros permítenos estar al frente de la infantería en esta batalla campal, ya que, como también nosotros combatimos a pie, les 27

[315] De Pisidia, región de Asia Menor limítrofe con Frigia, Panfilia, Licia y Licaonia.

ayudaremos a soportar el ataque de la multitud de bárbaros, pues estamos llenos de esperanza de poder causarles a los enemigos todo el daño que Dios nos permita infligirles».

28 Tras escuchar esta petición, al principio Belisario no estuvo de acuerdo, pues él sentía un extraordinario afecto por estos dos hombres que, por lo demás, eran excelentes guerreros, y no estaba dispuesto a poner en un peligro de tal mag-
29 nitud a una reducida tropa de infantería. Finalmente, sin embargo, obligado por el entusiasmo de los hombres, consintió en dejar a unos pocos hombres, junto con la gente de Roma, en las puertas y arriba en el parapeto a lo largo de las murallas donde se encontraban las máquinas de guerra. Por otro lado, tras poner al mando de los restantes hombres a Principio y a Tarmuto, les ordenó que tomaran posiciones en la retaguardia en formación de batalla, con el propósito de que no provocaran el desorden en el resto del ejército al sentirse aterrorizados ante el peligro y de que, en el caso de que alguna sección de la caballería resultara derrotada, no se retiraran hasta zonas muy alejadas, sino que recurriesen su retirada a sus compañeros de infantería y fueran capaces de rechazar a sus perseguidores con la ayuda de aquéllos.

29 Ésta fue la forma en que los romanos habían hecho sus preparativos para la contienda. Por su parte, en lo que respecta a Vitigis, había armado a la totalidad de los godos, sin dejar ni uno de ellos en los campamentos fortificados, a excepción de los que estaban imposibilitados para combatir.
2 Ordenó a los hombres que estaban bajo el mando de Marcias que permanecieran en el Campo de Nerón y que se encargaran de la vigilancia del puente para impedir que los enemigos pudieran atacarlos desde allí. Él personalmente, tras convocar al ejército entero, les habló de la siguiente manera:

3 «Quizás podría dar a algunos de vosotros la impresión de que siento temor por el poder del que estoy disfrutando y que

éste es el motivo por el cual he mostrado hacia vosotros en el pasado una disposición amistosa y por el que, en las circunstancias actuales, os dirijo palabras que os arrastren a la osadía.
Los que así razonen no están en desacuerdo con la manera de 4
actuar típica de los seres humanos, pues los hombres ignorantes tienen por costumbre mostrar amabilidad con aquellos a los que necesitan, aunque se dé la circunstancia de que éstos sean, con mucha diferencia, de una extracción social más baja y, sin embargo, se muestran más inaccesibles con aquellas
personas cuya ayuda no desean. En lo que a mí respecta, sin 5
embargo, no me preocupa el fin de mi vida ni la pérdida de mi soberanía, pues incluso rogaría que pudiera yo despojarme de esta púrpura hoy mismo, en el caso de que fuera un godo el
que hubiera de revestirse con ella. Siempre he considerado el 6
final de Teodato como uno de los más afortunados, en el sentido de que a él le tocó en suerte el privilegio de perder tanto la soberanía como la vida simultáneamente a manos de hom-
bres de su propia nación. Pues una desgracia que le sobrevie- 7
ne a una persona en particular sin que al mismo tiempo se vea afectado su pueblo no está privada de un componente de con-
suelo, al menos para los que no carecen de entendimiento. Sin 8
embargo, cuando reflexiono sobre el destino trágico de los vándalos y el final de Gelimer no me vienen a la mente pensamientos comunes y corrientes, sino que me parece que os estoy viendo a los godos reducidos a la condición de esclavos en compañía de vuestros hijos, a vuestras esposas prestando los servicios más deshonrosos de todos a los hombres más aborrecibles, y a mí mismo y a la hija de la hija de Teodorico[316] conducidos a donde les plazca a aquellos que en este momento son nuestros enemigos. Quisiera que vosotros entrarais en esta contienda temiendo que vayan a sobreveni-
ros tamañas desgracias, pues, de esta forma, en el campo de 9

[316] Matasunta.

batalla tendríais en mayor estima el final de vuestra vida que
10 la salvación posterior a la derrota. Los hombres nobles consi-
deran que se es desgraciado sólo por una circunstancia, a sa-
ber, por sobrevivir a la derrota a manos de los enemigos, pues
la muerte, y en especial si ésta llega rápido, hace siempre fe-
lices a aquellas personas que no han sido favorecidas anterior-
11 mente por la fortuna. Por lo demás, resulta bien evidente que,
si vosotros lleváis hasta el final esta batalla con tales conside-
raciones en vuestra mente, venceréis con toda facilidad a los
adversarios, que son pocos y, además, griegos[317], y, por otra
parte, los castigaréis de inmediato por la injusticia e insolen-
cia con las que, sin mediar provocación previa, os han trata-
12 do. En efecto, aunque nosotros nos vanagloriamos de superar-
los a ellos en valor, en cantidad de soldados y en todos los
demás aspectos, ellos, sin embargo, se enfrentan a nosotros
llenos de ánimo, enardecidos por nuestros infortunios, y con-
tando como único recurso con la indiferencia que hemos ex-
hibido, pues su confianza en sí mismos se ve alimentada por
esa buena fortuna suya, que es la contraria a lo que se mere-
cen».

13 Tras pronunciar Vitigis estas palabras de ánimo, organizó
a su ejército en orden de batalla, colocando a la infantería en
14 el centro y a la caballería en ambas alas. Sin embargo, no ali-
neó para el combate a la falange lejos de los campamentos
fortificados, sino muy cerca de allí, con vistas a que, tan
pronto se produjese la derrota, los enemigos pudieran ser al-
canzados y muertos con facilidad, al disponer ellos de mucho
15 terreno para la persecución. Esperaba, en efecto, que si la ba-
talla tenía lugar en campo abierto y se desarrollaba cuerpo a
cuerpo, no les ofrecerían resistencia ni siquiera por un breve
lapso de tiempo y basaba su conjetura en que, siendo tan

[317] Nuevo uso del término *Graikoús* en sentido despectivo. Cf. V 18, 40, y nota 245, así como IV 27, 38.

grande la diferençia de número entre los dos, el ejército de los enemigos no estaba en igualdad de fuerzas respecto al suyo propio.

Así pues, los soldados de ambos bandos, comenzando por 16
la mañana temprano, emprendieron la acción. Vitigis y Belisario se mantenían en la retaguardia apremiando cada uno a su ejército e incitándolos a que tuvieran buen ánimo.
Al principio, las fuerzas de los romanos se mostraron supe- 17
riores y los bárbaros caían muertos en gran número por los disparos de los arqueros, aunque no se produjo ninguna persecución sobre ellos. Los godos permanecían en sus puestos 18
formando una ingente masa de hombres y otros se colocaban muy fácilmente en los puestos que iban dejando los que perecían, de manera que no se notaban las bajas que se iban produciendo entre ellos. A los romanos les parecía satisfactorio, pues eran muy pocos, que la lucha se hubiera resuelto para ellos de este modo. Era del agrado de ellos, que al medio- 19
día habían llevado la lucha hasta los campamentos de los adversarios y habían dado muerte ya a muchos de los enemigos, regresar a la ciudad, si se les presentaba algún pretexto para hacerlo. En esta acción fueron tres los hombres que se 20
mostraron más bravos que todos los demás, a saber, Atenodoro, un isáurico, un hombre que gozaba de buena fama entre los lanceros de Belisario, Teodorisco y Jorge, lanceros éstos de Martino y capadocios[318] de nacimiento, pues 21
ellos salían una y otra vez más allá del frente de la falange y daban muerte a muchos de los bárbaros con sus lanzas. Así fue, ciertamente, el desarrollo de los acontecimientos.

---

[318] De Capadocia, la importante región interior de Asia Menor, limítrofe con Galacia y el Ponto al norte, con Panfilia y Cilicia al sur, con Pisidia y Frigia al oeste y con Armenia Menor al este. Durante un tiempo comprendió también el territorio del Ponto, parte de Cilicia y la Armenia Menor. Su nombre deriva del río Cappadox.

22 Sin embargo, en el Campo de Nerón ambos ejércitos per-
manecieron el uno frente al otro durante un buen rato y los
moros, que hacían constantes salidas y lanzaban sus jabalinas
contra los enemigos, seguían causando daños a los godos.
23 Éstos en modo alguno estaban dispuestos a salir contra ellos
por temor a las tropas integradas por gente del pueblo roma-
no, que no se encontraban a mucha distancia, pensando, evi-
dentemente, que estos eran soldados y que permanecían sin
moverse porque pensaban llevar a cabo algún tipo de embos-
cada contra ellos con el propósito de llegar hasta su retaguar-
dia y, tras dejarlos expuestos a los ataques por ambos lados,
24 acabar con ellos. Sin embargo, cuando era ya mediodía, el
ejército de los romanos se lanzó de forma imprevista contra
los enemigos y los godos resultaron derrotados en contra de
lo que se podía esperar, al quedar paralizados por lo repenti-
25 no de la acometida. Ni siquiera lograron escapar hasta su
campamento fortificado, sino que, tras encaramarse en
las colinas de aquel sector, permanecieron sin moverse. Por su
parte, los romanos, aunque eran muchos en número, no todos
eran soldados, sino que la mayor parte de ellos formaba una
26 turba de hombres sin armamento defensivo. El general se en-
contraba en otro sitio y muchos marinos y sirvientes del cam-
pamento de los romanos, ansiosos por tener participación en
la guerra, se mezclaron con aquella parte del ejército. A pe-
27 sar de que, debido a su elevado número, dejaron a los bárba-
ros atemorizados, como ya ha quedado dicho, y los hicieron
volver la espalda para emprender la fuga, sin embargo, a cau-
sa de su desorden, terminaron arruinando la favorable situa-
28 ción de los romanos, pues por la mezcolanza con aquellos
hombres los soldados se vieron abocados a una gran confu-
sión y, aunque Valentín les daba numerosas instrucciones, sin
embargo no se enteraban en absoluto de las consignas que se
29 les transmitían. Por este motivo precisamente ni siquiera fue-
ron en pos de los fugitivos ni mataron a un solo hombre, si-

no que les permitieron mantenerse tranquilos en las colinas y
contemplar sin ningún temor lo que se estaba produciendo.
Tampoco tuvieron en mente destruir el puente de aquel sec- 30
tor para así impedir que la ciudad desde ese momento en ade-
lante pudiera sufrir un asedio por ambos lados, pues, de ha-
berlo hecho, los bárbaros no habrían podido establecer su
campamento al otro lado del río Tíber. Por lo demás, no cru- 31
zaron el puente para encontrarse en la retaguardia de los ad-
versarios que estaban luchando allí contra las tropas de
Belisario. Si esto hubiera sucedido, los godos, según creo yo,
ya no habrían contemplado más la posibilidad de resistir, si-
no que de inmediato se habrían dado a la fuga como cada
cual hubiera podido. Pero la realidad fue que, tras tomar po- 32
sesión del campamento fortificado de los enemigos, se entre-
garon al pillaje de sus bienes y se llevaban de allí numerosas
vasijas de plata, así como otros muchos objetos de valor.
Mientras tanto, los bárbaros permanecieron durante un buen 33
rato sin moverse donde estaban, observando lo que estaba su-
cediendo, pero finalmente, después de ponerse de acuerdo
entre ellos, se lanzaron contra los enemigos con gran energía
y profiriendo fuertes gritos. Encontraron a los hombres en 34
completo desorden, ocupados en el pillaje de sus propieda-
des, y dieron muerte a un buen número de ellos y a los res-
tantes rápidamente los expulsaron de allí, pues todos los que,
de entre ellos, fueron sorprendidos dentro y pudieron librar-
se de la muerte, estaban encantados de echarse a los hombros
el botín y emprender la huida.

En tanto que estos sucesos se estaban produciendo en el 35
Campo de Nerón, mientras el resto del ejército de los bárba-
ros se encontraba muy cerca de sus propios campamentos y,
protegiéndose con sus escudos, rechazaban vigorosamente a
sus adversarios, acabando con numerosos hombres y con mu-
chos más caballos. Sin embargo, en el bando romano, cuando 36
los que habían resultado heridos y aquellos cuyos caballos ha-

bían perecido abandonaron la formación de batalla, en un ejército que ya incluso anteriormente era pequeño, se hizo todavía más evidente la escasez de hombres que sufría y resultaba evidente la diferencia con el número de efectivos de las
37 fuerzas godas. Los soldados de caballería de los bárbaros que estaban en el ala derecha, apercibidos de esta circunstancia, se lanzaron al galope contra los enemigos que tenían frente a ellos. Los romanos que estaban en esa zona no pudieron ofrecer resistencia a sus lanzas y se precipitaron a la fuga hacia la
38 falange de los soldados de infantería. Sin embargo, tampoco los de infantería fueron capaces de hacer frente a los jinetes que venían hacia ellos, sino que, por el contrario, la mayor parte de ellos emprendió la huida junto con los soldados de caballería. De inmediato también el resto del ejército romano comenzó a retirarse, con los enemigos pisándoles los talones,
39 y la derrota se convirtió en definitiva. Sin embargo, Principio y Tarmuto, con unos pocos hombres de la infantería que estaban bajo sus órdenes, hicieron un despliegue de acciones dig-
40 nas de mérito contra los godos y siguieron luchando, sin resignarse en modo alguno a acompañar a los demás en su huida. La mayoría de los godos se quedó tan asombrada por este comportamiento suyo que hicieron un alto. A raíz de esto, los demás soldados de infantería y la mayor parte de los de caballería se pudieron poner a salvo sin sufrir tanto miedo.
41 Así pues, Principio, por una parte, cayó muerto en el mismo lugar que ocupaba, con todo su cuerpo hecho pedazos, y en
42 torno a él cayeron cuarenta y dos soldados de caballería; por otra, Tarmuto, blandiendo dos jabalinas isáuricas, una en cada mano, hería con ellas una y otra vez a sus agresores, volviéndose a un lado y al otro. Finalmente desistió, pues tenía el cuerpo cubierto de heridas. Sin embargo, cuando su hermano Enes acudió en su ayuda con algunos jinetes, cobró nuevos bríos y con rápida carrera, lleno como estaba de sangre cuajada y heridas, se dirigió hacia las fortificaciones sin soltar nin-

guna de las dos jabalinas. Era por naturaleza ágil de pies y logró escapar, a pesar de tener el cuerpo en un estado tan lamentable, mas no cayó al suelo hasta que se encontró a la altura de la misma puerta Pinciana. Entonces algunos de sus compañeros, al darles la impresión de que había muerto, lo recogieron y colocaron sobre un escudo y se lo llevaron. Él, sin embargo, sólo vivió dos días más y murió, dejando un imborrable recuerdo de sí[319] tanto entre los isáuricos como en el resto del ejército. 43 44

Mientras tanto, los romanos, que se encontraban aterrados en ese momento, se ocuparon de la vigilancia de las murallas y, después de cerrar las puertas, en medio de una gran agitación, se negaron a recibir en la ciudad a los fugitivos, por temor a que los enemigos se precipitaran adentro juntamente con ellos. Todos los que habían huido y no habían logrado penetrar dentro de las fortificaciones, tras cruzar el foso y apostarse allí con sus espaldas apoyadas en la pared de la muralla, temblaban de miedo. Permanecieron allí parados olvidados de toda clase de valor y completamente incapaces de defenderse de los bárbaros, aun a pesar de que éstos los presionaban y estaban a punto de cruzar el foso para ir contra ellos. La razón era que, por una parte, la mayoría de ellos habían tenido la desgracia de que se les habían roto las lanzas o bien en la refriega o bien en la huida y, por la otra, que no eran capaces de usar sus arcos por la estrechez del espacio que había entre ellos. En consecuencia, mientras no se vieron muchos soldados en el parapeto, los godos siguieron hostigándoles, manteniendo la esperanza de acabar con todos los hombres a los que se les había impedido entrar y de dominar a los que estaban en la muralla. Pero en cuanto vieron a una gran cantidad tanto de soldados como de gente de Roma en el parapeto defendiendo la muralla, inmediatamen- 45 46 47 48 49

[319] Literalmente: «un gran renombre, una alta consideración».

te renunciaron y se retiraron de allí al galope hacia la reta-
guardia, profiriendo abundantes improperios contra sus ad-
50 versarios. La batalla, que había comenzado en los campa-
mentos fortificados de los bárbaros, vino a terminar en el
foso y en las fortificaciones de la ciudad.

LIBRO VI

(GUERRA GÓTICA II)

SINOPSIS

1. Brillantes hazañas militares de Besas y de Constantino. Un romano y un godo que se habían caído en el mismo hoyo consiguen salir gracias a un ingenioso acuerdo entre ellos. La valentía irreflexiva de Corsamantis.— 2. Belisario le prepara un viaje seguro a Eutalio, que trae de Bizancio la paga de los soldados. Hace salir a las tropas contra los godos. Los romanos vencen en la puerta Pinciana, si bien resultan derrotados en el campo de Nerón. Admirable curación de la herida de Arces. Cutilas y Bocas mueren. Fin del segundo año de la guerra.— 3. Una epidemia y la hambruna atormentan a los romanos. Un acueducto sirve de fortificación defensiva a los godos. Los romanos, empujados por el hambre, solicitan de Belisario la posibilidad de resolver la situación por medio de una batalla decisiva contra los godos. Belisario se niega a ello y refuta sus argumentos.— 4. Belisario envía a Neápolis a Procopio de Cesarea. Refuerza con guarniciones el río Tíber, la ciudad de Alba y el templo de san Pablo. Los godos nunca se atrevieron a profanar los templos de san Pedro y san Pablo. Una epidemia asola el campamento de los godos. Antonina, en compañía de Procopio, prepara la flota en Campania. Descripción del Vesubio.— 5. Llegan de Bizancio nuevas tropas. Estratagema de Belisario. Acción audaz de Aquilino. Herida de Trajano que causa estupor.— 6. Unos oradores enviados por los godos tratan con Belisario sobre la paz y concluyen un armisticio.— 7. Roma pasa a estar abun-

dantemente provista de víveres, llevados a la ciudad remontando el río. Se firma el armisticio tras una entrega mutua de rehenes. Los godos abandonan las ciudades de Porto, Centuncelas y Alba; los romanos pasan a ocuparlas. Belisario se burla de las amenazas de los godos; envía tropas a Picenos; les promete el envío de una guarnición militar a los habitantes de Mediolano.— 8. Ejecución de Constantino, que se había comportado con rebeldía ante Belisario, que le ordenaba devolver lo que se había llevado, y se había atrevido incluso a atacarle con la espada desenvainada.— 9. Tentativa goda de conquistar Roma a través de un acueducto, sin resultado alguno. Tras atacarla, unas veces al asalto; otras, por medio de una traición, desfallecen en sus expectativas. Belisario impone un castigo al traidor. — 10. Juan asola la región de Picenos. Ocupa Arímino. Por medio de mensajeros mutuos, trata con Matasunta, la esposa de Vitigis. Desastre godo al levantar el asedio de Roma.— 11. Vitigis protege con guarniciones numerosas localidades. Belisario mira por Arímino. Los romanos toman por asalto la fortaleza de Petra Pertusa. Juan se opone a lo ordenado por Belisario.— 12. Los godos ponen sitio a Arímino. La fecunda previsión de Juan y su arenga a los soldados. Los soldados enviados por Belisario a los habitantes de Mediolano para la guarnición llegan a Genua; luchan en Ticino, donde muere Fidelio, el prefecto de los pretorianos. Teodiberto, el rey de los francos, envía tropas auxiliares a los godos. Los godos asedian la ciudad de Mediolano. Fin del tercer año de la guerra.— 13. Belisario se apodera de Túdera y Clusio. Situación geográfica de Ancón. La imprudencia de Conón. Desastre de los romanos. Llegada a Italia del eunuco Narsés.— 14. Antiguos lugares de residencia de los hérulos; su crueldad con los ancianos y los enfermos; la despiadada costumbre que debían observar las mujeres en los funerales de sus esposos. Rodulfo, rey de los hérulos, hace la guerra a los longobardos, que pedían la paz, y muere junto con la mayor parte de sus soldados, como castigo de Dios. Los hérulos se retiran al país de los gépidas; después, junto a los romanos, durante el reinado del emperador Anastasio. Durante el reinado de Justiniano, se convierten al cristianismo y no abando-

nan sus depravadas costumbres. Dan muerte a su propio rey.— 15. Parte de los hérulos se dirige a la isla de Tule. La situación geográfica de dicha isla. Allí el sol no se pone en verano durante cuarenta días; durante el mismo espacio de tiempo no sale en invierno. Sus habitantes celebran con la festividad más importante que el sol haya vuelto a salir. Las costumbres de los escritifinos. Las creencias religiosas de los habitantes de Tule. La otra parte de los hérulos se trae a un rey de Tule y se sublevan contra el emperador Justiniano.— 16. Belisario y Narsés unen sus tropas en las cercanías de la ciudad de Firmo. En un consejo de guerra, Narsés convence a los asistentes de que hay que acudir en ayuda de la ciudad de Arímino. Carta de Juan, que estaba sufriendo un asedio, dirigida a Belisario. Partida del ejército.— 17. El asombroso amor demostrado por una cabra hacia un niño abandonado por su madre. Los godos, tras enterarse de la llegada de Belisario, levantan apresuradamente el asedio de la ciudad de Arímino.— 18. Ildiger se apodera del campamento de los godos. Narsés se muestra en desacuerdo con Belisario. Discursos de uno y otro. El emperador Justiniano, por carta, confirma a Belisario como general en jefe para la guerra.— 19. Belisario pone sitio a la ciudad de Urbino. Narsés abandona el campamento. Los que sufrían el asedio, faltos de agua, se rinden ante Belisario. Juan lleva a cabo un ataque contra la ciudad de Cesena, sin resultado. Recupera la ciudad de Forocornelio y la totalidad de la provincia de la Emilia.— 20. Aplazado para otro momento el asedio de la ciudad de Áuximo, Belisario se dirige a Urbivento y pone sitio a la ciudad. Descripción de la pavorosa hambruna durante la que dos mujeres devoraron a diecisiete hombres.— 21. Martino y Uliaris, habiendo recibido la orden de prestar ayuda a la ciudad de Mediolano, se detienen junto al río Po. Pablo los apremia con un encendido discurso. Cartas de Martino a Belisario y de Belisario a Narsés. Mundilas trata de disuadir a los suyos de rendirse al enemigo, sin resultado. Deplorable destrucción de la ciudad de Mediolano.— 22. Dolor de Belisario al enterarse del desastre de Mediolano. El emperador hace que Narsés se retire de Italia. Los hérulos se marchan de allí y firman un

pacto con los godos. Vitigis ofrece en vano a los longobardos que formen con ellos una alianza militar. Por medio de embajadores, anima a Cosroes a que viole la paz acordada con los romanos. Justiniano trata sobre la paz con los godos. Fin del cuarto año de la guerra.— 23. Cipriano y Justino ponen sitio a la ciudad de Fisula. Martino y Juan se apoderan de Dortón. Belisario asedia la ciudad de Áuximo. El sabio consejo de Procopio. Sendas señales son producidas por dos trompetas diferentes.— 24. Los godos envían una carta a Vitigis desde Áuximo y le piden ayuda. Vana promesa de Vitigis. Cipriano y Justino presionan a la ciudad de Fisula por medio del bloqueo. Vitigis hace venir a Urayas a la ciudad de Ticino. Una vez cruzado el río Po, no se atreve a atacar a los romanos.— 25. Expedición militar contra Italia de Teodiberto, rey de los francos. Armas de los francos. Los francos atraviesan el Po en Ticino. Procopio les atribuye a estos mismos la práctica de ciertos rituales que forman parte de sus antiguas creencias supersticiosas. Les quitan sus campamentos a los godos y a los romanos. Muchos de los francos mueren de disentería. Carta de Belisario a Teodiberto. Los francos regresan a Galia.— 26. Un soldado romano traidor entrega a Vitigis una carta de los godos que estaban siendo asediados en Áuximo y, posteriormente, la misiva de éste dirigida a los que sufrían el bloqueo. Un esclaveno hace prisionero a un godo por medio de asechanzas y lo obliga a ir al campamento, donde, una vez revelada la traición, el romano traidor es castigado.— 27. Encarnizado combate junto a la fuente de Áuximo. Capitulación de Fisula y, por fin, de Áuximo.— 28. Belisario deja Rávena sin aprovisionamientos. Embajadas enviadas por los reyes francos y Belisario ante Vitigis. Incendio de los almacenes de grano de Rávena. Capitulación de los godos que vivían en los Alpes Cotios.— 29. Justiniano envía embajadores ante Vitigis para conferenciar sobre la paz. Una vez establecidos los acuerdos, Belisario rehúsa ratificarlos con su firma. Reunido un consejo de comandantes, Belisario se muestra reacio a firmar la paz. Éste, fingiendo estar de acuerdo con los godos que le ofrecían convertirse en emperador de Occidente entra en Rávena. Captura a Vitigis. Se apodera de Tarvesio y

de algunas otras localidades.— 30. Belisario es llamado de vuelta a Bizancio. Los godos ofrecen a Urayas que se convierta en su rey. Éste, sin embargo, aconseja que se le ofrezca a Ildibado. Ildibado, una vez asumido el poder real, se lo ofrece a su vez a Belisario, el cual rechaza este honor con excepcional moderación y lealtad. Fin del quinto año de la guerra.

Después de esto los romanos ya no volvieron a tomar ningún riesgo con todo su ejército; sin embargo, cuando entablaban batallas entre las caballerías con salidas repentinas que hacían de la misma manera que antes, resultaban victoriosos sobre los bárbaros en la mayoría de las ocasiones. También 2 salían los soldados de infantería de ambos bandos, pero no alineados formando una falange, sino acompañando a los de caballería. Una vez Besas, en la primera acometida, se lanzó 3 sobre los enemigos lanza en ristre y dio muerte a tres de sus mejores jinetes y puso en fuga al resto. En una segunda oca- 4 sión, Constantino, que llevaba consigo a los hunos en el Campo de Nerón aproximadamente a la caída de la tarde, cuando vio que los enemigos les superaban en la batalla debido a la considerable cantidad de hombres, obró de la siguiente manera: desde antiguo hay en ese lugar un gran esta- 5 dio[1], donde en el pasado combatían los gladiadores de la ciudad, y los hombres de aquella época construyeron en torno a dicho estadio muchos otros edificios y, debido a esta circunstancia, resulta que existen, como era de esperar, estrechas callejuelas por todas partes en esta zona. Así pues, en la 6 ocasión de la que estamos hablando, Constantino, como no podía vencer al tropel de los godos ni tampoco era capaz de

[1] Posiblemente, el estadio de Calígula y Nerón, también llamado *Stadium* o *Circus Neronianus*, al pie de la colina Vaticana, donde murió crucificado el apóstol san Pedro.

escapar sin pasar por un riesgo considerable, hizo que todos los hunos desmontaran de sus caballos y se apostó a pie en compañía de ellos en uno de los pasajes estrechos que allí
7 había. Entonces comenzaron a disparar flechas desde allí en una posición segura y dieron muerte a un buen número de enemigos. Durante un rato los godos opusieron resistencia
8 a sus disparos, pues tenían la esperanza de que, tan pronto como se les agotaran los dardos a los hunos en sus aljabas, los podrían rodear sin ninguna dificultad y, tras cogerlos prisioneros, conducirlos a su propio campamento. Sin em-
9 bargo, los maságetas, que no sólo eran diestros arqueros, sino que tenían una considerable muchedumbre a la que disparar, prácticamente acertaban con cada disparo a herir a un enemigo y los godos se dieron cuenta de que habían perdi-
10 do a más de la mitad de sus hombres. El sol estaba ya a punto de ponerse y no sabían a qué recurrir, por lo que se lanzaron a la fuga. Allí cayeron muertos entonces muchos godos, pues los maságetas fueron detrás de ellos y, como sabían utilizar el arco de la forma más efectiva posible aun corriendo a gran velocidad, continuaron lanzando a sus espaldas no menos flechas que antes, prolongando la matanza. Así Constantino regresó a Roma por la noche en compañía de los hunos.

11 Cuando Peranio, no muchos días más tarde, condujo a algunos de los romanos a través de la puerta Salaria contra los enemigos, los godos huyeron a toda velocidad, pero, en torno al anochecer, de repente se produjo una reacción de los fugitivos contra sus perseguidores[2] y uno de los soldados de infantería romanos, que se encontraba en una gran confusión,

---

[2] Una *palindíōxis* (o *paliōxis*), una contrapersecución, es decir, cuando los fugitivos se reúnen y reorganizan y se vuelven contra sus perseguidores. Ambos términos aparecen en autores posclásicos y tardíos, por ejemplo en el historiador APIANO.

cayó en un profundo hoyo de los muchos que habían sido ex-
cavados por los antiguos romanos para el almacenamiento
del grano, supongo[3]. No se atrevió a gritar, dado que los ene- 12
migos estarían acampados en algún lugar de las cercanías, ni
era capaz de salir fuera del agujero, pues no disponía de re-
curso alguno para poder subir, por lo que se vio obligado a
pasar la noche en ese lugar. Al día siguiente, sin embargo, 13
tras ser puestos en fuga de nuevo los bárbaros, uno de los go-
dos vino a caer dentro del mismo agujero. Entonces los dos 14
hombres se reconciliaron allí el uno con el otro en una bue-
na disposición y amistad mutuas, unidos como estaban por la
necesidad común, se intercambiaron firmes promesas de que,
en verdad, cada uno de ellos se ocuparía con ahínco de la sal-
vación del otro, y en ese momento empezaron los dos a pro-
ferir fuertes y desesperados gritos. Así pues, los godos, al 15
apercibirse del sonido, se asomaron por encima del borde del
agujero y preguntaron quién era el que había gritado. Ya que 16
así lo habían acordado, el romano guardó silencio y el otro en
su lengua materna les explicó que hacía poco que se había
caído allí en el desorden de la fuga y les pidió que echaran
abajo una cuerda para que pudiera subir. Ellos, lo más rápi- 17
damente que pudieron, lanzaron los cabos de las sogas y ti-
rando de las cuerdas realizaban la subida del godo, o al me-
nos eso creían ellos, pero lo cierto fue que arrastraban hacia

[3] Nuevo y pintoresco episodio de carácter anecdótico que empieza Procopio a contar, con un cierto sabor a cuento o relato popular y que, una vez más, cumple la función de aligerar la aridez de la narración de sucesos bélicos, al más puro gusto herodoteo; no olvidemos que en el mundo grecorromano la historiografía ha sido a lo largo de los siglos un género literario. De todas formas, hay que reconocer que un episodio aparentemente tan inverosímil, con un evidente protagonismo del más puro azar, puede darse perfectamente en una situación límite como es una guerra, pues son hombres de carne y hueso, que sienten y padecen, y de muy diferentes caracteres los que, en verdad, la hacen.

arriba al romano, agarrado a las sogas, diciendo únicamente que si él subía primero, los godos jamás abandonarían a un compañero, pero que si se enteraban de que solamente uno de los enemigos se encontraba allí, a éste no le prestarían
18 ninguna atención. Tras decir esto, subió. Nada más verlo los godos, se quedaron asombrados y mostraron una gran perplejidad, pero, tras escuchar de su boca el relato completo de lo sucedido, subieron luego a su compañero, que les contó el acuerdo establecido entre ellos y las firmes promesas que se
19 habían dado el uno al otro. Él se marchó en compañía de sus camaradas y dejaron que el romano regresara a la ciudad sin
20 haber sufrido daño alguno. En los combates siguientes, los soldados de caballería de ambos bandos, pero no gran cantidad de ellos, se armaban frecuentes veces como para entrar en batalla, aunque las contiendas siempre terminaban en combates singulares y en todas vencían los romanos. Así fue, pues, el desarrollo de estos sucesos.

21 Poco tiempo después, sin embargo, tuvo lugar un encuentro militar en el Campo de Nerón, donde los soldados de caballería, en grupos reducidos, se ocupaban en perseguir a sus oponentes unos por aquí, otros por allá; pues bien, en uno de esos grupos, Corsamantis, hombre destacado entre los lanceros de Belisario, maságeta de nacimiento, con algunos otros compañeros perseguía a setenta hombres de los enemigos.
22 Cuando se encontró a una considerable distancia en la llanura, los restantes romanos ya volvían a caballo, pero Corsamantis seguía solo con la persecución. Al darse cuenta de esto los godos, hicieron dar la vuelta a sus caballos y se
23 dirigieron contra él. Él avanzó hasta encontrarse en medio de ellos, mató a uno de sus mejores soldados con su lanza y, acto seguido, se fue a por los demás, pero éstos se volvieron de
24 nuevo y se lanzaron a la fuga. Los godos, sin embargo, se sintieron avergonzados ante sus compañeros que estaban en los campamentos —pues sospechaban que podían estar vién-

dolos— y quisieron ir de nuevo contra él. Pero lo cierto fue 25
que fracasaron exactamente como antes y, tras perder a uno
de sus mejores hombres, no dejaron en absoluto de volver la
espalda para huir de nuevo. Corsamantis, después de llevar a
cabo la persecución hasta el mismo campamento fortificado,
regresó solo. Poco después, en otra batalla, Corsamantis ha- 26
bía resultado herido por un disparo en la espinilla[4] de la pier-
na izquierda y pensó que el dardo apenas había rozado el 27
hueso. No obstante, a consecuencia de esta herida quedó im-
posibilitado para combatir durante unos cuantos días pero,
como bárbaro que era, no lo soportaba de buen grado, sino
que amenazaba con vengarse de los godos lo más pronto po-
sible por el ultraje cometido contra su pierna. De esta forma, 28
tras recuperarse no mucho tiempo después y encontrándose
bebido en la hora del almuerzo, como tenía por costumbre, se
propuso atacar él solo a los enemigos y vengarse por la afren-
ta a su pierna. Cuando llegó a la pequeña puerta Pinciana, de-
claró que había sido enviado por Belisario al campamento de
los enemigos. Los centinelas que allí estaban —pues no po- 29
dían dudar de la palabra de un hombre que era el mejor de los
lanceros de Belisario— le abrieron las puertas y lo dejaron ir
a donde quería. Los enemigos, al divisarlo, primero pensaron 30
que era un desertor que estaba pasándose a su bando, pero
cuando se encontró más cerca y echó mano a su arco, salie-
ron contra él veinte hombres, sin saber ellos de quién podía
tratarse. Tras rechazar fácilmente a éstos, empezó a cabalgar 31
de vuelta al paso y, cuando vino a atacarle un número mayor
de godos, él, sin embargo, no escapó; pero como, a pesar 32
de que había reunida en torno a él una gran muchedumbre de
enemigos, insistía en combatir, los romanos, que contempla-

[4] *Knémēn*. La parte de la pierna que va desde la rodilla hasta el tobillo y que en el armamento defensivo va protegida por la *knēmís* o greba. El término puede designar incluso al hueso, la tibia, en autores de textos relacionados con la medicina como GALENO.

ban el espectáculo desde las torres, empezaron a sospechar
que ese hombre se había vuelto loco, y es que todavía no sa-
33 bían que se trataba de Corsamantis. Por fin, tras realizar mu-
chas acciones esforzadas y dignas de mucha consideración,
se vio completamente rodeado por el ejército de los enemi-
34 gos y pagó la pena por su insensato atrevimiento[5]. En cuan-
to Belisario y el ejército romano se enteraron de la triste no-
ticia, sintieron un hondo pesar y lamentaron que las
esperanzas que todos habían depositado en este hombre se
hubieran visto truncadas.

2 En torno al equinoccio de primavera, llegó a Taracina[6] un
hombre llamado Eutalio que venía de Bizancio con el dinero
2 que el emperador debía a los soldados. Temía que los enemi-
gos se toparan con él en el camino, le robaran el dinero y,
además, le dieran muerte, por lo que le escribió a Belisario
pidiéndole que le proporcionara seguridad en su viaje hasta
3 Roma. Por lo tanto, seleccionó a cien hombres destacados de
entre sus propios escuderos y los envió junto con dos lance-
4 ros a Taracina para que le ayudaran a traer el dinero. Al mis-
mo tiempo continuamente les hacía creer a los bárbaros que
estaba a punto de luchar con todo su ejército, con la intención
de impedir que nadie de los enemigos saliera de allí o para
aprovisionarse de alimentos o por cualquier otro propósito.
5 Sin embargo, en cuanto supo que Eutalio y los hombres que
le acompañaban llegarían a la mañana siguiente, formó a su

[5] Una especie de moraleja o consecuencia con la que, antes que ningún otro y muy a su pesar, estaría de acuerdo Belisario: la temeridad no conduce más que al triste final de un destacadísimo guerrero como el maságeta Corsamantis. Asimismo, hemos apreciado en la caracterización del personaje, por un lado, sus portentosas cualidades físicas y, por el otro, su arrojo y su orgullo, tan típicos en general de ciertos pueblos bárbaros, al menos como nos los va presentando Procopio a lo largo de la obra.

[6] Cf. V 11, 2; 15, 22, y nota 120 (libro V).

ejército y lo organizó como para entrar en combate y los bár-
baros, por su parte, estuvieron asimismo preparados. Así 6
pues, a lo largo de toda la mañana se limitó a mantener a los
soldados cerca de las puertas, pues sabía que Eutalio y
los que venían con él llegarían por la noche. Al mediodía, sin 7
embargo, ordenó al ejército que tomara el almuerzo y los go-
dos hicieron lo mismo, en la creencia de que estaba pospo-
niendo la batalla para el día siguiente. Poco después, 8
Belisario envió a Martino y a Valeriano con las tropas que es-
taban a sus órdenes al Campo de Nerón con instrucciones de
que llenaran el campamento de los enemigos de la máxima
confusión posible. Envió fuera de la pequeña puerta Pinciana 9
en dirección a los campamentos de los enemigos a seiscien-
tos soldados de caballería, a los que puso bajo las órdenes de 10
tres de sus propios lanceros: Artasires, un persa, Bocas, ma-
ságeta de nacimiento, y Cutilas, un tracio. Muchos enemigos
vinieron a su encuentro. Durante mucho rato, no se trabó ba- 11
talla, sino que cada uno de los bandos cedía ante el otro cuan-
do éste les atacaba. Se lanzaban a persecuciones en las que
rápidamente se volvían y daban la impresión de que querían
consumir el resto del día en esto. Sin embargo, como conti- 12
nuaron así, empezaron por fin a sentir furia los unos hacia los
otros y, al tornarse violenta la batalla, muchos de los mejores
hombres cayeron por ambos bandos. A los dos ejércitos les
llegaron refuerzos tanto de la ciudad como de los campamen-
tos fortificados y cuando éstos se entremezclaron con los 13
combatientes, la lucha llegó todavía a alcanzar mayor violen-
cia. El griterío que se producía por toda la ciudad y los cam-
pamentos dejó aterrorizados a los que estaban luchando.
Finalmente, sin embargo, los romanos, gracias a su valor, re- 14
chazaron a los enemigos y los vencieron.

En esta acción Cutilas fue herido en medio de la cabeza
por una jabalina y siguió en la persecución con la lanza cla-
vada en su cabeza. Una vez que se produjo la derrota del ene- 15

migo, cabalgó hasta el interior de la ciudad junto con los demás supervivientes en torno al anochecer, con la jabalina todavía agitándose en su cabeza, un impresionante espectáculo[7].
16 Durante ese mismo encuentro, a Arces, uno de los escuderos de Belisario, lo hirió de un disparo uno de los arqueros godos
17 entre le nariz y el ojo derecho. La punta de la flecha le atravesó hasta la parte de atrás del cuello, pero no aparecía sin embargo, y el resto de la flecha quedaba frente a su rostro y
18 se agitaba al cabalgar el guerrero. Cuando los romanos vieron a éste y a Cutilas sintieron un gran asombro, porque ellos entonces seguían cabalgando sin prestar atención alguna a sus heridas. Así fue, pues, como se desarrollaron estos sucesos.

19 Sin embargo, en el Campo de Nerón la causa de los bárbaros estaba resultando superior, pues los hombres que estaban a las órdenes de Valeriano y Martino, luchando contra una gran muchedumbre de enemigos, resistían vigorosamente, pero sufrían de la forma más terrible y llegaron a verse inmersos en un
20 muy considerable peligro. Fue entonces cuando Belisario ordenó a Bocas que se llevara consigo a los que le acompañaban, ya que ellos habían vuelto del combate frescos tanto en lo relativo a sus cuerpos como a sus caballos, y que se dirigieran al Campo
21 de Nerón. En esos momentos era ya una hora avanzada del día. Cuando los hombres que estaban a las órdenes de Bocas acudieron a la carrera en auxilio de los romanos, de forma repentina se produjo la huida de los bárbaros. Bocas se lanzó a la persecución y llegó a alcanzar una distancia muy grande, hasta que cayó en el cerco que le tendieron doce soldados enemigos
22 que blandían lanzas. Lo golpearon todos a la vez con sus lanzas, pero su coraza resistió los demás golpes y éstos no le hicieron mucho daño; sin embargo, uno de los godos acertó a

---

[7] Una vez más, se roza lo inverosímil en el relato de una intervención de un guerrero bárbaro, como, por lo demás, vamos a apreciar inmediatamente con Arces. Es evidente que nada impresiona ni asusta a estos hombres, de un arrojo fuera de lo común.

alcanzarle por detrás en un punto donde su cuerpo no tenía protección, por encima de la axila derecha, muy cerca del hombro, e hirió al joven, pero el golpe no fue letal, sin embargo, ni lo puso en peligro de muerte. No obstante, otro godo le atacó de 23
frente y le atravesó el muslo izquierdo cortándole la musculatura de la zona, pero no con una herida de trayectoria recta, sino sesgada. Valeriano y Martino, por su parte, vieron lo que 24
estaba sucediendo y, corriendo al rescate lo más rápidamente que pudieron, derrotaron a los enemigos y ambos tomaron las riendas del caballo de Bocas y llegaron a la ciudad. Se vino encima la noche y Eutalio entró en la ciudad con el dinero.

Cuando ya todos estuvieron en ella, se ocuparon de las 25
heridas recibidas. Así pues, aunque los médicos deseaban arrancar del rostro de Arces la flecha, durante un rato se mostraron reacios a hacerlo, no por el ojo, que ellos sospechaban que no podría ser salvado, sino por temor a que, debido a los cortes que habría que practicar de membranas y fibras, siendo como eran muy abundantes en esa zona, pudieran ellos provocar la muerte de uno de los hombres más destacados de la casa de Belisario. Más tarde, sin embargo, uno de los mé- 26
dicos, Teoctisto de nombre, le presionó en el cuello por la parte de atrás y le preguntó al hombre si sentía mucho dolor. Cuando éste le contestó que, efectivamente, le dolía, el mé- 27
dico le dijo: «En ese caso, tú mismo te salvarás y, en lo que atañe a la vista, tampoco ésta se verá dañada». Hizo tal afirmación deduciendo que la punta del dardo no había llegado hasta mucho más allá de la piel[8]. En consecuencia, cortó la 28

---

[8] Una vez más, Procopio emplea el término *akís* (propiamente «lengüeta u horquilla de hierro en forma de anzuelo que pueden tener las saetas o flechas y otras armas»). Por otra parte, queda claro, pues, que, al no haber penetrado ésta profundamente («no mucho más allá, no mucho más adentro de la piel»), los daños en el herido no van a ser de consideración. La punta de la flecha, como vamos a leer en seguida, estaba provista, además, de tres extremos puntiagudos, aguijones o pinchos.

parte del proyectil que era visible y la desechó, y, separando con un corte la piel del occipital[9], lugar en el que el hombre sintió el mayor dolor con diferencia, atrajo hacia sí el extremo de la flecha sin ninguna dificultad, el cual, con sus tres puntas afiladas asomando por detrás, hizo salir el fragmento
29 que quedaba de la flecha. De esta forma Arces permaneció completamente a salvo de sufrir daños serios y ni siquiera le
30 quedó en el rostro una cicatriz de su herida. Por lo que respecta a Cutilas, al arrancarle de la cabeza la jabalina con mayor violencia —pues estaba profundamente clavada—, sufrió
31 una pérdida de conocimiento. Como las membranas de la zona de la herida empezaron a inflamarse, cayó víctima de la
32 enfermedad de la frenitis[10] y murió no mucho después. Por su parte, Bocas inmediatamente sufrió una tremenda hemorragia en su muslo y parecía que iba a morir en poco tiempo. La causa de la hemorragia, decían los médicos, era que el golpe había desgarrado el músculo, pero no con un corte rec-
33 to, sino transversal. Sea como fuere, murió tres días después. Por culpa de estas circunstancias negativas, pues, los romanos pasaron toda aquella noche sumidos en un gran dolor, en tanto que se podían oír, procedentes de los campamentos go-
34 dos, abundantes gemidos y grandes lamentos. Los romanos ciertamente se extrañaron de ello, puesto que tenían la impresión de que no les había ocurrido el día anterior ninguna desgracia digna de mayor consideración, exceptuando el hecho de que hubieran perecido en los combates un número no pe-

[9] La parte posterior de la cabeza por donde ésta se une a las vértebras del cuello. El término griego es *iníon* (en genitivo plural en el texto): «hueso occipital», «occipucio».

[10] En este caso, «inflamación del cerebro». El término ya aparece en HIPÓCRATES correspondiendo a un cuadro psicótico agudo. Es un delirio agudo, acompañado de fiebre intensa y continua, aun cuando la palabra *delirio* en este contexto era muy poco precisa. La psicosis puerperal, por ejemplo, se clasificaba como frenitis.

queño de hombres. Pero esto mismo les había sucedido antes 35
en un grado no inferior, sino más bien al contrario, lo cual
ciertamente no los había angustiado en demasía, dado el ele-
vado número de hombres del que disponían. Sin embargo, se 36
supo al día siguiente que los godos estaban llorando a unos
hombres sumamente destacados, pertenecientes al campa-
mento del Campo de Nerón, hombres a los que precisamen-
te había matado Bocas en el curso de la primera acometida.

Se produjeron además otros encuentros, pero de escasa 37
importancia, que me ha parecido que no era necesario contar.
En el curso de este asedio tuvieron lugar en total sesenta y
siete encuentros militares, además de otros dos más al final,
de los que hablaré en los capítulos siguientes. Por aquel en- 38
tonces el invierno tocó a su fin y de esta forma terminó el se-
gundo año de esta guerra cuya historia ha escrito Procopio[11].

Comenzando ya el equinoccio de primavera, el hambre y 3
la peste atacaron simultáneamente a los habitantes de la ciu-
dad. Todavía quedaba grano, ciertamente, para los soldados,
pero no había ninguna otra clase de provisiones. Al resto de
los romanos ya no les quedaba nada de grano y la hambruna
juntamente con una epidemia los estaba abrumando con se-
veridad. Al enterarse los godos de esto, no estuvieron ya 2
dispuestos a correr el riesgo de una batalla contra los enemi-
gos, sino que mantuvieron la vigilancia para impedir que en
adelante se les llevara ninguna clase de producto. Hay dos 3
acueductos que están entre las vías Latina y Apia, extraordi-
nariamente elevados y que se apoyan en arcos a lo largo de

---

[11] 536-537 d. C. Se cuenta con el cómputo inclusivo típico entre los romanos. Como muy bien comenta F. A. García Romero en la nota 133 a su traducción del Libro I de las *Guerras*, parece que Procopio considera que los años terminan al final del invierno por influencia de Tucídides (cf. *Historia de la Guerra del Peloponeso* II 103, 2; V 20, 1 ss.).

4 una enorme extensión de terreno. Estos dos acueductos vienen a confluir el uno con el otro en un lugar que está a una distancia de cincuenta estadios[12] de Roma, de tal forma que, a lo largo de un corto espacio, toman la trayectoria contraria,
5 pues el que anteriormente quedaba a la derecha desde ese punto en adelante continúa avanzando por el lado izquierdo.
6 Cuando confluyen de nuevo, vuelven a tomar su posición anterior y de ahí en adelante se mantienen separados. Como consecuencia de esto, el espacio que queda entre ellos, al estar rodeado por los acueductos, viene a convertirse en una
7 fortaleza. Los bárbaros, por su parte, cubrieron con piedras y barro los arcos inferiores de estos acueductos, dándoles la forma de un fuerte. Acamparon allí no menos de siete mil hombres aproximadamente, que mantenían la vigilancia para que ya no se pudiera introducir en la ciudad nada de provisiones.

8 Entonces abandonó a los romanos cualquier esperanza de disfrutar de algo bueno y cayó sobre ellos toda clase de males. Así pues, todo el tiempo que el grano de trigo estaba maduro, los más atrevidos de los soldados, movidos por el deseo de conseguir dinero, se presentaban por la noche en los campos de trigo que no se encontraban lejos de la ciudad

---

[12] En realidad sólo a unos 30 estadios, aproximadamente 5,5 m. Justo en el punto donde en la Edad Media se construiría la Torre Fiscale, en el Campo Barbarico, al sureste de la ciudad, en la intersección entre los acueductos de Claudio y de Marcia Tepula Iulia (Marcio). Como Procopio indica, los dos acueductos vuelven a confluir creándose así un espacio de forma trapezoidal de 22.433 m. muy fáciles de fortificar, como ya nos cuenta nuestro autor que pudieron apreciar por vez primera los godos en el año 537. Vitigis, como la Vía Latina era uno de los accesos más importantes a la ciudad, necesitaba tenerla vigilada para que no se introdujeran en la ciudad víveres a través de ella y, de paso y con idéntica finalidad, la vecina y no menos importante Vía Apia antigua. Una vez más, quisiéramos destacar la importancia de los acueductos en el asedio de ciudades (cf. al respecto nota 96 del libro V).

montados en sus caballos y llevando a otros detrás de ellos.
Entonces cortaban las espigas y, tras cargarlas en los caballos 9
que conducían, las introducían en la ciudad sin que los ene-
migos se diesen cuenta de ello y las vendían a los romanos
más ricos por grandes sumas de dinero. Sin embargo, el sus- 10
tento del resto de los habitantes consistía en algunas hierbas
que crecen en abundancia no sólo en las afueras de la ciudad,
sino también en el interior del recinto fortificado. En efecto,
a la tierra de los romanos no le faltan estas hierbas ni en la
estación invernal ni en ninguna otra, sino que crecen conti-
nuamente y están en plena lozanía en cualquier momento del
año[13]. Por esto precisamente se daba la circunstancia de que 11
los que sufrían el asedio apacentaban sus caballos allí mis-
mo. Algunos también fabricaban embutidos de las mulas que
morían en Roma y los vendían clandestinamente. Sin embar- 12
go, cuando los campos de trigo ya no tuvieron más grano y
todos los romanos se encontraron en una situación desespe-
rada, rodearon a Belisario e intentaron forzarlo a arriesgarlo
todo en una sola batalla contra los enemigos, con la promesa
de que ni uno solo de los romanos estaría ausente de la con-
tienda. Encontrándose Belisario lleno de dudas ante tal situa-
ción y profundamente disgustado, entonces algunos hombres
del pueblo le dirigieron las siguientes palabras:

[13] Desde las primeras etapas de la historia de Roma, es bien conocida la extraordinaria fertilidad de su tierra, entre otras cosas, debido a su humedad: recordemos los pantanos que había en los primeros tiempos, antes incluso de que existiera la propia ciudad, al pie de las colinas en la margen izquierda del Tíber, que con el tiempo fueron desecados y convertidos en fértiles campiñas a las que bajaban los primitivos romanos a apacentar sus rebaños desde lo alto de las aldeas originarias encaramadas en lo alto de las siete colinas; estos primitivos habitantes, romanos y sabinos, debido a las disensiones respecto al uso de la Vía de la Velia o gran ruta de los pastos desde el monte Palatino, en el siglo VIII a. C. hubieron de formar la Liga del *Septimontium*, que se convertiría en el germen político de la futura Roma.

13 «General, la presente situación desafortunada no nos ha
cogido prevenidos, sino que lo que nos ha venido a suceder
es totalmente lo contrario de lo que podíamos esperar, pues,
14 tras haber conseguido por fortuna aquello que anteriormente
habíamos puesto en nuestros deseos, ahora hemos llegado a
esta desdichada situación actual, y la opinión que previamen-
te teníamos —que obrábamos bien al desear la protección del
emperador— ha venido a revelarse como insensata y funda-
15 mento de nuestros gravísimos males. En verdad, hemos lle-
gado a consecuencia de todo esto a una situación tan apura-
da que, en el estado de cosas actual, nos hemos tenido que
revestir de valor para usar la fuerza una vez más y para ar-
16 marnos con vistas a luchar contra los bárbaros. Mientras pe-
dimos indulgencia por habernos atrevido a presentarnos ante
Belisario —pues el estómago no conoce la vergüenza cuando
17 le falta lo más necesario—, que esta situación desesperada
sirva de disculpa para nuestra temeridad, puesto que la vida
que se prolonga entre adversidades de la fortuna, con razón
parece que es la más penosa de todas. Por lo que respecta a
las desgracias que se nos han venido encima, tú indudable-
18 mente las estás viendo. Por un lado, estos campos y el terri-
torio entero han caído en manos de los enemigos; por otro,
esta ciudad ha quedado privada de todas las cosas buenas no
19 sabemos por cuanto tiempo. De los romanos, por su parte,
unos yacen muertos ya, sin haberles tocado en suerte siquie-
ra el ser cubiertos por la tierra, y nosotros, los que sobrevi-
vimos, para expresar de forma resumida todas nuestras
terribles desdichas, solamente rogamos poder unirnos a los
20 que yacen de semejante manera[14]. Pues el hambre les enseña
a aquellos a los que les entra que todos los demás males se
pueden soportar y, aparezca donde aparezca, se le hace caso
al mismo tiempo que se olvidan todos los demás padecimien-

[14] Abandonados, solos, sin enterrar.

tos, y provoca que todas las clases de muerte, excepto la que
procede de aquella misma, parezcan placenteras a los hom-
bres. En consecuencia, antes de que nuestros males nos ha- 21
yan vencido, permítenos emprender por nuestra cuenta la lu-
cha, de la cual el resultado será que o triunfaremos sobre los
enemigos o nos libraremos de nuestros problemas. Cuando la 22
demora les ofrece a los hombres esperanzas de salvación, su-
pone entonces una gran insensatez afrontar prematuramente
un peligro que pone todo en juego, pero cuando la lucha se
hace más difícil debido a la lentitud, el demorar la acción, in-
cluso durante un corto período de tiempo, es más censurable
que la precipitación por entrar inmediatamente en batalla».

Tales fueron las palabras de los romanos. Belisario con- 23
testó de la siguiente forma: «Al menos en lo que a mí respec-
ta, estoy bastante preparado para todo aquello que vosotros
hagáis y nada de lo que ha sucedido lo ha hecho de forma
contraria a mis expectativas, pues sé desde hace tiempo que 24
un pueblo[15] es algo de lo más irreflexivo que existe y que,
por su propia naturaleza, no puede soportar los problemas
presentes ni deliberar con previsión sobre el futuro, sino só-
lo intentar de manera alocada cosas imposibles y atolondra-
damente provocar su propia destrucción. Sin embargo yo, al 25
menos de forma voluntaria, por culpa de vuestra irreflexión
jamás os llevaré a la perdición ni provocaré la ruina de la
causa del emperador junto con la vuestra. La guerra, en efec- 26
to, acostumbra a terminar con resultado feliz no gracias a
la precipitación irreflexiva, sino sopesando continuamente la
evolución de los acontecimientos en los momentos decisivos
con ayuda de la prudencia y la previsión[16]. Sin embargo, vos- 27

---

[15] El vulgo, la gente.

[16] Una reflexión recurrente en los discursos de Belisario y muy acorde con la concepción del devenir histórico propia de TUCÍDIDES: de nuevo, la *gnṓmē* frente a la *týchē*, a la que se va a referir el general acto seguido (cf. asimismo nota 106 del libro V).

otros creéis que estáis jugando a los dados y deseáis arriesgarlo todo en una sola tirada, pero no es mi costumbre prefe-
28 rir el camino más corto antes que el más conveniente. En segundo lugar, prometéis colaborar con nosotros cuando trabemos combate con los enemigos, pero ¿cuándo os habéis ejercitado en la guerra? O ¿quién que haya conocido tales prácticas a través del uso de las armas no sabe que en una batalla no caben experimentos? Tampoco el enemigo, por su parte, da oportunidad, en el curso de la lucha, de hacer prác-
29 ticas con él. En el momento actual, ciertamente, admiro vuestro celo y os perdono por haber provocado esta perturba-
30 ción del orden, pero os voy a demostrar que esta decisión vuestra no se ha producido en el momento oportuno y que de lo que nos estamos valiendo es de una prudente dilación. El emperador ha reunido para nosotros de todo el mundo entero un ejército considerable en número de efectivos y nos lo ha enviado, así como una flota tan importante como jamás haya sido formada por los romanos y que ya cubre las costas
31 de Campania y la mayor parte del golfo Jónico. Dentro de pocos días estos refuerzos llegarán junto a nosotros con toda clase de provisiones, para poner término a vuestra escasez de recursos y para sepultar los campamentos de los enemigos
32 bajo una lluvia de proyectiles. Por lo tanto, he pensado que era preferible posponer el momento de iniciar el conflicto hasta que aquéllos se encontraran presentes y así obtener el triunfo en la guerra con seguridad, antes que descuidar la salvación de toda nuestra causa por hacer un despliegue de temeridad y de alocada precipitación. Yo, por mi parte, tomaré medidas para que lleguen inmediatamente y no se demoren más tiempo».

4 Con estas palabras Belisario infundió ánimos en las gentes de Roma y los dejó marchar y a Procopio, el escritor de esta historia, en seguida le ordenó que partiera para Neápolis,

pues se estaba extendiendo cierto rumor que decía que el emperador había enviado allí un ejército. Le encomendó que 2
cargara de grano el mayor número de barcos posible y que reuniera a todos los soldados que en ese preciso momento habían llegado de Bizancio o que habían sido dejados allí a cargo de la vigilancia de los caballos o por cualquier otra razón, los cuales había oído decir que estaban acudiendo en gran número a las diferentes plazas de Campania. Asimismo le dio orden de retirar a algunos hombres de las fortificaciones que había por aquella zona, para finalmente regresar, acompañado de ellos, con el grano hasta Ostia, donde se encontraba el fondeadero de los romanos. Procopio, acompaña- 3
do por el lancero Mundilas y unos cuantos hombres, salió por la noche por la puerta que lleva el nombre del apóstol Pablo[17], eludiendo el campamento de los enemigos, que precisamente estaba muy cerca de la Vía Apia para mantener la vigilancia sobre ella[18]. Cuando Mundilas y sus hombres, de 4
vuelta a Roma, anunciaron que Procopio ya había llegado a Campania sin haberse topado con un solo bárbaro —pues los enemigos nunca salían de sus campamentos de noche—, to-

[17] Puerta que todavía existe. Está situada al sur de la ciudad; hoy día recibe el nombre de *Porta San Paolo*; tiene dos bóvedas de cañón en el lado que mira al centro de la ciudad, mientras que en su parte exterior, que fue reconstruida por el emperador Honorio, presenta un solo arco semicircular con ventanas y troneras por encima. La puerta, como es habitual, está flanqueada a ambos lados por sendas torres cilíndricas y coronada por un parapeto; también formaba parte de esos casi 20 km. de murallas a los que tanto se está refiriendo nuestro autor y que el emperador Aureliano (270-75 d. C.) mandó construir en torno a la ciudad para protegerla de las invasiones bárbaras. Esta impresionante fortificación se caracteriza, en primer lugar, por sus cientos de torres rectangulares edificadas a intervalos regulares para reforzar la defensa y, en segundo, como hemos comentado en el caso de la Porta Ostiense, por las torres cilíndricas que flanqueaban las puertas de acceso a la ciudad.

[18] Cf. VI 3, 7, y, más adelante, 4, 17.

dos se sintieron esperanzados y Belisario, envalentonado ya,
5 diseñó el siguiente plan: envió fuera a un buen número de sus
soldados de caballería en dirección a las plazas fuertes de las
cercanías, con instrucciones de que, en caso de que algunos
enemigos fueran por allí con el propósito de llevar provisio-
nes a sus campamentos, efectuaran salidas desde sus posicio-
nes y les pusieran emboscadas por todos los puntos de aque-
lla zona para impedírselo, y, además, los cercaran con todas
sus fuerzas a fin de que la ciudad estuviera menos apura-
da que antes por culpa de la falta de provisiones y también de
que pareciera que eran los bárbaros los que estaban sufriendo
6 el asedio y no los romanos. Así pues, Belisario ordenó a
Martino y a Trajano que se dirigieran a Taracina acompaña-
dos de mil hombres. Con ellos envió entonces también a su
esposa Antonina, con el encargo de que se la trasladara con
unos pocos hombres a Neápolis y que aguardara en lugar se-
7 guro qué fortuna iban a correr los romanos. Belisario mandó
a Magno y al lancero Sintues, que tomaron con ellos a unos
quinientos hombres aproximadamente, a la fortaleza de Tíbur,
8 que dista ciento cuarenta estadios[19] de Roma. Sin embargo,
respecto a la ciudad de Alba[20], situada en la Vía Apia a la mis-
ma distancia de Roma, se daba la circunstancia de que había
enviado allí previamente a Gontaris con un cierto número de
hérulos, a los cuales los godos ya habían expulsado de allí por
la fuerza no mucho tiempo después de que llegaran.
9 Hay una cierta iglesia del apóstol Pablo[21] que está a ca-
torce estadios de distancia de las fortificaciones de Roma y a

[19] Algo más de 25 km.

[20] Cf. V 6, 7 y nota núm. 75 (del libro V).

[21] De nuevo se emplea el término *neṓs* (y más abajo, en el parágrafo 10, el no menos clásico de *hierá* «santuarios») para una iglesia cristiana. La famosa iglesia de San Pablo Extramuros, que el viajero puede apreciar cuando va a entrar en la ciudad de Roma por el sur. La basílica o iglesia primitiva de San Paolo estaba situada, como explicita su nombre, en la parte

cuyo lado fluye el río Tíber. En ese lugar no hay fortificación en ninguna parte, aunque una columnata se extiende desde la ciudad hasta la iglesia y muchos otros edificios que están en torno a ella hacen que el lugar sea de difícil acceso. Entre los 10 godos había un cierto respeto hacia santuarios como éste y, de hecho, a lo largo de todo el período de tiempo que duró la guerra, no se produjo daño alguno de su parte contra ninguna de las dos iglesias de ambos apóstoles[22], sino que, por el contrario, todos los rituales pudieron ser celebrados por los sacerdotes de la forma acostumbrada. En ese punto, enton- 11 ces, Belisario ordenó a Valeriano que, llevándose consigo a todos los hunos, construyese una empalizada junto a la orilla del Tíber, con el propósito de que sus caballos se pudieran mantener en una situación de mayor seguridad y de que se pudiese contener todavía más a los godos para que no se dirigieran con comodidad a lugares muy alejados de sus propios campamentos. Valeriano actuó conforme a estas instruc- 12 ciones. Una vez que los hunos hubieron establecido su campamento en el lugar donde el general les había indicado, él regresó a la ciudad.

Así pues, Belisario, después de haber llevado a cabo es- 13 tas medidas, permaneció sin moverse y sin emprender bata-

exterior del recinto amurallado, al sur, y, por ella, la porta Ostiense recibe también el nombre de porta San Paolo (cf. nota núm. 17). Como nos indica Procopio está de las fortificaciones a una distancia de 2,5 km. (14 estadios). El martirio de San Pablo tuvo lugar a unos 11 km. del de San Pedro, en Aquae Salviae (actualmente Tre Fontane), en la vía Ostiense. El cadáver fue sepultado a 3 km. de ahí, en la propiedad de una dama llamada Lucina. Aquí se levantó la iglesia de San Pablo Extramuros de Roma, construida hacia el año 385, y en la que se repite el modelo basilical de San Pedro del Vaticano o de San Juan de Letrán. Fue construida por el emperador Teodosio I y el papa san León Magno. En 1823 fue consumida por un incendio. Se reconstruyó haciendo una imitación de la anterior y fue consagrada por el papa Pío IX el 10 de diciembre de 1854.

[22] Obviamente, san Pedro y san Pablo.

lla alguna, pues deseaba vivamente realizar la defensa desde la muralla, en el caso de que alguien avanzara contra ella des-
14 de el exterior con intenciones de causar algún daño. Incluso proporcionó grano a algunas personas de la población romana. Sin embargo, Martino y Trajano, que habían logrado pasar entre los campamentos de los enemigos durante la noche, una vez que llegaron a Taracina, por una parte enviaron a Antonina a Campania acompañada de unos cuantos hombres y, por otra, ellos mismos tomaron posesión de las plazas fortificadas de aquel sector y, usándolas como base de operaciones para realizar ataques repentinos desde ellas, rechazaban a cuantos go-
15 dos merodeaban por aquellos lugares. En cuanto a Magno y Sintues, reconstruyeron en un corto espacio de tiempo las partes de la fortaleza[23] que estaban derruidas y, tan pronto como estuvieron en situación segura, inmediatamente empezaron a causarles más problemas a los enemigos, comoquiera que su fortaleza no se encontraba a gran distancia, no sólo mediante abundantes correrías, sino manteniendo en un permanente estado de terror, por lo inesperado de sus ataques, a cuantos bárbaros escoltaban los abastecimientos de provisiones, hasta que finalmente Sintues, en el curso de una batalla, resultó herido en su mano derecha por una lanza y, como el golpe le cortó los
16 tendones, desde entonces quedó impedido para combatir. Por su parte, los hunos, que habían establecido su campamento en las cercanías, como ya he explicado, causaban a los godos no menos molestias, de tal forma que, al igual que los romanos, se sentían presionados por el hambre, puesto que ya no disfru-

[23] Tibur, llamada antiguamente Siceleon, ciudad del Lacio situada en las riberas del río Anio entre Ad Aquas Albulas y Varia. Fue un asentamiento sículo ampliado por Catelo, un caudillo pelásgico, del que se decía que era hijo de Anfiarao, el héroe tebano. Precisamente el nombre de la ciudad viene de su mítico fundador, el también hijo de Anfiarao Tiburno o Tiburto. La ciudad estaba consagrada a Hércules y albergaba un templo de la Sibila Tiburtina. Es la actual Tivoli.

taban de libertad para introducir las provisiones como antes. Además les sobrevino una epidemia de peste que causó la 17 muerte de muchos de ellos y dio la casualidad de que se produjo sobre todo en el campamento que precisamente habían levantado en último lugar junto a la Vía Apia, como ya he detallado anteriormente[24]. Los pocos hombres que se salvaron de 18 la muerte se retiraron de allí a los demás campamentos fortificados. También los hunos padecieron el mismo mal y regresaron a Roma. Tal fue el desarrollo de los acontecimientos aquí.

Por lo que respecta a Procopio, cuando hubo llegado a 19 Campania, reunió allí a un número no inferior a quinientos soldados y, tras cargar los barcos con una considerable cantidad de grano, los mantuvo preparados. No mucho tiempo 20 después se reunió con él Antonina, que inmediatamente colaboró con él en los preparativos de la flota.

En aquel tiempo el monte Vesubio[25] emitió un gran es- 21 truendo, pero no entró en erupción, aunque, ciertamente, a causa del ruido cundió entre la gente el temor de que muy probablemente iba a haber una erupción. Por esta razón los habitantes de la comarca comenzaron a albergar un considerable miedo. Esta montaña está a una distancia de setenta estadios 22 de Neápolis, situada al norte de la ciudad[26]; es un monte ex-

---

[24] Cf. VI 3, 7.

[25] Preferimos utilizar la forma habitual del nombre del famosísimo volcán, antes que la que aparece en el original griego *(Bébios)* por resultar ésta excesivamente extraña a cualquier lector.

[26] A 12'5 km. Procopio, sin embargo, comete un error: realmente el volcán está al sureste de la ciudad. El nombre latino habitual es *Vesuvius mons* (antiguamente *Vesevus*, *Vesvius* o *Vesbius*), para referirnos al famoso volcán situado en Campania en las cercanías de las ciudades de Herculano y Pompeya. Después de muchos siglos sin entrar en acción, su erupción más importante se produjo en el año 79 d. C. durante el mandato del emperador Tito, a consecuencia de la cual quedaron sepultadas las dos ciudades vecinas y murieron en torno a las 250.000 personas, entre las cuales se encontraba el escritor Plinio el Viejo.

traordinariamente escarpado, cuyas partes inferiores se extien-
den ampliamente por todas partes en derredor, mientras que la
23 zona superior es abrupta y es difícil subir por ella. Sin embar-
go, en la cumbre del Vesubio, aproximadamente en su centro,
aparece una caverna de una profundidad tan considerable que
se podría considerar que llega hasta la mismísima base de la
24 montaña. Es posible ver fuego dentro de ella, si es que hay al-
guien tan osado como para inclinarse a mirar por encima del
borde, y, aunque las llamas giran sobre sí mismas todo el tiem-
po sin causar problemas a ninguno de los habitantes de la re-
gión, cada vez que la montaña produce un ruido ensordecedor
similar al de un mugido, por regla general y no mucho tiempo
después arroja hacia arriba una considerable cantidad de ceni-
25 zas. En el caso de que esta terrible lluvia de cenizas alcance a
alguien que vaya caminando por la carretera, no hay posibili-
dad alguna de que logre sobrevivir; y, si viene a caer sobre vi-
viendas, éstas se derrumban bajo la enorme cantidad de ceni-
26 zas. Finalmente, si da la casualidad de que sopla un fuerte
viento, las cenizas se elevan hasta una considerable altura, de
tal modo que ya no pueden ser divisadas por el ojo humano,
son conducidas a donde va el viento que las lleva y llegan a tie-
27 rras situadas a una distancia muy grande. Una vez, según dicen,
cayeron en Bizancio[27], provocando un terror tal entre la gente
que desde aquel momento hasta la actualidad le pareció ade-
cuado a la ciudad entera aplacar la cólera de Dios por medio
de plegarias todos los años; en otra ocasión cayeron también
28 en Trípoli, ciudad de Libia. En tiempos pretéritos, afirman que
este bramido de la montaña se producía una vez cada cien años
o incluso más; sin embargo, en épocas más recientes ha suce-
29 dido con mucha mayor frecuencia[28]. No obstante, lo que vie-

[27] Se refiere Procopio a la erupción que se produjo el año 472 d. C.

[28] La primera erupción de la era cristiana fue precisamente la que destruyó las ciudades de Herculano y Pompeya en el año 79 d. C. Comenta

ne a continuación lo afirman rotundamente, a saber, que cada vez que acontece que el Vesubio vomita esta lluvia de cenizas, es cosa obligada que el campo de los alrededores florezca con
una abundante producción de frutos de todas clases. Por lo de- 30
más, el aire es ligerísimo en esta montaña y, por sus características naturales, el más recomendable para la salud de todos los que se dan en el mundo y, verdaderamente, desde tiempos remotos, los médicos envían a este lugar a todos aquellos que están aquejados de tisis[29]. Baste, pues, con lo dicho en relación con el Vesubio.

Entretanto, otro ejército llegó por mar desde Bizancio, 5
tres mil isáuricos que desembarcaron en el puerto de Neápolis y que estaban bajo el mando de Pablo y de Conón, y ochocientos soldados de caballería tracios que llegaron a Driunte, cuyo comandante era Juan, el sobrino de Vitaliano, que había ejercido la tiranía anteriormente[30], y, con ellos, otros mil soldados más de la caballería regular a las órdenes de varios jefes, entre los que estaban Alejandro y Marcencio.
Se daba la circunstancia de que Zenón había llegado con tres- 2

DEWING en nota *ad loc.* que, a partir de ésta primera, las demás se han ido sucediendo en intervalos de tiempo que varían de uno a más de 100 años. Según las informaciones que hemos podido encontrar, las restantes erupciones tuvieron lugar en los años 203, 472, 512, 652, 982, 1036, 1158, 1500, 1631, 1737, 1794, 1822, 1855, 1872, 1885, 1891, 1906 y la última en 1944, a partir de la cual se ha mantenido hasta ahora en calma. Como vemos, en el primer milenio después de Cristo han tenido lugar cinco erupciones, en tanto que en el segundo se han producido ya trece, ocurriendo las últimas cinco en un período inferior a un siglo.

[29] En griego *phthóē*, latín *phthisis*: enfermedad en que hay consunción, es decir, extenuación o enflaquecimiento, gradual y lenta, fiebre héctica y ulceración en algún órgano.

[30] Vitaliano se sublevó en Tracia como usurpador *(týrannos)* contra el emperador Anastasio en el año 513, acción que repitió al año siguiente, pues defendía la fe ortodoxa frente al monofisismo del monarca (cf. I 8, 3 y notas 68 y 216 del libro I, esta última para el término *týrannos).*

cientos soldados de caballería a Roma a través de Samnio y de la Vía Latina. Cuando Juan, junto con todos los demás, se encontró ya en Campania, disponiendo de numerosos carros proporcionados por los habitantes de Calabria, se unieron a ellos quinientos hombres que, como ya se ha explicado[31], ha-
3 bían sido reunidos en Campania. Éstos recorrían la carretera que estaba junto a la costa con los carros con la idea de trazar un círculo con ellos a modo de empalizada, en el caso de que algún enemigo les saliera al encuentro, y, de este modo, rechazar a los que les atacaran. A los hombres que estaban a las órdenes de Pablo y de Conón les ordenaron que hicieran una travesía a toda velocidad y se reunieran con ellos en Ostia, el fondeadero de los romanos[32]; y aquéllos depositaron en los carros grano suficiente y llenaron todos los barcos no sólo de grano, sino también de vino y de todas clases
4 de provisiones. Esperaban encontrarse con las fuerzas de Martino y de Trajano en los alrededores de Taracina y ya desde allí hacer el camino con ellos; sin embargo, cuando se encontraban ya muy cerca de Taracina se enteraron de que, poco antes, dichas fuerzas militares habían sido llamadas y se habían retirado a Roma.

5 Por su parte, Belisario, tras enterarse de que los hombres de Juan se estaban acercando y con el temor de que los enemigos les salieran al encuentro con un número superior de efectivos y acabaran con ellos, tomó las siguientes medidas:
6 la puerta Flaminia, cerca de la que habían acampado los enemigos, el propio Belisario la había bloqueado al comienzo de la guerra con una estructura de piedra, como ya relaté en el libro anterior[33], evidentemente con el propósito de que los

[31] Cf. VI 4, 19.

[32] Puesto que Porto estaba ocupado por los godos: cf. V 26, 14, 15; 27, 1; VI 7, 11.

[33] Concretamente en V 19, 6.

enemigos no pudieran cómodamente ni entrar por allí por la
fuerza ni efectuar ningún ataque contra la ciudad en ese pun- 7
to. A consecuencia de esto, no se había producido encuentro militar alguno en dicha puerta y los bárbaros tampoco albergaban ninguna sospecha de que les pudiera venir de allí al-
gún ataque enemigo. Ya por la noche, Belisario echó abajo la 8
obra de albañilería que bloqueaba la puerta sin haber advertido de ello previamente a nadie en absoluto y dejó allí en
disposición a la mayor parte del ejército. Al amanecer envió 9
a Trajano y a Diógenes con mil soldados de caballería a través de la puerta Pinciana, ordenándoles que dispararan flechas al interior de los campamentos fortificados y que, tan pronto como los adversarios fueran contra ellos, escaparan sin sentir el menor atisbo de vergüenza y cabalgaran al galo-
pe hasta las fortificaciones. Incluso apostó a algunos hom- 10
bres en la parte interior de la puerta. En consecuencia, los hombres que estaban a las órdenes de Trajano comenzaron a provocar a los bárbaros, siguiendo las instrucciones de Belisario, y los godos, que se habían reunido allí desde todos
los campamentos fortificados, empezaron a defenderse de 11
ellos. Ambos ejércitos comenzaron a dirigirse lo más rápidamente que podían hacia las fortificaciones de la ciudad, unos dando la impresión de que huían; otros, en la creencia de que estaban persiguiendo a los enemigos.

Sin embargo, tan pronto como Belisario vio a los adver- 12
sarios emprendiendo la persecución, abrió la puerta Flaminia e hizo salir a su ejército contra los bárbaros, a los que cogie-
ron desprevenidos. Daba la casualidad de que uno de los 13
campamentos godos estaba junto a un camino cerca de la puerta y delante de él había allí un paso estrecho, escarpado
y al que era terriblemente difícil acceder. Uno de los bárba- 14
ros, un hombre con un físico espléndidamente bien dotado y que iba cubierto con su coraza, en cuanto vio avanzando a los enemigos, se plantó en este lugar antes que ellos y empezó a

llamar a sus compañeros pidiéndoles que le ayudaran a guar-
15 dar el paso estrecho. Sin embargo, Mundilas se anticipó a él
y le dio muerte y, en consecuencia, no permitió que ninguno
de los restantes bárbaros pudiera penetrar en este paso estre-
16 cho. Por lo tanto, los romanos lo atravesaron sin que nadie
les opusiera resistencia y algunos de ellos, que llegaban al
campamento fortificado que estaba cerca, durante un corto
espacio de tiempo hicieron un intento de apoderarse de él,
pero no pudieron conseguirlo debido a la solidez de la empa-
lizada, aun cuando no habían quedado en él muchos bárba-
17 ros. En efecto, el foso había sido excavado hasta alcanzar una
gran profundidad y la tierra extraída de allí, que había sido de-
positada en la parte de dentro del mismo, se alzaba hasta una
altura considerable, haciendo las veces de una muralla[34]; y,
además, estaba rodeada con una empalizada provista de abun-
dantes estacas, muy puntiagudas y colocadas sin apenas espa-
18 cio entre ellas. Envalentonándose entonces los bárbaros gracias
a estas defensas, empezaron a repeler vigorosamente a los ene-
migos. Sin embargo, uno de los escuderos de Belisario,
Aquilino de nombre, un hombre diligente como el que más,
tomó de las riendas un caballo y a lomos de él saltó desde el
foso para venir a caer en medio del campamento fortificado,
19 donde dio muerte a algunos adversarios. Al rodearle los enemi-
gos y dispararle muchas veces con las lanzas, el caballo resul-
tó herido y cayó muerto, sin embargo él, al contrario de lo que
se podía esperar, logró escapar pasando por en medio de sus
20 oponentes. Así que se dirigió a pie junto con sus compañeros
hasta la puerta Pinciana. Tras alcanzar a los bárbaros que toda-
vía estaban llevando a cabo la persecución[35], empezaron a dis-
pararles por la espalda logrando dar muerte a algunos.

---

[34] Cf. V 19, 11.

[35] De las fuerzas de caballería romanas al mando de Trajano y Diógenes.

En cuanto los hombres de Trajano se apercibieron de es- 21
to, puesto que en el ínterin habían venido en su ayuda como refuerzos los soldados de caballería que habían permanecido en ese sector preparados para entrar en acción, cargaron a la carrera contra sus perseguidores. Entonces, por fin, los go- 22
dos, superados en estrategia militar y aislados inesperadamente en medio de las fuerzas enemigas, empezaron a sucumbir de forma indiscriminada. Entre ellos se produjo una 23
enorme matanza y sólo un muy escaso número de hombres pudo escapar a duras penas a los campamentos; los otros, mientras tanto, temiendo por la seguridad de todos sus campamentos fortificados, permanecieron desde entonces encerrados en ellos, en la idea que los romanos les atacarían de un momento a otro. En el curso de esta acción uno de los bárba- 24
ros alcanzó de un disparo a Trajano en el rostro, por encima del ojo derecho y a muy poca distancia de la nariz. La totali- 25
dad de la punta de hierro penetró dentro y desapareció de la vista por completo, aunque la lengüeta de que disponía era grande y extraordinariamente larga; sin embargo, el resto de la flecha cayó al punto a tierra sin que nadie hubiera usado su fuerza para ello, porque, según mi impresión, la punta de hierro no estaba ajustada al astil de forma segura. Trajano, no 26
obstante, no prestó la más mínima atención a esto[36], sino que, por el contrario, continuó dando muerte y persiguiendo a los enemigos. Sin embargo, cinco años después, el extremo de la punta de hierro, por sí sola, empezó a aparecer en su rostro.

---

[36] Nuevo episodio donde un guerrero, en el fragor del combate, no presta la más mínima atención a su terrible herida, en este caso con el inverosímil aderezo adicional de la lenta pero persistente salida de la punta de la flecha del rostro del guerrero, en lugar de tener que recurrir a una igualmente inverosímil y pintoresca intervención quirúrgica (cf. los episodios de Cutilas, Bocas y, sobre todo, Arces —que da la casualidad de que también fue herido por una flecha entre la nariz y el ojo derecho— contados en el capítulo 2).

27 La punta de la flecha lleva tres años saliendo de su rostro lenta pero persistentemente. Es presumible, por tanto, que toda la lengüeta entera salga fuera al cabo de un tiempo considerable, aun cuando ello no ha supuesto ningún impedimento para este hombre. Baste, ciertamente, con lo dicho sobre estos asuntos.

6 Los bárbaros, por su parte, empezaron en seguida a desconfiar del resultado de la guerra y estaban ya deliberando sobre cómo retirarse de Roma, después de haber sufrido los estragos tanto de la epidemia de peste como de los enemigos, y el número de sus hombres se había visto reducido de muchos miles[37] de efectivos a una escasa cantidad de ellos; y mayormente se encontraban agobiados por la hambruna, pues aparentemente ellos eran los que estaban llevando a cabo un asedio, pero la realidad era que lo estaban sufriendo por parte de los enemigos y que se encontraban aislados
2 de todo lo imprescindible para poder vivir. Cuando se enteraron de que a los enemigos les había llegado un nuevo ejército procedente de Bizancio tanto por tierra como por mar, —aunque no conocían la magnitud real del mismo, imaginaban que era tan grande como decían los rumores— se
3 sintieron aterrorizados ante el peligro y comenzaron a planear la retirada. En consecuencia, enviaron a tres embajadores a Roma, uno de los cuales era un romano destacado entre los godos, el cual, tras llegar a presencia de Belisario, le dirigió las siguientes palabras:

4 «Que el resultado de la guerra no ha redundado en beneficio de ninguno de nuestros dos bandos, cada uno de nosotros lo sabe perfectamente, puesto que ambos hemos probado por la experiencia las penalidades que aquélla ha

---

[37] No podemos usar el término *miríada* porque si bien en griego significa «diez mil», en castellano indica una cantidad muy grande, pero indefinida.

conllevado, pues ¿por qué alguien de cualquiera de los dos 5
ejércitos habría de negar unos hechos de cuya existencia ni
unos ni otros pueden permanecer en la ignorancia? Nadie, 6
creo yo, al menos de los hombres que no carecen de entendimiento, podría negar que sólo los insensatos prefieren seguir sufriendo indefinidamente sólo por satisfacer sus ganas de pelea, que es lo que en esos momentos les mueve, y no encontrar una solución a los problemas que los mantienen an-
gustiados. Cada vez que la situación se presenta así, es deber 7
de los que tienen el mando en ambos ejércitos no abandonar la salvación de las vidas de sus subordinados a la obtención de su gloria personal, sino escoger lo que es justo y recomendable, no para ellos mismos únicamente, sino también para sus adversarios, y, de esta forma, poner término a las presen-
tes penalidades. Por una parte, aspirar a logros moderados 8
proporciona una salida a todas las dificultades, pero, por otra, el no poder llevar a término ni uno solo de los objetivos que son fundamentales es consustancial con estar siempre bus-
cando altercados. Nosotros, por nuestra parte, hemos delibe- 9
rado acerca del desenlace final de esta guerra y nos hemos presentado ante vosotros con propuestas que son ventajosas para ambos bandos, entre las cuales, según creemos, renun-
ciamos a alguno de nuestros derechos. Vosotros, por la vues- 10
tra, considerad la manera de no sucumbir a una cierta animosidad contra nosotros y destruiros tanto a vosotros mismos como también a nosotros antes que escoger el camino que re-
sulte provechoso para vosotros. Es conveniente, por tanto, 11
que ambas partes puedan exponer sus razones, mas no con un discurso continuado, sino interrumpiéndose en el momento en que algo de lo que se diga pueda parecer inapropiado. De
esta forma, pues, cada uno de los dos bandos tendrá la posi- 12
bilidad de exponer con brevedad todo cuanto tienen en mente y, al mismo tiempo, de que se lleven a la práctica los objetivos ineludibles». A esto respondió Belisario: «No hay

nada que pueda impedir que el debate se desarrolle de la for-
ma que sugerís, solamente procurad que lo que vosotros di-
gáis sean palabras de paz y de justicia».
14 Así pues, cuando les tocó el turno, los embajadores de los
godos dijeron lo siguiente: «Romanos, nos habéis tratado in-
justamente al tomar las armas de manera inicua contra nos-
otros, vuestros amigos y aliados. Precisamente lo que vamos
a exponer creemos que es bien conocido también para cada
15 uno de vosotros, puesto que los godos no se hicieron dueños
del territorio de Italia arrebatándoselo a los romanos por la
fuerza, sino que en otro tiempo Odoacro, después de destro-
nar al emperador, transformó el gobierno de Italia en una ti-
16 ranía y gobernó en ella[38]. Por su parte Zenón, que por aquel
entonces ejercía el poder en la parte oriental, aun cuando él
estaba deseoso de vengar a su colega en el trono imperial y
librar a esta tierra del usurpador, fue incapaz de acabar con
la autoridad de Odoacro; en consecuencia, convenció a
Teodorico, nuestro soberano, aunque éste se encontraba
a punto de asediarlo a él y a Bizancio, no sólo de que pusiera
fin a su enemistad hacia él, en recuerdo del honor que aquél
había recibido ya de sus manos, a saber, haberse convertido
en patricio y cónsul romano[39], sino también de que castigara
a Odoacro por su injusto comportamiento con Rómulo
Augústulo, y, desde ese momento, ejercieron el dominio so-
bre esta tierra él y los godos como sus legítimos y justos go-
17 bernantes. Fue de esta forma, pues, como recibimos el poder
sobre Italia y hemos mantenido tanto las leyes como la for-
ma de gobierno con no menos rigor que ninguno de los que
han ejercido alguna vez el poder imperial en Roma, y no hay
absolutamente ni una sola ley, ya sea escrita o no escrita, que
pertenezca a Teodorico o a cualquier otro que haya recibido

[38] Cf. V 1, 6-8, y notas 8, 10, 11 y 12.
[39] Cf. V 1, 10-11, y notas 13 y 18.

en sucesión el poder sobre los godos. Por lo demás, hemos 18
guardado tan escrupulosamente todas las costumbres roma-
nas relacionadas con la adoración de Dios y su fe en Él, que
ni uno solo de los italianos ha cambiado de credo, ni volun-
tariamente ni en contra de su voluntad, hasta el día de hoy y,
cuando los godos lo han cambiado[40], no le hemos dado nin-
guna importancia. Y, en verdad, también los santuarios[41] de 19
los romanos han recibido de nosotros los más altos honores,
pues ninguna persona que se haya refugiado en uno de éstos
ha sido tratada violentamente por nadie; es más, los romanos
mismos han continuado ocupando todos los cargos del go-
bierno del estado y ningún godo ha tenido participación en
ellos. Si es que hay alguien que piense que estas afirmacio- 20
nes nuestras no se corresponden con la verdad, que dé un pa-
so adelante y hable. Se podría añadir, además, que los godos
han consentido en que la dignidad del consulado pueda ser
conferida cada año a varones romanos por el emperador de
Oriente. Vosotros, sin embargo, pese a que han sido estos los 21
derroteros que hemos seguido, no os pusisteis de parte de
Italia cuando se encontraba sufriendo los abusos de los bár-
baros y de Odoacro, aun cuando no fue por poco tiempo, si-
no durante diez años[42], en los que él perpetró contra esta tie-
rra ultrajes terribles. Sin embargo, en estos momentos, aun
cuando no os corresponde en modo alguno hacerlo, empleáis

---

[40] Recordemos una vez más que los godos eran también cristianos, pero seguidores de la herejía de Arrio o arrianismo.

[41] La máscara clásica reaparece: *hierá* para iglesias o templos cristianos. Por otra parte y en contraposición a lo que con razón están alegando los godos en lo referente al respeto a los santuarios, hemos de recordar que en V 10, 29, los maságetas que formaban parte del ejército romano en la toma de Neápolis no respetaron a las personas que se habían refugiado en los santuarios.

[42] En realidad, la usurpación de poder por parte de Odoacro duró exactamente diecisiete años (476-493 d. C.). De todas formas, cf. nota 12 al libro V.

la violencia contra nosotros, que hemos adquirido Italia con-
22 forme a derecho. Apartaos, por tanto, de nuestro camino, lejos de aquí, y conservad tanto lo que os pertenece como todo lo que habéis ganado por medio del saqueo».

La respuesta de Belisario fue la siguiente[43]: «Aunque la promesa que hicisteis nos dio a entender que vuestras palabras habrían de ser breves y mesuradas, sin embargo vuestro discurso ha sido extenso y no alejado de una pretenciosa fal-
23 sedad, puesto que el emperador Zenón envió a Teodorico con la finalidad de hacer la guerra a Odoacro no con vistas a que él mismo detentara el poder de Italia; pues, ¿por qué iba el emperador a tener interés en cambiar a un tirano por otro? Muy al contrario, envió a Teodorico con el propósito de que
24 Italia fuera libre y obedeciera al emperador. Y, aunque tomó las disposiciones oportunas en todo lo referente al usurpador, en lo demás no se condujo de manera comedida, puesto que en ningún momento tuvo la intención de restituir el territorio a
25 su legítimo dueño[44]. Yo, por mi parte, sin embargo, considero que el que roba con violencia y el que no restituye volun-

[43] Sorprendentemente, a partir de aquí se presenta a los interlocutores como si del diálogo de una obra teatral se tratase: curioso procedimiento en un texto histórico; de todas formas, y sin ningún lugar a dudas, la intención de Procopio es dar agilidad a la presentación del acalorado debate que se produce entre los dos bandos y, no nos olvidemos, en un contexto de guerra, con la tensión que ello implica. De hecho, tan sorprendente es que hay multitud de divergencias en los manuscritos y ediciones antiguas de la obra, las cuales son recogidas por DEWING en el aparato crítico: por ejemplo en L (*Medic-Laurent.*) se añade el verbo *éphē* aquí en concreto, o bien en la edición de MALTRETUS desde el *bárbaroi* del párrafo 30 hasta el final del capítulo aparecen eliminados del texto tanto este adjetivo como el nombre de Belisario.

[44] No tiene mucha razón en esto Belisario, pues fue el propio emperador Zenón el que, por intereses personales, aconsejó a Teodorico que luchara contra Odoacro, lo expulsara del poder e intentara hacerse con el Imperio Romano de Occidente.

tariamente a su vecino lo que es suyo son iguales en cuanto a su valía personal. Por tanto, en lo que a mí respecta, nunca entregaría a otra persona la tierra que pertenece al emperador, pero si hay otra cualquiera que sea de vuestro agrado recibir 26
a cambio de ella, os doy permiso para decirlo».

A esto respondieron los bárbaros de la siguiente forma: 27
«Que todo lo que nosotros hemos expuesto es verdad, ni a uno solo de vosotros se le escapa. Pero para no dar la impresión en modo alguno de que gustamos de porfiar, os cedemos Sicilia, siendo como es una isla tan grande de tamaño y de una riqueza tal y considerando que sin ella no es posible que mantengáis la posesión de Libia con seguridad».

A lo que replicó Belisario: «Nosotros, por nuestra parte, 28
os permitimos ocupar la totalidad de Britania[45], que es mucho mayor en extensión que Sicilia y que ha estado sometida a los romanos desde antiguo, pues es justo dar una compen- 29
sación equivalente a aquellos que se anticipan a llevar a cabo una buena acción o nos conceden antes un favor».

Seguidamente los bárbaros intervienen: «Entonces, en el 30
caso de que nosotros os hiciéramos alguna propuesta acerca de Campania o Neápolis, ¿la acogeríais favorablemente?».

A esto respondió Belisario: «No, pues nosotros no tene- 31
mos poderes para administrar los asuntos del emperador de un modo diferente a como sería de su agrado».

Los bárbaros insistieron: «¿Ni siquiera si nos imponemos a nosotros mismos el pago de una suma de dinero estipulada cada año?».

Y Belisario contestó: «No, por cierto. Pues no estamos 32
autorizados para llevar a cabo otra acción que no sea guardar la tierra para su poseedor».

Finalmente, los bárbaros apostillaron: «Veamos, enton- 33
ces: es necesario que nosotros enviemos embajadores ante el

[45] En esos momentos estaba en poder del Imperio Romano.

emperador y establezcamos con él los acuerdos concernientes a la totalidad del asunto. Asimismo, se debe estipular un período de tiempo determinado durante el cual es pertinente que los dos ejércitos observen un armisticio».

34 Ya para terminar, Belisario dijo: «De acuerdo; que se haga así esto, pues yo no os voy a servir de obstáculo a vosotros, que estáis tomando decisiones que atañen a la consecución de la paz».

35 Tras exponer todas estas razones, cada uno de ellos abandonó la reunión y los embajadores de los godos se retiraron
36 a su propio campamento. A lo largo de los días siguientes se visitaron mutuamente con frecuencia y organizaron todo lo referente al armisticio. Asimismo acordaron que cada uno de los dos bandos pondría en manos de los otros a algunos de sus notables en calidad de rehenes, para asegurar el cumplimiento del armisticio.

7 Sin embargo, mientras estas negociaciones se desarrollaban en Roma, entró en el puerto de los romanos la flota de los isáuricos y Juan llegó a Ostia[46] con sus hombres, sin que ninguno de los enemigos les pusiera impedimento alguno ni mientras atracaban en el puerto ni cuando estaban montando
2 su campamento. Sin embargo, a fin de que pudieran pasar la noche a salvo de un ataque por sorpresa por parte de los adversarios, los isáuricos cavaron una profunda trinchera y establecieron una vigilancia constante por medio de turnos de guardia, mientras que los hombres de Juan fortificaron el campamento con una barricada hecha con carros y permane-
3 cieron sin moverse. Cuando se hizo de noche, Belisario se presentó en Ostia con cien soldados de caballería y, tras referirles lo que había acontecido en el encuentro militar y el

[46] Recordemos que Porto seguía estando en poder de los godos. Cf. VI 5, 3, y nota 32.

acuerdo que se había establecido entre los romanos y los godos y alentarlos con otras palabras, les ordenó que enviaran a Roma sus cargamentos y que se dirigieran allí con todo su ánimo. «Pues —decía él— yo tomaré mis medidas para que la travesía esté libre de peligros». Él personalmente, al rayar 4
el alba, regresó a caballo a la ciudad y Antonina, junto con los comandantes, al amanecer empezó a considerar cuál era el mejor modo de transportar los cargamentos; sin embargo, 5
les dio la impresión de que la misión era ardua y terriblemente llena de complicaciones. Los bueyes ya no podían resistir más y todos yacían medio muertos, y, por lo demás, tampoco estaba exento de peligros transitar por una estrecha carretera con los carros, aparte de que resultaba imposible remolcar las barcazas a lo largo del río, como era costumbre antiguamente. La calzada que se encuentra a la izquierda del 6
río[47] estaba ocupada por los enemigos, como ya se ha explicado en el libro anterior[48], y, por aquel entonces, no estaba disponible para que los romanos la usaran, en tanto que la calzada que está al otro lado era completamente intransitable, al menos la parte que está junto a la margen del río. Por este 7
motivo precisamente escogieron los botes que estaban en los barcos de mayor tamaño y, tras colocar en todo su contorno un cercado de altos tablones, con idea de que los hombres de a bordo no estuvieran expuestos a ningún disparo proveniente de los enemigos, hicieron subir a las embarcaciones arqueros y marinos en un número adecuado a cada uno de los botes. Después de haber depositado en las embarcaciones 8
cuanta carga eran capaces de transportar, aguardaron a que les soplara viento favorable y se hicieron a la vela rumbo a Roma; asimismo, una parte del ejército los acompañó como

[47] Se entiende que queda a la izquierda mirando desde Porto, es decir aguas o río arriba.

[48] Cf. V 26, 14.

escolta a lo largo de la margen derecha del río. Sin embargo, dejaron a un buen número de isáuricos para vigilar los bar-
9 cos. Pues bien, donde el curso del río iba recto navegaban sin ninguna dificultad, simplemente alzando las velas de las barcazas; sin embargo, por donde la corriente se volvía sinuosa y trazaba un camino de costado al viento, como allí las velas no recibían impulso alguno del viento, no tenían los marineros una tarea fácil y se veían obligados a remar e impulsar las
10 barcazas a contracorriente. Por lo que respecta a los bárbaros, permanecían sentados en sus campamentos sin sentir el más mínimo deseo de servirles de impedimento a sus enemigos, o bien porque estaban aterrorizados ante el peligro, o bien porque pensaban que por esos medios los romanos jamás podrían introducir en la ciudad ni una sola de las provisiones y consideraban que iba en contra de sus propios intereses frustrar la esperanza del armisticio, que ya Belisario había consolidado con una promesa suya, y todo por un motivo que ca-
11 recía de importancia. Por lo demás, los godos que estaban en Porto, que veían a los enemigos navegando continuamente a su lado, casi rozándolos, no emprendieron ningún ataque contra ellos, sino que, por el contrario, permanecían sentados llenos de asombro ante el plan que estaban ejecutando.
12 Cuando los romanos hubieron completado muchas veces la travesía río arriba hasta Roma de la misma manera y hubieron transportado sin obstáculos todos los cargamentos, los marineros, por una parte, se retiraron con la totalidad de los barcos a toda velocidad —pues ya estaban en torno al solsticio de invierno—, y, por otra, el resto del ejército entró en Roma con una sola excepción: Pablo permaneció en Ostia acompañado de unos cuantos isáuricos.

13 Posteriormente, se entregaron mutuamente rehenes para asegurar el mantenimiento del armisticio: los romanos, a Zenón y los godos, a Ulias, un hombre que no era de clase humilde, bajo la condición de que durante tres meses ningu-

no de los dos bandos llevaría a cabo ningún ataque contra el otro, hasta tanto no regresaran de Bizancio los embajadores e informaran de la voluntad del emperador. E incluso si uno 14
u otro bando intentaran cometer algún abuso contra los adversarios, los embajadores, no obstante, habrían de ser devueltos a su propia nación. Así pues, los embajadores de los 15
bárbaros fueron a Bizancio con una escolta de romanos e Ildiger, el yerno de Antonina, llegó a Roma procedente de Libia, acompañado por no pocos soldados de caballería. Los 16
godos que ocupaban la fortaleza de Porto abandonaron el lugar por decisión de Vitigis, dado que sus suministros se habían agotado, y se presentaron en el campamento al haber sido llamados, después de lo cual llegó Pablo con los isáuricos de Ostia, tras haberla tomado y ocupado. La causa principal 17
por la que estos bárbaros se encontraban faltos de provisiones era que los romanos tenían el dominio del mar y no consentían que se les llevara ni uno solo de los productos necesarios para vivir. Fue por este motivo precisamente por lo 18
que también abandonaron aproximadamente al mismo tiempo una ciudad costera de gran importancia, de nombre Centucelas[49], porque estaban escasos de provisiones. Esta 19
ciudad es grande y populosa y se encuentra situada al oeste de Roma, en Toscana, a una distancia de aquella de aproximadamente doscientos ochenta estadios. Después de que to- 20
maran posesión de ella los romanos, alcanzaron una pujanza todavía mayor, puesto que también ocuparon la ciudad de Alba[50], que se encuentra al este de Roma, tras haberse retira-

---

[49] Centumcellae: ciudad de Etruria situada en la zona meridional de esta región, que fue fundada por Trajano, razón por la cual recibe también el nombre de Portus Traiani; por supuesto, se encuentra en la costa junto a la Vía Aurelia y estaba dotada de un puerto excelente. Es la actual Civitavecchia. Sus 280 estadios de distancia a Roma corresponden a algo más de 50 km.

[50] O Albano, cf. nota 75 del libro V.

do de allí los enemigos por aquel entonces debido al mismo motivo. De este modo habían rodeado por todas partes a los bárbaros y los tenían en medio de sus propias fuerzas milita-
21 res. Por esto precisamente los godos sentían deseos de romper los acuerdos y hacerles algún tipo de daño a los romanos. En consecuencia, enviaron embajadores ante Belisario y sostuvieron que habían sido tratados de forma abusiva mientras
22 estaba en vigor la tregua, pues, cuando Vitigis había mandado llamar a los godos que se encontraban en Porto para llevar a cabo alguna misión, Pablo y los isáuricos se habían apoderado de la plaza fuerte de allí y habían tomado posesión
23 de ella sin ninguna razón para hacerlo. Esta misma acusación, manifiestamente falsa, la lanzaron también con respecto a Alba y Centucelas y dijeron en son de amenaza que no estaban dispuestos a consentirlo, a menos que se les devol-
24 vieran estas plazas. Pero Belisario, entre risas, despachó a los embajadores diciéndoles que esta acusación no era más que un pretexto y que no había nadie que desconociera cuál era el motivo por el que los godos habían abandonado dichas
25 plazas fuertes. Desde entonces en adelante cada uno de los dos bandos sintió alguna que otra sospecha respecto del contrario.

Más tarde, sin embargo, Belisario, en cuanto vio que Roma estaba abundantemente surtida de soldados, envió en todas direcciones a muchos otros soldados de caballería y ordenó a Juan, el sobrino de Vitaliano, y a los soldados de caballería, que lo acompañaban a sus órdenes, que eran ochocientos, que pasaran el invierno en las cercanías de la ciudad
26 de Alba, que está situada en Picenos[51]; y con él envió a cua-

[51] Se trata de Alba Fucentia, ciudad de los ecuos o los marsos, situada al sur de Picenos y que fue colonizada por los romanos en el 304-303 a. C. Se encontraba cerca del extremo noroccidental del lago Fucino, hoy día desecado, y en ella murieron Sífax, el rey de Numidia, y Perseo, monarca macedonio. Estaba en la Vía Valeria. Su ciudadela era usada por el Senado co-

trocientos de los hombres de Valeriano, al frente de los cuales estaba Damián, el sobrino de Valeriano, y ochocientos hombres de entre sus propios escuderos, los cuales eran guerreros especialmente capacitados. Puso entonces al mando de 27
estos a dos lanceros, Suntas y Adegis, y les ordenó que siguieran a Juan a donde él los condujera; y a Juan precisamente le dio instrucciones de que, mientras viera que los enemigos estaban observando los acuerdos establecidos entre ellos, se mantuviera sin moverse, pero que, cuando descubriera que los enemigos habían violado el armisticio, actuara de acuerdo a las siguientes indicaciones: con la totalidad de sus fuer- 28
zas militares debía efectuar una salida repentina y recorrer el territorio de Picenos, visitando uno tras otro todos los distritos de la región, y hallarse en cada uno de ellos antes de que se avisara de su llegada. En la totalidad de este territorio ca- 29
si no habían quedado hombres en ningún lado, pues, a lo que parecía, todos habían marchado contra Roma, pero por todas partes había mujeres y niños de los enemigos, así como dinero. En consecuencia, recibió instrucciones para reducir a la 30
condición de esclavos o saquear todo lo que encontrara a su paso, guardándose muy bien de no causar daño a ninguno de los romanos que residían en esa región. Si, llegado el caso, se 31
encontraba con alguna plaza fuerte que dispusiera de hombres y de fortificaciones, como era probable que sucediese, debía llevar a cabo una tentativa sobre ella con todas sus fuerzas militares. En el caso de que fuera capaz de conquis- 32
tarla, debía seguir adelante en su camino, pero, si su intento

mo prisión. Picenos, por su parte, es el país de los *Piceni*, limítrofe por el norte y noreste con el mar Adriático, al oeste con Umbría, al suroeste con los sabios y marsos y al sur con los pelignos y marrucinos con el río Aterno como límite, el cual está situado junto a la actual ciudad de Pescara. Fue sometida por Roma en el año 270 a. C. y se convirtió en la quinta provincia bajo el mandato del emperador Augusto. Era famosa la región por su rica producción agrícola, particularmente por sus manzanas.

resultaba infructuoso, podía o bien ponerse en marcha vol-
33 viendo atrás o bien permanecer allí mismo, pues, si continuaba hacia adelante dejando a su espalda esa fortaleza, se vería envuelto en un riesgo considerable, pues sus hombres jamás serían capaces de defenderse con facilidad, en el caso de que fueran acosados por los adversarios. Asimismo, debía mantener intacto el botín para que éste fuera repartido justa y equi-
34 tativamente entre todo el ejército. A continuación y entre risas añadió lo siguiente: «Pues no es justo que los zánganos sean destrozados con gran esfuerzo por unos y que otros, por su parte, sin haber soportado penalidad alguna, disfruten de la miel». Tras haberle dado, pues, tales instrucciones, Belisario envió a Juan con su ejército.

35 Aproximadamente al mismo tiempo Dacio, el sacerdote de Mediolano[52], y algunos hombres notables entre los ciudadanos llegaron a Roma y le pidieron a Belisario que les man-
36 dara unos cuantos guardias. Pues aseguraban ellos que eran capaces de arrebatarles a los godos sin ningún problema no sólo Mediolano, sino también la totalidad de Liguria[53], y re-
37 cuperarlas para el emperador. Esta ciudad, Mediolano, se encuentra en la región de Liguria y está situada aproximadamente a medio camino entre la ciudad de Rávena y los Alpes
38 que marcan la frontera con la Galia, pues desde cada uno de estos dos lugares la distancia a la ciudad es de ocho días para un viajero expedito. Asimismo, es la primera de las ciudades de la parte occidental, al menos después de Roma, tanto en tamaño como en cantidad de población y en prosperidad general[54]. Belisario, tras prometerles que haría que se cumpliera su petición, los mantuvo allí durante el invierno.

---

[52] Milán.

[53] Con respecto a Milán y Liguria cf. nota 140 del libro V.

[54] Como en el caso de Nápoles, por ejemplo, hemos preferido mantener una trascripción del nombre más similar al original, en este caso Mediolano. Fue en su origen la capital de los insubres o insubrios, pueblo

Así fue como se desarrollaron estos acontecimientos. Sin 8 embargo, la envidia de la fortuna[55] aumentaba en contra de los intereses de los romanos en cuanto vio que sus asuntos marchaban hacia delante exitosa y convenientemente, y, dispuesta a mezclar dichos éxitos con algún componente de desdicha, suscitó una disputa, por ningún motivo digno de mención, entre Belisario y Constantino. De qué forma dicha discordia se acrecentó y en qué conclusión vino a desembocar, es lo que me dispongo ahora a contar. Había un tal 2 Presidio, un romano que residía en Rávena y que no era de modesta extracción social. Pues bien, este tal Presidio, dado que había proferido insultos contra los godos en la época en que Vitigis estaba a punto de marchar en son de guerra contra Roma, salió en expedición, aparentemente de cacería, con unos cuantos sirvientes, y se fue al destierro, sin haber comunicado su plan a nadie ni llevar consigo ni una sola de sus pertenencias, con la única excepción, ciertamente, de un par de puñales, que él personalmente portaba y cuyas fundas estaban adornadas con abundante oro y piedras preciosas. Cuando llegó a Espoleto[56], se alojó en cierto templo que se encuentra extramuros. Nada más enterarse de ello 3 Constantino —pues daba la casualidad de que se encontraba todavía allí viendo pasar el tiempo[57]—, envió a uno de sus

de la Galia Transpadana, situada entre Forum Licinii y Laus Pompeia. Fue fundada por este pueblo a su llegada a Italia y se le dio el nombre de Mediolanum por el de otra ciudad de la Galia. En tiempos de AUSONIO (siglo IV d. C.) era considerada la sexta ciudad del Imperio Romano, en tanto que, como acabamos de leer, Procopio la coloca en segundo lugar, sólo aventajada por la propia Roma. Fue famosa por su interés por la cultura y el estudio, por lo que recibió el sobrenombre de «Nueva Atenas».

[55] Personificación de la *týchē*. Por cierto, el verbo usado por Procopio es *oídainen*, literalmente «se estaba hinchando o inflando».

[56] La ciudad de Umbría.

[57] Cf. V 16, 1 ss.

escuderos, Majenciolo, y le arrebató los dos puñales sin nin-
4 guna razón. El hombre quedó profundamente ofendido por lo
que había tenido lugar y salió en dirección a Roma lo más rá-
pido que pudo y se presentó ante Belisario, a cuyo lado tam-
bién llegó no mucho después Constantino, pues corría el ru-
mor de que el ejército de los godos no se encontraba ya muy
5 lejos. Así pues, mientras la situación de los romanos estuvo
confusa y en peligro, Presidio permaneció en silencio, pero,
cuando vio que la causa romana estaba tomando ventaja y
que habían sido enviados embajadores de los godos ante el
emperador, como ya he contado más arriba, se dirigía insis-
tentemente a Belisario recordándole la injusticia sufrida y pi-
6 diéndole que le ayudara a ejercer sus derechos. Belisario le
hacía reproches a Constantino, muchas veces personalmente
y muchas otras por mediación de terceras personas, y le ins-
taba a liberarse de la culpabilidad ocasionada por una acción
injusta y también de la fama deshonrosa que ésta conllevaba.
7 Sin embargo, Constantino, pues necesariamente le tenía que
ocurrir alguna desgracia[58], siempre eludía la acusación ha-
8 blando en tono de burla y se mofaba del ofendido. Hasta que,
en cierta ocasión, Presidio se encontró con Belisario cuando
éste iba montado a caballo por el foro y, tomando de las rien-
das al caballo, le preguntó a grandes voces si las leyes del
emperador decían que, cada vez que una persona que estu-
viera escapando de los bárbaros acudiera a ellos en calidad
de suplicante, éstos podían arrebatarle por la fuerza todo
9 cuanto diera la casualidad que tuviera en sus manos. Aun a
pesar de que se reunió en torno a él una multitud de hombres
y de que éstos le instaban con amenazas a soltar las riendas,
no lo hizo hasta que Belisario le prometió que le devolvería

[58] La expresión *chrên gár hoi genésthai kakôs*, que parece haber sido tomada de Heródoto (por ejemplo, *Historias* I 8, 2), aparece en varias ocasiones a lo largo de la obra (cf. V 4, 4, y nota 50 del libro V).

las dagas. Así pues, al día siguiente Belisario convocó a 10
Constantino y a un buen número de comandantes a cierto aposento de palacio y, tras repasar lo que había sucedido el día anterior, le exigió que, aunque ya era muy tarde, devolviera los dos puñales. Él, sin embargo, dijo que no los entre- 11
garía, pues le resultaría más grato arrojarlos a las aguas del Tíber que devolvérselos a Presidio. Entonces Belisario, do- 12
minado ya por la cólera que sentía, le preguntó a Constantino si no se creía obligado a obedecer sus órdenes. Él entonces contestó que consentía en obedecerle en todas las demás cosas, pues estas órdenes representaban la voluntad del emperador, pero que, por el contrario, precisamente esta orden que le estaba imponiendo en ese momento, jamás la cumpliría. Entonces Belisario ordenó a sus lanceros que entraran, al ver 13
lo cual, Constantino dijo: «Naturalmente, para ordenarles que me den muerte.» «En modo alguno —le atajó Belisario—, sino para que obliguen a tu escudero Majenciolo, que fue el que se llevó por la fuerza las dagas para dártelas a ti, a que le devuelva al hombre lo que le arrebató por medios violentos». Sin embargo, Constantino, convencido de que iba a 14
morir de un momento a otro, sintió el deseo de llevar a cabo una acción importante antes de sufrir él algún daño. Por este 15
motivo precisamente tiró del puñal que colgaba junto a su muslo derecho y lo lanzó, en un abrir y cerrar de ojos, al vientre de Belisario. Éste, lleno de terror, dio un paso atrás y, rodeando con sus brazos a Besas, que se encontraba cerca de él, logró esquivar el golpe. Entonces Constantino, todavía 16
hirviendo de ira, fue en pos del general, pero Ildiger y Valeriano, al ver lo que se estaba produciendo, el uno lo tomó de la mano derecha y el otro de la izquierda y tiraron de él hacia atrás. En ese momento entraron los lanceros que po- 17
co antes había llamado Belisario, le arrancaron de las manos a Constantino con gran violencia el puñal y lo apresaron en medio de un gran alboroto. Con todo, en ese mismo momen-

to no le infligieron ningún daño, seguramente, creo yo, por respeto a los oficiales que se encontraban presentes, pero, por orden de Belisario, se lo llevaron aparte a otra habitación,
18 donde al poco rato le dieron muerte. Ésta fue la única acción impía llevada a cabo por Belisario y que, además, no era en modo alguno digna del carácter de este hombre, pues se comportaba con gran benevolencia en su trato con todos los demás. Sin embargo, como ya he dicho, alguna desgracia le tenía que ocurrir a Constantino[59].

9 Los godos, no mucho después de este episodio, sintieron el deseo de asestar un golpe contra las fortificaciones de Roma. En primer lugar, mandaron de noche a unos cuantos hombres penetrar en uno de los acueductos, de los cuales ellos mismos habían sacado el agua al comienzo de la pre-
2 sente guerra[60]. Ellos, portando en sus manos lámparas y antorchas encendidas, exploraron el acceso al interior de la ciudad por allí. Daba la casualidad de que, no a mucha distancia de la puerta Pinciana, un arco de ese acueducto[61] tenía una

---

[59] Con lo que Procopio sugiere que, más que la falta de equidad o exceso de orgullo demostrados en esta ocasión concreta por Belisario, que, como bien recalca nuestro autor resultan impropios del magnánimo carácter del general, es más bien esa vaga pero poderosa fuerza superior llamada destino la que tenía claramente determinado el triste final de Constantino: Belisario, pues, sólo sería su brazo ejecutor en este caso.

[60] Cf. V 19, 13.

[61] Denominado Acueducto de la doncella *(Aqua Virgo)* (que data del año 22 a. C.), de 26 km. de longitud y que llegaba hasta el Campo de Marte y el barrio Este del Panteón, reparado por Claudio. Este acueducto debe su nombre a una joven que llevó hasta el manantial a los soldados que lo estaban buscando. Tenía un recorrido totalmente distinto de los demás: desde los manantiales de Salone, cercanos al de *Aqua Iulia*, entraba a la ciudad por las laderas del monte Pincio. A la altura de los Jardines de Lúculo, el canal, subterráneo hasta ese punto, continuaba sobre arcadas, algunas de ellas visibles aún en la calle del Nazareno y en la de Búfalo (aunque se trata de una restauración claudiana). Después de atravesar la *Via Lata* por el

especie de hendidura, a través de la cual uno de los centine- 3
las vio la llama de las antorchas e informó de ello a sus compañeros de guardia, pero éstos le dijeron que había visto a un
lobo pasando al lado de su puesto, pues se daba la circuns- 4
tancia de que, en ese punto, la estructura del acueducto no se elevaba demasiado del nivel del suelo, y lo que pensaron fue que su compañero se había imaginado que los ojos del lobo
eran fuego. Así pues, los bárbaros que exploraron el acueduc- 5
to, una vez que se encontraron en medio de la ciudad, donde precisamente existía un pasaje cuesta arriba, construido en tiempos antiguos, que conducía al propio palacio, se toparon allí con una obra de albañilería que no les permitía ni avanzar más desde ese punto en adelante ni recurrir a la escalada.
Esta obra de albañilería había sido levantada por Belisario, 6
que había mostrado una cierta previsión al comienzo de la presente guerra, como ya ha sido explicado en el libro ante-
rior[62], de tal forma que decidieron quitar de allí una piedra de 7
pequeño tamaño y retirarse hacia atrás inmediatamente. Cuando regresaron al lado de Vitigis, le enseñaron la piedra
y le informaron de la situación en su totalidad. Mientras éste 8
deliberaba con los más destacados de entre los godos sobre todo lo relativo al plan, todos los romanos que estaban de guardia junto a la puerta Pinciana, al día siguiente, hicieron
mención de la sospecha del lobo. Cuando el relato, pasando 9
de boca en boca, llegó a oídos de Belisario, el general no trató el asunto de pasada, sino que inmediatamente envió abajo al interior del acueducto a algunos de los hombres destacados del ejército, junto con el lancero Diógenes, y ordenó que

arco de Claudio, el canal continuaba por la calle del Seminario. Como recuerda FRONTINO, las arcadas terminaban «delante de los *Saepta*», es decir, muy cerca del Panteón. Desde allí, por una conducción subterránea, el agua llegaba hasta las termas de Agripa; es la misma que hoy alimenta la fuente de Trevi.

[62] Cf. V 19, 18.

10 lo investigaran todo con gran rapidez. Ellos encontraron por
todas partes del acueducto las lámparas de los enemigos y las
cenizas que éstos habían ido dejando caer de sus antorchas y,
después de examinar la estructura construida donde los go-
11 dos habían quitado la piedra, informaron a Belisario. Por es-
te motivo precisamente, mantuvo el acueducto bajo estricta
vigilancia y los godos, apercibiéndose de esto, desistieron
del intento planeado.

12 Posteriormente, sin embargo, los bárbaros planearon
efectuar un ataque contra las fortificaciones a la vista de to-
dos. Así que aguardaron hasta la hora del almuerzo y, des-
pués de traer escaleras y fuego, cuando el enemigo no se lo
esperaba en absoluto, llevaron a cabo el asalto contra la puer-
ta Pinciana, envalentonados por la esperanza de capturar la
ciudad por medio de un ataque repentino, comoquiera que no
13 habían apostado allí a muchos soldados. Sin embargo, dio la
casualidad de que Ildiger, en compañía de sus hombres, esta-
ba de guardia en ese momento, pues a cada uno de ellos les
habían asignado la tarea de mantener la vigilancia por turnos.
14 Así pues, en cuanto vio que los enemigos avanzaban en des-
orden, les salió al encuentro antes de que pudieran alinearse
en orden de batalla y, mientras avanzaban con un gran desor-
den, derrotaba a todos aquellos que tenía enfrente sin ningu-
na dificultad y, de esta forma, dio muerte a un buen número
15 de ellos. Un enorme griterío y confusión cundieron por toda
la ciudad, como era de esperar, y los romanos, lo más rápida-
mente posible, acudieron a la carrera a todas las partes de las
fortificaciones y los bárbaros, no mucho tiempo después, se
retiraron a su campamento sin haber logrado nada.

16 Por su parte, Vitigis echó mano de una nueva estratagema
contra las fortificaciones, y es que había una cierta zona de
ellas que era especialmente fácil de atacar, esa parte por don-
de se encuentra la margen del río Tíber, porque por este lu-
gar los antiguos romanos, confiando en la protección que les

aportaba la corriente del río, habían construido la muralla de forma descuidada, con poca altura y desprovista por completo de torres. Por esta razón Vitigis albergaba la esperanza de tomar la ciudad desde este sector, pues se daba la circunstancia de que allí tampoco había siquiera una guarnición de vigilancia digna de consideración. En consecuencia, sobornó 17
con dinero a dos romanos que vivían cerca de la iglesia del apóstol Pedro[63] para que aproximadamente a la caída de la noche pasaran junto a los centinelas que vigilaban por allí llevando un odre de vino y, tras mostrarles su disposición amistosa hacia ellos de una forma o de otra, les ofrecieran generosamente el vino y, a continuación, se sentaran y bebieran en su compañía hasta bien entrada la noche; además, tenían que echarles a cada uno en su copa una droga narcotizante que Vitigis les había proporcionado. Éste dejó preparados en 18
secreto unos esquifes que mantenía en la otra orilla, en los cuales entonces algunos de los bárbaros, tan pronto como los centinelas fueran vencidos por el sueño, tras recibir una señal, debían cruzar el río provistos de escaleras y efectuar el ataque contra las fortificaciones. Puso en disposición a todo 19
el ejército completo, a fin de que la ciudad entera fuese conquistada al asalto. Sin embargo, una vez que estaba ya com- 20
pletamente arreglado este complot, uno de los dos hombres que habían sido preparados por Vitigis para esta misión —pues no estaba determinado por el destino[64] que los romanos fueran capturados por este ejército de los godos— llegó de forma espontánea a presencia de Belisario y le reveló todo el plan indicándole además quién era el otro hombre. Entonces este último, bajo tortura, sacó a la luz todo lo que 21
estaba a punto de hacer y le enseñó el bebedizo que Vitigis le había proporcionado. Belisario, tras mutilar la nariz y las ore- 22

63 En el Campo de Nerón al pie de la colina Vaticana.

64 Expresión equivalente a la comentada en nota 58.

jas de este hombre, lo mandó montado en un asno al campa-
23 mento fortificado de los enemigos. Cuando los bárbaros lo vieron, se dieron cuenta de que Dios no permitía que sus propósitos encontraran vía libre y que, por eso mismo, jamás conquistarían la ciudad.

10 Sin embargo, mientras tenían lugar estos sucesos, Belisario escribió a Juan y le ordenó que se pusiera manos a la obra[65]. Éste, con sus dos mil soldados de caballería, empezó a recorrer el territorio de Picenos y a saquear todo aquello que se encontraba a su paso, reduciendo a los hijos y a las
2 mujeres de los enemigos a la condición de esclavos. Cuando Uliteo, el tío de Vitigis, le salió al encuentro con un ejército de godos, los derrotó en batalla y dio muerte al propio Uliteo
3 y a casi la totalidad de las tropas enemigas. Por esta razón precisamente ya nadie se atrevió más a ir a las manos con él. Pero cuando llegó a la ciudad de Áuximo[66], aunque se enteró de que allí se encontraba una guarnición de godos de escasa importancia, en otros aspectos, sin embargo, observó
4 que la plaza era fuerte e imposible de capturar. A raíz de esto, en modo alguno estaba dispuesto a asediarla, sino que, alejándose de allí lo más rápido que pudo, siguió adelante.
5 Hizo exactamente lo mismo en la ciudad de Urbino[67], pero en Arímino[68], que está de Rávena a una distancia de sólo un

---

65 Cf. VI 7, 25 ss.

66 Áuximo, ciudad de Picenos situada a poca distancia de la costa entre las ciudades de Ancona y Ricina y el río Musone, a la cual se llega a través de la vía Flaminia. Es la actual Osimo.

67 Ciudad con el sobrenombre de Hortense; pertenece a la región de Umbría y antiguamente al Picenum Annonarium y se encuentra situada entre los ríos Metauro y Pisauro. Fue el lugar donde murió Valente, el general de Vitelio. La actual Urbino.

68 Ariminum, la ciudad de Umbría, situada en la desembocadura del río Arimunus y al noroeste del Pisauro. Colonia fundada en el año 230 a. C.

día de camino, penetró hasta el interior de la ciudad a instancias de los romanos. Así pues, todos los bárbaros que estaban 6
allí de vigilancia sentían muchas sospechas de los habitantes romanos y, tan pronto como se enteraron de que se acercaba este ejército, se retiraron y no dejaron de correr hasta alcanzar Rávena. De esta forma, Juan ocupó Arímino tras haber 7
dejado en su retaguardia una guarnición de enemigos tanto en Áuximo como en Urbino, no porque hubiera olvidado las instrucciones de Belisario, tampoco porque se dejara llevar por un impulsivo atrevimiento, dado que estaba dotado tanto de prudencia como de energía para la acción, sino considerando —correctamente, como después sucedió— que si los godos se enteraban de que el ejército de los romanos se encontraba a muy poca distancia de Rávena, de inmediato levantarían el asedio de Roma, debido a su temor a perder esta plaza. Se demostró que su razonamiento era acertado. Pues 8
tan pronto como Vitigis y el ejército de los godos se enteraron de que Arímino había sido ocupada, se vieron sumidos en un gran temor por Rávena y, abandonando cualquier otra consideración, inmediatamente procedieron a llevar a cabo su retirada, como en seguida narraré. Juan se granjeó una fa- 9
ma considerable por esta acción, aun cuando ya antes era un guerrero renombrado. Era audaz y eficiente como el que más, 10
resuelto ante los peligros y siempre llevaba una forma de vida austera y habituada a soportar las penalidades que no era inferior en absoluto a la de ningún bárbaro ni soldado raso. Tales eran las cualidades de Juan. Por su parte, Matasunta, la 11
esposa de Vitigis, que era extremadamente hostil a su marido porque la había tomado por esposa a la fuerza desde un

Estuvo considerada como la llave de la costa oriental de Italia. Su captura por parte de Julio César confirmó el estallido de la segunda guerra civil en Roma. La Vía Flaminia, construida por Gayo Flaminio, unía Roma con esta ciudad costera. Es la actual Rimini. Según Procopio, a un día de viaje de Rávena (algo más de 37 km. de distancia).

principio[69], nada más enterarse de que Juan había llegado a Arímino, se mostró sumamente llena de alegría y, tras enviarle un mensajero, entró en negociaciones secretas para acordar el matrimonio y la entrega a traición de la ciudad.

12 Éstos se mandaban constantemente mensajeros el uno a la otra a ocultas de los demás y a fin de arreglar estos asuntos. Pero cuando los godos se enteraron de lo que había acontecido en Arímino y, al faltarles a ellos al mismo tiempo todas las provisiones y habiendo expirado ya el plazo de los tres meses, empezaron a llevar a cabo la retirada, aun a pesar de que, por lo que respecta a los embajadores, todavía no les había
13 llegado ninguna información. Entonces era la época del equinoccio de primavera y se había consumido un año y nueve días más en el asedio cuando los godos, tras haber prendido fuego a todos sus campamentos fortificados, se pusieron en
14 marcha al amanecer. Por su parte, los romanos, que vieron a sus adversarios en plena huida, se encontraban en duda sobre cómo manejar la situación presente, ya que se daba la circunstancia de que la mayor parte de los soldados de caballería se encontraban entonces ausentes en los diferentes lugares a los que habían sido enviados, como ya he explicado anteriormente[70], y no consideraban que ellos fueran unos contrincantes capaces de combatir con garantías contra un ejército enemigo de tan considerable número de efectivos. Con todo, Belisario armó a la totalidad de los soldados de in-
15 fantería y de caballería. Cuando vio a más de la mitad de los enemigos cruzando el puente, hizo salir por la puerta Pinciana al ejército y la batalla que se produjo cuerpo a cuer-
16 po no fue inferior a ninguna de las anteriores. Al comienzo los bárbaros hicieron frente a los enemigos vigorosamente y muchos soldados de los dos bandos cayeron muertos en el

---

[69] Cf. V 11, 27.
[70] Cf. VI 7, 25.

curso del primer encuentro; más tarde, sin embargo, los go-
dos se dieron a la fuga y se provocaron a sí mismos un enor-
me y aplastante desastre, pues cada hombre se daba prisa por 17
cruzar el puente el primero y, como resultado de esto, llega-
ron a encontrarse amontonados en un espacio muy estrecho
y sufrían de la forma más despiadada, dado que morían tan-
to a manos de los enemigos como de ellos mismos. Muchos 18
también cayeron al río desde ambos lados del puente y mu-
rieron al hundirse por el peso de sus propias armas. Final-
mente, y después de haber perdido a la mayoría de esta la-
mentable forma, los restantes se unieron a los que habían
cruzado anteriormente. Longino, Isauro y Mundilas, los lan- 19
ceros de Belisario, se distinguieron de forma sobresaliente
por su valor en esa batalla. Sin embargo, mientras Mundilas,
que había entrado en combate con cuatro bárbaros uno detrás
de otro, les dio muerte a todos y salvó su vida, Longino, que 20
se había convertido en el artífice principal de la derrota de los
enemigos, cayó en el mismo lugar donde estaba luchando,
dejando al ejército romano sumido en un gran dolor por su
pérdida.

Por su parte, Vitigis, con lo que quedaba de su ejército, 11
puso rumbo a Rávena y reforzó las plazas fortificadas con un buen número de guardias. En Clusio[71], la ciudad de Toscana, dejó a un millar de hombres y a Gibimer al mando de ellos, y en Urbivento[72] también apostó al mismo número de soldados, a los cuales asignó entonces como jefe a Albilas, un go-

[71] Ciudad de Etruria situada al sudoeste del lago Trasimeno; fue una de las Doce Ciudades de Etruria entre Volsinii y Ad Statuas Novas, al pie de la Vía Cassia; hoy día Chiusi en la Toscana.

[72] El nombre de la ciudad de Umbría parece que procede de la corrupción del sintagma Urbs Vetus. Debe de tratarse de la actual ciudad de Orvieto; se encontraba situada al oeste de Espoleto y a poca distancia de la Vía Cassia.

do. A Uligísalo lo puso al mando de Túdera[73] con cuatrocien-
2 tos hombres. En el territorio de Picenos formó en la plaza fuerte de Petra[74] una guarnición de cuatrocientos hombres que habían vivido allí anteriormente y en Áuximo, que es la mayor de todas las ciudades de aquella región, quedaron cuatro mil godos seleccionados por su valor cuyo jefe era un hombre especialmente enérgico, de nombre Visando[75], y dos
3 mil hombres con Moras en la ciudad de Urbino. Hay también otras dos fortalezas, Cesena y Monteféretra[76], en cada una de las cuales estableció entonces una guarnición de no menos de quinientos hombres. Finalmente, él en persona se dirigió directamente a Arímino con el resto del ejército con el propósito de poner sitio a la ciudad.

4 Sin embargo, se dio la circunstancia de que Belisario, tan pronto como los godos levantaron el asedio de Roma, envió a Ildiger y a Martino con un millar de hombres con la finalidad de que recorrieran en menos tiempo la distancia por otra carretera y se anticiparan a la llegada a Arímino de los enemigos. Les encargó que, con la mayor presteza posible, se llevaran de allí a Juan y a todos los hombres que estaban a sus órdenes y que, en lugar de éstos, formaran una guarnición con los hombres suficientes para vigilar la ciudad, tomándolos de la fortaleza que se encuentra en el golfo Jónico, cuyo

[73] Tuder o Tudertum, la actual Todi, ciudad de Umbría, junto al río Tíber, situada entre las poblaciones de Ameria y Vettona, en la Vía Amerina. Estuvo consagrada al dios Marte.

[74] Petra Pertusa, situada en la Vía Flaminia en Picenum Annonarium entre Urbino y la costa del mar Adriático. Procopio aporta una detallada descripción del lugar en VI 11 10-14.

[75] Jefe hérulo, cf. VI 13, 18.

[76] La primera es una ciudad interior situada al sur de la Galia Cispadana, al noroeste de Ariminum y al pie de la Vía Emilia; hoy día Cesena; por su parte, Monteféretra es la actual Montefeltro, en la provincia de Urbino.

nombre es Ancón[77] y que está a una distancia de Arímino de dos días de camino, pues se había apoderado de ella no mu- 5
cho antes, después de haber enviado a Conón con un ejército no pequeño integrado por isáuricos y tracios. Belisario alber- 6
gaba la esperanza de que, si ocupaban Arímino los soldados de infantería solos y ya que ellos contaban únicamente con unos comandantes de escasa relevancia, las fuerzas militares de los godos jamás emprenderían el asedio de la ciudad, sino que, por el contrario, los mirarían con desprecio y se dirigirían inmediatamente a Rávena, y también de que, en el supuesto caso de que estuvieran dispuestos a poner sitio a Arímino, las provisiones serían suficientes para la infantería durante un período de tiempo más largo. También tenía la idea 7
de que dos mil soldados de caballería[78] que atacaran desde el exterior en compañía del resto del ejército podrían hacer mucho daño a los enemigos y obligarlos con más facilidad a levantar el asedio. Fue con este propósito con el que Belisario 8
dio tales órdenes a Martino y a Ildiger y a los hombres que los acompañaban. Ellos, viajando por la Vía Flaminia, llegaron mucho antes que los bárbaros, comoquiera que los godos, de- 9
bido a la gran multitud de hombres que eran, avanzaban con mucha mayor lentitud y se veían obligados a efectuar largos rodeos debido tanto a la falta de provisiones como a que no deseaban pasar cerca de las plazas fuertes que se encontraban en la Vía Flaminia: Narnia, Espoleto y Perusia[79], dado que es-

[77] La actual Ancona, ciudad marítima de Picenos situada entre dos promontorios, uno de ellos el Cumerium, al sureste de Senogallia. Fundación doria, la ciudad fue agrandada por unos siracusanos que huían del tirano Dionisio; posteriormente, fue de nuevo ampliada y se construyó en ella un puerto por orden del emperador Trajano.

[78] Recordemos que se trata del contingente militar al mando del cual había salido Juan para asolar el territorio de Picenos (cf. VI 10, 1) y con el que en esos momentos estaba ocupando la ciudad de Arímino.

[79] Ciudades de Etruria; la última es la actual Perugia. Véase nota 230 del libro V.

taban ocupadas por los enemigos, como ya he contado anteriormente[80].

10 Por su parte, el ejército romano, cuando vino a dar con la plaza fuerte de Petra, hizo una tentativa contra la fortaleza que había allí, contemplando esta acción como algo accidental en su expedición. Esta fortaleza no había sido construida por la mano del hombre, sino que fue trazada por la naturaleza del lugar, pues allí la carretera atraviesa un territorio ex-
11 traordinariamente escarpado. A la derecha de la carretera baja un río que ninguna persona puede vadear debido a la rapidez que alcanza su corriente y, a la izquierda y no a mucha distancia, se alza una roca escarpada y que alcanza una altura tal, que si unos hombres que estuvieran de pie en su cumbre fueran vistos por otros que estuvieran en su base, pa-
12 recerían pájaros diminutos. Antes, en ese lugar, a medida que uno avanzaba, no encontraba ningún paso a través, puesto que la roca al final llegaba hasta la mismísima corriente del río, lo que no proporcionaba posibilidad alguna de pasar a los
13 que por allí viajaban. Por consiguiente, los hombres de la antigüedad perforaron un túnel en ese punto y abrieron por allí
14 una puerta de acceso al lugar[81]. Además cerraron la mayor parte de la otra entrada[82], con la única excepción de que dejaron allí un reducido espacio, suficiente para una poterna[83], y, de esta forma, convirtieron el lugar en una fortaleza natural a la que denominaron con el apropiado nombre de Petra.

---

[80] Cf. V 29, 3.

[81] Ya había anteriormente uno que databa del tiempo de los etruscos, si bien el emperador Vespasiano mandó excavar uno nuevo, al darse cuenta de la dificultad que suponía para sus legiones pasar por aquel lugar: las obras se prolongaron por espacio de un lustro y no estuvieron concluidas hasta el año 76 d. C. La puerta estaba en el extremo sur.

[82] La puerta norte.

[83] Puertecilla o portezuela, es decir, una puerta menor que cualquiera de las principales de cualquier fortificación, y mayor que un portillo, que normalmente da al foso o al extremo de una rampa.

Pues bien, los hombres de Martino y de Ildiger primero lle- 15
varon a cabo un ataque contra una de las dos puertas[84] y dispararon un buen número de proyectiles, pero no consiguieron nada, aun cuando los bárbaros que se encontraban allí no se defendieron en absoluto. Más tarde, sin embargo, se abrieron paso escalando la escarpada roca por la parte trasera y desde
allí arrojaron piedras sobre las cabezas de los godos. Éstos, a 16
la carrera y en medio de una gran confusión, entraron en sus casas y allí permanecieron sin moverse. En ese momento los romanos, como no eran capaces de acertar con sus lanzamientos de piedras a uno solo de los enemigos, tramaron el
siguiente plan: cortaron grandes trozos de roca y, empujando 17
muchos de ellos hasta que estuvieron juntos, los arrojaban
abajo apuntando a las casas. Aunque éstos en su caída no ha- 18
cían más que rozar levemente los edificios, sacudían de un modo notable toda la fortaleza y dejaban a los bárbaros su-
midos en un estado de terror considerable. Por esta razón 19
precisamente los godos les tendieron la mano a los que estaban todavía en torno a la puerta y se entregaron ellos mismos junto con la fortaleza, con la condición de que permanecieran sin sufrir ningún daño como esclavos del emperador y
súbditos de Belisario. Entonces Ildiger y Martino sacaron a 20
la mayor parte de ellos y se los llevaron poniéndolos en pie de equidad e igualdad completas con ellos mismos, aunque dejaron allí a un reducido número de godos en compañía de sus hijos y esposas. Asimismo dejaron en la guarnición de
vigilancia un cierto contingente de romanos. Desde allí 21
siguieron su camino hasta Ancón y, tras haber tomado con ellos a un buen número de los soldados de infantería que servían en aquel lugar, llegaron allí al tercer día e informaron
del propósito de Belisario. Sin embargo, Juan no sólo no 22
estaba dispuesto a seguirlos, sino que, además, se proponía

[84] La superior, es decir, la puerta sur.

retener a Damián junto con los cuatrocientos hombres[85]. Así que, tras dejar allí a la infantería, se retiraron del lugar a toda velocidad llevándose con ellos a los lanceros y escuderos de Belisario.

12 Poco tiempo después, Vitigis llegó con todo su ejército a Arímino, donde estableció su campamento y, a continuación, dio comienzo al asedio. Construyeron una torre de madera que superaba en altura las fortificaciones de la ciudad, cuyo peso lo soportaban cuatro ruedas, y la arrastraron hasta la parte de la muralla por donde les parecía que ésta era más fácil de ata-
2 car. Sin embargo, con la intención de no sufrir la misma experiencia negativa que les vino a suceder delante de las murallas de Roma, no arrastraron la torre por medio de bueyes, sino que ellos mismos se escondieron dentro de ella y de esta forma ti-
3 raban de ella hacia adelante. Había dentro de la torre una escalera de gran anchura a través de la cual la gran multitud de bárbaros iba a realizar cómodamente la subida con la esperanza de que, tan pronto como apoyaran la torre contra las fortificaciones, no encontrarían ninguna dificultad en pasar de allí al parapeto de las murallas, pues la altura de la torre había sido
4 calculada de acuerdo con eso. Por consiguiente, en cuanto se encontraron ya a muy poca distancia de las fortificaciones con dicha máquina de guerra, por el momento permanecieron sin moverse, puesto que ya estaba oscureciendo, y, tras apostar vigilantes en torno a la torre, todos ellos pasaron la noche al aire libre, pues suponían que no se les iba a presentar ningún in-
5 conveniente en absoluto. Efectivamente, no había ni un solo obstáculo, ni siquiera un foso entre ellos y la muralla, como no fuera uno sumamente pequeño que allí existía.

Por lo que respecta a los romanos, pasaron la noche con un miedo enorme en la idea de que, a la mañana siguiente,

[85] Cf. VI 7, 26.

iban a perecer. Sin embargo, Juan no se abandonó a la deses- 6
peración ante el peligro, ni tampoco se llenó de ansiedad provocada por el miedo, sino que tramó el siguiente plan: dejó a los demás en los puestos de guardia y él, en compañía de los isáuricos, que llevaban zapapicos y diversas herramientas de esta clase, ya a altas horas de la madrugada y sin haber advertido nada a nadie de la ciudad, les ordenó que hicieran el foso más profundo, una vez que se encontraron fuera del recinto amurallado. Ellos obraron conforme a estas instruccio- 7
nes, y la tierra que sacaban de allí la amontonaban todo el tiempo en el lado del foso que estaba más cerca de las fortificaciones para que les sirviera como muralla. Como pasaron 8
inadvertidos a los enemigos, que se encontraban durmiendo, durante un largo espacio de tiempo, al poco rato habían conseguido que el foso fuera profundo y suficientemente ancho, precisamente en un punto donde las fortificaciones eran especialmente fáciles de atacar y donde los bárbaros iban a llevar a cabo un asalto con su máquina de guerra. Sin embargo, los enemigos, ya bien entrada la noche, se dieron cuenta 9
de lo que se estaba haciendo y entonces cargaron a toda velocidad contra los hombres que estaban excavando el foso y Juan en compañía de los isáuricos entró en la parte interior de las fortificaciones, puesto que el foso y todo lo que estaba a su alrededor se encontraban ya en unas condiciones inmejorables.

Por su parte, Vitigis se dio cuenta al amanecer de lo que 10
habían hecho los romanos y, sumamente consternado por lo ocurrido, mandó ejecutar a algunos de los que habían hecho guardia. Sin embargo, como no estaba menos ansioso por llevar su máquina de guerra, ordenó a los godos arrojar al interior del foso con la mayor rapidez que pudieran una considerable cantidad de manojos de varas de madera y, de esta forma, arrastrando la torre por encima de ellos, conducirla a la posición adecuada. Ellos lo hicieron como había indicado 11

Vitigis, con gran diligencia, a pesar de que los adversarios los
rechazaban de la muralla de la forma más enérgica. Pero los
haces de varas, al sobrevenirles encima el peso de la torre,
12 como era previsible, cedieron y se hundieron hacia abajo. Por
esta razón precisamente los bárbaros ya no pudieron avanzar
más adelante con la máquina, puesto que el terreno se les ha-
cía todavía más cuesta arriba justamente donde los romanos,
como ya he explicado, habían amontonado la tierra excava-
13 da. En consecuencia, como temían que los enemigos, cuando
se hiciera de noche, efectuaran una salida repentina y pren-
14 dieran fuego a la torre, la arrastraron hacia atrás de nuevo.
Esto era precisamente lo que Juan estaba deseoso de impedir
con todas sus fuerzas y, en consecuencia, armó a sus solda-
dos y, después de convocarlos a todos, los arengó con las si-
guientes palabras:

15 «Vosotros, mis hombres, que compartís este peligro co-
mún a todos nosotros, si es del agrado de alguno de vosotros
vivir y ver a aquellos que habéis dejado en casa, que sepa él
que la única esperanza que tiene de obtener estas recompen-
sas no depende de otra cosa que no sean sus propias manos.
16 Pues cuando Belisario nos envió en expedición al principio,
la esperanza y el deseo de conseguir multitud de cosas nos
17 impulsaba a actuar con diligencia en las tareas. Nosotros ni
sospechábamos que íbamos a sufrir un asedio en una tierra
que está junto a la costa, dado que los romanos dominan el
mar de una forma tan aplastante, ni tampoco nadie podía ha-
ber supuesto que el ejército del emperador se iba a olvidar de
18 nosotros de un modo tan flagrante. Sin embargo, dejando
aparte estas consideraciones, por aquel entonces lo que nos
daba valor eran, por una parte, la posibilidad de demostrar
nuestra fidelidad al estado y, por otra, la gloria que podría-
mos obtener a los ojos de todos los hombres como resultado
19 de estas batallas. Sin embargo, en estos momentos no es po-
sible que nosotros sobrevivamos como no sea con la ayuda

del coraje y no estamos obligados a afrontar este riesgo por
ninguna otra razón salvo para que podamos seguir con vida. 20
De esta forma, si a algunos de vosotros les toca en suerte te-
ner que hacer una demostración de valor, todos tenéis la
oportunidad de mostraros como valientes, tanto como el que
más, y, en consecuencia, de convertiros en hombres renom-
brados. Los que obtienen buena fama no son los que han ven- 21
cido a un rival más débil que ellos, sino los que, siendo infe-
riores en equipamiento, sin embargo consiguen triunfar por
la grandeza de su espíritu. En lo que respecta a aquellos hom- 22
bres en los que el amor a la vida está fuertemente implanta-
do, para éstos especialmente será de provecho comportarse
con atrevimiento, puesto que todos los seres humanos en ge-
neral, cuando su situación está en el filo de la navaja[86], como
es nuestro caso en estos momentos, está demostrado que úni-
camente podrán salvar su vida si menosprecian los peligros».

Tras dirigirles estas palabras, Juan hizo salir a su ejército 23
contra los enemigos, dejando a unos cuantos hombres para
guardar el parapeto. Sin embargo, sus adversarios les opusie- 24
ron una viril resistencia y la batalla que se desencadenó fue
sumamente encarnizada. Con grandes dificultades y ya a una
hora avanzada del día, los bárbaros lograron introducir la to-
rre en su propio campamento. Sin embargo, perdieron una 25
cantidad tan considerable de sus combatientes, que decidie-
ron no atacar más la muralla de ahí en adelante, sino que,
desesperando ya de lograr sus objetivos, permanecieron sin
moverse, esperando que los enemigos, agobiados por el ham-
bre, se rindieran a ellos, ya que estaban faltos de todo tipo
de provisiones, puesto que no habían encontrado un lugar de
donde pudieran introducir en la ciudad suficiente abasteci-
miento de ellas.

---

[86] Expresión proverbial que ya aparece en *Ilíada* X 173 o HERÓDOTO, *Historias* VI 11, 2.

26 Tal fue el desarrollo de los acontecimientos allí. Por su
parte, Belisario envió a los que habían venido de Medio-
27 lano[87] mil hombres, isáuricos y tracios. Los isáuricos estaban
al mando de Enes, mientras que los tracios obedecían las ór-
denes de Pablo, y Mundilas fue puesto al frente de todos
ellos y los mandaba personalmente teniendo a su disposición
a unos cuantos de los escuderos de Belisario. Con ellos esta-
ba también Fidelio, que había sido prefecto del pretorio[88],
28 pues, al ser natural de Mediolano, era considerado un hom-
bre idóneo para acompañar al ejército, comoquiera que tenía
29 una cierta influencia en Liguria. En consecuencia, tras hacer-
se a la mar en el puerto de Roma, atracaron en Genua, ciudad
que es la última de Toscana[89] y que se encuentra bien situa-
30 da como escala en la travesía a la Galia e Hispania. Allí de-
jaron entonces sus naves y siguieron adelante su viaje por tie-
rra, depositando los botes de los barcos en carros, con idea de
que nada pudiera servirles de impedimento para cruzar el río
31 Po. Fue de esta forma, ciertamente, como realizaron el paso
del río. Cuando llegaron a la ciudad de Ticino[90], tras cruzar
el Po, los godos salieron a su encuentro y se enzarzaron en

---

87 Cf. VI 7, 35.

88 Para este personaje y para el cargo de prefecto del pretorio cf. notas 188 y 264 del libro V.

89 En realidad, Genua o Génova está en Liguria, hoy día confinando con las provincias de Spezia, Parma, Piacenza, Alessandria y Savona y con el golfo que lleva su nombre (en la antigüedad Sinus Ligusticus, golfo de Liguria); era la antigua Antium, importante ciudad costera situada entre Ad Figlinas y Ricina. Fue destruida por Magón, el hermano de Aníbal, y reconstruida por el cónsul Lucrecio; era famosa por su madera; asimismo, recordemos que hoy día su puerto es el más importante de Italia y uno de los primeros de todo el Mediterráneo.

90 Ticinum, posteriormente Papia, ciudad de los insubres o insubrios, situada en la Galia Transpadana junto al río del mismo nombre (actualmente Tesino), en las cercanías de la confluencia de éste con el Po, entre Laumellum y Mediolanum. Es la actual Pavía.

una batalla cuerpo a cuerpo. Eran ésas numerosas y excelen- 32
tes tropas, puesto que todos los bárbaros que residían en aquella región habían depositado las más valiosas de sus posesiones en Ticino, dado que era un lugar que disponía de fuertes defensas, y habían dejado allí una guarnición de vigilancia digna de consideración. Pues bien, se produjo una en- 33
carnizada batalla en la que los romanos resultaron vencedores y, tras poner en fuga a sus adversarios, dieron muerte a un buen número de ellos y les faltó poco para conquistar la ciudad en la persecución. A duras penas lograron los bárbaros cerrar las puertas de la ciudad, tan encima de ellos los hostigaban los enemigos. Mientras los romanos marchaban ya en 34
retirada, Fidelio se quedó el último con la intención de orar en uno de los templos de la zona, pero, por cierta desdichada casualidad, su caballo tropezó y él cayó al suelo. Como ha- 35
bía caído a muy poca distancia de las fortificaciones, los godos lo vieron y salieron y le dieron muerte sin que se apercibieran de ello sus enemigos, motivo por el cual, cuando se percataron más tarde Mundilas y los romanos, quedaron sumamente disgustados.

Después de esto, llegaron a la ciudad de Mediolano y se 36
apoderaron de ella y del resto de Liguria sin batalla alguna. Cuando Vitigis se enteró de esto, envió a toda velocidad un 37
gran ejército al mando de Urayas, su sobrino. Teodiberto, el 38
caudillo de los francos, le envió a petición suya diez mil hombres como aliados, no de los propios francos, sino burguciones, con la idea de que no dieran la impresión de estar perjudicando la causa del emperador, pues, manifiesta y visi- 39
blemente, los burguciones hacían la expedición de forma voluntaria y por propia decisión y por obedecer las órdenes de Teodiberto. Los godos entonces, entremezclados con éstos, llegaron a Mediolano, levantaron su campamento y comenzaron el asedio sin que los romanos se lo esperaran en absoluto. De cualquier modo, los romanos, a consecuencia de es-

to, no pudieron introducir ninguna clase de provisiones, si-
no que, por el contrario, se sintieron angustiados inmediata-
40 mente debido a la falta de víveres. En verdad ni siquiera los
soldados mantenían la vigilancia de las fortificaciones, pues
se daba la circunstancia de que Mundilas se había apodera-
do de cuantas ciudades de las cercanías de Mediolano dispo-
nían de defensas, a saber, Bérgomo, Como y Novaria[91], así
como de algunas otras plazas fuertes, y en todas y cada una
de ellas había establecido guarniciones dignas de considera-
ción, en tanto que él mismo, en compañía de unos trescien-
tos hombres aproximadamente, permanecía en Mediolano y
41 con él estaban Enes y Pablo. De tal forma y por necesidad,
los habitantes de la ciudad mantenían constantemente la vi-
gilancia por turnos. Tal fue el desarrollo de los aconteci-
mientos en Liguria y el invierno tocó a su fin, con lo que
concluyó el tercer año de la presente guerra cuya historia ha
escrito Procopio[92].

13 Por su parte, Belisario, aproximadamente en torno al sols-
ticio de verano, se dirigió contra Vitigis y el ejército de los
godos. Dejó a unos cuantos hombres a cargo de la vigilancia
2 de Roma, pero se llevó a todos los demás consigo. Envió
unos hombres a Túdera y Clusio[93] con el encargo de levantar

[91] Bergomum, ciudad de la Galia Transpadana, situada hacia el límite centro-oriental de ésta con la Venetia, en la ribera derecha y curso medio del río Sarius (el actual Serio), subafluente del Po. La actual Bérgamo. Por su parte, Como es otra ciudad de Galia Transpadana, en su caso situada en el extremo meridional del Lacus Larius; hoy día es la ciudad de Como, cuyo nombre ha tomado también el lago alpino. Colonizada por César, también llevó el nombre de *Novum Comum*. Finalmente, Novaria es la ciudad de los insubres o insubrios, la actual Novara, situada en el Piamonte lindando con las provincias de Milán, Pavía y Varese.

[92] 537-538 d. C.

[93] Cf. notas 71 y 73.

allí campamentos fortificados, pues tenía la intención de seguirlos y colaborar con ellos en el asedio a los bárbaros en
esos lugares. Sin embargo, cuando los bárbaros se enteraron 3
de que se acercaba el ejército, no se mostraron dispuestos a afrontar el peligro, sino que enviaron embajadores ante Belisario y le prometieron que se entregarían ellos mismos y cada una de las dos ciudades con la condición de que permanecieran sin sufrir ningún daño. En cuanto él se encontró allí,
cumplieron la promesa. Belisario sacó a todos los godos de 4
esas ciudades y los envió a Sicilia y a Neápolis, y, tras establecer una guarnición en Clusio y en Túdera, condujo adelante a su ejército.

Mientras tanto, sin embargo, Vitigis había enviado otro 5
ejército a Áuximo, bajo el mando de Vácimo, con la orden de unir sus fuerzas a los godos que allí se encontraban, marchar con ellos contra los enemigos que estaban en Ancón y efec-
tuar un intento sobre la fortaleza de allí. Esta fortaleza de 6
Ancón[94] es una especie de roca puntiaguda, circunstancia de la que ha tomado su nombre, dado que es sumamente pareci-
da a un codo[95]. Se encuentra aproximadamente a una distan- 7
cia de ochenta estadios de la ciudad de Áuximo[96], a la que sirve de fondeadero. Las fortificaciones de la fortaleza se encuentran sobre una roca puntiaguda en una posición segura, pero todos los edificios, que están situados en su parte exterior, a pesar de que son muchos, han estado desde tiempos
antiguos sin la protección de una muralla. Por su parte, 8
Conón, que estaba al frente de la guarnición de la plaza fuerte, tan pronto como oyó decir que las tropas de Vácimo venían contra él y que ya no se encontraban a mucha distancia,
hizo toda una demostración de insensatez, pues consideró 9

[94] Cf. nota 77.

[95] Éste precisamente es el significado de la palabra griega *ankṓn*.

[96] 14,4 km. aproximadamente.

que no tenía mucha importancia preservar sin sufrir ningún
daño la fortaleza ni a los habitantes de la misma y a los
soldados, y dejó las fortificaciones completamente despro-
vistas de hombres. Se los llevó fuera a todos a una distancia
de cinco estadios aproximadamente, los colocó alineados co-
mo para entrar en batalla, pero sin formar una falange pro-
funda, sino desplegada de tal forma que rodeara la totalidad
10 de la base de la montaña, como si fuese para una cacería. Sin
embargo, cuando vieron que los enemigos eran muy superio-
res a ellos en número, volvieron la espalda y huyeron de in-
11 mediato en dirección a la fortaleza. Los bárbaros, que iban
tras ellos en su persecución, dieron muerte allí mismo a la
mayor parte de cuantos no pudieron anticipárseles a penetrar
en el interior del recinto amurallado, y entonces apoyaron es-
caleras contra la muralla e intentaron la subida. Algunos, sin
embargo, quemaban las casas que estaban en la parte exterior
12 de la fortaleza. Los romanos que residían en ella, aterrados
ante lo que estaba ocurriendo, se adelantaron a abrir la porte-
zuela y recibieron a los soldados que huían en completo des-
13 orden. Pero cuando vieron a los bárbaros presionando a muy
poca distancia a los fugitivos, temieron que aquellos penetra-
ran en la ciudadela al mismo tiempo que éstos, por lo que ce-
rraron las puertas lo más rápidamente que pudieron y tiraron
cuerdas desde el parapeto y lograron salvar a algunos, entre
14 ellos al propio Conón, tirando de ellos hacia arriba. Con to-
do, los bárbaros, con ayuda de las escaleras, subieron a la
muralla y estuvieron a punto de capturar la ciudadela al asal-
to, y lo habrían logrado si no hubiera sido por dos hombres
que, con un admirable despliegue de hazañas, rechazaron
con valentía a aquellos adversarios que ya se encontraban en
el parapeto. Uno de estos dos hombres era un lancero de
Belisario, originario de Tracia y que respondía al nombre
de Ulimut, mientras que el otro era lancero de Valeriano,
15 Gubulgudo de nombre y maságeta de nacimiento. Daba la

casualidad de que, por un afortunado azar, estos dos hombres habían llegado en barco a Ancón poco antes; y en la presente batalla, rechazando con sus espadas a los que escalaban la muralla, habían logrado salvar la fortaleza en contra de lo esperado. Sin embargo, ellos mismos fueron retirados de allí medio muertos y con el cuerpo entero cubierto de heridas.

Por aquel entonces se informó a Belisario de que Narsés ha- 16
bía llegado de Bizancio acompañado de un numeroso ejército y se encontraba en Picenos. Este tal Narsés[97] era un eunuco y administrador[98] de los tesoros del emperador, pero, por lo demás, un hombre resuelto y más enérgico de lo que se espera en un
eunuco. Lo seguían cinco mil soldados, al frente de los cuales, 17
por destacamentos, estaban diferentes hombres, entre los que se encontraban Justino, el general de los ilirios, y un segundo Narsés, que ya anteriormente había llegado a las tierras de los romanos como desertor de los armenios, que estaban sometidos a los persas. Este llegó en compañía de su hermano Aracio[99], que daba la casualidad de que, un poco antes de esto, se había
unido a Belisario con otro ejército. También lo acompañaban 18
aproximadamente dos mil hombres de la nación de los hérulos, al mando de los cuales estaban Visando, Alovit y Faníteo.

Explicaré ahora quiénes eran los hérulos y cómo entraron **14**
en alianza con los romanos[100]. Desde tiempos antiguos, ha-

[97] Narsés era un armenio de Persia que ya nombra Procopio en I 15, 31 y 25, 24, el eunuco que gozará del apoyo de la emperatriz Teodora y que mantendrá una importante rivalidad con Belisario.

[98] O intendente (es decir, jefe superior económico): el término griego es *tamías*.

[99] Para ambos personajes cf. I 12, 21.

[100] Da inicio aquí Procopio a un extenso inciso de carácter geográfico, histórico y también etnográfico que va a abarcar los capítulos XIV y XV. Para más información sobre los hérulos, cf. IV 4, 30, y notas 23 del libro IV y 202 del III. Por cierto, como puede observarse, preferimos la forma con *h-* de su nombre.

bitaban más allá del río Istro[101] y rendían culto a una ingente cantidad de dioses, a los que les parecía piadoso propiciar
2 incluso por medio de sacrificios humanos. Observaban un buen número de costumbres que no eran acordes con las de otros hombres, pues no se les permitía seguir viviendo cuando se hacían viejos ni cuando caían enfermos, sino que, tan pronto como uno de ellos era alcanzado por la vejez o por una enfermedad, se le volvía obligatorio pedir a sus familiares que lo hicieran desaparecer de entre los hombres a la
3 mayor brevedad posible. Dichos familiares, tras apilar una buena cantidad de leña hasta que alcanzara una altura considerable, sentaban al hombre en la cima de los maderos y entonces enviaban a uno de los hérulos, que no fuera de su fa-
4 milia, provisto de una espada corta, dado que no era conforme a derecho que un pariente fuera su verdugo. Cuando el ejecutor de su familiar se había retirado de allí, en seguida prendían fuego a la totalidad de la leña, empezando
5 por los extremos. Cuando el incendio cesaba, tras recoger inmediatamente los huesos, procedían a su enterramiento.
6 Cuando un varón hérulo moría, era obligatorio para su mujer, si tenía la pretensión de ser considerada virtuosa y deseaba dejar un buen nombre tras de sí, morir no largo tiempo después, ahorcándose con una soga junto a la tumba de su mari-
7 do. En el caso de que no hiciera esto, la consecuencia era que en el futuro pasaba a estar mal vista y servía de oprobio viviente para los familiares de su esposo. Tales eran las costumbres practicadas por los hérulos en los tiempos antiguos.

8 Sin embargo, con el correr del tiempo, llegaron a ser superiores a todos los pueblos bárbaros que habitaban en torno a ellos por su poder y por su numerosa población y, como era de esperar, atacaban a cada uno de éstos y los vencían y sa-
9 queaban sus posesiones por la fuerza. Sometieron a los lon-

[101] El Danubio, que, recordemos, desemboca en el mar Negro.

gobardos[102], que eran cristianos, y también a algunos otros pueblos y los convirtieron en tributarios suyos, aun a pesar de que los bárbaros de aquella región no estaban acostumbrados a tal estado; sin embargo, los hérulos se veían impulsados a comportarse así por su afán de dinero y su espíritu desenfrenado. Con todo, cuando Anastasio recibió el poder imperial sobre los romanos[103], los hérulos, que no tenían ya a quiénes atacar sobre la faz de la tierra, depusieron las armas y permanecieron sin moverse, y de esa forma consumieron

[102] Los langobardos, longobardos o lombardos (variantes del nombre que parece ser tenía el significado de «hombres de largas barbas») eran un pueblo germánico procedente de Escandinavia que durante el siglo I d. C. se instaló en el Elba inferior; de allí avanzarán en dirección sureste y fundarán en la región del Danubio su primer reino (en Panonia); precisamente, una de las consecuencias importantes de la Guerra Gótica para la historia de Italia va a ser en el futuro la invasión de los longobardos y su asentamiento en tierras italianas. Como hemos comentado más arriba, con un núcleo étnico (*Stamm*) originado en el curso del Elba inferior, la etnogénesis histórica de los longobardos se produjo en la primera mitad del siglo V en Panonia. Allí habían aglutinado a otros restos de pueblos bárbaros o fragmentos de la explosión del Imperio de Atila, convirtiéndose básicamente en jinetes seminómadas. Sería allí donde entrarían en contacto con el Imperio romanobizantino, bien por contactos comerciales, bien sirviendo en el ejército encuadrados en los séquitos de sus nobles, mientras que la adopción del cristianismo en su versión arriana les dotaría de identidad étnica germánica y de una estructura jerárquica más centralizada, todo ello al servicio de una reciente monarquía militar fundada por Waco o Vaces, *Uákes* como aparece en Procopio, (hacia 510-540). La invasión de los longobardos en Italia sería en gran parte provocada por el propio Justiniano, que los utilizó en la fase final de la guerra contra los ostrogodos (el emperador les concedió Panonia en el año 546). En el 568, bajo el impulso de su rey Alboíno, invadieron la Italia bizantina y conquistaron gran parte del país; el rey se instaló en el norte de la península y en Pavía, Espoleto y Benevento se constituyeron ducados lombardos independientes en la segunda mitad del siglo VI.

[103] En el año 491 d. C.

11 un período de tres años en paz. Pero ellos mismos estaban
sumamente inquietos y empezaron a dirigir continuos repro-
ches sin moderación alguna a su caudillo Rodulfo. Acudían
con frecuencia ante él y lo tachaban de cobarde y afemina-
do, lo vituperaban con una actitud de lo más rebelde con
burlas en las que le aplicaban, además, algunos calificativos
12 insultantes. Rodulfo, al ser incapaz de soportar los imprope-
rios en modo alguno, marchó en son de guerra contra los
longobardos, que jamás habían delinquido. Ni siquiera les
achacó falta alguna ni alegó ninguna violación de los acuer-
dos establecidos entre ellos, sino que dirigió contra ellos una
13 guerra que carecía de causa real. Cuando esto llegó a oídos
de los longobardos, enviaron embajadores ante Rodulfo e
hicieron averiguaciones. Le pidieron que les indicara la cau-
sa por la que los hérulos se habían levantado en armas con-
tra ellos. Se mostraron de acuerdo en que, si habían privado
a los hérulos de alguna parte del tributo, se lo pagarían de in-
mediato y además con considerables intereses; y si el moti-
vo de sus quejas era que sólo se les había impuesto un tribu-
to moderado, en ese caso los longobardos no se mostrarían
14 reacios a hacerlo de más cuantía. Estas fueron las propues-
tas que los embajadores presentaron. Sin embargo, Rodulfo
los despachó con amenazas y siguió su marcha adelante. A
continuación, enviaron de nuevo a otros emisarios a su pre-
sencia con idénticos objetivos y se dirigían a él en tono de
15 súplica con abundantes ruegos. Mas, tras ser también des-
pachados los segundos embajadores de la misma manera,
una tercera legación acudió a su presencia y les prohibió a
los hérulos emprender en modo alguno una guerra contra
16 ellos que no tenía ningún pretexto para producirse. Pues en
el caso de que aquéllos vinieran en contra suya con tales in-
tenciones, también ellos, no de forma voluntaria, sino obli-
gados por la más acuciante necesidad, se colocarían en for-
mación de batalla frente a sus agresores, y pusieron por

testigo a Dios, de quien precisamente el soplo más ligero de favor sería un adversario capaz de competir con total garantía con todo el poder de los hombres; por lo que, inducido por las causas de la guerra, sería probable que determinara cuál debía ser el resultado de la contienda para ambos bandos. Así fue como hablaron, pues pensaron que de esta for- 17
ma infundirían terror en sus agresores, pero los hérulos no retrocedían ante nada y decidieron trabar combate con los longobardos[104]. Cuando ambos ejércitos estuvieron a muy 18
poca distancia el uno del otro, sucedió que el cielo por encima de los longobardos quedó oscurecido por una nube negra y sumamente gruesa, mientras que sobre los hérulos el cielo permanecía extraordinariamente despejado. A juzgar por es- 19
to, se podría conjeturar que los hérulos entraban en combate para su propia perdición, pues no puede haber un presagio más negativo que éste para los bárbaros en el momento en que entran en combate. Sin embargo, los hérulos no le 20
prestaron atención a esto, sino que, despreocupados por completo del presagio, avanzaron contra los enemigos con gran altivez, pues deducían el desenlace de la guerra de la superioridad en número que tenían. No obstante, cuando 21
la batalla fue a las manos murieron un buen número de hérulos y, entre ellos, el propio Rodulfo, en tanto que todos los demás se dieron a la fuga a toda velocidad, olvidados por completo de su empuje. Los enemigos fueron en pos de ellos 22
y la mayoría cayó muerta en pleno campo de batalla sólo unos cuantos salvaron su vida.

Por este motivo precisamente los hérulos tuvieron que 23
abandonar sus tierras ancestrales y se retiraron de allí lo más rápidamente que pudieron, avanzando hacia adelante todo el tiempo, con sus mujeres y sus hijos, a través de todo el territorio que se encuentra más allá del río Istro. Cuando llegaron 24

[104] La batalla se produjo el año 509.

a la tierra donde antiguamente habitaban los rogos[105], que se habían unido al ejército de los godos y se habían marchado a
25 Italia, se establecieron en ese lugar. Sin embargo, al verse presionados por el hambre estando como estaban, en una tierra abandonada, se retiraron de allí al poco tiempo y llegaron a un lugar que se encontraba a escasa distancia del país de los
26 gépidas[106]. En un primer momento los gépidas les permitieron vivir allí y ser sus vecinos, pues se presentaron a ellos co-
27 mo suplicantes. Posteriormente, sin embargo, sin que mediara razón alguna, empezaron a practicar actos abominables contra ellos, pues violaban a sus mujeres, les arrebataban sus reses y demás posesiones y no se abstenían de cometer ninguna fechoría en absoluto; incluso, para terminar, empren-
28 dieron un ataque injusto contra ellos. Los hérulos no pudieron seguir soportando estas ofensas, por lo que cruzaron el río Istro y tomaron la decisión de vivir como vecinos de los romanos de aquella región. Todo esto ocurrió durante el reinado del emperador Anastasio, que precisamente los recibió con gran cordialidad y les permitió que se establecieran allí
29 donde estaban. Sin embargo, no mucho tiempo después estos bárbaros lo ofendieron al perpetrar actos abominables contra los romanos que allí residían, razón por la cual envió un ejér-
30 cito contra ellos. Y los romanos, tras obtener el triunfo en batalla, dieron muerte a la mayor parte y dispusieron de una
31 gran oportunidad de acabar con todos ellos. Sin embargo, los que quedaban se confiaron a la compasión de los generales y les suplicaron que les salvaran la vida y que, de ahí en adelante, los tuvieran como aliados y siervos del emperador. Al en-

---

[105] O rugios (Rugi o Rugii), pueblo germánico de las riberas del Báltico septentrional (situado en concreto en las proximidades de la isla denominada hoy día Rüzen) y que, con el paso del tiempo, se trasladaron a la zona de Nórica.

[106] Cf. III 2, 2-6 y también parte de un discurso dirigido por los lombardos al emperador (VII 24, 10 especialmente).

terarse Anastasio de esto, se sintió complacido y, en consecuencia, sucedió que quedaron vivos algunos hérulos, aunque no se convirtieron jamás en aliados de los romanos ni les hicieron a ellos favor alguno. 32

Sin embargo, cuando Justiniano recibió en sucesión el 33
trono imperial[107], los obsequió con tierras de buena calidad y con otras posesiones. De esta forma, logró por completo ganarse la amistad de ellos y, además, los convenció a todos para que se convirtieran al cristianismo. Por este motivo preci- 34
samente cambiaron su forma de vida, adoptando una más civilizada, y decidieron someterse completamente a las leyes de los cristianos y, de conformidad con los términos de su alianza militar, en multitud de ocasiones se alinean junto a los romanos contra sus enemigos. Sin embargo, todavía se 35
comportan de forma desleal con ellos y, comoquiera que son dados a la codicia, están ansiosos por emplear la violencia contra sus vecinos, sin que esta conducta les cause ninguna vergüenza. Incluso practican uniones contra natura, especial- 36
mente de hombres con asnos, y son los más aborrecibles de todos los seres humanos: unos canallas completamente abandonados a su suerte.

Más tarde, sin embargo, aun cuando un reducido número 37
de ellos permanecieron sujetos al pacto con los romanos, como contaré en el libro siguiente[108], todos los demás se rebelaron por el siguiente motivo: los hérulos, que mostraban su 38
carácter fanático y propio de animales salvajes contra su propio *rex*, —ese hombre respondía al nombre de Oco—, de forma repentina le dieron a muerte sin ninguna razón en absoluto y no alegaron otro pretexto que el hecho de que deseaban estar sin rey desde entonces en adelante. En verdad, incluso 39
antes el rey tenía el título que acreditaba tal cargo, pero, no

[107] En el 527 d. C.

[108] Cf. VII 34, 42.

obstante, no disfrutaba prácticamente de ninguna otra venta-
40 ja más que cualquier ciudadano particular. Por el contrario,
todos reclamaban el derecho a sentarse junto a él y a comer
en su compañía y aquel al que le viniera en gana podía insul-
41 tarlo sin reprimirse; y es que no hay nadie en el mundo que
esté menos sujeto a las convenciones y que sea más incons-
tante que los hérulos. Cuando ya habían perpetrado esa mala
42 acción, al momento se arrepintieron, pues sostenían que no
eran capaces de vivir sin un soberano ni sin un general; así
que, después de muchas deliberaciones, les pareció que era
más recomendable desde todos los puntos de vista hacer ve-
nir de la isla de Tule a alguno de los miembros de la familia
real. Voy a explicar inmediatamente la causa de esto.

15 Cuando los hérulos fueron derrotados por los longobar-
dos en la mencionada batalla[109], emigraron de sus hogares
ancestrales y, de entre ellos, unos, como he expuesto antes[110]
en detalle, pasaron a residir en los territorios de los ilirios,
mientras que los demás en ningún momento se mostraron
2 dispuestos a cruzar el río Istro, sino que se establecieron en
las mismas extremidades del mundo habitado. En cualquier
caso, estos hombres, dirigidos por muchos de sangre real,
atravesaron todas las naciones de los esclavenos, una tras
otra, y, después de cruzar una vasta extensión de territorio
deshabitado, se retiraron de allí al de los varnos[111], como se
3 les llama a éstos. A continuación, pasaron cerca de los pue-
blos de los danos[112] sin sufrir violencia a manos de los bár-

---

[109] Cf. VI 14, 17-22.

[110] Como indica Dewing en nota *ad loc.*, lo que va a contar inmediatamente Procopio no lo ha dicho antes.

[111] O Varinos, pueblo de Germania que habitó la región costera que corresponde al actual Mecklemburgo, la Pomerania occidental (en la antigua Alemania del Este).

[112] Grupo de tribus que habitaban la península de Dinamarca.

baros de la zona. Llegaron desde allí hasta el océano, se hi- 4
cieron a la mar y atracaron a la isla de Tule[113], en donde permanecieron.

Tule es una isla sumamente grande, pues viene a ser más
de diez veces más extensa que Britania. Está situada a mucha 5
distancia de ella hacia el norte. En esta isla se da la circunstancia de que la tierra en su mayor parte está abandonada, en tanto que en la zona habitada se encuentran establecidas trece naciones con una población muy numerosa y cada una
de dichas naciones tiene su rey. En ese lugar se produce to- 6
dos los años un fenómeno sorprendente, pues el sol en torno al solsticio de verano aproximadamente no se pone nunca durante cuarenta días, sino que, por el contrario, durante todo este tiempo brilla sobre la tierra de forma ininterrumpida[114].
Sin embargo, no menos de seis meses después, aproximada- 7
mente en el solsticio de invierno, el sol no se ve sobre la isla en ningún momento también durante cuarenta días, sino que, muy al contrario, la envuelve una noche sin final. Como consecuencia de esto, el abatimiento se apodera de las gentes de

---

[113] *Thule*. Su nombre proviene de la palabra *thyle*, que significa «oscuridad»: se trata de una isla de gran tamaño situada hacia el extremo norte del *mare Germanicum*. Existen diversas teorías respecto a la cuestión fundamental: a qué isla corresponde exactamente. Para unos sería alguna de las islas Orcadas o de las Shetland en Escocia; sin embargo, otros, tomando como base la descripción que hace de la isla el navegante Piteas, coetáneo de Alejandro Magno, que afirmaba haberla visitado, suponen que debe de tratarse de Islandia; finalmente, hay quien considera que corresponde a la zona septentrional de la península escandinava (que en la antigüedad todavía se consideraba una isla) o, más concretamente, el distrito de Telemark en Noruega. Sea como fuere, siempre se consideró la tierra más septentrional del mundo y todo un símbolo de país lejano: recordemos que los protagonistas de la novela bizantina de CERVANTES *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, son hijos de la reina de Tule y de la de Finlandia, respectivamente.

[114] Se trata del famoso sol de medianoche.

allí durante todo ese período de tiempo, puesto que no dispo-
nen de ningún medio para comunicarse los unos con los otros
8 durante este intervalo. Tan es así que, aunque yo deseaba fer-
vientemente viajar a esta isla y convertirme en testigo ocular
de los fenómenos que he referido, no se me presentó ocasión
9 alguna de hacerlo. No obstante, he hecho averiguaciones a
través de las personas que han llegado hasta nosotros proce-
dentes de la isla con respecto al modo que tienen de poder
calcular la duración de los días, comoquiera que allí el sol ni
10 sale ni se pone en las horas señaladas. Precisamente éstos me
dieron una explicación verosímil y fiable, pues éstas afirma-
ban que el sol, durante aquellos cuarenta días, efectivamente
no se pone, como ya ha quedado dicho, pero se hace visible
para la gente de allí una vez hacia el este y otra hacia el oes-
11 te, de tal forma que, cada vez que, en su vuelta, el sol se en-
cuentra de nuevo en el horizonte y llega al mismo punto don-
de lo habían visto salir en las anteriores ocasiones, calculan
12 que ha transcurrido un día y una noche. Sin embargo, cuan-
do llega el período de las noches siempre observan los reco-
rridos de la luna y las estrellas y así calculan la duración de
13 los días. Cuando ha transcurrido un período de treinta y cin-
co días durante esta larga noche, envían a algunos hombres a
la cima de las montañas —pues, ciertamente, ésta es la cos-
tumbre que existe entre ellos— y, en el momento en que ape-
nas pueden ver el sol desde allí, llevan a los hombres de aba-
jo la noticia de que el sol brillará sobre ellos dentro de cinco
14 días. Toda la población celebra la buena nueva con una fies-
ta, celebración que también se desarrolla en la oscuridad. És-
ta es la más importante de las festividades para los habitan-
15 tes de Tule, pues me da la impresión de que estos isleños
sienten siempre un gran temor, a pesar de que les sucede el
mismo fenómeno todos los años, ante la posibilidad de que
el sol alguna vez los abandone definitivamente.

16 Sin embargo, entre los bárbaros que están establecidos en

Tule, sólo hay un pueblo, los llamados escritifinos[115] que llevan una forma de vida similar a la de los animales salvajes, puesto que no se cubren con ropas ni caminan con los pies calzados, ni tampoco beben vino ni obtienen de la tierra ningún producto comestible. No cultivan los campos, ni tampo- 17
co son sus mujeres las que se dedican a tal actividad, sino que los hombres practican la caza junto con sus mujeres como única ocupación, puesto que los bosques, que son extraordi- 18
nariamente extensos, producen para su beneficio una ingente cantidad de fieras salvajes y demás clases de animales y lo mismo ocurre con las montañas que allí se alzan. Se alimen- 19
tan de la carne de los animales que capturan y se visten con sus pieles y, como no disponen ni de lino ni de ningún otro material para coser, lo que hacen es ajustar unas pieles con otras con los tendones de los animales y, de esta forma, se cubren el cuerpo completo. Ciertamente, ni siquiera crían a sus 20
niños pequeños como los restantes seres humanos, pues los 21
bebés de los escritifinos no se alimentan de la leche de las mujeres y ni siquiera tocan el pecho de sus madres, sino que se nutren únicamente de la médula de los animales cazados. 22
Así pues, tan pronto como una mujer da a luz, coloca al recién nacido dentro de una piel de animal y en seguida lo cuelga de un árbol y, tras ponerle en la boca tuétano de algún ani-

---

[115] También llamados *Saami.* Parece ser que fueron los primeros en practicar el esquí. Son denominados *Fenni* por el historiador Tácito y *Scrithiphini*, como vemos, por nuestro autor. PABLO EL DIÁCONO, historiador de Carlomagno, dice de ellos que esquiaban mientras practicaban la caza de animales, como ciervos y similares, con arcos y flechas dando saltos y brincos sobre unos listones de madera. En el siglo XII, SAXO EL GRAMÁTICO consideraba a los Saami como excelentes cazadores que se deslizaban a toda velocidad sobre unos esquís curvados cruzando, envueltos en sus pieles, los campos cubiertos de nieve. Asimismo, a todos estos autores les llamó la atención el hecho de que las mujeres practicaran la caza codo con codo con sus maridos.

mal, sale con su marido de caza, como acostumbran, pues ellos hacen todas las actividades en común y, de la misma
23 manera, comparten esta ocupación. Baste, pues, con lo dicho sobre la forma de vida de estos bárbaros.

Sin embargo, el resto de los habitantes de la isla de Tule, por así decirlo, no se diferencian mucho de los demás seres humanos, pues adoran a un buen número de dioses y espíritus[116], tanto de los cielos como de los aires, de la tierra y del mar, así como a otras diversas divinidades que dicen que se
24 encuentran en las aguas de las fuentes y de los ríos. Ofrecen sin cesar todo tipo de sacrificios y hacen oblaciones en honor a los muertos, si bien, para ellos, el más relevante de sus sacrificios es el del primer ser humano que han hecho prisione-
25 ro de guerra, pues a éste lo sacrifican en honor del dios Ares, ya que lo consideran el más importante de los dioses. Ofician el ritual no sólo por medio del sacrificio de la víctima sobre un altar, sino también colgándola de un árbol, arrojándola sobre un lecho de espinos o matándola con alguna de las otras
26 formas más crueles que existen. De tal forma, ciertamente, viven los habitantes de Tule, entre los cuales una de las naciones de mayor población es la de los gautos, junto a los que se establecieron por aquel entonces los hérulos que habían llegado de fuera.

27 Sin embargo, en la ocasión presente[117] los hérulos que vivían con los romanos, tras haber perpetrado el asesinato de su rey, enviaron a algunos de sus notables a la isla de Tule para que investigaran por aquellas tierras, encontraran a un hombre que llevase sangre regia en sus venas y se lo trajeran.

---

[116] *Daímonas*: divinidades inferiores, demonios, genios. DEWING traduce *demons*.

[117] Retoma aquí Procopio el tema del motivo por el cual parte de los hérulos se habían rebelado contra el emperador y que ha dado lugar al *excursus* referente a la isla de Tule.

Cuando llegaron a la isla, hallaron a muchos que pertenecían 28
al linaje real, si bien seleccionaron a uno solo, que fue de su
agrado especialmente, y emprendieron con él el viaje de
vuelta. Pero este hombre, cuando llegó al país de los danos, 29
cayó enfermo y murió. Por esta razón precisamente estos
hombres fueron por segunda vez a la isla y se llevaron con-
sigo a otro hombre, que respondía al nombre de Dacio. A és-
te lo acompañó su hermano Aordo y también doscientos jó-
venes de los hérulos que estaban en Tule. Sin embargo, como 30
consumieron mucho tiempo en esa travesía, se les vino a la
mente a los hérulos que habitaban en las cercanías de
Singiduno la consideración de que no estaban haciendo lo
que les convenía al traerse de Tule un soberano contra los de-
seos del emperador Justiniano. En consecuencia, enviaron 31
una embajada a Bizancio para pedirle al emperador que les
mandara un gobernante que fuera de su agrado. De inmedia- 32
to les envió a uno de los hérulos que residía en Bizancio des-
de hacía mucho tiempo, de nombre Suartuas. Al principio lo 33
recibieron con agrado, le mostraban sus respetos[118] cuando
les mandaba algo y prestaban obediencia a sus órdenes, tal y
como acostumbraban; sin embargo, no muchos días después
llegó un mensajero con la noticia de que los hombres que ve-
nían de la isla de Tule se encontraban ya muy cerca. Suartuas 34
les ordenó que salieran al encuentro de éstos con la intención
de acabar con ellos y los hérulos, que dieron su aprobación a
tal propósito, lo acompañaron de inmediato. Sin embargo, 35
cuando se encontraban los unos de los otros a una distancia

[118] O «le hacían la reverencia, le rendían homenaje». Literalmente «lo saludaban prosternándose», pues en el original griego tenemos el verbo *prosekýnēsan*: la *proskýnēsis* o «adoración de rodillas» y *proskynéo* «hacer la prosternación (acción de ponerse de rodillas)» hacen referencia a la acción de arrodillarse o inclinarse en señal de respeto, veneración o ruego; recordemos que era la forma habitual de mostrar sometimiento, normalmente oriental y, en particular, al Gran Rey persa.

de un día de viaje, todos los hombres del rey lo abandonaron
por la noche y se pasaron por propia voluntad al bando de los
que habían llegado de fuera, en tanto que aquél se dio a la fu-
36 ga y partió solo a Bizancio. Entonces el emperador, con toda
su capacidad, puso empeño en devolverlo al trono, en tanto
que los hérulos, temerosos del poderío de los romanos, toma-
ron la decisión de someterse a los gépidas. Ésta fue, cierta-
mente, la causa de la rebelión de los hérulos[119].

16 Belisario y Narsés con sus dos ejércitos vinieron a reunir-
se el uno con el otro en los alrededores de la ciudad de
Firmo[120], que está situada en la costa del golfo Jónico y se
encuentra a una distancia de un día de viaje de la ciudad de
2 Áuximo. En ese sitio empezaron a mantener conversaciones
con todos los comandantes del ejército acerca del lugar don-
de les resultaría más ventajoso efectuar el primer ataque con-
3 tra los enemigos. Por una parte, avanzaban contra las tropas
que estaban sitiando Arímino, con la sospecha de que los go-
dos que se encontraban en Áuximo, si les cogían por la reta-
guardia, con toda probabilidad les infligirían daños irrepara-
bles a ellos y a los romanos que allí residían; sin embargo,
por la otra, se sentían angustiados por los que estaban su-
friendo el bloqueo y temían que pudieran sufrir una terrible
4 desgracia por culpa de la escasez de provisiones.
Ciertamente, la mayoría de los discursos mostraban hostili-
dad hacia Juan, pues le echaban en cara que, por un atrevi-
miento irreflexivo y por su deseo de obtener grandes sumas
de dinero, se hubiera colocado en un posición de tanto ries-
go, y que no permitiera que las operaciones militares fueran

[119] Cuya explicación se introduce o anuncia en VI 14, 37.

[120] La actual Fermo, ciudad de la región de Picenos, situada muy cerca de la costa al noroeste de Casstellum Firmanorum entre Urbs Salvia y Asculum y a la que conduce la Vía Flaminia.

ejecutadas ni en el debido orden ni de la forma que había 5
prescrito Belisario. Por su parte, Narsés —pues quería a Juan más que a ninguna otra persona—, con el temor de que Belisario, cediendo a las palabras de los oficiales, considerase la situación de Arímino como de una importancia secundaria, pronunció el siguiente discurso:

«Compañeros jefes, no estáis discutiendo de la forma 6
acostumbrada, ni mantenéis una deliberación acerca de unos asuntos sobre los que cualquiera verosímilmente podría estar en duda, sino en circunstancias en las que es posible, incluso para los que no han tenido ninguna experiencia en la guerra, hacer su elección sin pararse a pensar y, aun así, escoger el camino mejor. Pues si parece cierto que, por cada una de es- 7
tas dos alternativas, al menos para los que fracasan, el grado de peligro es equivalente y están asimismo equilibradas las posibilidades de daño, merece por completo la pena deliberar y adentrarse lo más a fondo posible en los argumentos y sólo entonces tomar una decisión acerca de la situación actual. Pero si nosotros deseáramos posponer el ataque contra 8
Áuximo para cualquier otro momento, la pena que habríamos de pagar no afectaría en modo alguno a nuestros intereses esenciales; pues, ¿qué diferencia podría haber entretanto? Por el contrario, si fracasamos en Arímino, nosotros, con toda probabilidad, si no es demasiado duro de decir, acabaríamos con el poder de los romanos. Así pues, si Juan se ha 9
comportado de forma insolente ante tus órdenes, excelente general Belisario, la reparación que tú has exigido de él es importante, ciertamente, puesto que está en tu potestad o salvarlo habiendo sufrido un revés o abandonarlo en manos del enemigo. Con todo, ten cuidado de no exigirnos ni al empe- 10
rador ni a nosotros el pago de la pena por los errores que haya cometido Juan por desconocimiento. Pues si, en la actual coyuntura, los godos consiguen conquistar Arímino, les habrá tocado en suerte el hecho de haber capturado como pri-

sionero a un general romano competente, así como a un ejér-
11 cito entero y a una ciudad súbdita del emperador. La situación calamitosa no terminará con esto, sino que tendrá suficiente poder para determinar la suerte de la guerra en su totalidad. Pues razona tú acerca de los enemigos de la siguiente forma: por un lado, todavía, incluso en el momento presente, nos aventajan en mucho en el número de soldados; por otro, han sucumbido a la cobardía debido a los frecuentes fracasos que han sufrido. Es natural, pues la adversidad
12 de la fortuna les ha arrebatado toda su confianza. Por consiguiente, en caso de que se reencuentren con el éxito en la presente situación, no tardarán mucho en recobrar su presencia de ánimo y, desde ese momento, llevarán adelante esta guerra con un atrevimiento no sólo equiparable al nuestro, sino
13 realmente mucho mayor. Quienes se están liberando de una situación complicada acostumbran a tener siempre mejor ánimo que los que todavía no han experimentado el sabor del fracaso». Tales fueron las palabras de Narsés.

14 En esos momentos un soldado que había escapado de Arímino pasando inadvertido a la guardia de los bárbaros llegó al campamento y le mostró a Belisario una carta que Juan
15 le había escrito. Dicha carta contenía el siguiente mensaje: «Debes saber que todas las provisiones se nos han agotado ya desde hace mucho tiempo y que ya no somos capaces de resistir más frente al pueblo ni de defendernos de nuestros agresores, sino que, por el contrario, dentro de siete días nos entregaremos nosotros mismos y a esta ciudad, contra nues-
16 tra voluntad, a los enemigos, pues más allá de este plazo no podemos en modo alguno vencer la acuciante necesidad que nos abruma, la cual precisamente, en mi opinión, nos servirá de justificación en caso de que hagamos algo inapropiado».
17 Tal era el contenido de la carta de Juan. Pero Belisario, por su parte, se sintió sumamente perplejo y quedó sumido en la mayor incertidumbre, pues temía por los que estaban sufrien-

do el asedio, pero al mismo tiempo sospechaba que los enemigos que se encontraban en Áuximo saquearían todos los territorios de la zona sin ningún temor y tenderían una emboscada por la retaguardia a su ejército en cualquier momento, especialmente cuando entablaran combate con los adversarios y, con toda probabilidad, les infligirían daños importantes e irreparables. Más tarde, sin embargo, actuó de la siguiente 18
manera: dejó a Aracio allí con un millar de hombres, con el propósito de que levantaran un campamento junto al mar, a una distancia de doscientos estadios de la ciudad de Áuximo. Ordenó a estos hombres que no se trasladaran de allí a ningún 19
sitio ni se arriesgaran a una batalla decisiva con los enemigos, excepto solamente para rechazarlos del campamento, en caso de que efectuaran algún ataque contra ellos. Pues, en efecto, 20
albergaba muchísimas esperanzas de que, con estas medidas, los bárbaros, al estar los romanos acampados a muy poca distancia, permanecerían sin moverse y jamás seguirían a su ejército con la intención de causarle daño. Dejó partir por mar 21
a un considerable ejército al mando de Herodiano, Uliaris y Narsés, el hermano de Aracio. Sin embargo, designó a Ildiger 22
como comandante en jefe de la expedición y le encargó que navegara directo a Arímino, con cuidado de no atracar en la costa de la zona a poca distancia de la ciudad si había quedado atrás el ejército de tierra, puesto que ellos estarían avanzando por una carretera que se encontraba no muy lejos de la costa. A otro ejército que estaba a las órdenes de Martino le 23
ordenó que marchara a lo largo de la costa escoltando de cerca a estas naves y les dio instrucciones para que, cuando se encontraran a muy poca distancia de los enemigos, encendieran más hogueras de lo habitual y no en proporción con el número real de hombres que integraban dicho contingente, y así darles la impresión a los adversarios de que la cantidad de soldados era muy superior a su número real. Mientras tanto, él iba por otra carretera que se encontraba muy apartada de la 24

costa acompañado de Narsés y del resto del ejército atravesando la ciudad de Urbisalia[121], la cual, en tiempos antiguos, fue destruida por Alarico de una forma tan completa[122] que no le había quedado nada de su antiguo esplendor, como no fueran las insignificantes ruinas de una única puerta y del pavimento del edificio al que pertenecía.

17 En aquel lugar tuve yo la suerte de contemplar el siguiente espectáculo: Cuando el ejército llegó a Picenos con Juan, se produjo, como era natural, una gran confusión entre las
2 gentes de la región. Las mujeres, unas se dieron a la fuga de forma precipitada a donde le fue posible a cada una de ellas, mientras que las restantes fueron capturadas y llevadas lejos de un modo desordenado por aquellos hombres que casual-
3 mente se toparon con ellas. Pues bien, dio la casualidad de que en esa ciudad, una mujer que acababa de dar a luz a un niño lo dejó abandonado envuelto en sus pañales y tendido sobre la tierra y, ya fuera porque se encontraba a salvo habiendo huido, ya porque había sido capturada por algún hombre, no consiguió regresar a ese lugar nunca, pues seguramente esta mujer había desaparecido de la faz de la tierra o,
4 al menos, de Italia. Sea como fuere, el retoño, que se encontraba en tal estado de abandono, comenzó a llorar. Entonces una cabra solitaria lo vio y, apiadándose de él, se acercó y le ofreció su ubre[123] —pues daba la casualidad de que también ella estaba recién parida—, y vigiló al bebé con mucho esme-

[121] Urbs Salvia, la actual Urbisaglia, ciudad de Picenos a la que se llega a través de la Vía Flaminia, entre Septempeda y Firmum.

[122] Durante la invasión visigoda del año 452 d. C.

[123] Episodio de niño expuesto y animal que, apiadándose de él, lo salva de una muerte segura proporcionándole el alimento y protección, que recuerda a tantos otros pertenecientes a la rica y variopinta mitología grecorromana y que, una vez más, sirve de sustancioso y reconfortante inciso en el hilo de la narración.

ro, no fuera que algún perro o cualquier otro animal salvaje
le causara algún daño. Dado que la confusión general se se- 5
guía prolongando, sucedió que el niño recibió este alimento
durante un período de tiempo muy largo. Más tarde, sin em- 6
bargo, cuando los habitantes de Picenos supieron que el ejér-
cito del emperador se había presentado allí mismo con la in-
tención de causar perjuicio a los godos, pero que, por el
contrario, los romanos no iban a sufrir daño alguno a manos
de ellos, todos regresaron de inmediato a sus hogares.
Cuando las mujeres que eran romanas de nacimiento llega- 7
ron a Urbisalia en compañía de sus esposos y vieron que el
niño todavía estaba vivo y envuelto en sus pañales, no po-
dían comprender en absoluto lo que había sucedido y consi-
deraban un verdadero milagro que el bebé hubiera sobrevivi-
do. Todas y cada una de las mujeres que daba la casualidad de 8
que estaban entonces en disposición de hacerlo, le ofrecían el
pecho. Sin embargo, el niño no toleraba ya la leche humana
ni la cabra se mostraba dispuesta en modo alguno a desenten-
derse de él, sino que seguía balando de manera incesante en
torno al niño y parecía sentir el mayor desagrado ante la pre-
sencia de los seres humanos y el hecho de que las mujeres se
acercaran mucho al bebé y lo molestaran de esa manera. Por
decirlo de forma resumida, insistía en reclamar al niño como
si fuera su propia cría. A raíz de esto, las mujeres ya no im- 9
portunaron más al bebé y la cabra continuó alimentándolo sin
temores y protegiéndolo con todo cuidado. Por esta razón
precisamente los lugareños le impusieron al chico el nom-
bre de Egisto[124]. Una vez que yo me encontraba pasando 10
unos días en dicho lugar, con idea de hacerme una demostra-
ción del extraño suceso, me llevaron junto al niño y le hicie-
ron daño a propósito para que llorara a gritos. En efecto, el 11
chico, molestado por los que le estaban haciendo daño, em-

---

[124] *Aígisthon*, derivado de *aíx* «cabra».

pezó a llorar y al oírlo la cabra —que se encontraba sólo a la distancia de un tiro de piedra de allí—, acudió corriendo a su lado profiriendo fuertes balidos. Pasó por encima de él y se quedó allí apostada, para que nadie le pudiera hacer más daño. Así pues, tal es la historia de este chico, de nombre Egisto.

12 Por su parte, Belisario seguía su avance a través de las montañas de la región, pues al ver que estaba en clara inferioridad debido a la gran cantidad de soldados de sus adversarios, no se mostraba dispuesto a ir a las manos con ellos en combate abierto, dado que notaba que los bárbaros se encon-
13 traban paralizados[125] por sus fracasos anteriores. Pensaba que ellos, tan pronto como se enterasen de que venía de todos lados en son de ataque contra ellos un ejército enemigo, se olvidarían por completo del coraje y de inmediato volverían la espalda para darse a la fuga. La verdad es que acertó a dar con el parecer correcto y sus suposiciones no estaban
14 en contra de lo que el futuro les iba a deparar. Cuando se encontraron en las montañas, en un punto concreto que estaba a una distancia de un solo día de viaje de Arímino, se toparon con unos cuantos soldados godos que iban de camino pa-
15 ra una misión necesaria. Estos hombres se encontraron de forma inesperada con un contingente militar de enemigos y no fueron capaces de desviarse de la carretera antes de recibir los disparos de los que marchaban en vanguardia, y allí mismo cayeron muertos unos, mientras que los otros, heridos, lograron esconderse trepando a lo alto de algunas de las
16 elevadas rocas que por allí había. Desde esa posición divisaban al ejército romano, que se congregaba por todos aquellos terrenos escarpados, y suponían que eran muchos más que su
17 cantidad verdadera. Al ver también allí los estandartes de Belisario, se dieron cuenta de que era él el que dirigía perso-

[125] Literalmente: «muertos» *(thanatôntas).*

nalmente este ejército. Se hizo de noche y los romanos acamparon allí donde se encontraban, en tanto que los godos heridos se dirigieron a escondidas al campamento de Vitigis.
Tras llegar allí en torno al mediodía, enseñaron sus heridas y 18
declararon que de un momento a otro se presentaría Belisario frente a ellos con un ejército superior en número a lo que se
puede enumerar. Entonces comenzaron a prepararse como 19
para entrar en combate al norte de la ciudad de Arímino —pues pensaban que los enemigos vendrían por esa dirección—, y todos miraban continuamente hacia las cimas de las monta-
ñas. Pero cuando, después de sobrevenirles la noche, depu- 20
sieron sus armas y se encontraban descansando, divisaron una considerable cantidad de hogueras al este de la ciudad, aproximadamente a una distancia de sesenta estadios, que eran precisamente las que el ejército de Martino estaba encendiendo. Cayeron en un estado de terror que los dejó imposibilitados, pues suponían que se verían rodeados por los
enemigos al amanecer. Así pues, pasaron aquella noche su- 21
midos en un miedo considerable, si bien al día siguiente, al amanecer, vieron una flota con una abrumadora cantidad de barcos y que venía contra ellos y, sumidos ya en un estado
de terror inefable, se lanzaron a la fuga. Mientras se encon- 22
traban recogiendo sus cosas lo más rápidamente que podían, se produjo entre ellos tal confusión y alboroto que ni prestaban atención a las órdenes que se les daban ni tenían en su mente otra cosa que no fuera salir corriendo del campamento los primeros y encontrarse a buen recaudo dentro del
recinto fortificado de Rávena. Si se hubiera dado la feliz cir- 23
cunstancia de que les hubiese quedado algo de vigor o de ánimo a los que estaban sufriendo el asedio, podrían haber dado muerte allí mismo a un número muy grande de enemigos con tan solo una salida repentina desde la ciudad y la guerra com-
pleta habría terminado allí. Pero la realidad fue que se lo 24
impidió la considerable sensación de terror que se había apo-

derado de ellos a consecuencia de sus padecimientos anteriores, así como la debilidad que les había entrado a muchos de ellos por la escasez de provisiones. Así pues, los bárbaros, que iban dejando atrás algunas de sus posesiones debido a lo excesivo del tumulto, empezaron a correr lo más rápido que podían en dirección a Rávena.

18 Entre los romanos, Ildiger y sus hombres fueron los primeros en llegar al campamento fortificado de los enemigos, redujeron a la condición de esclavos a cuantos godos permanecían allí aquejados de una u otra enfermedad y recogieron todos los objetos de valor que los godos habían dejado en su
2 huida. Belisario llegó con todo su ejército al mediodía. En cuanto vio a Juan y a los que estaban con él pálidos y terriblemente demacrados, le dijo, aludiendo a lo irreflexivo de su atrevimiento, que tenía una deuda de gratitud con Ildiger.
3 Él, por su parte, le contestó que reconocía su deuda no con Ildiger, sino con Narsés, el administrador del emperador, dando a entender, en mi opinión, que Belisario no había acudido en su defensa de buen grado, sino después de que le hubiera convencido Narsés. Y desde ese momento en adelante, ambos hombres[126] empezaron a mirarse mutuamente con
4 gran desconfianza. Por esta razón precisamente los amigos de Narsés trataban incluso de impedir que éste marchara al lado de Belisario y, además, lo intentaban convencer de lo deshonroso que era para un hombre que compartía secretos con el emperador no ser el comandante en jefe del ejército y, en su lugar, tener que obedecer las órdenes de un simple ge-
5 neral. Pues opinaban que Belisario jamás se mostraría dispuesto a compartir con él el mando del ejército en condiciones de igualdad, pero que si deseaba tomar el mando del ejército romano él solo, lo seguirían la mayor parte de los

[126] Belisario y Narsés.

soldados y precisamente los mejores con diferencia, junto con sus comandantes, puesto que los hérulos, afirmaban ellos, y 6
los propios lanceros y escuderos de Narsés, así como las tropas que mandaban Justino y el mismo Juan, junto con los hombres de Aracio y del otro Narsés, alcanzaban un número no inferior a diez mil soldados. Eran éstos hombres valerosos y especialmente capacitados para la guerra y no deseaban que la dominación de Italia se atribuyese solamente a los méritos de Belisario, sino que Narsés también se llevara la parte que le correspondía en tal hazaña. Suponían que Narsés había aban- 7
donado la compañía del emperador no con idea de consolidar la gloria de Belisario y poner en riesgo su propia integridad, sino, como es presumible, con el propósito de que se propagara su nombre entre todos los hombres mediante un despliegue de acciones plenas de discreción y de valentía. Además, afirma- 8
ban éstos, tampoco Belisario sería capaz de lograr éxito alguno de ahí en adelante sin la ayuda de estas tropas, pues la ma- 9
yor parte del ejército que mandaba ya había quedado atrás en las fortalezas y ciudades que había tomado precisamente él, e hicieron el recuento de todas ellas, empezando por Sicilia y nombrándolas por orden una a una hasta Picenos.

Cuando Narsés escuchó todo esto, se sintió sumamente 10
complacido con la sugerencia y ya no pudo refrenar por más tiempo sus deseos ni permanecer sujeto a los acuerdos establecidos. Por lo tanto, con frecuencia, cada vez que Belisario 11
consideraba apropiado emprender una nueva acción, rechazaba participar en ella bajo diversos pretextos: unas veces, uno; otras, otro, y obstaculizaba así todo plan en el que se le animaba a colaborar. Entonces Belisario, dándose cuenta de 12
la situación, tras convocar a la totalidad de los comandantes, les dirigió las siguientes palabras:

«Me da la impresión, compañeros de mando, que, en lo referente a esta guerra, no tengo la misma opinión que vosotros. Pues veo que menospreciáis a los enemigos como si 13

14 estuvieran derrotados por completo, mientras que yo opino que, por culpa de esta vuestra confianza, vamos a encontrarnos sumidos en un peligro que puede verse de antemano, puesto que los bárbaros no han sido vencidos por nosotros ni por falta de valor por su parte, ni por escaso número de hombres, sino que sé a ciencia cierta que únicamente mediante la previsión y el buen consejo los hemos superado en estrategia
15 militar y, en consecuencia, los hemos puesto en fuga. Por mi parte, me temo que vosotros, engañados por una visión de los hechos no acorde con la realidad, podéis provocaros daños irreparables tanto a vosotros como a la causa de los romanos.
16 Pues aquellos hombres que se consideran vencedores, ensoberbecidos por sus triunfos, son aniquilados con mayor facilidad que quienes han sufrido una desgracia de forma inesperada y, de ahí en adelante, actúan con recelo y mucho respeto
17 hacia los adversarios. Mientras que la indolencia ha causado la ruina de algunos hombres que estaban en situación propicia, el esfuerzo, juntamente con la solicitud, les ha servido a
18 muchos que habían afrontado experiencias desdichadas. Cuando, por una parte, los hombres sucumben a la indiferencia, su fuerza, por regla general, acostumbra a verse disminuida, pero, por la otra, el estudio pormenorizado de las situacio-
19 nes tiende por naturaleza a infundir vigor en las personas. Por tanto, que cada uno de vosotros mantenga en su mente que, por un lado, Vitigis está en Rávena con varias decenas de millares de godos y, por otro, Urayas sitia Mediolano y ha puesto bajo su mando la totalidad de Liguria, que Áuximo está llena ya de un ejército numeroso y digno de consideración y que, asimismo, otras muchas plazas fuertes hasta Urbivento[127],

---

[127] Orvieto; cf. nota 72. Efectivamente no se encuentra a mucha distancia de Roma: al sur de Umbría a unos 50 km. aproximadamente de la urbe y, además, bien comunicada, pues queda muy cerca tanto de la Vía Cassia, como de la Flaminia.

que se encuentra ya en las proximidades de Roma, están vi-
giladas por guarniciones de bárbaros capaces de hacernos 20
frente. De esta forma, la situación se ha tornado más peligro-
sa para nosotros que antes, puesto que hemos venido a caer
en un cerco de enemigos. Y paso por alto mencionar que, se- 21
gún cuentan, también los francos han unido fuerzas con ellos
en Liguria[128], hecho que precisamente debe acudir a la me-
moria de todos los romanos no sin un temor considerable. 22
Así pues, por mi parte, afirmo que una parte del ejército de-
be ser enviada a Liguria y a Mediolano y que el resto habría
de avanzar de inmediato contra Áuximo y los enemigos que
allí se encuentran, con el propósito de llevar a cabo cuantas
acciones permita Dios. Más tarde, además, deberíamos po-
nernos manos a la obra con respecto al resto de las operacio-
nes de la guerra de la manera que nos parezca mejor y más
ventajosa». Tales fueron las palabras de Belisario.

Por su parte, Narsés contestó con el siguiente discurso: 23
«En los demás aspectos, general, no diría yo que todo lo que
has dicho es conforme a la verdad, pero que todo este ejérci- 24
to del emperador deba ser dividido entre Mediolano y Áuxi-
mo lo considero de todo punto improcedente. Por el contra- 25
rio, no dejaría de ser razonable en absoluto que tú, por tu
parte, dirigieras contra estas ciudades a cuantos romanos te
quieras llevar; por la nuestra, ganaremos para el emperador
el territorio de Emilia, que dicen que los godos están inten-
tando conseguir con el máximo esfuerzo e interés, y provo-
caremos tal confusión en Rávena que podréis aplastar a los
enemigos que tengáis enfrente como os venga en gana cuan-
do queden privados de toda esperanza de recibir fuerzas mi-

[128] Cf. VI 12 38-39, donde Procopio nos cuenta que el rey franco Teodiberto ha enviado a Vitigis, como tropas aliadas y a petición suya, un contingente de diez mil hombres, pero no de francos, sino integrado por burguciones, con el propósito de no mostrar tan a las claras que estaba actuando en contra de los intereses de los bizantinos.

26 litares que los socorran. Si escogemos colaborar con vosotros en el asedio a Áuximo, me temo que los bárbaros vendrán en son de guerra contra nosotros desde Rávena y estaremos expuestos a los ataques de los enemigos desde ambos lados y, al encontrarnos aislados de nuestra base de aprovisionamiento, nos aniquilarán allí mismo». Tales fueron, ciertamente, las palabras de Narsés.

27 Belisario, sin embargo, por temor a que, al dirigirse los romanos contra muchos lugares, ocurriese que la causa del emperador se debilitara y se viera arruinada finalmente por la confusión que resultaría de ello, mostró una carta del emperador Justiniano que éste les había escrito a los comandantes
28 del ejército y que contenía el siguiente mensaje: «Nosotros no hemos enviado a Italia a nuestro administrador Narsés con la intención de que se ponga al frente del ejército, pues nuestro deseo es que sea solo Belisario quien dirija a la totalidad de nuestras fuerzas militares de la forma que a él le parezca más recomendable y lo que procede es que todos vosotros lo sigáis en aras del interés de nuestro estado». Tal era, cierta-
29 mente, el contenido de la carta del emperador. No obstante, Narsés se aferró a la frase final de la misiva y seguía afirmando que Belisario, en esas circunstancias, tomaba decisiones que iban en contra del interés del estado, razón por la cual ellos no estaban obligados a seguirlo.

19 Belisario, tras escuchar esto, envió a Peranio a Urbivento con un gran ejército, con el propósito de poner sitio a la ciudad, mientras que él condujo a su ejército contra Urbino[129], ciudad bien fortificada y guardada por una guarnición suficiente de godos. Urbino se encuentra a una distancia de una sola jornada de trayecto de Arímino para un viajero expedito. Belisario llevaba adelante al ejército y lo seguían Narsés,

[129] Cf. nota 67.

Juan y todos los demás. Al llegar a las proximidades de la ciudad, acamparon junto a la base de una colina divididos en dos grupos, puesto que no habían entremezclado a sus hombres, sino que las tropas de Belisario ocupaban la parte que quedaba al este de la ciudad, mientras que los hombres de Narsés se situaron al oeste de la misma. La ciudad de Urbino está situada sobre una colina redondeada y extraordinariamente alta. Sin embargo, la colina no es escarpada ni de difícil ascensión, y su única dificultad consiste en ser sumamente empinada, especialmente cuando uno se encuentra a muy poca distancia de la ciudad. Tiene, sin embargo, una única vía de acceso en terreno llano por la zona norte. Sea como fuere, los romanos se colocaron para el asedio de la forma que se ha explicado. Por su parte, Belisario era de la opinión de que los bárbaros se rendirían a ellos sin ningún problema conforme a un convenio, ya que estarían aterrorizados ante el peligro, y, en consecuencia, envió embajadores ante ellos, prometiéndoles que recibirían multitud de beneficios y animándoles a convertirse en súbditos del emperador. Así pues, los embajadores, que se habían quedado junto a las puertas, pues los enemigos no los recibían dentro de la ciudad, hablaron largamente y con palabras convincentes, pero los godos, que confiaban en la solidez de la plaza y en su abundancia de provisiones, no aceptaron en modo alguno sus propuestas y conminaron a los romanos a alejarse de la ciudad a la mayor brevedad posible. En cualquier caso, cuando Belisario se enteró de esto, ordenó al ejército que reuniera gruesos postes de madera y que construyera con ellos una galería[130]. De esta forma, los hombres, escondidos dentro de

2 (línea 1) · 3 · 4 · 5 · 6 · 7

[130] Se trata de la *stoá, vinea* o mantelete. *Vinea* en su significado literal es una construcción formada con ramas de vides (una glorieta o cenador) y de la protección que proporcionaba su tejado de ramas los romanos aplicaron el mismo nombre a un tejado que empleaban los soldados que estaban

ella, tenían que aproximarse lo más cerca que pudieran de las puertas por donde el terreno era llano[131] y valerse de este ingenio también en su ataque contra las murallas. A continuación se ocuparon de esta tarea.

8 Sin embargo, algunos de los amigos íntimos de Narsés se reunieron en torno a él y afirmaron que Belisario estaba acometiendo una tarea interminable e ideando planes imposibles de ejecutar, pues Juan ya había hecho una tentativa sobre la plaza fuerte y, por lo demás, en un momento en que sólo estaba vigilada por unos pocos hombres, y se había dado cuenta de que era completamente inexpugnable —y así era, en efecto—, y que, por el contrario, él debía recuperar para el
9 emperador el territorio de Emilia. Narsés se dejó seducir por tal sugerencia y abandonó el asedio durante la noche, aun a pesar de que Belisario le había rogado encarecidamente que permaneciera allí y que colaborara con ellos en la captura de
10 la ciudad de Urbino. Así que éstos, Narsés y sus hombres, se

sitiando una ciudad para protegerse contra los dardos, piedras, fuego, etc. que los defensores de la plaza les lanzaban. Vegecio (*De re militari* IV 15) nos da una detallada descripción de la máquina que coincide con las menciones de la misma en otros autores: el artefacto formaba un tejado sostenido por postes de unos 2,50 m. de altura en tanto que el tejado solía tener unos 4,80 m. de largo por 2,10 m. de ancho. La estructura de madera normalmente era ligera para que los soldados pudieran llevarla sin gran dificultad; otras veces, sin embargo, era más pesada y en ese caso era movida con ayuda de ruedas que se aplicaban a los postes. El tejado estaba formado por tablones y mimbre y la capa o capas superiores del mismo era de cuero sin curtir o ropas húmedas como protección contra el fuego, por medio del cual los defensores del lugar a menudo conseguían destruir las *vineae* (Liv. II 17, V 7, XXI 61); sus lados también estaban protegidos por tejido de mimbre. Estas máquinas eran construidas en lugar seguro a cierta distancia de la ciudad asediada y, una vez concluidos los trabajos, eran llevadas con o sin ruedas junto a la muralla donde los soldados comenzaban sus operaciones de asalto o bien socavando la pared o abriendo un agujero o brecha en ella o utilizando el ariete.

[131] Para mover el mantelete se requería terreno llano y sin escarpaduras.

dirigieron a Arímino a toda velocidad con el resto del ejército. Tan pronto como amaneció, Moras y los bárbaros vieron que la mitad de los enemigos se había retirado, por lo que empezaron a lanzar burlas y chanzas desde las fortificaciones a
los soldados que se habían quedado. Con todo, Belisario esta- 11
ba dispuesto a efectuar un asalto contra la muralla con las fuerzas militares que le quedaban. Mientras pergeñaba estratagemas para dicho ataque, le vino a acontecer el siguiente su-
ceso afortunado y sorprendente. Había en Urbino una sola 12
fuente, de la cual se abastecían de agua todos los habitantes de la ciudad. Dicha fuente poco a poco se fue secando espon-
táneamente hasta que empezó a agotarse. En tres días la fuen- 13
te se había quedado sin agua, de modo que los bárbaros que sacaban agua de ella la bebían mezclada con barro. Ésta fue la razón por la cual tomaron la decisión de rendirse a los ro-
manos. Sin embargo, Belisario, que no estaba enterado en ab- 14
soluto de esta circunstancia, seguía dispuesto a llevar a cabo una tentativa sobre las fortificaciones. Tras armar al ejército restante lo colocó en círculo alrededor de toda la colina y ordenó a unos cuantos hombres que movieran hacia delante la
galería de los postes —pues éste es el nombre con el que se 15
acostumbra a denominar a este ingenio de guerra— en el terreno llano. Los hombres se introdujeron dentro de ella y empezaron a caminar y a arrastrar la galería sin que los vieran los
enemigos. Los bárbaros tendían hacia adelante sus diestras 16
desde el parapeto en señal de paz. Sin embargo, los romanos, que no conocían lo que había sucedido en relación con la fuente, supusieron que a lo que tenían miedo era a la contienda y a su máquina de guerra. En cualquier caso, ambos bandos se abstuvieron de entrar en combate de buena gana. Los
godos se entregaron a ellos mismos y a la ciudad a Belisario 17
con la condición de que permanecerían sin sufrir daños y que se convertirían en súbditos del emperador en términos de completa igualdad con las tropas romanas.

18 Narsés, una vez enterado de este nuevo éxito, llevó la si-
19 tuación con asombro y abatimiento. Él permanecía sin moverse en Arímino, pero le ordenó a Juan que condujera a la totalidad del ejército contra Cesena[132]. Así que se pusieron
20 en camino, cargando con las escaleras. Cuando se encontraron a muy poca distancia de las fortificaciones, atacaron las murallas. Sin embargo, los bárbaros se defendieron vigorosamente y entre otros muchos que cayeron muertos allí mismo también pereció Faníteo, el que estaba al frente de los héru-
21 los. Entonces, Juan, que había fracasado en su asalto a la fortaleza, ya no consideró procedente llevar a cabo una nueva tentativa contra ella, puesto que le pareció que ésta era inexpugnable, y lo que hizo fue seguir adelante en compañía de
22 Justino y el resto del ejército. Por medio de un ataque repentino se apoderó de una antigua ciudad que recibe el nombre de Forocornelio[133] y, dado que los bárbaros se retiraban continuamente y nunca iban al choque cuerpo a cuerpo, recuperó para el emperador la totalidad de la provincia de Emilia. Tal fue, ciertamente, el desarrollo de estos acontecimientos.

20 Por su parte, Belisario, como había conquistado Urbino en torno al solsticio de invierno, consideró que era improcedente dirigirse contra Áuximo de inmediato, pues abrigaba la sospecha de que sus tropas habrían de emplear mucho tiem-
2 po en el asedio a esta ciudad. Resultaba imposible capturar la plaza por la fuerza debido a la solidez de sus defensas y los bárbaros que estaban de guardia en el lugar eran numerosos y excelentes soldados, como ya he explicado anteriormente[134]. Además, comoquiera que ellos habían saqueado una

---

132 Cf. nota 76.

133 Forum Cornelii, ciudad de Galia Cispadana en la provincia Emilia junto al río Saternus entre Claterna y Faventia, la Vía Emilia Lepida la atraviesa. Fue fundada por Sila. Es la actual Imola.

134 Cf. VI 11, 2.

buena parte del territorio, habían introducido en la ciudad para su propio consumo una ingente cantidad de provisiones.
Por lo demás, ordenó a Aracio que pasara el invierno en 3
Firmo con un numeroso ejército y que tomara precauciones para que en el futuro los bárbaros no pudieran efectuar salidas repentinas a su libre albedrío desde la ciudad ni emplear la violencia por los territorios de la región sin ningún temor a nada. Personalmente, sin embargo, condujo al ejército contra Urbivento, pues Peranio le insistía para que así obrara, da- 4
do que se había enterado por los desertores que los godos que se encontraban allí estaban escasos de provisiones y albergaba la esperanza de que si, además de la falta de víveres, veían que Belisario estaba con todo su ejército, se rendirían con mayor facilidad, lo cual precisamente terminó sucediendo.
Belisario, tan pronto como llegó a Urbivento, ordenó a todos 5
sus hombres montar el campamento en un lugar situado en una posición adecuada, en tanto que él en persona recorrió por completo el perímetro de la ciudad y examinó a fondo el lugar para ver si no resultaba imposible capturar la plaza por la fuerza. La impresión que le dio fue que no existía medio alguno de tomar la ciudad mediante asalto. Con todo, consi- 6
deró que, por medio de una estratagema secreta, no era del todo imposible conseguir hacerse con la plaza.

En efecto, la ciudad se encuentra en una sola colina que 7
se alza desde un terreno bajo y cuya parte superior es llana y sin irregularidades, mientras que la zona de la base es escarpada. Y alrededor de la colina unas rocas de igual altura que no se encuentran muy cerca de su base, sino aproximadamente a la distancia de un tiro de piedra, forman un círculo en torno a ella[135]. Sobre dicha colina los hombres de la anti- 8
güedad construyeron la ciudad y no la rodearon de murallas ni construyeron ningún otro tipo de fortificación, ya que la

[135] A unos 800 m. de distancia.

plaza fuerte parecía, por su propia naturaleza, inexpugnable.
9 Solamente hay una entrada por entre las rocas, y se da la cir-
cunstancia de que, si los habitantes de la ciudad mantienen
bajo vigilancia dicha entrada, no han de temer ya ataque al-
10 guno a manos de enemigos en ningún otro punto. Aparte del
lugar por donde la naturaleza, como se ha explicado, constru-
yó el acceso a la ciudad, un río[136], caudaloso e imposible de
cruzar, ocupa el espacio intermedio entre la colina y las ro-
11 cas que acabo de mencionar. Por esta razón precisamente los
antiguos romanos construyeron un pequeño muro de un lado
al otro de la entrada. Allí hay también una puerta que enton-
ces vigilaban los godos. Tales son, pues, las características de
la ciudad de Urbivento.

12 Por su parte, Belisario comenzó el asedio con todo su ejér-
cito con la esperanza de, o bien desarrollar el ataque a través
del río, o bien someter a los enemigos por medio de la ham-
13 bruna. Los bárbaros, por su parte, no estuvieron faltos por
completo de provisiones durante un tiempo, a pesar de que és-
tas eran demasiado exiguas para sus necesidades, pero, no
obstante, todavía hacían frente a su sufrimiento en contra de
lo que podía esperarse. Nunca se saciaban de alimento, sino
que, más bien, se valían cada día únicamente de la cantidad
14 de comida necesaria para no morir de inanición. Al final, sin
embargo, cuando ya se les agotaron todos los víveres, comen-
zaron a comer pieles y pellejos que previamente habían man-
tenido en remojo durante un largo período de tiempo, pues su
comandante Albilas, varón especialmente destacado entre los
godos, los alimentaba de vanas esperanzas[137].

---

[136] El río Paglia, según información de HODGKIN recogida por DEWING en nota *ad loc.*, hoy día solamente corre por dos de los lados de la colina.

[137] Como indica DEWING en nota *ad loc.*, Procopio sólo nos adelanta la rendición de la ciudad en el párrafo 4 (recordemos que nos ha dicho lo siguiente: «(...) (ellos) (...) se rendirían con mayor facilidad, lo cual precisa-

Cuando el transcurso del tiempo trajo de nuevo el verano, 15
el grano ya estaba madurando de forma espontánea en los
campos sembrados, pero no en la misma cantidad que antes,
sino mucho menor. Pues el grano no había sido cubierto en 16
los surcos ni por medio de los arados ni por manos humanas,
sino que estaba caído, de cualquier manera, sobre la superfi-
cie del terreno, y la tierra solamente logró que echara raíces
una pequeña porción de éste. Como todavía nadie lo había 17
recogido, cuando alcanzó el nivel máximo de madurez cayó
de nuevo a tierra y ya nada creció de él en lo sucesivo. Se dio la
circunstancia de que en Emilia sucedió exactamente lo mis-
mo. Por este motivo los habitantes de aquella región abando- 18
naron sus hogares y se marcharon a Picenos, en la creencia
de que los territorios de aquella zona, por encontrarse junto
al mar, no estarían sufriendo una escasez total de provisio-
nes. También los habitantes de Toscana, no menos que los 19
demás, estaban afectados por la hambruna debido a la misma
causa; es más, cuantos de entre ellos vivían en la montaña se
alimentaban de hogazas hechas de las bellotas de las encinas
que ellos molían como si fueran grano. Esto trajo como con- 20
secuencia, tal y como era de esperar, que la mayor parte de la
población cayó víctima de todo tipo de enfermedades y sólo
un reducido número de personas consiguió vencerlas y recu-
perarse. De hecho, se dice que en Picenos perecieron a 21
consecuencia de la hambruna un número de campesinos ro-
manos no inferior a cincuenta mil y una cantidad todavía
mucho mayor al otro lado del golfo Jónico[138].

A continuación voy a pasar a describir qué aspecto tenían 22
y de qué modo murieron, puesto que yo mismo fui testigo

mente terminó sucediendo»). Por tanto, únicamente se sobreentiende que la ciudad terminaría rindiéndose, porque de forma explícita nuestro autor no nos lo va a contar en ningún momento.

[138] Mar Adriático.

23 presencial[139]. Todos ellos al comienzo se quedaban muy delgados y pálidos, ya que la carne, al estar falta de nutrición y de acuerdo con el antiguo dicho, «echaba mano de sí misma» y la bilis, haciéndose dueña ya de los cuerpos debido a su exceso de cantidad, les dejaba casi su propia apariencia. Al pro-
24 gresar la enfermedad, toda hidratación desaparecía de ellos y la piel se tornaba tan seca que parecía piel curtida más que cualquier otra cosa, lo que producía la sensación de que había sido pegada a los huesos. Como cambiaban de una coloración lívida a otra negruzca, se asemejaban a antorchas que
25 habían ardido completamente. Sus rostros siempre mostraban una expresión de estupefacción y su mirada era inquietante, como la de un loco. Terminaban muriendo unos por la falta de alimento; otros, a consecuencia de la saciedad exce-
26 siva de él, pues cuando todo el calor corporal que la naturaleza había prendido en ellos se había extinguido por completo, cada vez que alguien les daba de comer hasta el hartazgo, como a los niños recién paridos, y no poco a poco, al no poder ya estos hombres digerir los alimentos, morían con mu-
27 cha mayor rapidez. Algunos también, vencidos por el hambre, se alimentaban de sus semejantes. Se cuenta que dos mujeres en cierto lugar en el campo más allá de la ciudad de Arímino, se comieron a diecisiete hombres, pues sucedía que ellas eran las únicas habitantes del lugar que habían sobrevi-
28 vido. Por este motivo venía a suceder que los forasteros que pasaban por allí en su camino, se alojaban en la casita donde residían estas mujeres y, mientras ellos se encontraban dur-
29 miendo, acababan con ellos y se los comían. Pero cuentan además que el forastero que hacía el número dieciocho se

---

[139] Una descripción del aspecto y de los padecimientos de las personas que estaban sufriendo la hambruna muy a la manera de uno de los autores modelo de Procopio, Tucídides, influenciado éste a su vez por la medicina hipocrática y su examen pormenorizado de los síntomas de las enfermedades.

despertó de su sueño justo cuando las dos mujeres estaban a punto de ponerle la mano encima y, tras levantarse de un salto, se enteró por ellas de la historia completa y les dio muerte a ambas. Así es como cuentan que sucedió este episodio. 30
La mayoría de la gente estaba tan dominada por la necesidad que provocaba el hambre que, si encontraban una brizna de hierba, se lanzaban por ella con una avidez considerable, y se ponían de rodillas y trataban de arrancarla de la tierra. A con- 31
tinuación —pues no eran capaces de lograrlo, ya que toda su fuerza los había abandonado—, caían sobre la hierba y su mano tendida y morían. Nadie jamás les daba sepultura en la 32
tierra, pues lo cierto es que no había nadie que se preocupara de llevar a cabo las honras fúnebres; sin embargo, no los tocaba ninguna de las numerosas aves que por naturaleza tienen el hábito de alimentarse de cadáveres, ya que sus cuerpos no les proporcionaban nada de lo que ellas deseaban, pues todas sus carnes, como ya he explicado más arriba[140], 33
habían quedado consumidas previamente por la inanición. Tal fue, ciertamente, la manera en que la hambruna atacó estas tierras.

Por su parte, Belisario, cuando vino a enterarse de que 21
Urayas y los bárbaros estaban poniendo sitio a Mediolano, envió a Martino y a Uliaris con un gran ejército. Cuando 2
éstos alcanzaron el río Po, que dista de Mediolano sólo una jornada de trayecto[141], tras levantar su campamento, permanecieron allí. Pasaron un tiempo considerable en el campamento y deliberaban sobre cómo cruzar el río. Cuando 3
Mundilas se enteró de dicha deliberación, les mandó a uno de

---

[140] En concreto, en el párrafo 23.

[141] Recordemos que 210 estadios viene a ser, para Procopio, la distancia que puede recorrerse en una jornada de viaje; es decir, 37.800 km. En realidad y yendo por la Vía Emilia, no llega a los 30 km. aproximadamente.

4 los romanos, que respondía al nombre de Pablo. Así que és-
te, cruzando las filas enemigas sin ser detectado, llegó hasta
la margen del río Po. Sin embargo, al no encontrar ningún
barco trasbordador, se quitó la ropa y cruzó el río a nado con
5 grave riesgo para su persona. Sea como fuere, después de ha-
ber acudido al campamento de los romanos y presentarse an-
te los comandantes, les dirigió las siguientes palabras:

«Martino y Uliaris, no estáis actuando con justicia ni de
una forma digna de vuestra propia fama, al haber venido,
aparentemente, con el propósito de salvar la causa del empe-
rador, pero, en realidad, para acrecentar el poder de los go-
6 dos. Esta ciudad de Mediolano, que sobrepasa en mucho a
prácticamente todas las demás ciudades de Italia por su tama-
ño, población y demás clases de prosperidad[142], que, aparte
de estas ventajas, es un baluarte fronterizo contra los germa-
nos[143] y demás pueblos bárbaros, y que, por así decirlo, ha si-
do colocada en vanguardia como protección de todo el
Imperio romano, ha caído en una situación de grave peligro
junto con Mundilas y el ejército del emperador y sufre tanto
7 el acoso de los enemigos como vuestro descuido. No voy a
denunciar ahora hasta qué punto habéis ofendido al empera-
dor en la ocasión presente, ya que la urgencia del momento
no me permite extenderme en demasiadas palabras, pues
ahora busco un auxilio rápido para la ciudad mientras quede
8 todavía algo de esperanza. Vosotros por vuestra parte, debéis
acudir de inmediato en defensa de la población de
Mediolano, que se encuentra en peligro. Si vosotros, en las
circunstancias presentes, os valéis de algún tipo de contem-
porización a la hora de acudir a nuestro lado, el resultado pa-
ra nosotros, por una parte, será que pereceremos tras haber
sufrido el más cruel de los destinos posibles y, para vosotros,

---

[142] Cf. VI 7, 37 y 38, y nota 54.

[143] «Germanos» equivale a decir «francos» en Procopio.

por la otra, el haber entregado en manos de los enemigos el
poder del emperador. En mi opinión, son justamente tacha- 9
dos de traidores no sólo los que abren las puertas a los adversarios, sino también y no en menor medida, sino incluso más, quienes, aun teniendo la posibilidad de defender a sus seres más queridos cuando éstos se encuentran sufriendo un asedio, al escoger, en lugar de entrar en combate, la contemporización, la cual implica la ausencia de riesgo, con toda probabilidad regalan la victoria a los enemigos». Ante tan 10
rotundas palabras de Pablo, Martino y Uliaris despacharon a este hombre tras haberle prometido que lo seguirían de inmediato. Pablo de nuevo pasó por entre las filas enemigas sin 11
ser detectado y entró en Mediolano ya por la noche. Había logrado motivar con nuevas esperanzas a los soldados y a los romanos todos e hizo que cobraran todavía más ánimos en su propósito de ser leales al emperador.

No obstante, Martino y sus hombres se mostraban aún rea- 12
cios a moverse y permanecían allí, y consumieron un extenso período de tiempo en medio de esta vacilación. Más tarde, 13
sin embargo, Martino, con el deseo de justificarse ante esta posible acusación de demora, le escribió una carta a Belisario en los siguientes términos: «Tú nos has enviado aquí con el propósito de prestar auxilio a los que corren peligro en Mediolano y nosotros, con gran presteza, como tú ordenaste, hemos llegado hasta el río Po, que el ejército ha tenido miedo de cruzar, puesto que ha llegado a nuestros oídos que una gran fuerza militar de godos se encuentra en Liguria y, con ellos, un ingente tropel de burguciones[144], fuerzas contra las que no nos consideramos capaces de combatir solos en una batalla decisiva. Ordena, por el contrario, a Juan y a Justino 14
—pues ellos se encuentran próximos a nosotros en el territorio de Emilia—, que, lo más rápidamente que puedan, acu-

[144] Cf. VI 12, 38-39.

dan junto con sus tropas a ayudarnos a afrontar este peligro.
15 Si vamos juntos desde aquí, podremos mantenernos sanos y
16 salvos e infligirles algún daño a los enemigos». Tal era, cier-
tamente, el contenido de la carta de Martino. Belisario, por su
parte, cuando la leyó, ordenó a Juan y a Justino que se dirigie-
ran a toda velocidad a Mediolano tras unirse a las fuerzas de
Martino. Sin embargo, ellos dijeron que no cumplirían ningu-
17 na orden como no fueran las de Narsés. Por esta razón preci-
samente Belisario le envió a Narsés la siguiente misiva:

«Considera que el conjunto del ejército del emperador es
un solo cuerpo y que, en el caso de que suceda que aquél no
demuestre seguir un único propósito, de la misma manera que
hacen los miembros de una persona, sino que, por el contra-
rio, una parte desee actuar por su cuenta y riesgo sin las de-
más, el resultado que nos quedará será que terminaremos pe-
reciendo sin haber cumplido con una sola de nuestras
18 obligaciones. Por tanto deja ya Emilia, que no contiene forta-
leza alguna ni, en las circunstancias actuales, tiene una impor-
19 tancia decisiva para los romanos. Tú, por tu parte, ordena a
Juan y a Justino que, sin la menor dilación y acompañados por
las fuerzas de Martino, vayan directos contra los enemigos
que están en Mediolano, puesto que aquéllos se encuentran a
poca distancia y están suficientemente capacitados para ven-
20 cer a los bárbaros. Yo no dispongo aquí de una cantidad de
soldados lo bastante grande como para que pueda enviarlos y,
por lo demás, considero que no es conveniente para unos sol-
21 dados trasladarse de aquí hasta Mediolano, dado que en el tra-
yecto se consumirá gran cantidad de tiempo, de tal modo que
llegarán a la ciudad cuando ya haya pasado el momento ade-
cuado para hacerlo y tampoco podrán en modo alguno, debi-
do a lo largo del viaje, usar los caballos contra los enemigos,
22 cuando los alcancen. Sin embargo, si estos hombres[145] se di-

[145] Juan y Justino, se entiende.

rigen contra Mediolano acompañados de Martino y de Uliaris, con toda probabilidad conseguirán vencer a los bárbaros que se encuentran allí y apoderarse de nuevo de Emilia, sin encontrar ya resistencia alguna». Cuando Narsés 23
leyó la carta, ordenó a Juan y a Justino dirigirse a Mediolano con la totalidad del ejército. Poco tiempo después, Juan salió 24
para la costa con el fin de traerse lanchas de allí, para que el ejército pudiese así cruzar el río. Sin embargo, una enfermedad que contrajo le impidió culminar la empresa.

Mientras los hombres de Martino seguían vacilantes res- 25
pecto al paso del río y las tropas de Juan permanecían esperando las instrucciones de Narsés, se dio la circunstancia de que se consumió una considerable cantidad de tiempo en el asedio. Los que sufrían dicho asedio estaban padeciendo una 26
hambruna insoportable y, forzados por su miserable situación, la mayor parte de ellos empezaron a comer perros, ratones y otras especies de animales que jamás habían servido de alimento antes a ningún ser humano. Así pues, los bárba- 27
ros, tras enviar embajadores ante Mundilas, le exigían que les entregara la ciudad, con la condición de que él mismo y sus soldados permanecerían sin sufrir daños. Sin embargo, 28
Mundilas consintió en hacer esto sólo en el caso de que aquéllos ofrecieran garantías con respecto a ellos mismos y también de que no infligirían daños a ninguno de los habitantes de la ciudad. Con todo, como los enemigos, aunque se mos- 29
traban dispuestos a comprometerse con Mundilas y los soldados, se dejaron llevar por un fuerte arrebato de cólera contra los habitantes de Liguria, era evidente que iban a acabar con todos ellos, por lo que Mundilas convocó a todos los soldados y les dirigió las siguientes palabras:

«Si alguna vez ha sucedido que personas que tenían la 30
oportunidad de salvar sus vidas de forma deshonrosa hayan preferido morir gloriosamente, tomando a cambio de su inmediata salvación un noble final para sus vidas, yo desearía que

vosotros, en el momento presente, fuerais hombres de esa cla-
se y no que, por un excesivo apego a la vida, persiguierais és-
ta aunque viniera acompañada del deshonor. Además, esto se
apartaría de las enseñanzas de Belisario, de las que, desde ha-
ce mucho tiempo, habéis sacado partido, de tal forma que es
un sacrilegio para vosotros no ser otra cosa que hombres no-
31 bles y valerosos en grado sumo. Cuando los hombres llegan a
ver la luz de la vida, tienen ante sí un solo destino[146]: morir
en el momento que les corresponde. Pero, en lo que concierne
al modo de morir, los hombres difieren, por regla general, los
32 unos de los otros. La diferencia radica en que los cobardes,
como se podría esperar, en todos los casos están obligados
primeramente a pagar a los enemigos una deuda de insultos y
burlas y, a continuación, en el momento exacto previamente
delimitado, cumplen con lo determinado por el destino en no
menor medida; pero a los hombres nobles les sucede que su-
33 fren esto con valor y un excedente de buena fama. Aparte de
estas consideraciones, si nos hubiera sido posible servir como
esclavos a los bárbaros y salvar al mismo tiempo a las gentes
de esta ciudad, eso, al menos, nos podría haber granjeado al-
guna disculpa por habernos salvado de tan deshonrosa mane-
34 ra. Pero si, en realidad, estamos obligados a ver a una muche-
dumbre tan grande de romanos destrozada por las manos de
los enemigos, ésta será una forma de muerte más amarga que
35 la que cualquiera podría apuntar, puesto que podría parecer
que nosotros no estábamos haciendo otra cosa que ayudar a
los bárbaros a perpetrar tan terrible acción. Por lo tanto, mien-
tras seamos todavía lo bastante dueños de nosotros mismos
como para adornar la necesidad con el valor, hagamos glorio-
36 sa la fortuna que nos ha correspondido. Yo sostengo que to-
dos nosotros debemos armarnos de la mejor manera posible y

---

[146] Así traducimos esta vez, pues es muy clara la reflexión de Mundilas, el omnipresente término *týchē*.

avanzar contra los enemigos cuando ellos no se lo esperen, pues para nosotros el resultado será uno de estos dos: o bien 37 la fortuna nos tiene preparado un éxito que supera nuestras expectativas, o bien, habiendo obtenido en suerte un final dichoso, nos liberaremos de nuestras dificultades actuales de la forma más gloriosa posible».

Tales fueron las palabras de Mundilas, pero ninguno de 38 los soldados se mostró dispuesto a afrontar el peligro, sino que, de acuerdo a los términos que habían ofrecido los enemigos, se entregaron ellos mismos y a la ciudad. Los bárba- 39 ros, sin infligirles daño alguno a los soldados, los pusieron bajo vigilancia en compañía de Mundilas, pero arrasaron la ciudad hasta sus cimientos y dieron muerte a todos los varones que estuvieran en edad militar en número no inferior a treinta mil. A las mujeres las redujeron a esclavas y se las presentaron a los burguciones como obsequio a modo de compensación por su alianza militar. Cuando encontraron a 40 Reparato, el prefecto del pretorio, descuartizaron su cuerpo en trozos pequeños y arrojaron su carne a los perros. Sin em- 41 bargo, Vergentino[147], que se encontraba dentro de Mediolano, atravesó el territorio de los vénetos y del resto de los pueblos que habitan por aquella región y se trasladó con sus seguidores a Dalmacia. Desde allí llegó a presencia del emperador y le anunció esta gran calamidad que les había sucedido a los romanos. Como consecuencia de este éxito, los go- 42 dos se apoderaron por rendición de las demás ciudades que disponían de guarniciones de romanos y de nuevo consiguieron el control de la totalidad de Liguria. En lo que respecta a Martino y a Uliaris, ambos se pusieron en marcha de regreso a Roma con el ejército.

[147] Reparato, el hermano de Vigilio, el sumo pontífice de Roma, y Vergentino habían conseguido librarse de la matanza de senadores romanos ordenada por Vitigis huyendo a Liguria (cf. V 26, 2).

22 Éste fue, ciertamente, el desarrollo de los acontecimien-
tos en aquellas tierras. Belisario, que no se había enterado to-
davía de lo que había sucedido en Liguria, se trasladaba con
la totalidad de su ejército a Picenos, puesto que el invierno
2 estaba ya tocando a su fin. Pero cuando tuvo noticia en el
curso de dicho viaje de lo que había ocurrido en Mediolano,
3 lo consideró motivo de gran dolor. Ya no le permitió a Uliaris
en lo sucesivo presentarse jamás ante sus ojos; sin embargo,
le escribió una carta al emperador contándole todo lo que ha-
4 bía acontecido. El emperador, por su parte, no trató con
dureza a nadie a causa de lo ocurrido, pero, cuando supo de
las desavenencias entre Belisario y Narsés, inmediatamente
mandó llamar a Narsés y nombró a Belisario comandante en
5 jefe para la totalidad de la guerra. Así fue, ciertamente, como
Narsés regresó a Bizancio, llevando consigo a unos cuantos
soldados. Sin embargo, los hérulos, al retirarse de allí Narsés,
ya no consideraban conveniente permanecer en Italia, aun
cuando Belisario les prometió que, si se quedaban allí, reci-
birían una gran cantidad de beneficios tanto de parte suya co-
mo del emperador. Sin embargo, ellos prepararon su equipa-
6 je y se retiraron en primer lugar a Liguria. Allí se toparon
entonces con el ejército de Urayas y les vendieron a los ene-
migos todos los esclavos y animales que llevaban consigo.
Obtuvieron de esta forma una considerable suma de dinero y
afirmaron por medio de un juramento que jamás se alinea-
7 rían contra los godos ni trabarían combate con ellos. De este
modo, pues, llevaron a cabo su retirada en paz y llegaron has-
ta las tierras de Venecia[148]. Sin embargo, tras encontrarse allí

[148] Venetia, el país de los Veneti (Venetes, Henetes), que, en su origen, fueron una colonia de los Hénetos paflagonios que, en torno al 1270 a. C., cruzaron el Bósforo bajo el mando de Antenor, siguieron su camino surcando los ríos Danubio y Save y desde allí ya por tierra llegaron hasta las desembocaduras del Erídano y el Po, donde, después de expulsar a los Euganei, establecieron un asentamiento al que llamaron *Troianus Pagus*,

con Vitalio[149], se arrepintieron de la falta que habían cometido contra el emperador Justiniano[150]. Con la intención de 8 descargar su conciencia del peso de esta acusación, dejaron allí mismo a Visando, uno de los comandantes, con sus hombres, mientras que los restantes se trasladaron todos a Bizancio, yendo al frente de ellos Alovit y Filemut, que había tomado el mando después de la muerte de Faníteo en Cesena[151].

Por su parte, Vitigis y los godos que estaban con él, al en- 9 terarse de que Belisario vendría a comienzos de la primavera en son de guerra contra ellos y la ciudad de Rávena, quedaron sumidos en un estado de terror considerable y comenzaron a tomar en consideración la situación a la que se veían abocados a enfrentarse. Tras largas deliberaciones entre ellos, pues no se consideraban por sí solos rivales de entidad para hacer frente a los enemigos en batalla, les pareció bien procurarse el auxilio de algunos otros bárbaros. De 10 acuerdo con este proyecto, empezaron por rechazar a los germanos, ya que habían tenido experiencia de su carácter engañoso y poco fiable y se daban por satisfechos con que los germanos no fueran contra ellos, los godos, al lado de Belisario, sino que se mantuvieran al margen de los dos bandos[152]. Sin 11

siendo los límites de su territorio los Alpes Vénetos y Cárnicos por el norte; al sur, el mar Adriático y el río Po; al oeste, el río Athesis y al este, los *Alpes Juliae* y el río Formio; recordemos, asimismo, que ESTRABÓN los llamaba galos y HERÓDOTO habló de ellos como ilirios; como curiosidad, se observa que todos los pueblos que en Paflagonia, Galia, Italia o Germania recibieron el nombre de Vénetos o Hénetos, se asentaron en el mismo tipo de tierras: zonas costeras pantanosas. Tras la segunda guerra púnica, Venetia fue incluida dentro de la Galia Cisalpina y fue la décima región imperial bajo el mandato de Augusto.

149 General de Ilírico.

150 Cf. VI 15, 30-36.

151 Cf. VI 19, 20.

152 Es decir, que los germanos o francos se mantuvieran neutrales.

embargo, los godos enviaron embajadores a Vaces, el soberano de los longobardos, para ofrecerle grandes cantidades
12 de dinero e invitarle a una alianza ofensiva y defensiva, pero cuando supieron que Vaces era amigo y aliado del empe-
13 rador, se marcharon de allí sin haber logrado nada. Por lo tanto, Vitigis, como era de esperar, en tales circunstancias se encontraba sin saber qué hacer y por eso convocaba constantemente a muchos de los hombres de mayor edad. Hizo abundantes averiguaciones sobre qué decisiones debía tomar
14 y cómo actuar para que sus asuntos fueran mejor. En consecuencia, se expresaron muchas opiniones por parte de los hombres que participaban en las deliberaciones en el consejo, unas, que no se adecuaban convenientemente a la situación del momento; otras, que aportaban sugerencias dignas de al-
15 guna consideración. Entre estas últimas, también se expuso la siguiente reflexión: que el emperador de los romanos no había podido hacer la guerra contra los bárbaros de Occidente en ninguna ocasión anterior, salvo cuando se firmó el tratado
16 con los persas[153], pues sólo entonces fueron aniquilados los vándalos y los moros y se les vinieron encima a los godos sus padecimientos actuales. Consecuentemente, si ahora alguien conseguía enemistar al rey de los medos con el emperador Justiniano, entonces los romanos, después de haber arrastrado a la guerra contra ellos a dicho pueblo, jamás serían capaces en lo sucesivo de llevar adelante otra contienda militar contra
17 ningún pueblo del mundo. Esta sugerencia fue del agrado tanto del propio Vitigis como de los demás godos.

En consecuencia, se decidió que se enviarían embajadores[154] a presencia del rey de los medos, Cosroes, pero no go-

[153] La «paz indefinida» *(apérantos eirénē)*, que también se denominó «paz eterna» o «perpetua», que se firmó en el año 532 y se prolongó hasta el 540, justo al final de la campaña de Italia.

[154] Cf. *Guerras* II 2, 1 ss.

dos, con idea de que no fuese obvio desde el primer momen-
to el motivo de la embajada y se hiciese fracasar las negocia-
ciones, sino romanos[155], que se encargarían precisamente de
poner a Cosroes en disposición hostil hacia el emperador
Justiniano. Por esta razón sobornaron entonces con grandes 18
sumas de dinero a dos de los sacerdotes de Liguria para que
se hicieran cargo de esta misión. Uno de estos dos hombres, 19
que tenía el aspecto de ser el más digno, adoptó la apariencia
y el título de obispo, lo cual no le correspondía en absoluto,
y se encargó de la embajada, en tanto que el segundo acom-
pañaba a éste en calidad de asistente. Vitigis también les en- 20
tregó en mano una carta que había escrito a Cosroes y, acto
seguido, los despachó. Cosroes, movido por el contenido de
la carta, perpetró crímenes injustificables contra los romanos
mientras seguía en vigor la tregua, como conté en la na-
rración precedente[156]. Por su parte, cuando el emperador 21
Justiniano se enteró de que Cosroes y los persas estaban de-
liberando en este sentido, tomó la decisión de poner fin a la
guerra en Occidente lo más pronto posible y mandar llamar
a Belisario a fin de que dirigiese las operaciones militares en
la guerra contra los persas. Así pues, despidió de inmediato a 22
los embajadores de Vitigis, pues se encontraban todavía en
Bizancio, con la promesa de que enviaría hombres a Rávena
para que estableciesen el tratado con los godos de tal forma
que llegara a ser ventajoso para cada uno de los dos bandos.
Sin embargo, Belisario no despidió a estos embajadores has- 23
ta que ellos no permitieron que se marchara la embajada de
Atanasio y Pedro[157]. Cuando estos hombres se encontraron 24
en Bizancio, el emperador los consideró merecedores de los

[155] Es decir, súbditos del emperador. De hecho, dos sacerdotes ligures (cf. de nuevo II 2, 2, contado por Procopio casi con las mismas palabras que aquí).

[156] Cf. II 5 ss.

[157] Cf. V 7, 25.

más altos honores y nombró a Atanasio prefecto de los pretorianos[158] de Italia y concedió a Pedro el cargo de maes-
25 tre[159], como es denominado. El invierno llegó a su final y de esta forma concluyó el cuarto año de esta guerra[160], cuya historia ha escrito Procopio.

23 Por su parte, Belisario estaba dispuesto a conquistar primero Áuximo y Fisula[161] y después, a marchar contra Vitigis y Rávena, sin que hubiera nadie entre los enemigos que pu-
2 diera oponerles resistencia ni hostigar a su retaguardia. Así pues, envió a Cipriano y a Justino con sus hombres y algunos de los isáuricos a Fisula y también a quinientos soldados de infantería pertenecientes al destacamento al frente del cual estaba Demetrio. Estos hombres montaron su campamento en torno a la fortaleza y comenzaron un asedio a la guarni-
3 ción de bárbaros que allí se encontraba. A Martino y a Juan, en compañía de sus hombres y de otro ejército al frente del cual estaba Juan, al que apodan «el Glotón»[162], los mandó a
4 las tierras situadas a lo largo del río Po. Encargó a estos co-

[158] Para el importantísimo cargo de «prefecto del pretorio» cf. notas 165 y 264 del libro V.

[159] Para información adicional sobre Pedro Patricio cf. *Historia Secreta* XVI 2 y, sobre todo, nota 194, y también XXIV 22. El término exacto del cargo es *magister*: SIGNES CODOÑER lo traduce siempre por *magistro* en su excelente edición de la *Historia Secreta* en esta misma colección (B. C. G. núm. 279). Sobre este importante cargo o dignidad de *magister officiorum*, título militar del más alto rango pero con amplias competencias en diferentes campos del gobierno y administración del estado, cf. notas 197 y 295 a la traducción de la *Historia Secreta*.

[160] 538-539 d. C.

[161] Faesulae, Fesula o Fesulas, la actual Fiesole. Ciudad tirrena de Etruria, a algo menos de 5 km. al norte de Florencia, en plena Vía Cassia. Colonia de Sila. Ha quedado para la posteridad por servir de cuartel general en Etruria a Catilina durante su famoso golpe de estado.

[162] *Phagân*, de *phageîn* «comer».

mandantes que tuviesen cuidado de que Urayas y sus tro-
pas no fueran contra ellos desde Mediolano y que, en caso de
que no fueran capaces de repeler la acometida de los enemi-
gos, los siguieran por detrás sin que se diesen cuenta y los
atacaran por la retaguardia. Así que tomaron posesión de la 5
ciudad de Dortón[163], que está sin amurallar y junto al río y,
tras haber establecido su campamento, permanecieron allí,
en tanto que Belisario en persona llegó a la ciudad de Áuxi-
mo acompañado por once mil hombres. Áuximo es la prime- 6
ra de las ciudades de Picenos y, como acostumbran a llamar-
las los romanos, su metrópoli[164]. Se encuentra a una distancia
de ochenta y cuatro estadios de la costa del golfo Jónico y, de
la ciudad de Rávena, a un trayecto de tres días y ochenta es-
tadios[165]. Está situada sobre una colina muy alta, que carece 7
por completo de vía de acceso en el terreno llano, razón por
la cual es enteramente inexpugnable para los enemigos.
Vitigis había establecido en esta ciudad como guarnición de 8
vigilancia a lo más destacado de las tropas godas, suponien-
do que los romanos, a menos que capturaran primero esta
ciudad, jamás se atreverían a marchar en son de guerra con-
tra Rávena.

Cuando el ejército romano llegó a Áuximo, Belisario or- 9
denó a todos que establecieran el campamento en círculo en
torno a la base de la colina. De esta forma, se situaron por 10
compañías y cada uno levantaba su tienda en un punto del te-
rreno, en tanto que los godos, que se habían apercibido de
que los enemigos se habían quedado separados a mucha dis-

---

[163] Dertona, hoy día Tortona; ciudad de los Ananes, pueblo de Liguria, situada en las cercanías del río Po (en el lado de acá) entre Aquae Statiellae e Iria.

[164] En el sentido de ciudad principal o más importante de una provincia o estado.

[165] Respectivamente a 15 km. y a 127,800 km. según Procopio. Cf. III 1, 17 y nota 23 para la equivalencia aproximada de una jornada de viaje.

tancia los unos de los otros y no podían prestarse auxilio mutuamente con facilidad al encontrarse en una extensa llanura, de forma repentina avanzaron contra ellos en torno a la caída de la tarde, en la zona que queda al este de la ciudad, por donde se daba la circunstancia de que Belisario, en compañía de sus propios lanceros y escuderos, se encontraba todavía
11 montando el campamento. Los romanos tomaron sus armas y se defendieron de sus agresores según lo permitieron las circunstancias y, gracias a su valor, los hicieron retroceder con muchísima facilidad y terminaron derrotándolos; y, yendo en pos de ellos mientras huían, alcanzaron la mitad de la
12 altura de la colina. Allí los bárbaros se volvieron contra ellos y, confiados en la solidez de su posición, hicieron frente a pie firme a sus perseguidores; y como disparaban flechas apuntando a las cabezas de sus enemigos, dieron muerte a una buena cantidad de ellos, hasta que la llegada de la noche puso fin al combate. De esta forma, los dos ejércitos se separa-
13 ron y pasaron aquella noche al aire libre. Pues bien, dio la casualidad de que el día anterior a esta acción habían sido enviados algunos godos, al despuntar el alba, a los campos de
14 los alrededores para recolectar provisiones. Estos, que no se habían enterado de la presencia de los enemigos, regresaron por la noche. Al ver de repente las hogueras de los romanos, se quedaron muy sorprendidos y sintieron un gran temor.
15 Muchos de ellos se atrevieron a afrontar el peligro y entraron en Áuximo sin que se dieran cuenta los enemigos. Sin embargo, todos aquellos que, vencidos por el terror, se ocultaron en algunos bosques con la intención de marchar hasta Rávena, no mucho tiempo después cayeron en poder de los
16 enemigos y fueron eliminados. Belisario, que se había dado cuenta de que Áuximo era una plaza muy sólida y de que estaba emplazada en lugar seguro, por lo que le resultaba imposible efectuar un ataque sobre las fortificaciones, era de la opinión de que jamás podría tomar al asalto la fortaleza, pe-

ro albergaba la esperanza de que, mediante un estrecho asedio, llevaría a los enemigos a encontrarse faltos de provisiones y, al cabo, terminaría haciéndolos caer en su poder.

A no mucha distancia de las fortificaciones, el terreno 17
producía una gran cantidad de hierba, lo cual proporcionaba la ocasión para un encuentro entre los romanos y los godos, pues cada vez que los romanos veían a los adversarios cor- 18
tando la hierba para servir de alimento a sus caballos, subían la colina con gran ímpetu y trababan combate cuerpo a cuerpo con los enemigos. Así, mediante una demostración de valerosas acciones, trataban de impedirles que se llevaran la hierba y en todas las ocasiones mataban a muchos de los adversarios en ese lugar. En ese caso, los bárbaros se vieron su- 19
perados en valor por los enemigos, de modo que diseñaron el siguiente plan: tras quitarles a los carros las ruedas junto con los ejes, las dejaron preparadas y entonces, cuando empezaron a cortar la hierba, tan pronto como vieron que los romanos alcanzaban ya en su ascensión la mitad de la colina, soltaron las ruedas para que se precipitaran desde lo alto sobre ellos. Sin embargo, por alguna casualidad afortunada, suce- 20
dió que las ruedas llegaron hasta el terreno llano sin haber tocado a ningún hombre. Tras haber fracasado en esta tentativa, los bárbaros se dieron a la fuga en aquella ocasión y penetraron dentro de las fortificaciones, pero, más tarde, ejecutaron el siguiente plan: ocuparon los barrancos que se en- 21
contraban a muy poca distancia de las fortificaciones para preparar emboscadas, en las que participaban los hombres destacados entre ellos. Unos pocos soldados se dejaron ver por los enemigos cerca de la hierba y, cuando se trabó combate, los que estaban escondidos salieron de un salto de sus escondrijos y, como sobrepasaban en número a sus adversarios por mucho y los dejaron paralizados de terror porque ellos no los habían visto antes, dieron muerte a la mayor parte de ellos y a los restantes los ponían en fuga todo el tiem- 22

po. Cuando aquellos romanos que habían mantenido su posición en los campamentos vieron a los enemigos saliendo de las emboscadas, intentaron, a voz en grito, advertir a sus compañeros para que se retiraran, mas no lo consiguieron en absoluto, puesto que los hombres que estaban luchando no podían de ninguna manera escuchar sus voces, debido, en primer lugar, a que, por el tamaño de la colina, estaban separados de ellos por un espacio muy grande de terreno y, en segundo, porque los bárbaros a propósito hacían resonar con fuerza sus armas golpeándolas unas con otras para ahogar el sonido de sus voces.

23 Belisario se encontró sin saber qué hacer ante esta situación y Procopio, el escritor de esta historia, vino a su presencia y le dijo lo siguiente: «General, los hombres que tocaban las trompetas antiguamente en el ejército romano conocían dos toques diferentes, de los cuales uno parecía que animaba en el más alto grado a los soldados y los impulsaba a entrar en combate, mientras que el otro hacia volver al campamento a los que estaban combatiendo, cuando le parecía al general que esto era lo mejor que se podía hacer.
24 Valiéndose de este recurso, los generales siempre transmitían las órdenes oportunas a sus soldados y éstos, por su parte, podían ejecutar las acciones que se les había encomendado.
25 En el desarrollo de los combates, la voz humana no es apropiada en modo alguno por sus rasgos naturales para comunicar nada con claridad, puesto que, como es natural, tiene que competir con el estruendo de las armas que resuena por todas partes y, además, el miedo paraliza los sentidos de los que están luchando.
26 Sin embargo, como hoy en día tal técnica ha quedado olvidada[166], debido al desconocimiento, y resulta imposible comunicar ambas órdenes con una sola trompeta, actúa tú

[166] *Exṓlisthe*, del verbo *exolisthaínō* que significa «resbalar fuera, escapar, deslizarse», aquí: «resbalar, escapar de nuestra memoria», por tanto, «olvidarse» (con este sentido aparece en Aristófanes, *Asambleístas* 286).

mismo en lo sucesivo de la siguiente manera: con las trompetas de la caballería anima a los soldados a continuar combatiendo contra los enemigos, mientras que con las de la infantería avisa a los hombres para que se batan en retirada. No 28 es posible que ellos dejen de reconocer el sonido de cada una de las dos, puesto que, en el primer caso, el sonido sale del cuero y de una madera extraordinariamente fina, mientras que, en el segundo, el sonido procede de un bronce bastante grueso». Tales fueron las sugerencias de Procopio. 29

Belisario, por su parte, quedó complacido ante esta propuesta y, tras convocar a todo el ejército, les habló de la siguiente forma: «Considero que el entusiasmo es beneficioso y digno de mucha alabanza, mientras siga siendo moderado y no les produzca daño alguno a aquellos que están dominados por él, pues todas las cosas buenas, cuando se abusa de 30 ellas, acostumbran siempre a transformarse en algo peor. En consecuencia, no vayáis a fracasar de ahora en adelante por este deseo vuestro de entrar en batalla, pues escapar de aquel que os está infligiendo daños indudablemente no representa ninguna deshonra. Sin embargo, aquel que de forma irrefle- 31 xiva se ve involucrado en una dificultad que se veía venir, aunque salga de ella sano y salvo, si es que tiene tanta suerte, sigue siendo culpable de haber cometido una insensatez; en cambio, el hombre verdaderamente noble es el que se comporta como un valiente en los peligros que son inevitables. Así pues, los bárbaros, como no son capaces de luchar 32 contra nosotros en una batalla decisiva en campo abierto, están tratando de acabar con nosotros con emboscadas. Sin embargo, para nosotros es más digno de reproche afrontar el riesgo que escapar de su celada, pues nada es más vergonzo- 33 so que rendirse a los designios de los enemigos. Por lo tanto, me preocupa que caigáis en las emboscadas de los enemigos, en tanto que vuestro deber será, en cuanto yo os dé la señal, 34 batiros en retirada a toda velocidad. Esta señal será dada, sol-

35 dados, por la trompeta de la infantería». Hasta aquí el discurso de Belisario.

Los soldados, cuando vieron a los enemigos cerca de la hierba, se fueron contra ellos a la carrera y dieron muerte a
36 algunos de ellos en la primera acometida. Entonces, uno de los moros vio entre los godos caídos a un soldado cuyo cuerpo estaba adornado con oro. Lo cogió de los cabellos de su cabeza y comenzó a arrastar su cadaver con la intención de
37 quitárselo. Sin embargo, un godo le disparó una jabalina y le acertó en ambas piernas, atravesándole los músculos que están en la parte posterior de las espinillas[167], con lo cual sus dos piernas quedaron clavadas juntas con la jabalina como
38 sujeción. No obstante, el moro seguía teniendo agarrado de los cabellos al cadáver y lo arrastraba. En ese momento, los bárbaros levantaron a sus hombres de las emboscadas y Belisario, por su parte, que veía desde el campamento lo que estaba pasando, ordenó a los soldados de infantería a los que se les había encomendado esta misión que hicieran sonar sus
39 trompetas rápidamente. Los romanos, al escuchar la señal, empezaron a retirarse ya de inmediato, cogieron al moro y se lo llevaron con jabalina y todo. Entonces los godos no se atrevieron a seguirlos más, sino que, por el contrario, regresaron sin haber logrado éxito alguno.

24 Con el transcurso del tiempo se hizo mucho mayor la escasez de provisiones de los bárbaros, por lo que éstos deci-
2 dieron informar a Vitigis de su situación. Como ninguno de ellos se atrevía a salir para cumplimentar esta misión, pues estaban convencidos de que no podrían pasar inadvertidos a los ojos de sus asediadores, diseñaron la siguiente estratage-
3 ma: aguardaron a que hubiera una noche sin luna y dejaron preparados a los hombres que tenían pensado mandar a pre-

[167] Es decir, en las pantorrillas.

sencia de Vitigis. Cuando aquélla se produjo, depositaron en
sus manos una carta y, a una hora avanzada de la noche, em-
pezaron de pronto a gritar todos en numerosos puntos de las
fortificaciones. Cualquiera podría haber conjeturado que su 4
agitación se debía a que los enemigos los estuvieran hosti-
gando con dureza o por una inesperada toma de la ciudad; los 5
romanos, por su parte, completamente incapaces de com-
prender lo que estaba sucediendo, permanecieron sin mover-
se en los campamentos por voluntad de Belisario y abriga-
ban la sospecha de que estarían llevando a la práctica alguna
maquinación desde la ciudad y de que un ejército había lle-
gado desde Rávena para prestar ayuda a los enemigos.
Temerosos de esto, consideraban que era preferible permane-
cer en lugar seguro y así salvar sus vidas mejor que lanzarse
en una noche sin luna a un peligro que, en cierto modo, se po- 6
día prever. De esta forma, por tanto, los bárbaros enviaron a
sus hombres a Rávena sin que se diesen cuenta de ello los
enemigos. Ellos no fueron vistos por ningún enemigo, se en-
contraron ante Vitigis al tercer día y le mostraron la carta, cu- 7
yo contenido era el siguiente: «Cuando, soberano, nos asig-
naste a la guarnición de Áuximo, afirmaste que nos confiabas
las llaves de la propia Rávena y de tu reino. Por esta razón 8
precisamente nos encomendaste que, con todas nuestras fuer-
zas, tomáramos precauciones para que no entregásemos a
traición a los enemigos el poder de los godos por algún desliz
de nuestra parte; y tú sostenías que, en caso de que solicitára-
mos tu ayuda, te presentarías con la totalidad del ejército sin
que ningún mensajero pudiese anunciar antes tu llegada[168]. 9
Nosotros hemos venido luchando hasta el momento presente
tanto con el hambre como con Belisario, comportándonos

[168] El término es *autepángeltos:* literalmente, «anunciándote tú mismo, sin necesidad de mensajeros»; es decir, «espontáneamente, por propia voluntad».

como fieles guardianes de tu reino, sin embargo tú no has
10 considerado apropiado prestarnos ayuda de ninguna clase. Reflexiona, pues, no vaya a ser que los romanos algún día conquisten Áuximo y se hagan con las llaves a las que tú, al permanecer ellos aquí, no haces ningún caso y, en consecuencia, no queden excluidos de ni una sola de tus posesiones». Tal era el contenido de la carta.

11 Cuando se la entregaron a Vitigis y éste la vio, al instante despachó a los hombres con la promesa de que prestaría auxilio a la ciudad de Áuximo con todo el ejército de los godos. Más tarde, sin embargo, tras considerarlo largamente,
12 permaneció inactivo, puesto que, por una parte, sospechaba que las fuerzas de Juan los seguirían por la retaguardia y, de esta forma, los dejarían expuestos a posibles ataques por los dos lados y, por la otra, pensó que a Belisario lo acompañaba un numeroso contingente de hombres capacitados para el combate, por lo que cayó en una especie de estado de temor
13 que lo dejaba sin capacidad de reacción. Sin embargo, el hambre era con diferencia lo que más lo atormentaba de todo, pues carecía de una fuente de abastecimiento de la que
14 proveer de víveres a su ejército. Y es que los romanos, por una parte, como eran dueños del mar y tenían en su poder la fortaleza de Ancón[169], traían todos sus suministros de Sicilia y Calabria, y los almacenaban en aquel lugar y, en el momen-
15 to oportuno, los cogían de allí; por otra, al darse cuenta de que, si los godos marchaban en son de guerra al interior del territorio de Picenos, no dispondrían de medio alguno para
16 tener algo de víveres, se quedó completamente falto de soluciones. Así pues, los hombres que habían sido enviados recientemente ante Vitigis desde Áuximo trajeron la promesa

[169] Cf. nota 77. Recordemos que Calabria es la región que forma el tacón de la bota de Italia y que en VII 6, 5, Procopio nos contará que el siguiente rey godo Totilas se apoderará de ella junto con la vecina Apulia.

de éste a la ciudad, pasando inadvertidos a los enemigos, y, de esta forma, lograron que los bárbaros de allí cobraran ánimos con vanas esperanzas. Belisario, enterado de estas nove- 17
dades por boca de los desertores, ordenó que se mantuviera una vigilancia todavía más estrecha, con el propósito de que no volviera a suceder ningún episodio más de este tenor. Éste fue el desarrollo de los acontecimientos en ese lugar.

Mientras tanto, las tropas de Cipriano y de Justino que si- 18
tiaban Fisula no podían de ninguna manera llevar a cabo un asalto sobre las fortificaciones, ni siquiera alcanzar un punto que estuviera muy cercano a ellas, pues esta fortaleza era de muy difícil acceso por todas partes. En cambio, los bárbaros realizaban frecuentes incursiones contra ellos y preferían decidir la situación por medio de un combate contra ellos antes que verse duramente presionados por la escasez de víveres. Los encuentros, al principio, resultaron igualados, pero, más tarde, tomaron ventaja los romanos, encerraron a los enemigos en el interior del recinto amurallado y los mantuvieron bajo estrecha y firme vigilancia, de tal suerte que nadie podía salir de la ciudad por ningún sitio. Ante esto, los bárba- 19
ros, que se veían escasos de provisiones y sin saber qué hacer en las circunstancias presentes, enviaron emisarios ante Vitigis sin que los enemigos lo supieran, rogándole que les prestara auxilio a la mayor brevedad, en la creencia de que no podrían resistir durante mucho más tiempo. Por su parte, 20
Vitigis ordenó a Urayas que se dirigiese a Ticino[170] con el ejército que había entonces en Liguria, pues, de esa forma, según afirmaba, él vendría en persona en ayuda de los que estaban sufriendo el asedio con todas las fuerzas militares de los godos. Urayas actuó conforme a estas instrucciones, mo- 21
vilizó todo el ejército que tenía con él y se puso en camino rumbo a Ticino. Tras cruzar el río Po, se encontraron en las

[170] Recuérdese: la actual Pavía.

22 proximidades del campamento romano[171]. Allí también ellos montaron su campamento y se situaron frente a los enemigos, a una distancia de sesenta estadios[172] aproximadamente.
23 Ninguno de los dos bandos emprendió el ataque, pues a los romanos les parecía bien si les servían de obstáculo a los adversarios, de tal forma que no pudiesen avanzar sobre los hombres que llevaban a cabo el asedio, y los bárbaros se mostraban reacios a librar una batalla decisiva contra los enemigos en ese lugar, pues consideraban que, en caso de que no tuvieran suerte en esa contienda, darían al traste con toda
24 la causa de los godos. En tal caso, ya no podrían unirse a las fuerzas de Vitigis y, en compañía de él, prestar ayuda a los sitiados. Con tales consideraciones, cada uno de los dos bandos permaneció sin moverse.

25 En aquel tiempo, los francos[173], enterados de que los godos y los romanos habían sufrido grandes daños a consecuencia de la guerra y pensando, por esa misma razón, que podrían hacer suya la mayor parte de Italia, empezaron a considerar descabellado que otros llevaran adelante una guerra tan larga por el dominio de una tierra que estaba tan próxima a la suya, mientras que ellos, en cambio, permanecían
2 inactivos, dejándoles el campo libre a ambos pueblos. Así pues, olvidándose por el momento de los juramentos y tratados que habían hecho poco tiempo antes tanto con los romanos como con los godos —pues esta nación, en lo referente a la confianza[174], es la más traicionera de todas cuantas hay en

[171] Que se encontraba en Dortón (Dertona).

[172] Algo menos de 11 km.

[173] Curiosamente, en este capítulo Procopio sí empieza llamando por su nombre a los francos y dejando de lado la denominación más genérica de «germanos».

[174] Se entiende: que ellos puedan inspirar en los demás.

el mundo—, en seguida reunieron un contingente militar que alcanzaba el número de diez mil hombres, bajo el mando de Teodiberto, y marcharon en son de guerra en dirección a Italia. Llevaban en torno a su jefe un pequeño destacamento
de caballería cuyos soldados eran los únicos que blandían 3
lanzas, mientras que todos los restantes eran soldados de infantería que no portaban ni arcos ni lanzas, sino que cada hombre llevaba una espada, un escudo y un hacha. Ésta tenía una cabeza de hierro gruesa y sumamente afilada por ambos lados, en tanto que el mango de madera resultaba muy corto.
Ellos están acostumbrados a arrojar siempre esta hacha a la 4
llamada de una señal en el curso de la primera acometida y, de este modo, traspasar los escudos de los enemigos y causarles la muerte.

De esta forma, los francos cruzaron los Alpes que separan 5
a los galos de los italianos y penetraron en Liguria[175]. Por su 6
parte, los godos se habían mostrado molestos previamente ante la desconsideración de los francos, en el sentido de que, aunque ellos, los godos, les habían prometido con frecuencia que les entregarían un vasto territorio y grandes sumas de dinero en recompensa por una alianza militar, los francos en modo alguno se habían mostrado dispuestos a cumplir su propia promesa. Sin embargo, cuando se enteraron de que Teodiberto se encontraba cerca con un gran ejército, se sintieron llenos de alegría, enaltecidos en el más alto grado por las esperanzas y pensando que en lo sucesivo aventajarían a
los enemigos sin tener que recurrir a una sola batalla. En 7
cuanto a los germanos, mientras estuvieron en Liguria, no infligieron ningún daño a los godos, con la intención de que los godos no les pusieran ningún impedimento para cruzar el Po.

---

[175] Recuérdese que para Procopio Liguria también comprende el territorio situado al otro lado del río Po: cf. al respecto V 12, 4, 20; 15, 28, y nota 140 del libro V.

8 En consecuencia, cuando llegaron a la ciudad de Ticino, don-
de los antiguos romanos habían construido un puente sobre
el río, los que estaban allí vigilando estas vías de acceso les
prestaron todo tipo de ayuda y les permitieron cruzar el Po a
9 su entera libertad. Sin embargo ellos, tras hacerse con el con-
trol del puente, empezaron a sacrificar a cuantos niños y mu-
jeres godos se iban encontrando a su paso y a arrojar sus
cuerpos al río como primicias de guerra. Estos bárbaros, aun-
10 que se habían convertido al cristianismo, conservaban la ma-
yor parte de sus antiguas creencias, pues practicaban los sa-
crificios humanos y otros tipos de inmolaciones de impía
naturaleza[176], y mediante estos rituales realizaban sus profe-
11 cías. Los godos, al ver lo que estaban haciendo, sintieron un
miedo incontrolable, se dieron a la fuga y penetraron en el in-
terior de las fortificaciones.

Así pues, los germanos, después de cruzar el río Po, al-
canzaron el campamento de los godos. Éstos se mostraban
encantados al principio al observar que los germanos se acer-
caban a ellos en pequeños destacamentos, pensando que ha-
12 bían venido a luchar en alianza con ellos. Pero en el momen-
to en que, tras haberse reunido un ingente tropel de
germanos, dada la continua afluencia de más y más hombres,
les atacaron, lanzándoles las hachas, como si fueran dardos,
comenzaron a aniquilar a un considerable número de godos.
Éstos volvieron la espalda y se precipitaron a la fuga y, pa-
sando por el campamento de los romanos, recorrían a la ca-
13 rrera el camino que llevaba a Rávena. Los romanos, al ver
que huían, creyeron que Belisario acudía a prestarles ayuda
y que se había apoderado del campamento de los enemigos y
los había expulsado de él tras derrotarlos en combate. Con el
deseo de unir sus fuerzas a las de Belisario, tomaron las ar-
14 mas y se pusieron en marcha a toda velocidad. Sin embargo,

[176] De carácter pagano. Los francos, efectivamente, eran cristianos.

al encontrarse de forma inesperada con un ejército hostil, tuvieron que enzarzarse en un combate cuerpo a cuerpo con ellos totalmente contra su voluntad y, tras sufrir una aplastante derrota en la batalla, ya no pudieron retornar a su campamento, sino que todos huyeron en dirección a Toscana.
Cuando, por fin, se encontraron en lugar seguro, informaron 15
a Belisario de todo lo que les había sucedido.

Por su parte, los francos, habiendo derrotado, como he- 16
mos referido, a ambos ejércitos, tras apoderarse de cada uno de los dos campamentos sin que hubiera un solo hombre en ellos, encontraron en su interior víveres para ese momento; sin embargo, en poco tiempo consumieron la totalidad de los mismos, debido a la enorme cantidad de guerreros que eran y, al encontrarse en un territorio despoblado, no pudieron llevarse a la boca otro tipo de provisiones como no fueran reses
y agua del Po. Sin embargo, no eran capaces de digerir esa 17
carne debido a la cantidad excesiva de agua que consumían, por lo que la mayor parte de ellos se vieron aquejados de diarrea y de disentería[177], de las que no consiguieron restable-
cerse en absoluto por culpa de la escasez de comida apropia- 18
da. De hecho, se dice que una tercera parte del ejército de los francos pereció a consecuencia de estas dolencias. Por esa razón precisamente, al no poder en modo alguno avanzar más en su camino, se quedaron donde estaban.

Por su parte, Belisario, que ya estaba al tanto de que se 19
encontraba en Italia un ejército de francos y de que los hombres de Martino y de Juan habían resultado derrotados en combate y se habían dado a la fuga, se vio paralizado por la falta de recursos, temiendo no sólo por la suerte de la totalidad del ejército, sino, en especial, por los hombres que esta-

---

[177] Tal cual en el original griego: enfermedad infecciosa y específica que tiene por síntomas característicos la diarrea con pujos y alguna mezcla de sangre.

ban poniendo sitio a Fisula, ya que se había enterado de que
estos bárbaros se encontraban entonces mucho más cerca de
ellos que de ningún otro ejército. Al instante le escribió en-
20 tonces a Teodiberto en los siguientes términos: «Considero,
noble Teodiberto, que no es propio de un hombre que preten-
de aspirar a la virtud y, especialmente, de un soberano que
manda sobre naciones tan importantes en cuanto a su canti-
21 dad de población, dejar de decir la verdad. Es más, violar ju-
ramentos que han sido puestos por escrito y hacer caso omi-
so de los acuerdos establecidos no es apropiado ni siquiera
para los más despreciables de entre los hombres. No obstan-
te, tú sabes muy bien que has cometido precisamente estas
faltas en el momento presente, aun a pesar de que, hace bien
poco, consentiste en colaborar con nosotros en llevar adelan-
22 te esta guerra contra los godos. Sin embargo, la realidad ac-
tual es que no solamente te has mantenido al margen de am-
bas naciones, sino que incluso, tras tomar las armas de tan
impulsiva forma, has llevado a cabo un ataque contra nues-
tras fuerzas. No sigas, al menos, con este comportamiento,
excelente amigo mío, cuando además constituye un insulto
para el gran emperador, el cual seguramente no consideraría
procedente dejar de responder al insulto con las medidas de
23 reparación más implacables. Ciertamente, lo más recomen-
dable para un hombre es mantener a buen recaudo sus pose-
siones antes que, por reclamar aquellos bienes que no le per-
tenecen, verse abocado a afrontar un peligro que pone en
24 juego sus intereses más fundamentales». En cuanto Teodi-
berto leyó la carta, perplejo como estaba ante las circunstan-
cias del momento y sufriendo, además, los reproches de los
germanos, porque, según decían, morían en un terreno baldío
sin que hubiera una razón para ello, tras levantar el campa-
mento con los supervivientes de los francos, se batió en reti-
rada rumbo a su patria a gran velocidad.

De esta forma, Teodiberto, tras marchar sobre Italia en expedición militar, llevó a cabo la retirada. Las tropas de Martino y de Juan regresaron a pesar de lo sucedido, con idea de que los enemigos no efectuaran ningún ataque sobre los romanos que estaban ocupados en el asedio. Por su parte, los godos que se encontraban en Áuximo, que no habían tenido noticia alguna de la llegada de los francos, habían empezado a perder la paciencia en lo concerniente a las esperanzas provenientes de Rávena, que ya sufrían un prolongado retraso, y estaban barajando la posibilidad una vez más de requerir la ayuda de Vitigis, si bien, al verse incapaces de eludir la vigilancia de los enemigos, se dieron a los lamentos. Más tarde, sin embargo, vieron que uno de los romanos, que pertenecía a la raza de los besos[178], que respondía al nombre de Burcencio y que había sido puesto a las órdenes de Narsés el Armenio, estaba solo de vigilancia al mediodía al cuidado de que nadie saliera de la ciudad a coger la hierba. Se le acercaron y entablaron conversación con él y, ofreciéndole garantías de que no le causarían daño alguno, le instaron a reunirse con ellos, con la promesa de que habría para él una considerable cantidad de dinero. Cuando ya se encontraban juntos en el mismo lugar, los bárbaros le pidieron a este hombre que llevara cierta carta a Rávena. Establecieron una determinada cantidad de oro que se le pagaría de inmediato y le prometieron que le entregarían más cuando regresara con una carta de Vitigis dirigida a ellos en sus manos. Entonces el soldado, seducido por el dinero, consintió en prestar tal servicio y cumplió su promesa, pues él, de hecho, tomó una carta sellada y la llevó a toda velocidad a Rávena. Tras llegar a presencia de Vitigis, puso en sus manos la misiva, que contenía el siguien-

26 2 3 4 5 6

[178] Los Bessi o besos fueron un pueblo de Tracia que habitó la región montañosa situada al sur de Filipos o Filipópolis (la moderna Plovdiv) y paralela a una porción del alto curso del Hebrus (actualmente el río Maritza).

te mensaje: «En qué situación estamos en estos momentos, vosotros[179] lo podréis deducir con exactitud cuando hagáis averiguaciones sobre quién es el encargado de llevaros la
7 carta, ya que para cualquiera de los godos es de todo punto imposible salir fuera de las fortificaciones. En cuanto a los alimentos, el más a mano de que disponemos es la hierba que casualmente crece a poca distancia de la muralla, la cual incluso en estos momentos ni siquiera podemos tocar, salvo a costa de perder a numerosos hombres en la lucha que se desencadene por ella. Por tanto, es menester que tanto tú como los godos que se encuentran en Rávena consideréis en qué va a terminar todo esto para nosotros».

8 Cuando Vitigis leyó estas líneas, respondió en los siguientes términos: «Que nadie piense, queridos amigos, que hemos decaído en nuestros esfuerzos ni que hemos llegado a tal nivel de vileza como para dejar que se arruine completa-
9 mente la causa de los godos por culpa de la indolencia. Por mi parte, sólo recientemente he podido disponer lo más cuidadosamente posible los preparativos para la partida y he he-
10 cho venir de Mediolano a Urayas con todo el ejército. Sin embargo, la irrupción de los francos, que se han venido encima de forma inesperada, ha trastocado todos nuestros preparativos, circunstancia por la que a mí, al menos, en justicia no se
11 me debería echar la culpa. Y es que las cosas que quedan más allá del poder de los seres humanos conceden, incluso a los que han fracasado, la gracia de verse libres de culpa, puesto que es la fortuna[180] la que siempre atrae sobre sí misma las

---

179 Parece un uso del plural mayestático, que no sería extraño en una carta que, desde luego, va dirigida al rey.

180 En este caso concreto, Vitigis usa el azar, la suerte, o, si queremos, la casualidad, como pretexto para no prestar ayuda a los godos de Áuximo: como vemos, pone como excusa la invasión de Italia por parte de los francos, cuando sabemos que en ningún momento ha tenido intención de intervenir.

culpas de los sucesos que hayan tenido lugar. En estos momentos, sin embargo —puesto que nos hemos enterado de que Teodiberto se ha apartado de nuestro camino—, no falta ya mucho tiempo para que, si ésa es la voluntad de Dios, nos encontremos a vuestro lado con la totalidad del ejército de los godos. Es necesario que soportéis todo lo que os pueda tocar en suerte valerosamente y como corresponde a las necesidades que padecéis ahora, teniendo en consideración, por una parte, vuestro valor, por el cual precisamente yo os escogí entre todos los integrantes del ejército y os establecí en Áuximo, y con respeto, por la otra, a la buena reputación de la que disfrutáis entre todos los godos y que hizo que os hayan colocado en vanguardia como baluarte y garante de la defensa de Rávena y de su propia salvación». Vitigis, tras haber escrito estas palabras y recompensar al hombre con una fuerte suma de dinero, le dio permiso para marcharse. Cuando llegó a Áuximo, se reunió con sus propios compañeros. Entonces puso como excusa que había sufrido una indisposición y que, por ese motivo, había estado descansando dentro de un santuario situado a escasa distancia. De esta forma consiguió que le asignaran de nuevo a su puesto de vigilancia de la manera a la que estaba acostumbrado y, pasando inadvertido a la totalidad de los romanos, entregó la carta a los enemigos. Cuando la leyeron a la muchedumbre de soldados, infundió en todos nuevos ánimos, aun a pesar de que se encontraban terriblemente presionados por la hambruna. Éste fue el motivo por el cual no querían de ninguna manera avenirse a los deseos de Belisario, aun cuando él trataba de domeñarlos con muchas ofertas tentadoras. Sin embargo, pues no se les había informado de que ningún ejército hubiera partido de Rávena y ya se encontraban en un estado de sufrimiento extremo debido a la escasez de provisiones, enviaron de vuelta una vez más a Burcencio con un mensaje que contenía una única declaración: en cinco días ya no estarían

en condiciones de luchar más contra el hambre. Éste regresó junto a ellos por segunda vez con una carta de Vitigis, en la que trataba de ganárselos con esperanzas semejantes a las anteriores.

16 Los romanos, por su parte, no menos agobiados que los godos, puesto que estaban inmersos en un largo asedio en una tierra desierta, se mostraban perplejos al ver que los bárbaros no se les rendían aun cuando estaban arrostrando tama-
17 ños sufrimientos. Por esta razón precisamente, Belisario estaba ansioso por capturar vivo a alguno de los hombres destacados entre los enemigos, con el propósito de conocer cuál era el motivo por el que los bárbaros seguían resistiendo valerosamente su desesperada situación. Fue Valeriano el que se comprometió voluntariamente a rendirle tal servicio,
18 pues, según decía, entre los hombres que estaban a sus órdenes había unos cuantos de la nación de los esclavenos[181], que estaban acostumbrados a ocultarse detrás de una roca de pequeño tamaño o de algún arbusto que se encontrara cerca y
19 abalanzarse sobre un enemigo. Practican continuamente este tipo de acción en sus lugares de residencia a lo largo del río Istro tanto con los romanos como con el resto de los bárbaros. Belisario quedó encantado con la propuesta y ordenó que se encargaran de llevar a cabo la acción a la mayor brevedad.
20 En consecuencia, Valeriano seleccionó a uno de los esclavenos, que era bastante corpulento y especialmente enérgico, y le ordenó que trajera a un hombre del enemigo, asegurándole que recibiría de Belisario una sustanciosa recompensa mo-
21 netaria. Él añadió que podría hacerlo con facilidad precisamente en el lugar donde estaba la hierba, pues los godos llevaban mucho tiempo alimentándose de ella debido a su es-
22 casez de provisiones. Así pues, el esclaveno, al despuntar el alba, se llegó hasta un punto muy cercano a las fortificacio-

[181] Cf. nota 310 del libro V.

nes, se escondió en un arbusto, encogiendo su cuerpo en un
espacio muy reducido, y esperó oculto cerca de la hierba. Al 23
amanecer, un godo llegó allí y empezó a recoger a toda prisa
las briznas de hierba sin sospechar que le fuera a venir nin-
gún daño del arbusto mientras miraba a su alrededor con fre-
cuencia en dirección al campamento de los adversarios, por
temor a que alguien viniera desde allí a atacarle. Entonces el 24
esclaveno saltó sobre el godo de forma inesperada desde
atrás y lo hizo prisionero. Agarró al hombre vigorosamente
por la cintura con ambos brazos y, de esta guisa, se lo llevó
consigo al campamento para entregárselo a Valeriano. Éste 25
interrogó al prisionero, preguntándole en qué basaban su
confianza los godos y qué seguridad podían tener para no es-
tar dispuestos a rendirse a los romanos y, en cambio, sopor-
tar de forma voluntaria los más terribles padecimientos. El
bárbaro le refirió lo que había sucedido con Burcencio, al
cual, cuando lo trajeron a su presencia, puso en evidencia.
Por su parte, Burcencio, como se dio cuenta de que ya había 26
sido descubierto, no ocultó nada de lo que había hecho. Por
esta razón precisamente, Belisario lo dejó en manos de sus
compañeros para que hiciesen con él lo que les viniera en ga-
na y éstos, no mucho tiempo después, lo quemaron vivo,
mientras los enemigos contemplaban la escena. Éste fue,
pues, el provecho que obtuvo Burcencio de su afición al di-
nero.

Sin embargo, cuando Belisario vio que los bárbaros resis- 27
tían aún el sufrimiento, se mostró dispuesto a llevar a la prác-
tica su plan contra el suministro de agua, en la idea de que,
de esta manera podría culminar la captura de los enemigos
con mayor facilidad y comodidad. Había una fuente al norte 2
de Áuximo en un terreno escarpado, a una distancia de la
muralla de un tiro de piedra, que vertía sus aguas muy poco
a poco en una especie de cisterna que había estado allí desde

antiguo. El recipiente, cuando estaba ya lleno del agua procedente de ese escaso flujo, permitía a los habitantes de Áuximo sacar el agua de allí sin ninguna dificultad. Entonces, se le ocurrió a Belisario la idea de que, en caso de que el agua no fuese recogida en tal recipiente, los bárbaros no podrían jamás llenar sus ánforas del chorro de agua de la fuente, pues estarían expuestos a los disparos de los enemigos
3 durante mucho rato. Con el deseo, pues, de destrozar la cisterna, ideó el siguiente plan: tras armar a la totalidad del ejército, lo alineó en torno a las fortificaciones como para entrar en combate, para dar la impresión a los adversarios de que estaba a punto de efectuar un ataque contra las murallas de un mo-
4 mento a otro desde todos lados. Por este motivo precisamente, los godos, aterrorizados ante la posibilidad del asalto, permanecían sin moverse en el parapeto para rechazar desde
5 él a los enemigos. Mientras tanto, Belisario condujo a cinco hombres isáuricos expertos en albañilería hasta la cisterna con zapapicos y demás utensilios apropiados para cortar piedras y ocultos por un buen número de escudos, y les ordenó que, con todas sus fuerzas, rompieran en pedazos y demolieran las pa-
6 redes de la cisterna lo más rápidamente que pudiesen. Por lo que respecta a los bárbaros, mientras mantenían la sospecha de que estos hombres iban a atacar la muralla, permanecían quietos, con el propósito de que se encontraran a la menor distancia posible y se convirtieran en blanco fácil para sus disparos, no teniendo idea en absoluto de lo que, en verdad, estaban haciendo. Mas en cuanto vieron que los isáuricos se encontraban dentro de la cisterna, empezaron a arrojar contra
7 ellos piedras y todas clases de proyectiles. En ese momento, todos los demás romanos se retiraron a la carrera, pero los cinco isáuricos solos, como se encontraban en lugar seguro, se pusieron manos a la obra, ya que allí los hombres del pasado habían construido una especie de bóveda por encima del
8 depósito de agua para darle sombra. Así que, al encontrarse ya

debajo de ella, no prestaron la más mínima atención a los enemigos, aun a pesar de que les caía una lluvia de proyectiles.

Por este motivo, pues, los godos no pudieron soportar por 9 más tiempo el permanecer en el interior de las fortificaciones, sino que, tras abrir el portillo que había por aquel lado, se lanzaron todos contra los isáuricos con gran furia y griterío. Los romanos, espoleados por Belisario, les salieron al 10 encuentro con gran entusiasmo. Así pues, se produjo una encarnizada batalla en la que, durante un buen rato, estuvieron enzarzados en una lucha cuerpo a cuerpo y que tuvo como resultado una considerable matanza por ambos bandos. Con to- 11 do, caían más hombres entre los romanos, pues, comoquiera que los bárbaros se estaban defendiendo desde una posición más elevada, unos pocos hombres podían dominar a muchos y además obtenían ventaja en la lucha cuerpo a cuerpo, de modo que mataban a más hombres que los que perdían entre sus filas. Sin embargo, los romanos no estaban dispuestos en 12 modo alguno a rendirse, puesto que sentían vergüenza ante Belisario, que estaba presente y los animaba a voz en grito. Entonces, en aquel momento una flecha voló hacia el vientre 13 del general con un estridente silbido; la había disparado contra él alguno de los adversarios, bien por pura casualidad o bien deliberadamente. Lo cierto es que Belisario no había 14 visto el proyectil, pues, sea como fuere, no pudo protegerse de él ni hacerse a un lado para esquivarlo. Sin embargo, cierto lancero llamado Unigasto, que estaba a su lado, vio el proyectil cuando éste ya no se encontraba a mucha distancia del vientre de Belisario. Puso delante del general su mano derecha y logró salvarle la vida, si bien él mismo, herido por el disparo, se retiró al instante en medio de terribles dolores. Posteriormente, como los tendones de su mano habían que- 15 dado cortados, ya nunca más pudo valerse de su mano derecha. La batalla, que había comenzado a primera hora de la mañana, continuó hasta el mediodía.

16 Siete hombres armenios, que formaban a las órdenes de
Narsés y Aracio, sobresalieron en hechos de armas; corrían
de un lado para otro en un terreno desfavorable y que era su-
mamente escarpado, lo mismo que si estuvieran en el llano,
y daban muerte a cuantos enemigos se les cruzaban todo el
tiempo, hasta que rechazaron de sí a los bárbaros que lucha-
17 ban por aquel lado y los pusieron en fuga. Entonces, el resto
de los romanos, al ver que los enemigos cedían por fin, em-
pezaron a perseguirlos y la derrota llegó a ser aplastante; fi-
nalmente, los bárbaros entraron de nuevo en las fortificacio-
18 nes. Pues bien, los romanos creían que la cisterna había sido
hecha pedazos y que los isáuricos habían completado toda su
tarea, pero, en realidad, habían sido totalmente incapaces de
19 arrancar de la construcción ni siquiera un guijarro, pues los
obreros de antaño, que ante todo se preocupaban de hacer
muy bien su trabajo, habían realizado esta obra de albañile-
ría de tal forma que no sucumbiera ni al paso del tiempo ni a
20 los intentos de destrucción por parte de los hombres. En cual-
quier caso, los isáuricos no habían conseguido nada cuando,
al ver que los romanos habían ganado la posición, se alejaron
21 de la cisterna y se retiraron al campamento. Por esta razón
precisamente Belisario ordenó que se arrojaran al agua los
cadáveres de los animales, así como hierbas que están espe-
cialmente indicadas por naturaleza para causar la muerte a
los seres humanos, y también que echaran dentro un tipo de
piedra, quemada completamente con mucho detenimiento, a
la cual en tiempos antiguos se tenía la costumbre de denomi-
nar *títanos* y, actualmente, *ásbestos*[182], y que, acto seguido,
22 la apagaran en el agua. Los soldados actuaron conforme a es-

[182] *Ásbestos*: literalmente «que no se puede apagar, incombustible, inextinguible». Es la cal viva u óxido de calcio: sustancia alcalina de color blanco o blanco grisáceo, que al contacto del agua se hidrata o se apaga, con desprendimiento de calor.

tas instrucciones, pero, por su parte, los bárbaros pudieron hacer uso entonces de un pozo que había en el interior del recinto amurallado y que contenía una cantidad de agua muy escasa, aunque obtenían un abastecimiento inferior al que realmente necesitaban. En lo sucesivo Belisario no puso empe- 23
ño ni en tomar al asalto la plaza ni en llevar a la práctica plan alguno relacionado con el abastecimiento de agua o con cualquier otra cosa y albergaba la esperanza de que lograría triunfar sobre los enemigos sólo por medio del hambre. A conse- 24
cuencia de esto, mostraba el máximo rigor en su atención a las labores de vigilancia. Los godos, a la espera de la llegada del ejército procedente de Rávena y en medio de una gran escasez de provisiones, permanecían inactivos.

Ya entonces los godos que se encontraban sufriendo el 25
asedio en Fisula estaban sumamente agobiados por el hambre y, siendo incapaces de soportar el padecimiento y desengañados ya en lo relativo a las esperanzas procedentes de Rávena, tomaron la decisión de rendirse a sus adversarios. 26
En consecuencia, entraron en negociaciones con Cipriano y Justino y, tras recibir garantías con respecto a sus vidas, se entregaron por capitulación ellos mismos y la fortaleza. Entonces, Cipriano y sus compañeros se los llevaron junto con el ejército de los romanos y, tras establecer una guarnición de vigilancia suficiente en Fisula, llegaron a Áuximo. 27
Belisario desde entonces les mostraba constantemente sus jefes a los bárbaros que estaban en Áuximo y los instaba a desistir de su insensatez y a que se desengañaran ya de cualquier esperanza que proviniera de Rávena, pues a ellos tampoco les llegaría jamás ayuda alguna, sino que, por el contrario, desgastados al máximo por su sufrimiento, alcanzarían, no obstante, idéntico destino que la guarnición de Fisula. Entonces 28
éstos, tras muchas deliberaciones, como ya no podían resistir por más tiempo ante la hambruna, se mostraron dispuestos a escuchar sus propuestas y juzgaron conveniente entre-

gar la ciudad, con la condición de que no sufrieran daños en sus personas y pudieran seguir su camino hacia Rávena con
29 sus pertenencias. Belisario no sabía qué hacer en esas circunstancias, al pensar, por una parte, que era improcedente que unos enemigos de tal calidad en cuanto a excelencia y de tal cantidad en número, unieran sus fuerzas a las de sus compañeros en Rávena y, por la otra, no se mostraba dispuesto en absoluto a dejar pasar la ocasión[183], sino que deseaba dirigirse contra Rávena y Vitigis mientras la situación estaba aún
30 indecisa. Además los francos le causaban una honda preocupación, pues suscitaban en él el temor de que, de un momento a otro, vendrían en ayuda de los godos y, aunque estaba empeñado en anticiparse a la llegada de aquéllos, era incapaz de levantar el asedio sin haber tomado aún la ciudad de Áuxi-
31 mo. Además, sus soldados no le permitirían que les concediera a los bárbaros conservar sus propiedades y le mostraban las numerosas heridas que les había tocado recibir a manos de ellos y, haciendo un recuento de todos los combates que les había correspondido librar en el curso de ese asedio, sostenían que las recompensas por tales sufrimientos eran los
32 despojos de los vencidos[184]. Finalmente, sin embargo, los romanos, viéndose forzados por la urgencia de la ocasión, y los godos, vencidos por la hambruna, llegaron a un acuerdo unos con otros, bajo la condición de que los romanos se repartirían entre ellos mismos la mitad de sus posesiones, mientras que los godos conservarían lo restante y pasarían a ser súbdi-
33 tos del emperador. De conformidad con esto, ambos bandos hicieron solemnes promesas en defensa de estos acuerdos: los comandantes de los romanos se comprometieron a que lo

[183] El término *kairós* marca el momento justo o crítico, la ocasión oportuna que hay que aprovechar; muy empleado ya por TUCÍDIDES, está atestiguado en otros muchos autores griegos.

[184] El botín de guerra.

convenido sería vinculante los godos, por su parte, a que no
escondería ni una sola de sus pertenencias. De esta forma, 34
se repartieron entonces entre ellos todos los bienes y los ro-
manos tomaron posesión de la ciudad de Áuximo, mientras
que los bárbaros se unieron al ejército del emperador.

Después de que Belisario tomara Áuximo, se dio prisa 28
por sitiar Rávena y condujo a todo su ejército contra ella.
También envió a Magno con un contingente numeroso más
allá de Rávena con órdenes de moverse constantemente de
un lado para otro a lo largo de la margen del río Po y mante-
ner la vigilancia con el propósito de que los godos no pudie-
ran en lo sucesivo introducir provisiones en la ciudad por vía
fluvial. Además, Vitalio, que había llegado procedente de 2
Dalmacia con un ejército para unirse a él, vigilaba la otra ori-
lla del río. Fue allí donde los romanos tuvieron un golpe de
suerte que puso de manifiesto claramente que la propia for-
tuna[185] era la que dirigía el desarrollo de los acontecimientos.
Los godos habían estado anteriormente reuniendo en Liguria 3
un considerable número de lanchas, y las dejaron caer sobre
las aguas del Po y, después de llenarlas de grano y otras pro-
visiones, se proponían surcar el río en dirección a Rávena.
Sin embargo, en aquellos momentos el nivel del agua de es- 4
te río estaba tan bajo que resultaba completamente imposible
navegar por él, hasta que llegaron los romanos y se apodera-
ron de las barcazas con todos sus cargamentos. Entonces, la 5
corriente del río no mucho tiempo después subió hasta su ni-
vel acostumbrado y éste volvió a ser navegable de nuevo.
Hasta donde llega nuestro conocimiento, por lo que cuenta la
tradición, dicho fenómeno no había ocurrido jamás. Por su 6
parte, los bárbaros ya estaban empezando a verse escasos de

[185] Una vez más, casi personificada. Cf. al respecto nota 66 al libro II de la *Guerra Persa*.

provisiones, pues no podían introducir nada a través del golfo Jónico, dado que los enemigos eran los absolutos dueños del mar por todas partes y, además, estaban aislados del río.
7 Los jefes de los francos, que estaban al tanto de lo que venía produciéndose y deseosos de hacer suya Italia, enviaron embajadores a presencia de Vitigis y le hicieron la promesa de formar una alianza militar ofensiva y defensiva, con la condición de que ellos gobernaran el país juntamente con él.
8 Cuando Belisario se enteró de esto, también él mismo envió emisarios, entre los cuales se encontraba Teodosio, que estaba al frente de su casa[186], con la finalidad de hacer una propuesta alternativa a la de los germanos.

9 Así pues, los enviados de los germanos fueron admitidos ante Vitigis y le dirigieron las siguientes palabras: «Nos han enviado los jefes de los germanos, en primer lugar, porque están disgustados al haberse enterado de que os encontráis sufriendo un asedio a manos de Belisario y, en segundo, porque están ansiosos por vengaros lo más pronto posible de
10 conformidad con los términos de nuestra alianza. Así pues, creemos que un ejército nuestro integrado por un número no inferior a quinientos mil combatientes ha cruzado ya los Alpes y precisamente nos vanagloriamos de decir que, en la primera acometida, ellos sepultarán a todo el ejército roma-
11 no entero bajo una montaña de hachas[187]. Es conveniente, por vuestra parte, que sigáis el parecer, no de los que tratan de convertiros en sus esclavos, sino de aquellos que se están poniendo en peligro con una guerra por su lealtad a los go-
12 dos. Además de esto, si, por una parte, tomáis las armas a nuestro lado, no les quedará a los romanos ninguna esperanza de combatir cuerpo a cuerpo contra los dos ejércitos nues-

[186] De la de Belisario, por tanto Teodosio va a actuar como representante directo suyo.

[187] Cf. VI 25, 3-4, para el uso de esta arma por parte de los francos.

tros, sino que, desde el mismo comienzo y sin ninguna dificultad, nos alzaremos con la supremacía en la guerra. Por 13
otra parte, si, llegado el caso, los godos prefieren alinearse al lado de los romanos, aun así no podrán ofrecer resistencia a la nación de los francos, pues la lucha no será en igualdad de condiciones en cuanto a poderío, sino que para vosotros el resultado será la derrota en compañía de los hombres más hostiles de todos. Además, verse abocado a un desastre que 14
se puede prever, cuando existe la posibilidad de salvarse sin correr ningún peligro, es una enorme insensatez. Por lo demás, los romanos se han comportado de una forma poco digna de confianza con todos los bárbaros, puesto que son de natural hostil hacia ellos. Por lo tanto, nosotros, si estáis 15
dispuestos a ello, gobernaremos la totalidad de Italia junto con vosotros y administraremos el país de la forma que parezca más recomendable. Por otra parte, es natural que tú y los godos escojáis el modo de actuar que haya de redundar en vuestro beneficio». Así fue como hablaron los francos.

Por su parte, los embajadores de Belisario pasaron al 16
frente y expusieron las siguientes razones: «Respecto a que la muchedumbre de germanos no va a infligir ningún daño al ejército del emperador, afirmación con la cual precisamente tratan ellos de amedrentaros, ¿es realmente necesario extenderse en prolijas consideraciones ante vosotros, que, ciertamente, a través de toda vuestra larga experiencia habéis llegado a comprender con exactitud las tendencias que van tomando las guerras y que sabéis que el valor en ningún caso acostumbra a ser vencido por un simple tropel de soldados? Nosotros obviamos añadir que, de hecho, el emperador, 17
más que nadie, puede superar a los enemigos en cantidad de soldados. Además, en lo que atañe a la lealtad de estos francos, que ellos se vanaglorian de mostrar respecto a todos los bárbaros, sin duda alguna estos hombres la han demostrado con creces: primero hacia los turingios y la nación de los bur-

18 guciones, y, posteriormente, hacia vosotros. Verdaderamente, nosotros les preguntaríamos con gusto por qué dios tienen la intención de prestar juramento cuando sostienen que os da-
19 rán garantías de lealtad, pues no hay duda de que vosotros comprendéis de qué modo han honrado ellos al dios por el cual han prestado ya juramento: ellos, que han recibido de vosotros, ciertamente, tan enormes cantidades de dinero, así como todas las tierras de la Galia como precio por su alianza, sin embargo han decidido no sólo no ayudaros en modo alguno a afrontar este peligro, sino que, por añadidura, se han levantado en armas contra vosotros de una forma harto caprichosa, si es que todavía tenéis en cuenta[188] los sucesos que
20 tuvieron lugar junto al río Po[189]. Por otra parte, ¿qué necesidad hay de demostrar la impiedad de los francos haciendo recuento de acontecimientos pasados? No hay nada que pueda
21 ser más infame que esta presente embajada suya, pues parece que se hubieran olvidado de los acuerdos que ellos mismos establecieron y de los juramentos que prestaron para consolidar el tratado, cuando reclaman ahora el derecho a
22 compartirlo todo con vosotros. Por otra parte, en el supuesto caso de que obtengan esto de vosotros, os conviene considerar hasta dónde llegará su insaciable sed de dinero».

23 Tales fueron, a su vez, las palabras de los embajadores de Belisario. Por su parte, Vitigis, tras largas conversaciones con los más nobles godos, terminó prefiriendo el tratado con el emperador y despachó a los emisarios de los germanos sin que pudieran éstos lograr nada. Desde ese momento en adelante, los godos y los romanos empezaron ya a entablar negociaciones mutuas, pero, no obstante, Belisario se mantenía alerta para impedir que los bárbaros introdujeran en la ciudad

[188] Literalmente: «si es que se mantiene entre vosotros algún recuerdo, alguna consideración de los sucesos...».

[189] Cf. VI 25, 9.

las provisiones que necesitaban. Por lo demás, ordenó a 24
Vitalio que se dirigiera a Venecia y se ganara el favor del mayor número posible de plazas fuertes de aquella región, en tanto que él personalmente, tras haber enviado con antelación a Ildiger, mantenía la vigilancia sobre ambas márgenes del río Po, con el propósito de que los bárbaros se rindieran por la falta de provisiones y establecieran el tratado en los términos que él deseaba. Cuando se enteró de que había al- 25
macenada aún una gran cantidad de grano en las despensas públicas que había dentro de Rávena, sobornó con dinero a uno de los que residían en la ciudad para que prendiera fuego a esos almacenes con el trigo dentro sin que nadie se diese cuenta. Dicen, sin embargo, que la destrucción de los al- 26
macenes fue por deseo de Matasunta, la esposa de Vitigis. Ahora bien, como el grano había ardido de forma repentina, unos sospechaban que el incendio se había producido como consecuencia de un sabotaje, mientras que otros suponían que el lugar había sido alcanzado por un rayo. Sin embargo, 27
fuera cual fuera la opinión que tuvieran, los godos y Vitigis se vieron sumidos en un estado de impotencia todavía mayor, pues no podían ya en adelante confiar en sus propios compatriotas y pensaban que era el propio Dios[190] el que estaba dirigiendo el desarrollo de la guerra. Tal fue, pues, el curso de los acontecimientos.

Por otra parte, en los Alpes que separan la Galia de 28
Liguria, a los cuales precisamente llaman los romanos Alpes Cotios[191], se daba la circunstancia de que existían abundan-

---

190 Esta vez no la *týchē* o la fortuna, el azar, la casualidad.

191 Que ya aparecen nombrados en V 12, 4, 20; se trata de los Alpes Cocios, Cotios o Cotianos, que constituyen una parte de los Alpes Occidentales y que, con el tiempo, serían anexionados por Nerón. Su nombre parece ser que viene del de Cottius (Cotio), que fue rey de varias tribus ligures en aquella zona de los Alpes; este jefe consiguió mantener su independencia cuando las demás tribus alpinas fueron sometidas por Augusto

29 tes plazas fuertes. En estas plazas mantenían la vigilancia
desde hacía mucho tiempo numerosos godos de la más alta
nobleza, que residían en ellas con sus mujeres y sus hijos.
Cuando Belisario se enteró de que estos hombres deseaban
someterse a él, envió ante ellos a uno de sus escoltas, que
atendía al nombre de Tomás, en compañía de unos cuantos
hombres, con la intención de ofrecer garantías a los bárbaros
30 de allí y ponerlos bajo su mando por capitulación[192]. Una vez
que llegaron a los Alpes, Sisigis, que estaba al mando de los
puestos de vigilancia de aquella zona, los recibió en una de
las fortalezas y no solamente se rindió él mismo, sino que
animó a cada uno de los demás jefes a actuar de idéntica for-
31 ma. Mientras tanto, Urayas, que había seleccionado a cuatro
mil hombres de Liguria y de las fortalezas de los Alpes, se di-
rigía a toda velocidad hacia Rávena con la intención de auxi-
32 liar a la ciudad. En cuanto estos hombres se enteraron de lo
que había hecho Sisigis, empezaron a temer por la suerte de
33 sus familias y pidieron dirigirse primero allí. Fue por este
motivo precisamente por el que Urayas llegó hasta los Alpes
Cotios con todo su ejército y puso sitio a Sisigis y a la fuer-
za militar de Tomás. Juan, el sobrino de Vitaliano, y Martino,
enterados de la situación, pues daba la casualidad de que se
encontraban a muy poca distancia del río Po, acudieron en su
ayuda lo más rápidamente que pudieron con todo el ejército.
Cayeron sobre algunas de las fortalezas de los Alpes por me-
dio de irrupciones repentinas, las conquistaron y redujeron a

hasta que al final el emperador compró su sumisión garantizándole su soberanía sobre doce de aquellas tribus, con el título de *praefectus*. Es exactamente la parte de la cordillera alpina que se encuentra más allá de los Alpes Marítimos y que separa la Galia Cisalpina y la Narbonense. Hoy en día se encuentran justo en la frontera franco-italiana; cf. asimismo VIII 24, 6, y nota 271.

[192] Simplemente, aunque más libre: «...y aceptar su rendición o capitulación».

la esclavitud a los que residían en ellas, entre los cuales se dio la circunstancia de que había muchos hijos y esposas de hombres que servían en el ejército a las órdenes de Urayas,
pues la mayoría de los soldados que estaban bajo su mando 34
eran naturales de esas plazas fuertes. Cuando éstos se entera- 35
ron de que sus propios hogares habían sido tomados, se desligaron del ejército de los godos de manera repentina y tomaron la decisión de unirse a las tropas que estaban a las órdenes de Juan. Como consecuencia de esto, Urayas no estuvo en condiciones de llevar a término acción alguna allí, ni tampoco de prestar auxilio a los godos que estaban corriendo peligro en Rávena, sino que, por el contrario, regresó a Liguria con unos pocos hombres sin haber conseguido nada y permaneció allí inactivo. Belisario, a su entera libertad, mantuvo confinados en Rávena a Vitigis y a los notables de los godos.

En medio de estos acontecimientos, llegaron unos emba- 29
jadores enviados por el emperador, Dómnico y Maximino, ambos miembros del Senado, con el fin de sellar la paz en los
siguientes términos: Vitigis recibiría la mitad del tesoro real 2
y gobernaría el territorio situado al norte del río Po; sin embargo, la otra mitad del dinero iría a parar a manos del emperador y éste haría súbditos suyos, sujetos al pago de un tributo, cuantos territorios se encuentran al sur del río Po. Pues
bien, los embajadores, después de enseñarle a Belisario la car- 3
ta del emperador, se trasladaron a Rávena. Tan pronto como los godos y Vitigis se enteraron del propósito de su venida, consintieron gustosos en que se estableciera el tratado con-
forme a esos términos. Belisario, sin embargo, se quedó dis- 4
gustado al conocer estas nuevas y consideraba un gran contratiempo que no se le permitiera, y esa posibilidad existía, alzarse con la victoria final de toda la contienda en su conjunto y conducir a Vitigis hasta Bizancio en calidad de pri-

5 sionero de guerra[193]. Por tanto, cuando llegaron a su presen-
cia los embajadores de Rávena, se negó rotundamente a rati-
6 ficar el acuerdo con su firma. Tras enterarse de esto, los go-
dos empezaron a sospechar que los romanos les estaban
ofreciendo la paz con taimadas intenciones y sintieron una
gran desconfianza hacia ellos; en consecuencia, declararon
abiertamente que sin la firma y el juramento de Belisario ja-
más harían un tratado con los romanos.

7 Por su parte, Belisario, tras escuchar que algunos de sus
comandantes lo estaban vituperando, en la creencia de que él,
con el propósito de tramar una conspiración contra el empe-
rador, no deseaba en modo alguno poner fin a la guerra, des-
pués de convocarlos a todos y en presencia de Dómnico y de
8 Maximino, les dirigió las siguientes palabras: «Que la suerte
de la guerra no descansa de ninguna manera en lugar seguro,
yo, por mi parte, lo sé muy bien y creo que cada uno de vos-
otros, con respecto a ella, comparte la misma opinión conmi-
9 go. Pues a muchos hombres los engañaron las expectativas
de victoria cuando parecía probable que ésta les iba a llegar
y, por el contrario, a los que dan la impresión de haber esta-
do familiarizados con el infortunio les ha venido a suceder a
continuación que han triunfado sobre sus adversarios de for-
10 ma inesperada. Por este motivo precisamente, sostengo que
los hombres que se encuentran deliberando con respecto a la
paz no deberían poner delante de sí únicamente las expecta-
tivas de éxito, sino que, por el contrario, teniendo en mente
que el desenlace podría estar en cualquiera de los dos lados,
deberían, por tanto, realizar la elección de cuál es el camino
11 que van a tomar. Siendo así todas estas cosas, me ha pareci-
do bien, ciertamente, convocaros a una reunión a vosotros,
mis compañeros en el mando, y a estos enviados del empera-
dor, a fin de que escojamos en las presentes circunstancias y

[193] Como ya hizo con el vándalo Gelimer (cf. IV 9, 1 ss.).

a nuestra entera libertad la línea de actuación que nos parece que vaya a redundar más en beneficio del emperador, de modo que no podáis hacer reproche alguno contra mí después del resultado. Sería algo muy extravagante quedarse en silencio 12
mientras existe todavía la posibilidad de elegir la postura más recomendable y, en cambio, al contemplar después el resultado determinado por la fortuna, lanzar entonces las acusaciones. Pues bien, en lo que respecta a cuantas decisiones ha to- 13
mado el emperador con vistas a la conclusión de la guerra y a los deseos de Vitigis, vosotros, sin duda alguna, estáis al tanto. Si opináis que todo eso es ventajoso, que cada uno de vosotros pase al frente y tome la palabra. Si, por el contrario, sois 14
de la opinión de que es posible que los romanos recuperen la totalidad de Italia y lograr la supremacía sobre los enemigos, nada os impedirá expresaros con total franqueza».

Cuando Belisario hubo expuesto tales razones, todos ex- 15
presaron abiertamente la opinión de que la decisión del emperador era la más recomendable y que ellos serían incapa- 16
ces de hacer más daño a los enemigos. Por su parte, Belisario se mostró complacido con el parecer de los comandantes y les pidió que lo manifestaran por escrito, con la finalidad de que no pudieran jamás desdecirse de él. Así pues, declararon por escrito en una tablilla que eran incapaces de aventajar a sus adversarios en la guerra.

Mientras se producían estas deliberaciones en el campa- 17
mento de los romanos, sin embargo, los godos, agobiados por la hambruna e incapaces de soportar el sufrimiento por más tiempo, por un lado estaban disgustados con el gobierno de Vitigis dado que éste había fracasado por completo, pero, por otro lado, se mostraban reacios a avenirse a los deseos del emperador, pues no albergaban temor a ninguna otra cosa más que al hecho de que, al convertirse en esclavos del emperador, serían obligados a salir de Italia y dirigirse a Bizancio para es- 18
tablecerse allí. En vista de lo cual, tras deliberar entre ellos,

los godos más intachables tomaron la decisión de nombrar a Belisario emperador de Occidente. Tras enviar emisarios en secreto a su presencia, le pedían que asumiese el poder imperial, pues afirmaban que, en estas condiciones, lo seguirían
19 con agrado. Sin embargo, Belisario no se mostraba dispuesto en modo alguno a hacerse cargo del poder imperial en con-
20 tra de los deseos del emperador, dado que sentía una tremenda aversión al nombre de tirano[194] y, por lo demás, se daba la circunstancia de que se había comprometido con el emperador mediante los más solemnes juramentos a no organizar jamás una revolución, mientras él estuviera con vida. Sin embargo, con el propósito de sacar el mayor partido de la situación que tenía ante sí, hizo que diera la impresión de que
21 recibía la proposición de los bárbaros con agrado. Vitigis se dio cuenta de esto y se sintió atemorizado. Afirmaba que los godos en sus deliberaciones habían llegado a la conclusión más recomendable y él mismo animaba en secreto a Belisario a que asumiera el poder imperial, pues nadie se le interpon-
22 dría como obstáculo. En ese momento, pues, Belisario, después de convocar a una nueva reunión a los embajadores del emperador y a todos los comandantes, les preguntó si les parecía un asunto importante reducir a la condición de prisioneros de guerra a los godos y a Vitigis, apoderarse de todas sus riquezas como botín de guerra y recuperar la totalidad del
23 territorio de Italia para los romanos. Ellos entonces afirmaron que esto significaría para los romanos un golpe de suerte sensacional y sumamente grande y le pedían que lo llevara a efecto lo más rápidamente posible y fueran cuales fueran
24 los medios que pudiera emplear. Por tanto, Belisario envió de inmediato a algunos de sus íntimos a presencia de Vitigis y de los nobles godos, para instarles a que hicieran efectivo
25 cuanto le habían prometido. La hambruna no les permitía

[194] En el sentido de usurpador del poder legítimo.

posponer el asunto para cualquier otro momento, sino que, por el contrario, al verse cada vez más presionados por ella, sentían el impulso de llevar a la práctica su decisión. Por es- 26
te motivo, enviaron de nuevo emisarios al campamento de los romanos con la finalidad, por una parte, de exponer públicamente ante la asamblea cualquier declaración de intenciones, pero, por otra, de recibir en secreto garantías por parte de Belisario de que no causaría daño a ninguno de ellos y de que, de ahí en adelante, se convertiría en emperador de los italianos y de los godos. Una vez conseguido esto, ellos marcharían a Rávena en compañía suya y del ejército de los romanos. Por su parte, Belisario prestó juramento sobre todas las 27
demás cuestiones, justo como los embajadores le iban solicitando, pero, en lo tocante al poder imperial, dijo que sólo prestaría juramento ante Vitigis en persona y los jefes de los godos. Los embajadores, que pensaban que jamás renunciaría al po- 28
der imperial, sino que aspiraría a él por encima de todo lo demás, le pidieron al instante que los acompañara hasta Rávena. En esas circunstancias, pues, Belisario ordenó a Besas, a Juan, 29
a Narsés y a Aracio, ya que éstos eran los hombres que sospechaba que sentían más hostilidad hacia él, que se dirigieran cada uno a un sitio diferente con las tropas que estaban bajo su mando y que se abastecieran de las provisiones necesarias para ellos, pues alegaba que ya no le era posible, en el lugar en el que entonces se encontraba, conseguir provisiones para todo el ejército. Ellos actuaron conforme a estas instrucciones en 30
compañía de Atanasio, el prefecto de los pretorianos, que había llegado hacía poco procedente de Bizancio. Sin embargo Belisario, con el resto del ejército, se puso en camino en dirección a Rávena acompañado por los emisarios de los godos. Después de llenar una flota de barcos de grano y demás provi- 31
siones, dio órdenes de que entraran a la mayor brevedad en el puerto de Clases, pues así es como llaman los romanos al suburbio de Rávena donde se encuentra el fondeadero.

32 Mientras yo me encontraba observando la entrada del ejército romano en Rávena, me vino a la mente la siguiente reflexión: que los sucesos no vienen a cumplirse en modo alguno por la discreción de los hombres o cualquier otra de sus virtudes, sino que es algún poder divino[195] el que precisamente trastoca sus propósitos y los empuja hacia unos derroteros por donde no cabe impedimento alguno para que se
33 cumpla lo que haya de producirse. Aun siendo los godos muy superiores a sus oponentes en número de soldados y en poderío militar y aunque no habían entablado ninguna batalla decisiva desde que entraron en Rávena, ni tampoco habían sido humillados en su orgullo por ningún otro infortunio, estaban siendo convertidos en prisioneros de guerra por unas tropas más débiles y, además, ni siquiera contemplaban la
34 condición de la esclavitud como una deshonra. Sin embargo, las mujeres —pues daba la casualidad de que ellas habían oído por boca de sus maridos que los enemigos eran corpulentos y superiores en número a ellos— cuando, sentadas a la puerta de sus casas, vieron al ejército entero, comenzaron todas a escupir al rostro a sus esposos y, señalando con sus manos a los vencedores, les echaban en cara su cobardía.
35 Por su parte, Belisario mantuvo bajo vigilancia a Vitigis, pero no en una situación deshonrosa, y animó a cuantos de los bárbaros residían al sur del río Po a que se marcharan a
36 sus tierras y las atendieran a su entera libertad, puesto que suponía que por aquella región no habría ninguna fuerza hostil que le hiciese frente y que los godos de allí nunca se unirían

[195] *Ti daimónion:* un vago poder superior que dirige los asuntos humanos y que, por mucho que nos esforcemos o pongamos todo nuestro empeño e inteligencia, puede terminar desviando el resultado de nuestras empresas a donde considere más oportuno. Lo inquietante para Procopio y para cualquiera de nosotros es quién representa de verdad a ese poder que está por encima de los seres humanos. Resulta evidente que nuestro autor no lo tiene claro en absoluto.

entre sí, ya que daba la casualidad de que previamente había establecido a un buen número de hombres del ejército romano en las ciudades de la zona. Estos godos se marcharon 37
complacidos lo más rápidamente que pudieron. De esta forma, pues, los romanos se encontraban ya en situación segura, pues, al menos en Rávena, ya no eran inferiores en número a los godos. Más tarde, tomó posesión del dinero que había en palacio, el cual tenía la intención de transferírselo al emperador, pues él no le quitó sus bienes a ninguno de los 38
godos, ni le consintió a ningún otro romano que se llevara nada de esas posesiones como botín, sino que todos los godos conservaron sus propiedades conforme a los términos del tratado. Por otra parte, cuando todos los bárbaros que estaban 39
de vigilancia en las más fuertes de las plazas fortificadas se enteraron de que tanto Rávena como Vitigis estaban en posesión de los romanos, enviaron embajadores a presencia de Belisario para solicitar su permiso para entregarse por rendición ellos mismos y las ciudades que guardaban. Éste, ofre- 40
ciéndoles garantías a todos ellos de muy buena gana, se hizo con el control de Tarvesio[196] y todas las demás plazas fuertes que existían en Venecia, pues Cesena era la única que quedaba en Emilia y daba la casualidad de que ya se había apoderado de ésta junto con Rávena. Todos los godos que goberna- 41
ban entonces estas ciudades, tan pronto como recibieron las garantías, se vinieron al lado de Belisario y permanecieron allí; sin embargo, Ildibado[197], varón notable que estaba al

[196] La actual Treviso. En latín es Tarvisium y no Tarbesium.

[197] Ildibado o Ildibaldo, que va a ser proclamado rey de los ostrogodos en VI 30, 17. Como nos cuenta Procopio, mientras era comandante de la plaza de Verona fue el único que se mantuvo inflexible cuando todos los caudillos ostrogodos se habían rendido ya a Belisario. Por esta razón, como veremos, y por ser yerno de Teudis, fue proclamado rey. Reconstituyó el reino y dispersó y venció a los bizantinos en Treviso, pero terminó muriendo degollado por un tal Wila, uno de los miembros de su guardia, por haber ultrajado a su amante.

mando de la guarnición de Verona[198], aunque también envió embajadores a Belisario con la misma finalidad que los anteriores, sobre todo porque Belisario había encontrado a sus hijos en Rávena y los había retenido, no se presentó en Rávena ni se avino a someterse a los deseos de Belisario, pues le sobrevino cierto golpe de suerte que en seguida voy a pasar a referir.

30 Ciertos comandantes del ejército de los romanos, que sentían rencor hacia Belisario, empezaron a calumniarlo ante el emperador, acusándolo de usurpación de poder[199], acusación la cual, en su caso, no se ajustaba a la realidad bajo ningún
2 concepto. Por su parte, el emperador, no tanto persuadido por estas acusaciones falsas como por el hecho de que la guerra contra los medos se le estaba echando encima, mandó llamar a Belisario para que éste viniera lo más rápidamente que pudiese con el propósito de que comandara al ejército en la campaña militar contra los persas[200]. Mientras tanto, ordenó a Besas y a Juan que se hicieran cargo de Italia junto con los demás y mandó a Constanciano que se dirigiese a Rávena
3 desde Dalmacia. Por su parte, los godos que habitaban las tierras situadas al otro lado del río Po y de Rávena, al enterarse de que el emperador había mandado llamar a Belisario, en un principio no prestaron atención a esta circunstancia, al pensar que Belisario jamás consideraría al reino de Italia co-
4 mo de menor importancia que la lealtad a Justiniano. Sin embargo, cuando llegó a sus oídos que los preparativos de Belisario para la partida eran en serio, todos los godos leales que habían quedado allí todavía, tras ponerse de acuerdo en

[198] Ciudad de la Galia Transpadana, situada sobre el río Adigio, localidad natal de Catulo, Cornelio Nepote y Plinio el Viejo.

[199] Cf. nota 153 del libro V.

[200] Cf. I 25, 11.

lo que debían hacer, se presentaron en Ticino ante Urayas, el
sobrino de Vitigis, y, después de muchas lamentaciones en
compañía de éste, le dirigieron las siguientes palabras: «Te 5
has convertido tú solo en el máximo responsable de los pre-
sentes infortunios que sufre la nación de los godos, pues nos-
otros hace tiempo que habríamos relevado del poder a tu tío,
que nos ha gobernado de un modo tan cobarde como desafor-
tunado, lo mismo que hicimos con Teodato, el sobrino de
Teodorico, si, al sentir respeto por la energía que parecías de-
mostrar, no hubiéramos decidido conceder a Vitigis el título
de rey, pero, en realidad, depositar sólo en tus manos el po-
der fáctico sobre los godos. Sin embargo, la que entonces pa- 6
recía consideración, ahora se ha transformado claramente en
disparate y en la causa de nuestras desgracias, pues, como tú 7
sabes, querido Urayas, lo que ha sucedido es que en la gue-
rra han perecido muchísimos godos y los más nobles, y de
los que sobreviven, si es que ha quedado algún miembro per-
teneciente a nuestra nobleza, a éstos Belisario, poniéndose en
camino, se los llevará lejos junto con Vitigis y todas nuestras
riquezas. Nadie podría negar que tampoco nosotros dejare- 8
mos de sufrir idéntico destino poco tiempo después, al que-
dar reducidos a un escaso número de hombres dignos de la
mayor compasión. Por tanto, ya que nos han sobrevenido tan 9
terribles desgracias, será preferible para nosotros morir glo-
riosamente antes que ver a nuestros hijos y esposas conduci-
dos por los enemigos a los confines de la tierra. Nosotros, por 10
nuestra parte, con toda probabilidad llevaremos a cabo algu-
na acción propia de valientes, al menos si contamos contigo
como jefe en nuestras acciones de guerra». Tales fueron las
palabras de los godos.

Por su parte, Urayas contestó en los siguientes términos: 11
«Que es necesario que nosotros, en las terribles circunstan-
cias actuales, escojamos el riesgo antes que la esclavitud, es
también mi opinión. No obstante, considero que es de todo 12

punto improcedente que yo acceda al trono real de los godos,
en primer lugar, porque soy sobrino de Vitigis, un hombre
que ha fracasado tan rotundamente, y podría parecerles a los
enemigos alguien digno de ser despreciado, ya que los hom-
bres creen que, entre parientes, se transmite una suerte simi-
13 lar de unos a otros; y, en segundo lugar, porque podría dar la
impresión de que actúo de un modo abominable al usurpar el
poder de mi tío y, como consecuencia de esto, tendré, con to-
da probabilidad, a la mayor parte de vosotros molestos con-
14 migo. Opino que el que debe convertirse en soberano de los
godos para afrontar esta arriesgada empresa es Ildibado, un
hombre que ha alcanzado el mayor nivel de excelencia y que
15 se ha mostrado especialmente enérgico. No es en modo algu-
no improbable, en verdad, que también Teudis, el soberano
de los visigodos, siendo como es tío suyo, le ayude a soste-
ner la guerra en razón de su parentesco por consaguinidad.
Por este motivo precisamente llevaremos adelante la contien-
da contra nuestros adversarios con mejores expectativas».

16 Tras exponer su opinión Urayas, a todos los godos les pa-
reció que había indicado la manera más conveniente de ac-
tuar. Mandaron llamar a Ildibado en seguida y éste se presen-
17 tó desde Verona. Entonces, después de investirle con la
púrpura, lo proclamaron rey de los godos y le rogaron que,
en interés de ellos mismos, arreglara la situación por la que
estaban pasando. Así fue como Ildibado accedió al trono.
18 Poco tiempo después, sin embargo, tras convocar a la totali-
dad de los godos, se dirigió a ellos con las siguientes pala-
bras: «Estoy perfectamente al tanto de que vosotros, conmi-
litones, tenéis experiencia acumulada en multitud de guerras,
de tal suerte que, con toda probabilidad, jamás procederemos
a entrar en un conflicto bélico de manera impulsiva, puesto
que la experiencia, que aporta a los hombres un juicio equi-
librado, acostumbra a conseguir que éstos no se muestren ex-
19 cesivamente atrevidos en ningún caso. Pues bien, es conve-

niente que vosotros os acordéis de todo cuanto os ha sucedido anteriormente y toméis vuestras decisiones en relación con la situación actual con ese recuerdo en el corazón.
Cuando a los hombres les invade el olvido de los hechos del 20
pasado, éste, por insensatez, exalta sus ánimos en el momento indebido y los hace fracasar por completo cuando están en
juego las cosas más importantes. Pues bien, Vitigis no se en- 21
tregó en manos de los enemigos en contra de vuestra voluntad, ni tampoco vosotros os esforzasteis por impedir que lo hiciera, sino que en aquellos momentos desfallecisteis ante las adversidades de la fortuna y considerasteis que lo más conveniente para nuestros propios intereses era quedarnos sentados en casa y obedecer a Belisario antes que arriesgar
nuestras vidas en un sinfín de situaciones de peligro. Ahora, 22
sin embargo, enterados de que Belisario parte rumbo a Bizancio, habéis tomado la decisión de emprender una revolución. En verdad, cada uno de vosotros debería haber considerado que no todas las cosas suceden conforme a los deseos de los hombres, sino que, con mucha frecuencia, el desenlace de los acontecimientos ha venido a resultar, de forma in-
esperada, contrario a lo que se había estimado. El azar o un 23
cambio de opinión tienen la tendencia natural a poner en su sitio a la mayoría de las cosas cuando menos se podía esperar, lo cual precisamente, incluso ahora, no es en modo algu-
no improbable que le vaya a suceder a Belisario. Así pues, es 24
preferible preguntarle primero y probar a hacerle volver a los acuerdos que se tomaron hace muy poco y, sólo en estas condiciones, podéis proceder vosotros a dar el siguiente paso en aquellas acciones que haya que llevar a cabo».

Una vez que Ildibado hubo expuesto sus razones, la opi- 25
nión de los godos fue que les había aconsejado bien, y él envió embajadores a Rávena con toda prontitud. Estos embajadores, en presencia de Belisario, le recordaron los acuerdos establecidos con ellos y lo censuraron por haber quebrantado

sus promesas. Le tildaron de ser un esclavo por propia volun-
tad y le reprendieron porque no se hubiese sonrojado al pre-
ferir la esclavitud antes que la realeza. Con otros muchos ar-
gumentos de similar cariz, lo seguían invitando a que
26 asumiera el poder, pues, de esta forma, sostenían que Ildi-
bado vendría de buena gana, depositaría a sus pies las vesti-
duras de púrpura y mostraría sus respetos[201] a Belisario co-
27 mo rey de los godos y de los italianos. Así pues, los
embajadores, por su parte, continuaban diciéndole estas co-
sas, en la idea de que este hombre, sin la menor vacilación,
28 se arrogaría de inmediato el título de rey. Sin embargo, él los
rechazó abiertamente, algo que ellos no se esperaban y les di-
jo que nunca, mientras el emperador Justiniano estuviese con
29 vida, usurparía Belisario el título de rey. Ellos, al escuchar
estas palabras, se marcharon lo más rápidamente posible e
30 informaron de todo el asunto a Ildibado. Por su parte, Beli-
sario partió en dirección a Bizancio y el invierno tocó a su
fin, concluyendo el quinto año de esta guerra[202], cuya histo-
ria ha escrito Procopio.

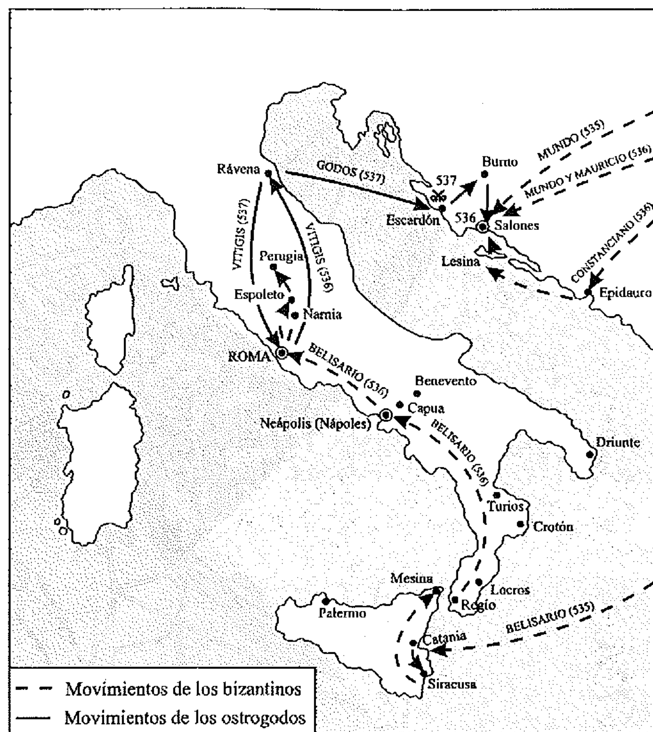
---

201 *Proskynḗsonta*: «saludando con una prosternación, rindiendo homenaje a»; cf. nota 118.

202 539-540 d. C.

MAPAS

Asedio de Roma (537-538)



Primera campaña de Italia

URBS ROMA

A.S. Casa de la Salud (Templo)
F.R. Foro Romano
T.Q. Templo de Quirino

1. Arco de Marco Aurelio
2. Columna de Marco Aurelio
3. Templo del Divino Adriano
4. Templo de Neptuno
5. Panteón
6. Circo de los Argonautas
7. Templo del Sol
8. Templo de Minerva
9. Templo de Isis y Serapis
10. Diribitorio (Edificio para escrutinio de votos)
11. Villa Pública
12. Cripta y Teatro de Balbo
13. Pórtico Minucia
14. Pórtico de Filipo y Octavia
15. Templo de Apolo
16. Teatro de Marcelo
17. Puente Fabricio
18. Puente de Teodosio y Valentiniano
19. Templo de Isis y Serapis

ÍNDICE DE NOMBRES
LIBROS V-VI

Se incluyen también gentilicios y otros términos de interés. De algunas ciudades hemos consignado el topónimo antiguo y el moderno.


EX LIBRIS ARMAUIRUMQUE

ÍNDICE GENERAL